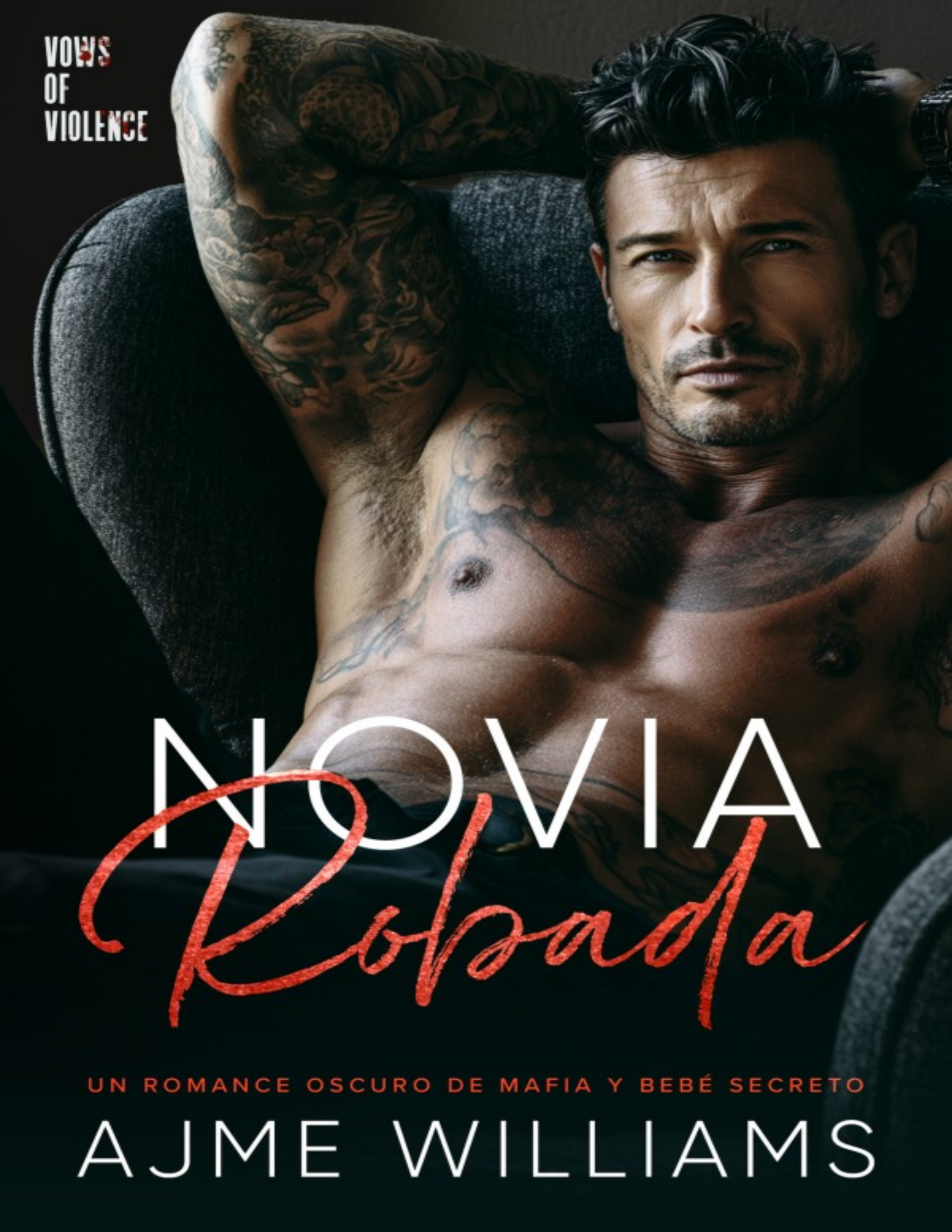

VOWS
OF
VIOLENCE
NOVIA
Robada
UN ROMANCE OSCURO DE MAFIA Y BEBÉ SECRETO
AJME WILLIAMS

NOVIA ROBADA

UN ROMANCE OSCURO DE MAFIA Y BEBÉ SECRETO

SPANISH EDITION - VOWS OF VIOLENCE

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Descripción
1. Emma
2. Leo
3. Emma
4. Leo
5. Emma
6. Leo
7. Leo
8. Emma
9. Emma
10. Leo
11. Emma
12. Leo
13. Emma
14. Leo
15. Emma
16. Emma
17. Leo
18. Emma
19. Leo
20. Emma
21. Emma
22. Emma
23. Leo
24. Emma
25. Epílogo: Emma
26. Epílogo Extendido

Copyright © 2026 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Caminaba por el pasillo hacia el altar para sellar la alianza mafiosa de mi padre...
cuando su enemigo mas letal me roba para si mismo.

Trescientos invitados.
Una catedral llena de armas.
Un novio esperando en el altar.

Y entonces entro ***EL***.

Leonardo Santoro.

Rey de la mafia italiana.
El enemigo mas letal de mi padre.
Once anos mayor que yo.
Frio, hermoso y lo bastante peligroso como para silenciar una sala entera.

No ha venido a detener mi boda.
Ha venido a destruir a mi padre.

Hace cinco anos, mi padre mato a su hermano.

Ahora Leo quiere venganza.

Y yo soy el precio.

Me arrastra lejos del altar con mi vestido de novia.
Me encierra en su fortaleza.
Me dice que le pertenezco hasta que mi padre pague.

Debería odiarlo.
Lo odio.

Pero el odio se vuelve peligroso cuando estoy atrapada con el.
Cuando cada pelea termina con sus manos demasiado cerca.
Cuando el monstruo que me secuestro empieza a mirarme como si no fuera una rehen…
-sino suya.

Entonces mi padre viene a por mi.
Tiros. Sangre. Guerra ante las puertas.

Y me doy cuenta de la verdad más peligrosa de todas…
No quiero que me rescaten.

Porque ya estoy esperando un hijo de Leonardo Santoro.

Y cuando mi padre se entere, no solo querra ver muerto a Leo.
Reducira el mundo a cenizas para recuperarme.

Leo solo tiene una respuesta para eso:
Cualquiera que lo intente… muere.

Para lectores que aman: *los reyes despiadados de la mafia, las novias robadas, las heroinas feroces y los romances prohibidos de captor/cautiva. Una novia arrastrada desde el altar. Un peligroso antihéroe con diferencia de edad que se obsesiona con la mujer que robo. Traicion familiar explosiva, embarazo secreto, familias criminales enfrentadas y un monstruo posesivo que quemaría el mundo entero para proteger lo que es suyo.*

1

EMMA

Estoy empezando mi procesión por el pasillo de la catedral de St. Patrick cuando lo veo.

Leonardo «Leo» Santoro.

Conozco su rostro por las fotos de vigilancia que mi padre guarda bajo llave en su despacho —y que he visto porque los escondites de papá son demasiado fáciles— y por las advertencias susurradas sobre el jefe de los Santoro, que es frío como el hielo y el doble de letal.

Está de pie al fondo de la iglesia, observándome con ojos oscuros mientras paso por su lado y avanzo por el pasillo con paso vacilante.

Aprieto la mano sobre el brazo de mi padre.

—Sigue caminando —murmura papá a mi lado, pero su voz se ha tensado y sus ojos azules se entrecierran al percatarse de la nueva amenaza.

El corazón me martillea contra las costillas mientras me obligo a seguir adelante.

La música del órgano sube de volumen, ahogando los susurros que empiezan a extenderse por los bancos.

¿Por qué está Leonardo Santoro en mi boda?

Los Santoro no estaban invitados.

Son enemigos y lo han sido durante cinco años.

En el altar, Tony Lombardo se remueve nervioso, presintiendo que algo va mal.

Trescientos invitados me ven avanzar por el pasillo con este vestido ridículo hecho de encaje italiano y pequeñas perlas.

No reconozco a la mujer que vi en el espejo hace una hora, con ese maquillaje fresco y ese recogido elaborado, con aspecto de novia de revista perfecta en el día más feliz de su vida.

—Estás absolutamente deslumbrante, cariño —había dicho mi madre mientras me ajustaba el velo por vigésima vez con los dedos temblándoles ligeramente.

Teresa Brennan llevaba llorando a ratos desde las siete de la mañana, interpretando el papel de perfecta matriarca de la mafia irlandesa con su seda color champán y sus perlas.

—Es el sueño de toda madre, ya sabes, ver a su hija casarse.

Me pregunto si de verdad se lo creía.

Si recordaba estar en su propia habitación de novia hace veintiocho años, llevando su propio vestido carísimo y sintiéndose igual de atrapada.

Se supone que voy a ser la señora de Tony Lombardo.

La señora de Antonio Lombardo hijo, para ser exactos, porque hasta su nombre parece heredado de su padre.

La boda sellará una alianza entre el clan irlandés de los Brennan y la familia Lombardo de Nueva Jersey. Todos ganan.

Excepto, quizá, yo.

Pero así no es como funciona esto.

Tengo veinticuatro años y este es mi deber.

La palabra de mi padre es ley.

Las rutas de transporte de los Lombardo reforzarán nuestra posición contra los Santoro, y yo soy el precio de ese poder.

La moneda de cambio.

El collar de diamantes que rodea mi garganta, el regalo de bodas de Tony, parece un collar de perro.

Tres hileras de diamantes que gritan: «Tengo dinero y quiero que todo el mundo lo sepa». Llevamos cuatro meses prometidos y lo he visto quizá una docena de veces.

Nos hemos besado exactamente tres veces, y cada una ha sido breve y carente de pasión.

Como quien marca una casilla en una lista de tareas pendientes.

Besar a un sapo sería mucho más agradable que besar a mi prometido.

No quiero a Tony Lombardo.

Apenas lo conozco.

Pero Emma Brennan cumple con su deber.

Solo que ahora Leo Santoro está aquí, y algo está a punto de salir muy, *muy* mal.

Estoy a tres metros del altar cuando las puertas traseras de la catedral se abren de golpe con un estruendo parecido al de un trueno.

Durante un segundo suspendido, todo se detiene.

La música del órgano se corta a mitad de una nota.

Todas las cabezas se giran hacia la entrada.

Entonces, una oleada de hombres cruza las puertas.

Hay diez, no, quizá quince, todos con trajes negros y armas muy visibles.

Se me encoge el corazón al notar que las armas apuntan a la multitud con intención clara.

Alguien grita.

Se desata el caos.

Los invitados saltan de los bancos, trepando en busca de cobertura.

Las mujeres chillan y los hombres gritan.

Oigo la voz de mi madre alzándose por encima de todo, aguda y asustada, gritando mi nombre.

Mi padre me empuja detrás de él con tanta fuerza que tropiezo, y el pesado vestido de novia se me enreda en las piernas.

Se lleva la mano a la chaqueta para alcanzar su pistola.

—Papá —empiezo a decir, pero no me escucha.

—¡Al suelo! —ruge.

Pero no lo hago. No puedo. Estoy congelada, con el corazón martilleando tan violentamente que lo siento en la garganta,

ahogando todo excepto el sonido de unos pasos —unos pasos constantes, sin prisa— que avanzan por el pasillo central.

Leo Santoro camina entre el caos como si paseara por un jardín.

Se mueve con una confianza absoluta que roza la arrogancia, flanqueado por sus hombres, y todo el mundo le abre paso instintivamente.

Es alto —al menos un metro noventa—, con el pelo oscuro, los ojos más oscuros aún y el tipo de rostro que resultaría atractivo si no tuviera en ese momento una expresión de tal frialdad que me hiela la sangre.

Lleva un traje negro, sin corbata, con el botón superior de su camisa blanca desabrochado.

Hay algo casi informal en él que lo hace más aterrador; como si estuviera tan seguro de sí mismo que ni siquiera se molestó en vestirse de etiqueta.

—¡Connor Brennan! —la voz de Leo corta los gritos, fría, controlada y absolutamente letal. No grita, pero no le hace falta—. Creo que tienes algo que me pertenece.

Mi padre se pone completamente delante de mí, con la pistola desenfundada y apuntando al pecho de Leo.

Por toda la catedral, veo a sus hombres hacer lo mismo; aparecen armas de fundas de chaqueta, de correas de tobillo y de vete a saber dónde más.

Los Lombardo también están armados.

El padre y los hermanos de Tony forman una línea protectora cerca del altar.

Al menos treinta pistolas apuntan ahora a Leo y a sus hombres.

Leo ni siquiera se inmuta.

—Tienes unos cinco segundos para darte la vuelta y salir de aquí antes de que te meta una bala entre los ojos —gruñe mi padre. Ya he oído ese tono antes. Es la voz que usa justo antes de que alguien muera.

—No lo creo. —Leo sigue caminando y acorta rápidamente la distancia entre nosotros con pasos medidos, con la mirada clavada en algo —en alguien— detrás de mi padre.

En mí, me doy cuenta con una sacudida de terror.

Me está mirando a *mí*. —Me quitaste algo hace cinco años, Connor. Hoy te devuelvo el favor.

Hace cinco años.

Mi mente vuela.

Hace cinco años yo tenía diecinueve, estaba en mi segundo año en Sarah Lawrence, preocupada por los exámenes finales, por los chicos y por todas las cosas normales que preocupan a las universitarias.

¿Qué podría haber pasado hace cinco años que llevara a esto, a que Leo Santoro reventara mi boda con un ejército de hombres armados?

Espera. El *underboss* de los Santoro.

El que murió en aquella disputa en el almacén.

Yo estaba fuera estudiando cuando ocurrió, aislada de lo peor de los negocios familiares, pero recuerdo la tensión de aquel verano.

El aumento de la seguridad.

La forma en que mi padre parecía más duro de algún modo, más volátil.

Oh, Dios mío.

—Mi hija no tiene nada que ver con nuestros negocios —dice mi padre, y hay algo en su voz que nunca antes había oído. ¿Es... miedo?— Sal de aquí ahora, Santoro, y olvidaremos que esto ha sucedido.

Leo se ríe, pero no hay humor en su risa. —¿Olvidarlo? ¿Como olvidaste tú a Gabriel desangrándose en el suelo de aquel almacén? ¿O qué tal cómo suplicaba ayuda mientras tú te alejabas?

Gabriel. El nombre resuena en mi cabeza.

¿Por qué me resulta tan familiar?

Las piezas encajan y casi me tambaleo.

Gabriel. Gabriel *Santoro*.

El *hermano* de Leo Santoro.

Joder.

—Emma, corre. —La voz de mi padre es urgente ahora y desesperada—. ¡Corre, ya!

Pero antes de que pueda escapar del enredo de faldas, Leo acorta la distancia que queda en tres zancadas largas.

Su mano se dispara y sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca como un grillete de hierro, con fuerza suficiente para dejar moratón.

Lo cual me hace reaccionar de forma inmediata y violenta.

—¡Suéltame! —me zafo de su agarre y levanto la otra mano para abofetearlo. El sonido retumba en la sala y oigo a mi madre gritar—. ¡Quítame tus putas manos de encima!

Si siente el dolor, no lo demuestra.

Su expresión no cambia en absoluto; esos ojos oscuros están fijos en los míos con una intensidad que se siente como el peso de un cuerpo físico.

De cerca, veo que sus ojos no son marrones puros, sino que tienen motas ámbar.

Puedo ver los vellos oscuros individuales de su barba de dos días.

Su colonia me envuelve, algo masculino con notas de cedro y bergamota.

Puedo ver la determinación absoluta en su rostro.

No voy a salir de esta catedral con mi padre.

No me voy a casar con Tony Lombardo hoy.

Me están llevando.

—Vienes conmigo —dice Leo, con una calma letal a pesar del caos y de las más de treinta pistolas que le apuntan a la cabeza.

—¡Ni hablar! —me retuerzo en su agarre, subiendo la rodilla hacia su entrepierna con todas las fuerzas que puedo reunir.

Leo se hace a un lado con tal fluidez que parece que lo esperaba, y con la mano libre me atrapa la otra muñeca.

Ahora tiene mis dos manos bloqueadas en su agarre y está tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo.

—¡Suéltala, Santoro! —brama mi padre—. ¡Te mataré ahí mismo!

Leo se encoge de hombros. —Entonces tendrás que disparar a través de tu hija para hacerlo. —Se mueve, atrayéndome contra su pecho de modo que quedo situada entre él y la pistola de mi padre, como un escudo humano.

Su brazo rodea mi cintura, inmovilizándome contra él, y a pesar de mis forcejeos no consigo liberarme.

Es demasiado fuerte, su agarre es demasiado firme, y cada vez que me muevo, él simplemente ajusta su presa y me sujeta con más fuerza. —Preferiría no matar a nadie hoy, Connor, pero lo haré si es necesario. Tú eliges.

El fuego de las armas estalla en algún lugar detrás de nosotros y sus estallidos agudos y ensordecedores me hacen pitar los oídos.

No veo qué está pasando, pero oigo gritos y la voz de mi madre alzándose por encima de todo, histérica y aterrorizada.

—¡Mamá! —grito, intentando estirar el cuello para verla.

Leo no me da la oportunidad.

Empieza a moverse, arrastrándome hacia atrás por el pasillo, hacia las puertas.

Sus hombres forman una barrera protectora a nuestro alrededor, con las armas levantadas y listas, y se mueven en perfecta sincronización, como si hubieran ensayado esto cien veces.

Probablemente lo hayan hecho.

Lucho contra él a cada paso.

Clavo los talones, o lo intento, pero el suelo de mármol es demasiado liso y mis zapatos de novia no tienen tracción.

Echo mi peso hacia atrás, intentando resultar lo más difícil de mover posible, pero Leo simplemente se ajusta y sigue caminando como si no pesara nada.

Llamo a gritos a mi padre, a Tony, a cualquiera que pueda ayudar.

—¡Papá! ¡Papá, por favor! —se me quiebra la voz al decirlo. Odio lo desesperada y asustada que sueno, pero no puedo evitarlo—. ¡No dejes que me lleve!

—¡Emma! —la voz de mi padre está ronca de angustia y rabia, y por el rabillo del ojo veo que intenta conseguir un tiro limpio, buscando un ángulo que no me ponga en la línea de fuego.

Pero Leo me mantiene perfectamente posicionada con sus hombres entre nosotros y cualquier posible tirador.

Tony sigue en el altar y lo veo por encima del hombro de papá, paralizado, con la boca abierta y los ojos desorbitados, con un aspecto absolutamente inútil en su esmoquin.

No se mueve para ayudarme.

Ni siquiera está echando mano a un arma.

Solo está ahí parado como una estatua mientras secuestran a su novia delante de sus narices.

—¡Tony! —le grito, furiosa ahora además del miedo—. ¡Haz algo!

Pero no lo hace.

Se limita a mirar, y en ese momento me doy cuenta de que Tony Lombardo nunca me habría hecho feliz.

No me habría protegido ni habría luchado por mí.

Habría pasado el resto de mi vida casada con un hombre que se bloquea cuando las cosas se ponen difíciles, que se queda mirando mientras su mujer necesita ayuda.

Al menos Leo Santoro tiene el valor de actuar, aunque lo que esté haciendo sea monstruoso.

Ya estamos en las puertas, casi fuera, y siento el aire cálido del verano mezclándose con el frescor con olor a incienso de la catedral.

Hago un último intento desesperado por liberarme, echando todo mi peso hacia un lado y gritando tan fuerte que me arde la garganta.

El brazo de Leo se aprieta alrededor de mi cintura, con tanta fuerza que no puedo respirar bien, y se inclina para que su boca quede justo al lado de mi oreja. Su voz es baja y fría.

—Deja de luchar o haré que mis hombres disparen a tu padre. Tú eliges.

Me quedo quieta porque sé que lo dice en serio.

Oigo la verdad en su voz, la siento en la forma en que me sujeta.

Leo Santoro matará a mi padre si no coopero, y no dudará.

Demonios, ni siquiera se sentiría culpable.

Ya ha perdido a su hermano a manos de Connor Brennan.

¿Qué es para él un cuerpo más?

—Buena chica —dice, y algo en la condescendencia de esas dos palabras hace que quiera escupirle a la cara.

Pero no lo hago. Porque no soy estúpida, y no voy a dejar que maten a mi padre solo para demostrar mi dignidad.

Leo me saca por las puertas y la luz del sol me da en la cara, brillante y cálida y absolutamente incongruente con lo que está pasando.

Es una tarde de junio preciosa, perfecta para una boda, y hay gente en la calle que se detiene a mirar la escena que se desarrolla en las escaleras de la catedral.

Una novia arrastrada por las escaleras por un hombre de negro, hombres armados detrás, gritos y disparos resonando desde el interior de la iglesia.

Seguro que alguien está llamando al 112 ahora mismo.

Bien.

Quizá la policía detenga esto antes de que...

Se abre la puerta de un coche y me empujan dentro con tanta fuerza que caigo sobre el asiento de cuero, con el vestido de novia enredado en las piernas.

Leo se desliza a mi lado antes de que pueda salir gateando, con la mano todavía cerrada alrededor de mi muñeca, y la puerta se cierra de un portazo.

El conductor, otro hombre de negro al que no le veo la cara, pisa el acelerador y salimos disparados con fuerza suficiente para lanzarme contra el respaldo del asiento.

Me incorporo a trompicones para girarme y mirar por la luneta trasera.

Mi padre sale a toda prisa por las puertas de la catedral, con su pelo gris brillando al sol.

Su rostro está desencajado por la rabia y el horror, con la pistola levantada pero inútil ahora que nos estamos moviendo.

Grita algo que no oigo a través del cristal.

El coche toma una curva a gran velocidad y la catedral de St. Patrick desaparece de la vista, llevándose consigo a mi padre, a Tony, a mi madre y mi vida entera.

Me giro para mirar a Leo Santoro, que está sentado a mi lado con aspecto sereno a pesar de la marca visible de la mano en su mejilla y de haber cometido lo que equivale a un acto de guerra contra la familia Brennan.

Me observa con esos ojos oscuros e intensos, esperando a ver qué haré a continuación.

El terror hace que me tiemblen las manos y que se me acelere el corazón, y respiro con jadeos cortos y bruscos.

Me han secuestrado el día de mi boda por un hombre que claramente quiere vengarse de mi padre.

Y sin embargo, bajo todo eso, algo parecido al valor se agita.

Emma Brennan no se rinde.

Emma Brennan no se rinde.

Y Leo Santoro está a punto de aprenderlo por las malas.

—Acabas de cometer el mayor error de tu vida —le digo con voz temblorosa pero todavía desafiante—. Mi padre va a matarte por esto. Va a cazarte y a hacerte sufrir antes de meterte una bala en la cabeza.

La expresión de Leo no cambia.

En todo caso, parece casi divertido por mi amenaza.

—Es libre de intentarlo —dice con calma. Luego suelta mi muñeca y se recuesta contra el asiento como si estuviéramos en un agradable paseo por la ciudad en lugar de huyendo de la escena de un secuestro—. Pero mientras tanto, querida mía, eres mía.

Las palabras resuenan en mi mente. *Eres mía.*

No soy suya.

No soy de nadie.

Soy Emma Brennan, y voy a encontrar una forma de salir de esta pesadilla aunque tenga que destrozar este coche con mis propias manos para conseguirlo.

Solo tengo que averiguar cómo.

2

LEO

El coche arranca frente a la catedral de San Patricio con la velocidad suficiente para lanzar a Emma contra mí, y ya oigo las sirenas empezar a aullar a lo lejos.

Justo según lo previsto.

La policía de Nueva York estará pululando por la catedral en unos noventa segundos, que es exactamente por lo que necesitábamos movernos rápido y por lo que Marco y los demás siguen dentro creando el caos suficiente para que la persecución sea imposible durante al menos veinte minutos.

Para entonces, ya estaremos muy lejos.

Cinco años de planificación, y la ejecución ha sido perfecta.

Cinco años desde que Connor Brennan le pegó un tiro en la cabeza a mi hermano menor por una disputa sobre los muelles de Brooklyn.

Cinco años desde que recibí la llamada de Dante diciéndome que Gabriel había muerto, abandonado para que se desangrara en el suelo de un almacén como si no fuera nada.

Cinco años desde que tuve que decirle a mi madre que su niño —el que quería ser chef, el que le llevaba flores cada domingo, el que seguía llamándola *Mamma* incluso a los veinticuatro— no volvería jamás a casa.

Connor afirmó que los Santoro nos estábamos llevando más de lo que nos correspondía de los accesos al puerto, lo cual era una puta mentira y todo el mundo lo sabe.

Los Brennan siempre han sido unos avariciosos, presionando para conseguir más territorio, más control.

Gabriel estaba en aquel almacén intentando negociar una resolución pacífica.

Connor Brennan le disparó en la cabeza por las molestias y lo dejó morir solo.

Los Brennan pagaron el dinero de sangre, una cantidad insultantemente pequeña que mi padre aceptó porque estaba cansado y enfermo y ya no tenía estómago para la guerra.

Lo dieron por zanjado.

Pura rutina.

Pero yo nunca lo olvidé. *Jamás* lo olvidaré.

Mi padre murió ocho meses después de Gabriel, su corazón falló porque había perdido las ganas de vivir.

Mi madre no ha vuelto a sonreír de verdad desde que enterramos a Gabriel, y yo me convertí en el hombre que necesitaba ser para dirigir a esta familia, para asegurarme de que nadie vuelva a pensar que puede quitarle algo a los Santoro sin consecuencias.

Cuando me enteré de que la hija de Connor se casaba con Tony Lombardo, supe que el momento por fin había llegado.

El matrimonio era claramente una maniobra de poder, un intento de expandir la influencia de los Brennan y potencialmente dejarnos fuera del acceso al puerto por completo.

Las rutas de transporte de los Lombardo a través de Jersey combinadas con el bastión de los Brennan en Manhattan crearían un corredor que evitaría nuestro territorio por completo.

Es inteligente, se lo reconozco a Connor.

Es exactamente lo que yo haría en su lugar.

Lástima que ese plan no haya funcionado.

Hoy, Connor Brennan ha aprendido lo que se siente cuando te lo arrebatan todo.

Emma Brennan, sin embargo, no parece apreciar la meticulosa planificación que ha conllevado su secuestro.

—¡Pedazo de cabrón, malnacido de mierda! —Se lanza contra mí en cuanto recupera el equilibrio, golpeando con los puños mi pecho, mis hombros, mis brazos, cualquier lugar que alcance.

La monstruosidad que llama vestido de novia nos envuelve a ambos y ella lucha a través del tejido como un gato montés atrapado en una red—. ¡Suéltame! ¡Sácame de este puto coche ahora mismo, pedazo de mierda!

Dejo que me pegue.

Tiene derecho a estar furiosa y, sinceramente, los golpes no duelen.

No es una mujer grande y no tiene el impulso ni el entrenamiento para hacerme un daño real, aunque le reconozco el mérito de intentarlo.

Sus puños impactan contra mi pecho, mis hombros, y una vez contra mi mandíbula con la fuerza suficiente para que llegue a sentirlo.

Mantengo un brazo bloqueado alrededor de su cintura para evitar que haga alguna estupidez como intentar tirarse del vehículo en marcha, algo que, a juzgar por cómo mira el tirador de la puerta, está sopesando seriamente.

La cara de Connor Brennan cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, cuando comprendió que me llevaba a su hija y no había nada que pudiera hacer para detenerlo... solo ese momento ya ha valido los cinco años de planificación.

Esa mirada de absoluto horror e impotencia.

Soñaré con esa mirada el resto de mi vida.

Eso es lo que pasa cuando matas al hermano de un hombre y crees que puedes pagar un dinero de sangre y marcharte sin más.

Emma sigue gritando, con la voz ronca y furiosa, y el sonido empieza a irritarme.

—¡Eres hombre muerto! ¿Me oyes? ¡Muerto! ¡Mi padre va a dar contigo y te va a echar a los putos peces! ¡Te va a cortar las pelotas y te las va a meter tan adentro de la garganta que estarás cagándolas una semana! —Se detiene para tomar aire, con el pecho agitado—. ¡Espero que te salga un cáncer de polla! ¡Espero que se te caiga el nabo y se lo coman las ratas! Espero que...

—Espera, ¿acabas de decir que soy un malnacido de mierda? —la interrumpo cuando sus palabras por fin calan en mí y me siento genuinamente impresionado—. Esa es nueva.

Sus ojos verdes se entornan en rendijas de pura furia y veo que he cometido un error táctico al mostrar diversión.

—¿Ah, te gusta eso, pedazo de escoria infecta? —casi gruñe, con las mejillas de un rojo intenso—. ¿Qué te parece esto? Espero que pises piezas de Lego todos los días del resto de tu miserable y puta vida. Espero que te hagas un corte con un papel en la uretra. Espero que alguien cambie todo tu café por descafeinado y nunca sepas por qué estás siempre cansado, ¡pedazo de gilipollas integral!

A pesar de la adrenalina que aún recorre mi sistema y de la posibilidad muy real de que Connor intente iniciar una guerra por esto, siento que me tiemblan los labios.

—¿Te parece *gracioso*? —Su voz sube aún más de tono—. ¿Te parece que secuestrarme tiene puta gracia, vertedero de semen rancio?

—No tiene gracia —digo, manteniendo la voz más calmada de lo que me siento, lo cual sé que la enfurecerá más—. Pero tengo que admitir que tu creatividad es impresionante. Lo del corte de papel en la uretra es particularmente inspirado. ¿Se te ha ocurrido a ti sola o hay algún tipo de escuela de modales para niñas ricas donde enseñan a insultar con creatividad?

No debería haber dicho eso.

La mano de Emma sube y sus uñas me arañan la otra mejilla, y esta vez aplica una fuerza real.

Siento cómo se abre la piel y el picor caliente de la sangre deslizándose por mi cara.

Joder, eso ha dolido.

—¡Pedazo de bastardo engreído! —Respira con dificultad, con el pecho agitándose contra el ceñido corpiño de ese vestido de novia, y hay algo absolutamente magnético en la furia que emana de ella—. ¡Espero que se te infecte y se te pudra la cara!

Le atrapo la muñeca antes de que pueda intentar un tercer golpe, rodeando sus delicados huesos con mis dedos.

Su piel es suave y puedo sentir su pulso martilleando contra mi pulgar.

Su corazón va a mil por hora, probablemente al doble de su ritmo normal, y sé que está aterrorizada aunque lo oculte tras la rabia.

Buena estrategia, en realidad.

La ira es mejor que el miedo.

La ira te mantiene alerta.

El miedo solo te vuelve estúpido.

He pasado cuarenta y tres minutos en la catedral de San Patricio observando los preparativos sentado en ese banco del fondo.

He visto a Connor mezclarse con la gente, dando la mano como si fuera el padre del año en lugar de un asesino.

He visto a Teresa Brennan interpretar el papel de perfecta esposa de mafioso.

He visto desfilar a los padrinos, con Tony Lombardo pareciendo adecuadamente nervioso por su matrimonio de alianza.

Entonces Emma apareció al fondo de la iglesia.

Y me cago en todo.

Había visto fotos suyas antes.

Sabía que era atractiva, pero las fotografías no le hacen justicia.

El vestido blanco con pedrería le quedaba lo bastante ajustado como para mostrar la curva de su cintura, el realce de sus pechos.

Es alta, de un metro setenta o setenta y cinco, con una constitución esbelta.

El vestido resalta su figura de una manera que probablemente pretende ser recatada, pero que solo hace que me fije en cosas que no debería.

Su cabello cobrizo oscuro recogido deja expuesta la nuca, y hay algo en esa curva vulnerable que me ha hecho sentir un hormigueo en los dedos.

Incluso a quince metros de distancia, podía decir que sus ojos eran inusuales: algún color claro que destaca contra sus pestañas oscuras.

Verdes, había pensado.

El tipo de ojos que exigen atención.

Es el tipo de belleza que detiene el tráfico y vuelve a los hombres estúpidos y temerarios.

Seguramente Connor Brennan tendría que espantar a los pretendientes a palos, no es que fuera a dejarla elegir a su propio marido de todas formas.

Y mientras empezaba a caminar hacia el altar de la mano de su padre, pude ver que se sentía desgraciada.

La sonrisa no llegaba a esos ojos impactantes.

Cada línea de su cuerpo gritaba reticencia a pesar de mantener esa compostura nupcial de postal.

Ella no quería este matrimonio.

Esto era el deber.

Y durante medio segundo, algo parecido al remordimiento me recorrió por dentro.

Solo tiene veinticuatro años, lo cual parece imposiblemente joven desde mi posición a los treinta y cinco.

Por lo que se sabe, es inocente de los pecados de Connor.

Tenía... ¿qué, diecinueve años cuando murió Gabriel?

Estaba fuera, en la universidad, estudiando cualquier carrera inútil de niña rica que su padre considerara apropiada, y probablemente ni siquiera recuerde haber oído hablar de la muerte de Gabriel, si es que llegó a enterarse.

Connor es el tipo de hombre que se asegura de que sus mujeres estén apartadas de los aspectos más oscuros de nuestro mundo.

Pero la inocencia no importa.

Connor se llevó a mi hermano.

Se lo arrebató a nuestra madre, a Valentina, a todos los que lo querían.

Se llevó el futuro de Gabriel, sus sueños, su ridículo optimismo sobre firmar la paz entre las familias.

Dejó a mi hermano pequeño desangrándose solo en aquel almacén y le negó ayuda, le negó clemencia, le negó *todo*.

Connor se llevó todo aquello y nos dejó con el duelo, la rabia y un vacío que nunca se llenará.

Así que yo me llevo a su hija.

No es justo para ella y desde luego no es legítimo, pero ¿cuándo ha tenido esta vida algo que ver con la justicia?

Vivimos en un mundo construido sobre la violencia y el castigo, donde la sangre exige sangre.

Connor debería haber pensado en las consecuencias antes de pegarle un tiro en la cabeza a mi hermano.

—Cuidado, princesita —le digo a Emma, manteniendo la voz serena—. Te vas a hacer daño.

—¡El daño te lo voy a hacer a *ti*! —Intenta liberar su muñeca de un tirón, pero no la suelto—. Suéltame ahora mismo o te juro por Dios que...

—¿Me juras por Dios qué? —Me inclino ligeramente, sintiendo curiosidad genuina—. ¿Vas a pegarme otra vez? No te ofendas, pero mi hermana pegaba mucho más fuerte de niños. —Ladeo la cabeza, estudiándola—. ¿O pensabas volver a arañarme? Adelante. Tengo la otra mejilla libre.

Si las miradas matasen, yo ya estaría bajo tierra y a mitad de camino al infierno.

Emma Brennan tiene los ojos más expresivos que he visto en mi vida.

No son solo verdes, sino de ese verde intenso y cristalino que me recuerda a los cristales de mar, y ahora mismo arden de odio.

Tiene las pupilas dilatadas por la adrenalina y las pestañas apelmazadas por el rímel, que empieza a correrse por las lágrimas que se esfuerza ferozmente en contener.

Hay algo en esa combinación de belleza y rabia absoluta que me parece—

Basta. Esto no tiene que ver con ella.

Pero, ¡por Dios!, está dando mucha más guerra de la que esperaba.

Había pensado que Connor le habría quitado esa vena rebelde a base de entrenamiento y que la habría vuelto sumisa y obediente, como crían a la mayoría de las hijas de la mafia.

Para ser vista, pero no oída.

Decorativa, pero no difícil.

Está claro que me equivocaba.

—Suéltame. Ya —Emma acentúa cada palabra con un nuevo intento de soltarse, retorciendo todo su cuerpo.

El vestido de novia lo hace incómodo, pero ella no deja que eso la detenga.

Yo no la suelto.

En su lugar, me regocijo diciendo, con mucha calma: —No.

Esa única palabra parece causarle algún efecto.

Observo cómo se produce el cambio: el modo en que se le abren aún más los ojos y se le corta la respiración.

Su expresión pasa de la rabia pura a algo que podría ser desesperación o la primera comprensión real de lo jodida que es su situación.

—¿No? —repite, y se le quiebra la voz—. ¿Cómo que no?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. No. No voy a soltarte. Ni ahora, ni cuando lleguemos a nuestro destino, ni hasta que yo decida que tu padre ha sufrido lo suficiente por lo que le hizo a mi familia —la observo procesar esto—. Así que te sugiero que te pongas cómoda, princesa, porque tú y yo vamos a pasar *mucho* tiempo juntos.

Durante un momento, simplemente se me queda mirando.

Luego, se le descompone el gesto y creo que va a ponerse a llorar, lo que, sinceramente, sería más fácil de gestionar que sus ataques.

Pero Emma no llora.

En lugar de eso, se desploma contra el asiento, respirando con dificultad, y levanta la mano libre para limpiarse el rímel corrido bajo los ojos.

Lleva el velo torcido, colgando hacia un lado, y se le sueltan varios mechones de pelo castaño rojizo.

El maquillaje, aplicado con cuidado, se está corriendo, tiene el carmín corrido y el vestido blanco inmaculado ya se está ensuciando.

Tiene un aspecto desastroso, pero sigue siendo lo más hermoso que he visto en mi vida, y me odio un poco por darme cuenta.

Esto no va de Emma Brennan, ni de sus ojos color cristal de mar, ni de sus creativas amenazas.

No va de que me haya golpeado y arañado la cara dos veces y yo esté extrañamente impresionado, ni de que casi me haya dado un rodillazo en la catedral que apenas he esquivado.

Esto va de venganza.

Pura y dura.

Se trata de que Connor Brennan comprenda lo que se siente al perder a alguien.

Se trata de Gabriel.

Pero al mirar a Emma ahora, hundida en el asiento con el pecho agitado mientras intenta recuperar el aliento, no puedo evitar preguntarme si he cometido un error.

No por habérmela llevado —Connor se lo merece—, sino por haber asumido que sería una cautiva fácil.

Una víctima pasiva.

Está claro que Emma Brennan va a ser una complicación.

—Quiero llamar a mi madre —dice de repente, con voz ronca. Ya no me mira, sino que clava la vista en el respaldo del asiento del conductor—. Padece del corazón. El estrés de esto podría—

—Nada de llamadas —la interrumpo antes de que pueda terminar su manipulación emocional. Buen intento, de todos modos—. Ni a tu madre, ni a tu padre, ni a nadie.

—¡Podría darle un infarto! —Emma gira la cabeza bruscamente y ahora veo miedo real en sus ojos—. No lo entiendes, ella—

—Entiendo que dirás cualquier cosa para intentar tener ventaja —le suelto la muñeca y me recuesto, poniendo unos centímetros de distancia entre nosotros—. Tu madre estará bien. Connor se encargará de ello.

Emma aprieta la mandíbula y veo que se muerde la lengua para no decir lo que sea que esté pensando.

Mi conductor toma una curva lo bastante rápido como para que Emma tenga que agarrarse al tirador de la puerta.

Nos dirigimos al norte, saliendo de Manhattan, tomando calles secundarias y dando rodeos para asegurarnos de que no nos siguen.

Para cuando Connor averigüe qué camino hemos tomado, ya estaremos en el piso franco.

—¿A dónde me llevas? —pregunta Emma en voz baja.

La combatividad parece habérsele agotado, al menos temporalmente, y ha recuperado esa compostura cautelosa que vi en la catedral.

La máscara.

Emma Brennan, princesa de la mafia, haciendo aquello para lo que fue entrenada.

—A un lugar seguro.

Ella frunce el ceño. —Eso no es una respuesta.

Me encojo de hombros. —Es la única respuesta que vas a recibir.

Se gira para mirarme y ahora hay algo calculador en su expresión.

Está intentando analizarme y encontrar una debilidad.

Reconozco esa mirada.

Se la he visto a cada negociador y rival al que me he enfrentado.

—Mira —empieza, y su voz cambia a algo más suave, más razonable. Casi suplicante—. Entiendo que estés enfadado. Sea lo que sea lo que haya pasado entre tú y mi padre, entiendo que estés molesto. Pero yo no he tenido nada que ver. Ni siquiera... No sé qué problema tienes con mi padre. Yo no me meto en sus asuntos.

Vaya, el enfoque de la inocente.

Un clásico.

Y predecible.

—Anotado —digo, manteniendo mi expresión neutral.

Parpadea, desconcertada, pero sigue adelante: —Así que no hay razón para retenerme. No formo parte de ninguna disputa que tengas con mi padre. Solo soy... No soy nadie. No soy importante para sus negocios.

—Eres su hija —señalo—. Eso te hace muy importante.

—¡Pero si no sé nada! —se inclina hacia delante con sus ojos verdes muy abiertos y sinceros. Contengo una sonrisa burlona. Ahora estamos con el numerito de la damisela en apuros—. No puedo darte información. No puedo ayudarte con lo que sea que estés planeando. No te sirvo de nada como moneda de cambio porque mi padre—

—Tu padre quemará medio Nueva York para recuperarte —la interrumpo, y no puedo evitar el tono de satisfacción en mi voz—. Lo

que significa que eres *extremadamente* útil para mí. Pero buen intento con lo de «no soy nadie». Ha sido *casi* convincente.

Vuelve a apretar la mandíbula y la frustración cruza su rostro antes de que lo alise. No está acostumbrada a que la gente vea a través de ella.

—Necesito llamar a mi madre —lo intenta de nuevo—. Estará muerta de preocupación. Padece del corazón—

—Volvemos a la excusa del corazón. No.

—Pero...

—No.

—Es que no entiendes, ella—

—Sigue siendo no —digo con suavidad.

La compostura de Emma se quiebra. —¡No puedes limitarte a decir que no! ¡Tengo que hacerle saber que estoy viva! ¡Podría darle un infarto por el estrés!

—Su muerte saldría en las noticias, así que ya te avisaré si fallece —digo, reprimiendo una sonrisa ante su expresión de asombro—. Además, Connor sabe que no voy a matarte; no se trata de eso — me acomodo contra el asiento—. Así que no, no puedes llamar a tu madre. Ni a tu padre. Ni a nadie más.

—¡Eso es... es completamente irracional! —se está alterando de nuevo y le aparecen dos manchas brillantes en las mejillas—. ¡Solo pido una llamada! ¡Es... es de una decencia humana básica!

Bostezo. —Y aun así, la respuesta sigue siendo no.

—Pero ¿*por qué*? —ya casi está gimoteando, y hay algo entrañable en ello—. ¿Qué posible razón podrías tener para—

—Porque lo digo yo.

Eso la deja helada.

Me mira con la boca entreabierta, como si no pudiera creer lo que acaba de oír.

Entonces comprende la situación: se da cuenta de que no va a salir de esta mediante la manipulación y de que sus tácticas habituales no funcionarán.

No tiene absolutamente ninguna ventaja.

—No puedes hablar en serio —dice despacio.

—Hablo totalmente en serio —respondo con sorna.

—Eso es... —le cuesta encontrar las palabras—. ¡Eso no es una razón! ¡Eso es lo que los padres les dicen a los niños de cinco años!

—Y aun así, sigue siendo la respuesta que vas a recibir —no puedo evitar una ligera sonrisa. Está genuinamente indignada por el hecho de que le digan que no, como si fuera un concepto extraño para ella—. Déjame adivinar: Connor te da todo lo que quieres. Te has salido con la tuya toda la vida con solo pedirlo por favor, haciendo pucheros o usando esos ojazos verdes.

—Yo no hago pucheros —espeta ella.

Le señalo la cara. —Literalmente estás haciendo un puchero ahora mismo.

—No estoy... —se interrumpe al darse cuenta de que sí lo está haciendo, y su expresión cambia a una furia pura—. Eres un imbécil.

Encogiéndome de hombros, me inspecciono las uñas. —Me han llamado cosas peores. Tú, de hecho. Hace unos cinco minutos.

—Eres un gilipollas integral hecho y derecho —matiza ella.

Le sonrío. —Ahí estamos. Mucho mejor.

Emma emite un sonido de frustración, algo entre un gruñido y un grito, y tengo que contenerme la risa porque está verdaderamente furiosa conmigo por no haber caído en su manipulación.

La princesa Emma Brennan no está acostumbrada a que le digan que no.

No está acostumbrada a que sus encantos fallen o a estar en una situación en la que no tiene absolutamente ningún control.

—Quiero hablar con mi padre —exige agresivamente.

Dios, no sabe cuándo rendirse. —No.

—Quiero que me sueltes —ordena ella.

—No.

—Quiero—

—Deja que te ahorre tiempo —la interrumpo, inclinándome hacia delante. Entrelazo los dedos en su recogido, en la nuca, sujetándola con firmeza para que tenga que escucharme—. Cualquier cosa que estés a punto de pedir, la respuesta es no. Cualquier exigencia que planees hacer, no voy a aceptarla. Cualquier táctica de manipulación que te dispongas a emplear, ya la he visto antes y no funcionará. Así

que puedes ahorrar saliva, o puedes seguir intentándolo si eso te hace sentir mejor, pero el resultado será el mismo.

Me mira con un odio tan puro y absoluto que, si yo fuera más débil, probablemente me sentiría inquieto.

—Estás disfrutando con esto —me acusa.

—«Disfrutar» es una palabra muy fuerte.

—¡Mentira! —exclama—. ¡Estás sonriendo! ¡Literalmente estás sonriendo ahora mismo!

Lo estoy haciendo, de hecho. Solo un poco. No puedo evitarlo: es condenadamente entretenido ver a Emma Brennan darse cuenta de que no puede salir de esta mediante el encanto o la manipulación y que, probablemente por primera vez —la segunda, si contamos su casi boda— en su vida de privilegios, no tiene poder alguno.

—Aprecio la creatividad —le digo con sinceridad, soltándola y recostándome de nuevo—. El enfoque de «no soy nadie» ha estado bien. Lo de la madre enferma ha sido una buena jugada emocional. Las exigencias agresivas han sido un cambio de ritmo agradable. Pero nada de eso va a funcionar, así que más vale que ahorres energías.

—Te odio —dice ella con tono tajante.

—Es justo —concedo.

—Te odio tanto que, si fuéramos las dos últimas personas sobre la faz de la Tierra, preferiría morir sola antes que dirigirte la palabra.

—Anotado.

—Espero que... —hace una pausa, buscando algo lo bastante terrible—. ¡Espero que te estriñas durante un mes y que, cuando por fin cagues, parezca que estás pariendo un cactus!

A mi pesar, me río. Es una risa auténtica que nos sorprende a ambos.

Emma parece aún más indignada. —¡No te rías de mí!

—No me río de ti, me río de lo del cactus. Eso es... —sacudo la cabeza, todavía sonriendo—. Eso es muy gracioso. Tendré que recordarlo.

Emma golpea el asiento con las manos. —¡Deja de encontrarme entretenida!

—No.

Esa única palabra —la misma que he estado usando para denegar cada una de sus peticiones— parece romper algo en ella.

Se le hunden los hombros y se deja caer contra el asiento, respirando con dificultad, con el rímel corriéndole por la cara.

La combatividad se le ha vuelto a agotar y tiene un aspecto derrotado.

Incluso desaliñada y furiosa, y probablemente planeando mi muerte, sigue siendo hermosa.

No puedo pensar así.

Esto va de que Connor Brennan sienta una fracción del dolor que yo he cargado durante cinco años.

Esto va de venganza.

Nada más.

Incluso aunque los ojos color cristal de mar de Emma Brennan, sus insultos creativos y su absoluta incapacidad para asimilar que le digan que no estén complicando las cosas mucho más de lo que planeé.

3

EMMA

El trayecto dura dos horas, aunque pierdo la noción del tiempo en algún momento alrededor de los cuarenta minutos, cuando la adrenalina finalmente desaparece y el agotamiento me golpea como un maldito camión.

Sigo llevando este ridículo vestido de novia, con el encaje arañándome la piel y el corpiño tan apretado que apenas puedo respirar.

El velo termina de caerse del todo en algún punto de la autopista y ni siquiera me importa lo suficiente como para recogerlo del suelo.

Leo no me dirige la palabra en lo que queda de viaje.

Se limita a quedarse ahí sentado con esa calma suya tan exasperante, consultando el móvil de vez en cuando o mirando por la ventana como si estuviéramos en un agradable paseo de domingo en lugar de huir de la escena de un secuestro.

George —el conductor, he oído que Leo lo llamaba así— toma carreteras secundarias y callejuelas, dando rodeos varias veces de una forma que deja claro que sabe lo que hace.

Se asegura de que no nos sigan.

No es que importe.

Mi padre me encontrará.

Tiene que encontrarme.

Pero a medida que la ciudad deja paso a los suburbios y luego al campo propiamente dicho, con colinas ondulantes y bosques densos que parecen sacados de una postal, siento que mi esperanza empieza a flaquear.

Estamos lejos de Manhattan ahora y de cualquiera que pudiera ayudarme. Lejos de todo lo que conozco.

El terror que he estado intentando contener amenaza con desbordarme, pero lo reprimo en lo más profundo y me envuelvo en mi ira como si fuera una armadura.

No voy a llorar.

No voy a darle a Leo Santoro la satisfacción de verme derrumbarme.

El refugio aparece de repente tras una curva de la carretera y, a pesar de todo, no puedo evitar quedarme mirando.

No es una casa. Es una finca.

Una monstruosidad de tres plantas se alza tras un muro de piedra de tres metros que rodea toda la propiedad, rematado con lo que estoy casi segura de que es una valla eléctrica disfrazada de hierro forjado decorativo.

Se ven guardias en la puerta y apostados por el perímetro, armados y alerta.

Esto no es solo un refugio. Es una fortaleza.

Se me encoge el corazón cuando George atraviesa las puertas y estas se cierran tras nosotros con una finalidad que me oprime el pecho, y por fin veo algo más que la parte superior del edificio.

El edificio principal es enorme, construido en piedra y madera oscura con un aspecto que parece pertenecer a la campiña italiana más que al norte del estado de Nueva York.

Hay alas que se extienden a ambos lados, con jardines cuidados que probablemente se vean preciosos a la luz del día, pero que ahora resultan sombríos y amenazadores bajo el sol de última hora de la tarde, y lo que parece ser una casa de invitados independiente a lo lejos.

—Bienvenida a casa —dice Leo, y me dan ganas de arrancarle los ojos por la naturalidad con la que lo dice. Como si esto fuera normal. Como si no acabara de arruinarme la vida entera.

El coche se detiene frente a la entrada principal y Leo se baja, rodeando el vehículo hasta mi puerta antes de que pueda siquiera pensar en intentar bloquearla desde dentro.

La abre y alarga la mano hacia mí, y yo retrocedo por el asiento a toda prisa.

—No me toques —siseo.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas —dice él, con una paciencia desesperante—. Tú eliges.

¿Cómo se *atreve* el muy imbécil? —¡Vete a la mierda!

—Por las malas, entonces.

Me agarra de la muñeca —la misma que ya me ha dejado marcada— y me saca del coche a tirones. Intento luchar, pero estoy tan cansada que siento los músculos como si fueran de gelatina por el bajón de adrenalina, el miedo y las dos horas que he pasado sentada rígidamente en ese coche.

Cuando tropiezo en el camino de grava, estorbada por la ridícula cola de mi vestido de novia, Leo ni siquiera se detiene.

Me levanta en vilo como si no pesara nada, con un brazo bajo mis rodillas y otro rodeándome la espalda, y me lleva hacia la casa.

—¡Suéltame! —le golpeo el pecho con los puños, pero los golpes no tienen fuerza. Odio lo débil que me siento ahora mismo, que mi cuerpo me traicione cuando más necesito luchar—. ¡Suéltame ahora mismo, pedazo de mierda secuestrador!

Leo no responde.

Se limita a subir conmigo los escalones de la entrada, cruza la puerta que alguien —otro guardia vestido de negro— le abre y entra en la casa.

Incluso a través de mi terror y mi rabia, no puedo evitar fijarme en lo bonito que es el interior.

El vestíbulo es enorme, con suelos de madera oscura, techos de vigas vistas y una gran escalinata que sube curvándose hacia la segunda planta.

Hay cuadros en las paredes que parecen originales y caros, muebles que son claramente antigüedades y flores frescas en jarrones de cristal.

Es elegante y de buen gusto, algo que choca por completo con el hecho de que me lleven a rastras contra mi voluntad.

—¿Está lista la habitación? —le pregunta Leo a alguien. Me giro para ver a otro guardia asintiendo y luego me sube por esa gran escalera, con la cola de mi vestido de novia arrastrándose tras nosotros como una especie de macabra procesión nupcial.

Llegamos a la segunda planta y Leo me lleva por un pasillo flanqueado por más obras de arte, más muebles caros, más pruebas de que quienquiera que sea el dueño de este lugar tiene dinero de sobra.

Se detiene ante una puerta cerca del final del pasillo y se las arregla para abrirla sin dejar de sujetarme, lo que me cabrea aún más porque es otro recordatorio de lo fuerte que es él y de lo absolutamente impotente que soy yo ahora mismo.

El dormitorio al que me lleva es grande.

Es tal vez el doble de grande que el dormitorio de mi infancia en casa de mi padre. Hay una enorme cama con dosel con lo que parecen sábanas de algodón egipcio en crema y dorado, una zona de estar con un sofá y dos sillones dispuestos alrededor de una chimenea, ventanales del suelo al techo que dejan pasar la luz del atardecer y una puerta que supuestamente conduce al baño.

Es precioso.

Es lujoso.

Es claramente digno de una reina.

También es, sin ninguna duda, una prisión.

Los hermosos ventanales de suelo a techo con vistas a los jardines y al bosque tienen rejas.

No son los típicos barrotes de cárcel, sino un hierro forjado decorativo diseñado con inteligencia para que parezca parte de la estética.

Filigranas y adornos que ocultan el hecho de que cada pieza de metal es lo bastante gruesa como para que no pudiera doblarla ni romperla jamás.

La puerta tiene una cerradura por fuera.

Y no es una cerradura sencilla.

Desde aquí veo que es un cerrojo de seguridad, de los que requieren llave y que no podré forzar con una horquilla aunque tuviera una.

Leo me deja en el centro de la habitación, sobre una alfombra mullida, y de inmediato me alejo de él tropezando.

Me tiemblan tanto las piernas que apenas puedo mantenerme en pie, y el vestido de novia no ayuda.

Me sujeto al respaldo del sofá y me giro para enfrentarme a él, tratando de recuperar algo de dignidad a pesar de que sigo llevando este vestido arruinado y de que estoy segura de que parezco un puto desastre.

Leo me examina con esos ojos fríos y oscuros, con una expresión ilegible.

Los arañazos que le hice en el coche siguen siendo visibles, finas líneas de sangre seca que le dan un aspecto peligroso.

Cosa que es.

Tengo que recordar eso.

Leonardo Santoro es un hombre peligroso que acaba de secuestrarme y me ha traído a una fortaleza en mitad de la nada.

—Te quedarás aquí hasta que yo decida lo contrario —dice, con voz calmada y práctica—. Se te dará de comer tres veces al día. Se te proporcionará ropa. Libros, si los quieres, y materiales de dibujo. Lo que necesites. Pero no saldrás de esta habitación sin supervisión, y no saldrás de esta propiedad bajo ningún concepto.

Tengo la garganta tan cerrada que apenas puedo articular palabra. —¿Por qué? —Apenas sale de mi boca como un susurro—. ¿Qué quieres de mí?

—No quiero nada de ti. —Lo dice con sencillez, como si fuera un hecho obvio—. Esto no tiene nada que ver contigo.

Me quedo boquiabierta. —Entonces, ¿por qué...?—

—¿Es que no estabas escuchando en la catedral? Tu padre mató a mi hermano hace cinco años. —La mandíbula de Leo se tensa y es la primera señal de emoción real que le veo desde que salimos de la ciudad.

—Gabriel no quería esta vida. No tenía ningún deseo de participar en los negocios familiares. Pero nuestro padre lo envió a

negociar y el tuyo lo ejecutó como si no fuera *nada*.

—Eso no fue culpa mía —susurro, y odio lo débil que suena mi voz—. Yo no tuve nada que ver. Ni siquiera... Estaba en la *universidad*, no sabía nada...

—Lo sé. —La expresión de Leo no cambia ni se suaviza—. Pero eres su hija. Eres lo que él más valora en este mundo. Puede que a Connor Brennan no le importen muchas cosas, pero tú sí. Y ahora sabe lo que se siente al perder a alguien a quien ama.

La implicación de sus palabras cala poco a poco.

—Vas a matarme.

—Ya te he dicho que no lo haría. —Lo dice con tal calma que casi lo creo—. No soy como tu padre. No mato a gente inocente para demostrar nada. Pero Connor no sabe eso. Se pasará las próximas semanas preguntándose si estás viva o muerta. *Eso* es lo que se merece. Sentir una fracción de lo que sintió mi familia.

—No soy... —Se me quiebra la voz y tengo que detenerme para tragar saliva ante el terror que amenaza con asfixiarme—. No soy lo que él más valora. Te equivocas en eso.

La expresión de Leo cambia a algo que podría ser lástima, lo cual es de algún modo peor que la fría indiferencia. —Sí, lo eres. Créeme.

—Mi padre me encontrará. —Intento sonar desafiante, pero sale desesperado—. Te matará a ti y a todos los que te importan.

—Es libre de intentarlo. —Leo se dirige hacia la puerta y yo me pego al sofá, tratando de mantener la distancia entre nosotros. Se da cuenta y algo cruza su rostro demasiado rápido para que pueda leerlo—. Los guardias te traerán la cena en unas horas. Hay ropa en el armario y el baño está tras esa puerta. Te sugiero que te quites el vestido de novia e intentes descansar.

—Vete al infierno —gruño, poniéndome de pie de nuevo como si eso diera más peso a mi amenaza.

Bosteza. —Ya has dicho eso hoy. Intenta ser más creativa la próxima vez, sé que puedes hacerlo. —Se detiene en el umbral, con una mano en el marco, y vuelve a mirarme—. Por lo que vale, *sí* que siento que te hayas visto envuelta en esto. Pareces haber sido mejor educada que tu padre.

Leo sale y cierra la puerta tras de sí.

Oigo el cerrojo encajar con un sonido sólido y definitivo que parece resonar en el repentino silencio.

Estoy sola.

Me quedo allí de pie un largo momento, pero entonces las piernas me fallan y me hundo en la alfombra, con la enorme falda del vestido amontonándose a mi alrededor como un charco blanco.

Esto no puede estar pasando.

Esto no puede ser real.

Pero lo es. Es real.

Estoy atrapada en un dormitorio en una finca en medio de ninguna parte, prisionera de un hombre que quiere vengarse de mi padre por algo de lo que yo ni siquiera tenía conocimiento.

Las lágrimas acuden por fin y ya no puedo contenerlas más.

Lloro hasta que me duele la garganta y me arden los ojos. Lloro por mi boda arruinada, por mi madre aterrorizada, por mi padre, que probablemente se esté volviendo loco en este mismo instante.

Lloro por la vida que tenía hace tres horas, cuando mi mayor problema era casarme con un hombre al que no amaba.

Ahora mismo recuperaría ese problema sin dudarlo ni un segundo.

Finalmente las lágrimas cesan, dejándome agotada y vacía, y todavía con este puto vestido puesto.

Me obligo a levantarme y caminar hacia el baño. Es tan lujoso como el dormitorio, con mármol y accesorios de oro.

Incluso hay una bañera en la que cabrían tres personas.

Hay un montón de toallas blancas y esponjosas sobre la encimera y artículos de aseo de aspecto caro alineados junto al lavabo.

Tardo veinte minutos en quitarme el vestido de novia.

Los botones recorren toda mi espalda y apenas puedo alcanzarlos; tengo los dedos todavía temblorosos y torpes.

Cuando el vestido cae por fin al suelo con un susurro de encaje y seda, le doy una patada hacia el rincón con más violencia de la necesaria.

Encuentro un albornoz colgado detrás de la puerta del baño.

Es de un rizo blanco grueso que probablemente sea también ridículamente caro, y me envuelvo en él, saboreando su suavidad comparada con lo mucho que rascaba mi vestido de novia.

Luego voy a explorar el armario que mencionó Leo.

Es un vestidor, más grande que mi cuarto de baño en casa, y está lleno de ropa.

Ropa de mujer de lo que parece ser mi talla.

Hay vaqueros y jerséis, vestidos y faldas, ropa de deporte y pijamas.

Todo tiene todavía las etiquetas puestas.

Todo parece nuevo y es exactamente el tipo de cosas que yo elegiría normalmente.

Lo que significa que Leo, o alguien que trabaja para él, me ha investigado.

Sabían mi talla, mi estilo, y planearon esto con la suficiente atención como para prepararme un puto vestuario completo.

Caer en la cuenta de ello hace que se me erice la piel.

Cojo unos pantalones de pijama de algodón suave y una parte de arriba a juego y me cambio.

Luego vuelvo al dormitorio y examino mi prisión con más detenimiento.

Los libros que mencionó Leo están en un estante junto a la chimenea.

Son clásicos, en su mayoría, y algo de ficción contemporánea.

Distingo a varios autores italianos y algunos textos de filosofía.

Hay un bloc de dibujo y un juego de lápices de dibujo en el escritorio junto a la ventana.

Saben que me gusta dibujar y leer.

¿Cuánto tiempo lleva planeando esto?

Me hundo en el sofá y me llevo las rodillas al pecho, rodeándolas con los brazos.

El terror está empezando a dar paso de nuevo a la ira —incandescente y reparadora— y me aferro a ella porque la ira es mejor que el miedo.

La ira me mantendrá alerta y me ayudará a buscar una salida.

Porque *voy* a salir de aquí.

Tengo que hacerlo. No voy a pasar el resto de mi vida como prisionera de Leo Santoro.

Dos guardias traen la cena a las siete de la tarde.

Son dos hombres corpulentos vestidos de negro que no establecen contacto visual ni responden cuando les exijo que me dejen salir.

Dejan una bandeja en la mesa de centro, comprueban que las ventanas estén aseguradas y se marchan sin decir palabra.

La cerradura hace clic tras ellos.

La comida tiene buena pinta. Muy buena pinta, la verdad.

Es algún tipo de pasta con salsa de nata, pan crujiente, una ensalada de acompañamiento y lo que parece tiramisú de postre.

Huele de maravilla y el estómago me ruge porque no he comido nada desde el desayuno de esta mañana, antes de ponerme ese vestido de novia y pensar que me iba a casar.

No la toco.

No comeré su comida. No aceptaré nada de ellos.

Es el único control que me queda, la única forma que tengo de contraatacar. Así que me siento en el sofá y me quedo mirando la bandeja, dejando que la comida se enfríe.

Cuando los guardias vuelven una hora más tarde para recoger los platos, se fijan en la comida intacta pero no hacen comentarios.

Simplemente se la llevan y me dejan sola de nuevo.

Esa noche me tumbo en la cama, que es ridículamente cómoda, y me quedo mirando el techo.

Catalogo todo lo que sé sobre este sitio: la distribución de la habitación, la posición de los guardias que he visto y las medidas de seguridad que he detectado.

Pienso en rutas de escape, en vulnerabilidades y en formas de las que podría hacerle llegar un mensaje a mi padre.

También pienso en la cara de Leo Santoro cuando me habló de su hermano.

El dolor que vi allí, solo por un momento, antes de que volviera a guardarlo bajo llave.

El dolor que está impulsando todo este loco plan de venganza.

Eso no excusa nada ni hace que todo esto esté bien.

Pero lo comprendo, quizá. Solo un poco.

Lo cual me cabrea todavía más.

El segundo día es igual.

Tres comidas entregadas por guardias silenciosos.

Tres comidas que no toco.

La comida siempre es buena —demasiado buena para una prisión— y cada vez tengo más hambre; el estómago se me acalambra y me empieza a doler la cabeza.

Pero no cederé.

No dejaré que ganen esta pequeña batalla.

Para el tercer día, estoy débil y mareada, y me tiemblan las manos por algo más que por el miedo.

Cuando me levanto demasiado rápido, la habitación da vueltas y tengo que agarrarme a los muebles para no caerme.

Entonces es cuando viene Leo.

Estoy sentada en el sofá, abrazando un cojín contra el pecho e intentando ignorar la bandeja del desayuno que hay en la mesa de centro, cuando oigo girar la cerradura.

El corazón me da un vuelco y me pongo en pie de un salto, arrepintiéndome de inmediato cuando la habitación se inclina de forma nauseabunda.

Leo entra y sus ojos se dirigen de inmediato a la bandeja intacta.

Después se desvían a la bandeja de la cena de ayer, que sigue sobre el escritorio.

Luego pasan a mí, que probablemente esté pálida y temblorosa y con aspecto de estar a punto de desmayarme.

Sus ojos centellean.

—Tienes que comer.

—Que te den.

Las palabras salen más débiles de lo que me gustaría, con la voz ronca por la falta de uso y la deshidratación.

Él se acerca y yo retrocedo atropelladamente hasta que mi cadera choca con el brazo del sofá.

De pronto soy plenamente consciente de cuánto más grande es él que yo.

Un metro noventa frente a mi metro setenta.

Probablemente unos cincuenta kilos de más, todo de músculo.

Y estamos solos en esta habitación.

Sin testigos.

Nadie que le impida hacer lo que quiera.

El terror que he estado conteniendo aflora y me pego contra el respaldo del sofá, intentando hacerme pequeña.

Pero Leo no me agarra.

No me toca en absoluto.

Simplemente camina hacia la mesa de centro, coge un tenedor y ensarta un trozo de los huevos revueltos del plato del desayuno.

Luego me lo tiende, con expresión indescifrable.

—Come —dice con calma—. No volveré a pedírtelo.

Le frunzo el ceño.

—He dicho que...

—Si no comes, haré que mis hombres te sujeten mientras te alimento a la fuerza por un tubo. No será agradable. Tú eliges.

La forma casual en que lo dice —como si hablara del tiempo en lugar de amenazarme con una tortura médica— hace que se me corte la respiración.

Le miro a la cara, buscando cualquier señal de que esté mintiendo.

Él... él no haría realmente algo tan bárbaro, ¿verdad?

Todo lo que veo es una certeza absoluta.

Lo hará. Realmente lo hará.

El odio que me invade es tan intenso que resulta casi cegador. Le odio.

Le odio tanto que, si tuviera fuerzas, me lanzaría al otro lado de la habitación y le daría una paliza de muerte.

Le odio por secuestrarme, por amenazarme, por quitarme hasta el último ápice de control que tengo.

Pero no soy estúpida.

Y no voy a dejar que me inmovilicen y me metan un tubo por la garganta.

Le arrebato el tenedor de la mano con más fuerza de la necesaria y me como los huevos.

Ya están fríos, lo cual es asqueroso, pero me obligo a tragarlos. Cada bocado es un acto de rebeldía.

Cada vez que trago es una negativa a dejarme doblegar.

Leo me observa con una expresión que no puedo descifrar.

Cuando literalmente no puedo comer ni un bocado más sin que me den arcadas, dejo el tenedor y le fulmino con la mirada con todo el odio que soy capaz de reunir.

Él asiente una vez, como si hubiera pasado algún tipo de prueba.

—Buena chica.

Esas palabras hacen que vea rojo.

Buena chica.

Como si fuera un puto perro que ha aprendido un truco.

Como si fuera algo a lo que entrenar y controlar.

Cojo el tenedor y se lo lanzo a la cabeza con todas las fuerzas que me quedan.

Él lo atrapa sin siquiera parpadear; su mano se mueve tan rápido que apenas veo el movimiento.

Por un momento, la comisura de su boca se contrae como si estuviera reprimiendo una sonrisa.

Luego vuelve a dejar el tenedor en la bandeja, se da la vuelta y sale sin decir ni una palabra más.

La cerradura hace clic tras él y me quedo sola de nuevo.

Llego al baño justo antes de vomitar todo lo que acabo de comer.

Esa noche, permanezco despierta en la oscuridad y trazo un plan.

Saldré de aquí.

Aún no sé cómo, pero lo haré.

Encontraré una debilidad en la seguridad, o convenceré a uno de los guardias para que me ayude, o esperaré a que Leo cometa un error. Soy paciente. Puedo esperar.

Y cuando salga de aquí, cuando consiga volver con mi padre y mi familia y recupere mi vida, me aseguraré de que Leo Santoro lamente el día en que oyó mi nombre por primera vez.

Veré cómo arde por esto.

Lo juro.

4

LEO

Llevo observando a Emma a través de los monitores de seguridad durante casi una hora, y estoy empezando a darme cuenta de que he subestimado gravemente a la hija de Connor.

La señal de la cámara la muestra recorriendo su habitación de un lado a otro por vigésima vez hoy, calculo, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza incluso desde estas granulosas imágenes.

Ya no llora, no lo ha hecho desde hace un buen rato, y esa expresión calculadora ha vuelto a su rostro.

Esa que dice que está buscando debilidades.

Ha probado la puerta dieciséis veces en los últimos tres días.

Lo sé porque las he estado contando, viéndola poner a prueba la cerradura con una creatividad cada vez mayor.

Primero limitándose a girar el pomo, luego lanzando su peso contra ella, después intentando forzarla con una horquilla que encontró a saber dónde, y finalmente tratando de quitar las bisagras con un cuchillo de mantequilla de una de sus bandejas de comida, antes de que los guardias empezaran a revisar qué utensilios le dejaban.

Ha probado cada ventana al menos dos veces, pasando las manos por la herrería decorativa como si buscara un punto débil en el metal o una forma de doblar los barrotes.

Ha registrado toda la habitación en busca de posibles armas o herramientas. De algún modo, el primer día encontró un abrecartas en el cajón del escritorio y tuve que pedir que se lo quitaran antes de que pudiera apuñalar a alguien con él.

Incluso ha examinado las rejillas de ventilación, probablemente evaluando si cabría por ellas.

La respuesta es no.

Yo mismo diseñé esta habitación específicamente para retener a alguien que no quiere ser retenido.

Pero aprecio la iniciativa.

De verdad pensaba que, para estas alturas, Connor le habría quitado cualquier asomo de rebeldía y la habría moldeado para ser el peón político perfecto.

Una pieza de ajedrez que se mueve cuando se le ordena y no hace preguntas.

Claramente, Emma no es nada de eso.

Se pasea y maquina y, probablemente, planea mi asesinato con todo lujo de detalles.

Además, se ha estado negando a comer, lo que me está cabreando más de lo que quiero admitir.

Tres días.

Tres putos días viendo cómo los guardias retiran bandejas intactas mientras me informan de que la señorita Brennan ni siquiera mira la comida.

Tres días observando cómo se queda cada vez más débil y pálida en estos monitores.

Es una huelga de hambre, obviamente.

Su forma de ejercer control en una situación en la que no tiene ninguno.

Entiendo la psicología que hay detrás e incluso la respeto hasta cierto punto, pero tampoco puedo dejar que se muera de hambre porque eso echaría por tierra el puto propósito de habérmela llevado.

Connor necesita creer que su hija está viva y bien.

Un cadáver no sirve para chantajear.

Así que esta mañana he subido y le he dejado claro que, o come voluntariamente, o haré que lo haga a la fuerza.

Eligió sabiamente, aunque después me lanzara un tenedor a la cabeza.

Casi sonrío ante eso: por la audacia pura, por la forma en que sus ojos verdes ardían de odio a pesar de estar claramente débil y mareada por la falta de alimento.

Casi sonrío.

Me contuve antes de hacerlo porque habría sido inapropiado y, además, probablemente la habría animado a lanzarme más tenedores.

En el monitor, Emma deja de caminar y se deja caer en el sofá, subiendo las rodillas al pecho.

Lleva el pijama que hice que pusieran en su armario, unos pantalones de algodón suave y una camiseta, y su pelo caoba oscuro está recogido en una coleta deshecha.

No va maquillada, ni lleva el pelo peinado con esmero, no hay nada de la elegancia que vi en la catedral.

Sigue siendo hermosa.

Quizá incluso más hermosa así, sin tanto artificio.

Pero ese es un pensamiento que descarto de inmediato porque es irrelevante e innecesario.

Los últimos tres días han sido... *complicados*.

He pasado cinco años fantaseando con hacer que Connor Brennan sienta una fracción del dolor que le causó a mi familia.

He recreado docenas de escenarios en mi cabeza: formas de herirlo, formas de destruirlo, formas de hacerle entender lo que se siente al perder algo insustituible.

Llevarme a su hija parecía la solución perfecta.

Elegante, simbólica y con la garantía de causar el máximo sufrimiento.

Connor ama exactamente dos cosas en este mundo: el poder y a Emma.

No podía quitarle su poder sin iniciar una guerra que costaría demasiadas vidas, pero sí podía llevarme a Emma.

Podía hacerle vivir con el terror de no saber si volvería a verla.

Dante me hizo exactamente esa pregunta unos veinte minutos después de que tuviéramos a Emma asegurada en la casa franca, y no tuve una buena respuesta entonces, ni la tengo ahora.

¿La retengo indefinidamente? ¿Se la devuelvo eventualmente?

¿La uso como moneda de cambio para algo más?

¿La mato?

No. Repito, eso no va a pasar.

No soy ese tipo de persona, y además, le tengo cierto miedo a mi madre.

Gianna Santoro tiene opiniones muy firmes sobre el honor y la inocencia, y un «la secuestré para hacer daño a su padre» no contaría como una excusa aceptable para ella.

Pero mantener a Emma aquí a largo plazo tampoco es sostenible.

Cuanto más se alargue esto, más complicaciones surgirán.

Los Brennan ya están amenazando con una guerra.

Los Lombardo están furiosos por su boda y su alianza arruinadas.

Cada día que Emma pasa aquí es un día más que Connor tiene para planear represalias.

Debería haberlo pensado mejor.

Debería haber tenido una estrategia de salida, un desenlace, algo más allá de «hacer sufrir a Connor».

Pero estaba tan concentrado en la venganza y tan consumido por media década de dolor y rabia, que no pensé más allá del propio secuestro.

Joder.

Mi teléfono suena y ya sé quién es antes de mirar la pantalla.

Dante me ha llamado seis veces en los últimos tres días; cada conversación ha sido alguna variante de «qué cojones estás haciendo» y «esto te va a explotar en la cara».

Respondo al tercer tono. —Sé lo que vas a decir —le digo sin molestarme en saludar.

—Entonces sabes que te estás comportando como un idiota. —La voz de Dante es cortante, que es el tono que usa cuando se está esforzando mucho por no llamarme puto imbécil a la cara—. Connor Brennan está perdiendo la puta cabeza. Ha pedido todos los favores que le debían, ha contactado con cada familia de la Costa Este y

ahora mismo amenaza con emprender una guerra si no le devolvemos a su hija ilesa.

Pongo los ojos en blanco y me recuesto en mi asiento. —Deja que amenace.

—Leo. —La paciencia de Dante se está agotando claramente—. La familia Lombardo también está cabreada. Tony Lombardo iba a casarse con Emma y sellar una alianza que habría dado a los Brennan ventajas comerciales significativas. Esa alianza está muerta, y los Lombardo nos culpan a nosotros por la humillación.

—Los Lombardo pueden chuparme la—

—*Y* —continúa Dante en voz alta, hablando por encima de mí—, estamos recibiendo presiones de nuestros propios aliados, que no entienden por qué nos arriesgaríamos a una guerra por algo que pasó hace cinco años. Creen que deberíamos devolverla, pedir disculpas e intentar calmar las cosas antes de que esto escale más.

Aprieto el teléfono con más fuerza, indignado. —Pueden pensar lo que quieran. Emma Brennan se queda aquí hasta que yo decida lo contrario.

Hay una larga pausa al otro lado de la línea.

Cuando Dante vuelve a hablar, su voz es más baja, denota más preocupación que enfado. —¿Cuál es el objetivo final, Leo? ¿Qué piensas hacer realmente con ella?

Me remuevo incómodo en el asiento. —Aún no lo sé.

Puedo *sentir* la mirada de Dante a través del teléfono. —Eso no es suficiente.

—Tendrá que serlo.

—No puedes retenerla para siempre —dice Dante, y noto la exasperación filtrándose por su calma profesional—. Tarde o temprano vas a tener que devolverla, usarla para negociar o... —Se detiene, pero sé lo que iba a decir. *O matarla*—. ¿Qué pasará cuando Connor deje de amenazar y empiece a actuar de verdad? ¿Cuando traiga a un ejército a tu puerta? ¿Qué será de Emma entonces?

Ya me preocuparé de eso más tarde. —Yo me encargaré —le digo a Dante con impaciencia.

—¿Cómo? ¿Haciendo *qué* exactamente? Ya la tienes encerrada en un dormitorio como si fueras el villano de un cuento de hadas.

Haces que guardias armados le lleven la comida. Esta mañana has amenazado con alimentarla a la fuerza con una sonda—.

—¿Cómo has...? —Me interrumpo. Por supuesto que lo sabe. Los guardias también le informan a él—. Se negaba a comer.

—¿Puedes culparla? La secuestraste el día de su boda, Leo. La sacaste de una catedral a punta de pistola delante de trescientas personas. Está aterrorizada, sola y no tiene ni idea de lo que planeas hacer con ella. Naturalmente no come.

—Ahora está comiendo. —Me sale más a la defensiva de lo que pretendía.

—¡Porque la has amenazado con una puta tortura médica! —La compostura de Dante termina de romperse—. ¿Te *oyes* a ti mismo? ¿Entiendes lo jodido de esta situación?

Exhalo aire con rabia por la nariz. ¿Por qué cojones Dante no ve esto como yo? —Connor mató a Gabriel—.

—¡Lo sé! —grita Dante, cortándome—. Sé lo que hizo Connor. Yo estaba allí cuando encontramos el cuerpo de Gabriel. Estaba allí cuando tuviste que decírselo a tu madre. Sé que quieres venganza y entiendo por qué. Pero ¿esto? —Hace una pausa y casi puedo verlo apretándose el puente de la nariz, como hace cuando le provoco dolor de cabeza—. Esto no es venganza, Leo. Solo eres tú haciendo daño a una mujer inocente para herir a su padre. Eso no es justicia. Es solo más violencia.

—Está bien —digo, aunque no estoy seguro de que sea verdad—. Está a salvo, alimentada, tiene todo lo que necesita—.

—Excepto su libertad, su familia y cualquier sensación de control sobre su propia vida. —Dante suspira pesadamente—. Mira, no digo que Connor no merezca sufrir por lo que hizo, porque yo también quiero ver al cabrón arder por lo que le hizo a Gabe. Digo que este no es el camino. Y cuanto más tiempo retengas a Emma, más se complicará todo. Necesitas una estrategia de salida antes de que esta situación se vuelva insostenible.

Aprieto los dientes tanto que empiezan a dolerme. —Ya lo resolveré —suelto con brusquedad.

—¿Cuándo? ¿Después de que Connor declare la guerra? ¿Después de que maten a alguien intentando rescatarla? ¿Después

de que ella...? —Se detiene de nuevo, y esta vez noto una preocupación real en su voz—. No ha comido hasta que la has obligado, Leo. ¿Qué pasará si intenta hacerse daño? ¿Qué pasará si esta situación la rompe?

—No lo hará —digo con más seguridad de la que siento, mirando a Emma en el monitor. Sigue acurrucada en el sofá, con la cara escondida entre las rodillas—. Ella es más fuerte que eso.

Dante suelta una risa burlona de incredulidad. —La conoces desde hace tres días.

—Llevo observándola seis meses. —Las palabras salen antes de que pueda frenarlas, e inmediatamente me arrepiento de la confesión.

Dante se queda muy callado. —¿Seis *meses*? —pregunta en un susurro mortífero.

Hago una mueca, odiando mi bocaza. —Necesitaba saberlo todo sobre ella antes de—.

—Seis meses, Leo. ¿Has estado planeando esto durante seis *meses* y todavía no tienes un desenlace? —Se ríe, pero sin pizca de gracia—. Dios mío. Esto es peor de lo que pensaba.

—Ya lo resolveré —repito, sabiendo que suena débil.

—Resuélvelo rápido. —El tono de Dante vuelve a ser profesional —. Porque Connor no va a esperar eternamente. Y cuando venga a por su hija —y *vendrá*—, más vale que tengas un plan para lo que pase a continuación.

Cuelga antes de que pueda responder.

Dejo el teléfono y me paso las manos por el pelo; la frustración y una pizca de culpa luchan en mi pecho.

Dante tiene razón, el cabrón.

Nos he metido en una situación imposible sin una salida clara, y cada día que Emma permanece aquí lo empeora.

Pero no puedo dejarla ir.

Aún no.

No cuando Connor todavía tiene que sufrir más y entender lo que le arrebató a mi familia.

Excepto que, cuando miro a Emma en el monitor, no estoy seguro de quién está sufriendo más.

Mi teléfono suena de nuevo y gruño cuando veo el identificador de llamada.

Mamma.

Considero no responder, pero eso solo empeoraría las cosas. Gianna Santoro nunca ha aceptado un «luego te llamo» como excusa válida, y si ignoro su llamada, se presentará en la finca en persona. Lo cual sería... malo.

Respondo. —Hola, Mamma.

—Leonardo Giuseppe Santoro. —Su voz suena a través de la línea como el restallar de un látigo y hago una mueca. El nombre completo nunca es buena señal—. ¿Qué, en nombre de *Dios*, has hecho?

¿Por qué cada vez que hablo con mi madre me siento inmediatamente como si tuviera cinco años otra vez? —Puedo explicarlo—.

—¿Has secuestrado a una mujer? ¿En su boda? ¿En una *iglesia*? —Cada pregunta sube de volumen y tengo que alejar un poco el teléfono de mi oreja—. ¿Es que no te he enseñado *nada*? ¿Has perdido el juicio por completo?

—Mamma, si me dejas—.

—¿Dejarte qué? ¿Dejar que me expliques por qué has decidido empezar una guerra con la mafia irlandesa? ¡Valentina me ha llamado porque le preocupa que acabes muerto! ¿Quieres intentar explicarme por qué pensaste que era aceptable arrastrar a una mujer inocente fuera de una catedral como un bárbaro?

Hago una mueca. —No es inocente, es la hija de Connor Brennan—.

—¡Tiene veinticuatro años! —grita mi madre—. ¡Es una *niña*, Leonardo! ¿Qué te ha hecho ella? ¿Qué ha hecho para merecer esto?

—Nada, pero su padre—.

—Su padre mató a Gabriel. Su *padre*. —Mamma recalca cada palabra como si yo fuera especialmente tonto—. No ella. Probablemente ni siquiera sabía nada. ¿Y ahora la has arrastrado a este lío?

—No es— —Intento encontrar palabras que hagan que esto suene menos terrible, pero no las hay—. Connor tiene que entender—.

—Connor Brennan es un bastardo que se merece todo lo que le pase —me interrumpe mi madre—. ¿Pero esa chica? Esa chica no hizo nada malo. Y tú le has robado su futuro, todo para darle una lección a un hombre al que probablemente ni siquiera le importa tanto como tú crees.

Esa última parte me duele más de lo que debería. —Le importa —discuto, porque todo mi plan depende de que Connor remueva cielo y tierra por Emma—. Es su hija.

—¡Y tú eres mi hijo, pero eso no significa que esté de acuerdo con cada estupidez que haces! —Mamma toma aire y, cuando vuelve a hablar, lo hace más bajo pero, de algún modo, de forma más hiriente—. ¿Qué diría tu padre si estuviera vivo? ¿Qué diría Gabriel?

La mención de mi hermano se siente como un cuchillo entre las costillas. —Mamma, no.

—¿No qué? ¿No recordarte que Gabriel era bondadoso y amable y que se horrorizaría con lo que estás haciendo? ¿Tengo que recordarte que él quería la paz entre las familias y que murió intentando negociar en lugar de luchar? —Su voz se quiebra ligeramente—. Él no querría esto, Leonardo. No querría que hicieras daño a una mujer inocente en su nombre.

—Ella está bien —digo, pero me suena hueco incluso a mí—. Está a salvo, está siendo atendida—.

—¡Es una prisionera! Está encerrada en una habitación —oh, sí, lo sé todo al respecto, Leonardo—, lejos de su familia, probablemente muerta de miedo. ¡Eso no es «estar bien», eso es tortura! —Mamma hace una pausa y la oigo intentar recomponerse —. Te he criado mejor que esto. Lo sé. Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Cuándo mi hijo, el que estudió arquitectura, el que quería construir cosas hermosas, se convirtió en el tipo de hombre que secuestra a mujeres?

—Cuando Connor le pegó un tiro en la cabeza a Gabriel y lo dejó morir —digo en voz baja, con un nudo en la garganta—. Ahí fue.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea. Cuando mi madre vuelve a hablar, su voz es más dulce pero firme. —Yo también le echo de menos. Cada puto día. Pero esto no lo traerá de vuelta, *bambino*. La venganza nunca los trae de vuelta. Solo genera más dolor, más sufrimiento, más pérdida.

—Lo sé. —Y lo sé. Lo sé desde el momento en que encerré a Emma en esa habitación y vi el miedo en sus ojos. Pero saberlo no cambia nada.

—Entonces déjala ir —dice mi madre—. Antes de que esto empeore y alguien más salga herido. Deja que vuelva a casa con su familia.

Niego con la cabeza. —No puedo. Aún no.

—¿Por qué no? —pregunta Mamma bruscamente.

—Porque... —Me detengo al darme cuenta de que no tengo una buena respuesta. ¿Porque Connor tiene que sufrir más? ¿Porque he pasado cinco años planeando mi venganza y no estoy listo para admitir que ha sido un error? ¿Porque dejar ir a Emma significa admitir que Dante y mi madre tienen razón y yo no? —Simplemente no puedo.

Mi madre suspira, larga y pesadamente. —Entonces, al menos trátala con dignidad. Aliméntala bien, no la amenaces y dale cierta libertad para moverse. Si vas a convertirla en prisionera, al menos no la hagas sufrir más de lo necesario.

Frunzo el ceño, mirando mi escritorio. —No estoy intentando que sufra. *Ella* es la que se negó a comer.

—Te juro que, si estuvieras frente a mí, te daría una bofetada. ¡Por supuesto que se negó a comer! ¡Está aterrorizada y furiosa e intenta mantener algo de control! —La exasperación de Mamma es palpable—. Usa tu *cerebro*, Leonardo. ¿Qué harías tú en su lugar? Piensa en lo asustada que debe de estar.

Miro a Emma en el monitor.

Se ha movido hacia la ventana y ahora contempla los jardines con una mano apoyada en el cristal.

Desde este ángulo puedo verle la cara, y parece... perdida.

Joven y asustada, tan lejos de la furia que me lanzó un tenedor a la cabeza esta mañana.

—Lo pensaré —le digo a mi madre.

—Harás algo más que pensarlo. Averiguarás cómo terminar con esto antes de que te destruya. —Hace una pausa—. Te quiero, *bambino*. Pero ahora mismo estoy muy decepcionada contigo.

La línea se corta.

Dejo el teléfono y apoyo la cabeza en las manos, con las palabras de mi madre resonando en mi cráneo.

¿Cuándo mi hijo se convirtió en el tipo de hombre que secuestra a mujeres?

Buena pregunta.

No me gusta la respuesta.

Miro de nuevo el monitor y Emma sigue junto a la ventana, observando una libertad que no puede alcanzar.

Sus hombros tiemblan ligeramente y me doy cuenta con un sobresalto de que está llorando otra vez.

Lágrimas silenciosas corren por su rostro mientras cree que nadie la ve.

Esto es lo que quería, ¿no?

La hija de Connor Brennan, rota y sufriendo.

Esta es la venganza que he planeado durante cinco años, la justicia que creía merecer.

Entonces, ¿por qué se siente tan jodidamente vacío?

Pensé que llevarme a Emma me haría sentir satisfecho.

Justificado.

Como si por fin estuviera equilibrando la balanza.

Pero todo lo que siento es cansancio, contradicción y la incómoda certeza de que Dante y mi madre tienen razón.

Esto no es justicia.

Esto es solo más violencia perpetuando más violencia, y la única persona que realmente sufre es una mujer que no tuvo nada que ver con la muerte de Gabriel.

Estoy a punto de apartar la vista del monitor, porque no necesito ver llorar a Emma y sentir la culpa que eso conlleva, cuando mi teléfono suena de nuevo.

Dante. Otra vez.

Respondo con más irritación de la que debería. —¿Qué pasa ahora?

—Tenemos un problema. —Su voz es tensa, con una urgencia que me hace erguir la espalda—. Alguien está intentando asaltar la puerta sur.

5

EMMA

Voy a morir de aburrimiento antes de que mi padre pueda rescatarme.

Ya me he memorizado cada palmo de esta prisión disfrazada de dormitorio de lujo.

Sé que hay exactamente cuarenta y siete tablas en el suelo entre la cama y la puerta.

Sé que la tercera ventana empezando por la izquierda tiene una pequeña grieta en la esquina inferior del cristal.

Sé que si me pongo en el centro exacto de la habitación y doy vueltas en círculo con los ojos cerrados, me marearé tras exactamente doce rotaciones.

Sé todo esto porque no tengo absolutamente nada más que hacer.

He aceptado el hecho de que no puedo escapar de esta habitación.

Aún.

He puesto a prueba cada debilidad posible y no he encontrado nada, y seguir obsesionada con el problema es solo malgastar una energía que podría necesitar más tarde.

Así que, por ahora, espero. Planifico.

Intento no pensar en mi madre y en si estará bien, en si mi padre me está buscando, o en si Tony se siente aliviado o avergonzado de que le hayan robado a la novia en el altar.

Sobre todo, intento no pensar en el hecho de que soy la prisionera de un hombre que odia a mi familia lo suficiente como para iniciar una guerra.

—Esto está bien —le digo en voz alta a la habitación vacía—. Todo está perfectamente bien. Solo estoy encerrada en una jaula por un psicópata con fetiches de venganza. Un martes de lo más normal.

En realidad es jueves.

Creo.

Los días han empezado a desdibujarse.

Rindiéndome, me acerco a la estantería de la que me percaté cuando Leo me dejó aquí tirada con tanta mala educación.

La había evitado a propósito, no quería distraerme con nada que me hubiera proporcionado Leo.

Pero la desesperación que me araña las entrañas, destrozándome la mente, me ha hecho hincar las rodillas al fin.

Voy a ceder... solo un poco.

Y me odio por ello.

Examino los títulos e inmediatamente arrugo la nariz.

—¿En serio? —Saco un libro y leo el lomo—. *El Infierno de Dante*. Qué apropiadamente obvio. —Lo devuelvo a su sitio y cojo otro, haciendo una mueca—. Maquiavelo. Naturalmente. Porque ¿qué mujer secuestrada no querría leer *El Príncipe* en su tiempo libre?

Sigo mirando, cada vez más molesta con cada título.

Calvino. Eco. Moravia.

Todos autores italianos, por supuesto, porque Dios no quiera que Leo Santoro me proporcione algo que no sea una carta de amor a su herencia cultural.

Hay un par de novelas italianas contemporáneas que no reconozco, algo de poesía de Ungaretti que recuerdo vagamente de un curso de literatura en la universidad, y...

—¿Textos de filosofía? —Saco un volumen de Nietzsche y lo miro como si me hubiera ofendido personalmente—. ¿Se cree que quiero leer a *Nietzsche*? ¿Cree que voy a tener algún tipo de despertar

filosófico sobre la naturaleza del bien y del mal mientras estoy encerrada en este cuarto?

Lo devuelvo al estante con más fuerza de la necesaria.

—Está claro que no estabas prestando suficiente atención, Leo —murmuro, recorriendo la estantería—. Si lo hubieras hecho, sabrías que odio la literatura italiana pretenciosa. Sabrías que leo novelas románticas baratas y crímenes reales y, ocasionalmente, algo de ficción literaria si no se toma a sí misma demasiado en serio. Sabrías que creo que Hemingway es basura sobrevalorada y que lancé *Adiós a las armas* contra la pared de mi dormitorio después de obligarme a terminarlo.

Hay algunos clásicos ingleses mezclados —algo de Austen, algo de Brontë, una copia de *Cumbres borrascosas* que parece prometedora—, pero en su mayoría son autores italianos y textos de filosofía, como si Leo hubiera decidido lo que una joven educada *debería* leer en lugar de lo que una mujer joven real *querría* leer.

—La próxima vez que secuestres a alguien —le digo a la habitación vacía, apartándome de la estantería con asco—, quizá deberías investigar mejor sus preferencias de lectura. Es solo una sugerencia.

El bloc de dibujo sobre el escritorio junto a la ventana me llama la atención.

Se me encoge el pecho.

Sabe que dibujo.

No quiero ni pensar en lo de cerca que tiene que haberme estado vigilando para saber eso.

Dibujar es algo privado.

Es *mío*.

Es lo único que hago que no tiene nada que ver con ser la hija de Connor Brennan o la princesa perfecta de la mafia ni ninguno de los papeles que se espera que desempeñe.

Cuando dibujo, soy solo Emma, y el hecho de que Leo Santoro lo sepa me parece una violación de mi intimidad.

Pero el bloc está ahí.

Los lápices son de buena calidad.

Puedo notar desde el otro lado de la habitación que no son lápices baratos de papelería, sino lápices de artista de verdad, de los que cuestan dinero y trazan el tipo de líneas que me gustan.

Y la tentación de ceder un poco más y perderme en algo que puedo crear con mis manos es demasiado grande como para ignorarla.

—Vale —digo en voz alta, acercándome al escritorio—. Pero esto no significa que te esté agradecida ni nada parecido. Solo significa que me aburro y que da la casualidad de que has proporcionado el material que necesito para no terminar de perder la cabeza.

La réplica no me hace sentir mejor.

Me siento, abro el bloc por una página en blanco y cojo un lápiz.

El peso me sienta bien en la mano, me resulta familiar y me ayuda a centrarme.

Cierro los ojos un momento y me permito simplemente respirar, dejo que el pánico, el miedo y la rabia pasen a un segundo plano.

Entonces empiezo a dibujar.

El rostro de mi madre toma forma primero, fluyendo de mi lápiz como si fuera memoria muscular.

La dibujo tal como se veía la mañana de mi boda —antes de que todo se fuera al infierno—, cuando me estaba ayudando con el vestido y le temblaban ligeramente las manos porque intentaba no llorar.

Capto las ondas suaves de su cabello de color castaño rojizo y plateado, las perlas en su cuello, la seda color champán de su vestido.

Pero sobre todo me concentro en su cara.

Teresa Brennan es hermosa, incluso a los cincuenta y dos años.

La edad ha refinado sus rasgos en lugar de disminuirlos, dándole un tipo de gracia elegante que las mujeres más jóvenes no pueden alcanzar del todo. Pero es en sus ojos en lo que más me esfuerzo.

Los ojos que heredé.

La forma en que guardan tanto de lo que ella nunca dice, tanta emoción cuidadosamente controlada oculta tras esa fachada perfecta de esposa de la mafia.

Mi madre ha perfeccionado la sonrisa frágil, la que luce en las cenas familiares y en las galas de caridad y en cualquier lugar donde necesite fingir que todo va bien.

La sonrisa que dice: «Soy la esposa de Connor Brennan y estoy perfectamente satisfecha con mi vida», mientras sus ojos dicen algo completamente distinto.

Quiero a mi madre. Siempre la he querido, incluso cuando no la entendía o no lograba comprender por qué se quedaba con mi padre a pesar de todo.

Ella ha sido mi refugio desde que era niña, la única persona de nuestra familia que me ve primero como Emma y después como un peón.

Ella es quien me enseñó a dibujar y solía sentarse conmigo en el jardín a dejarme esbozar las flores mientras ella leía sus novelas románticas que creía que yo desconocía.

—Tienes tu propia vida que vivir, cielo —me dijo una vez cuando yo tenía dieciséis años y me quejaba de alguna obligación familiar—. No dejes que te la quiten. No dejes que te hagan sentir más pequeña de lo que eres.

Pero luego dio media vuelta y apoyó a mi padre cuando este concertó mi matrimonio con Tony Lombardo, esbozó esa sonrisa frágil y me dijo que era una buena unión, que Tony parecía agradable y que yo aprendería a ser feliz.

Igual que ella había aprendido a ser feliz.

O a fingir que lo era. Todavía no estoy segura de cuál de las dos.

Sombreo las sombras alrededor de sus ojos, las pequeñas líneas que aparecen cuando su sonrisa no llega a alcanzarlos, y siento que se me cierra la garganta.

¿Estará bien?

¿Sabrá que estoy viva?

Mi padre se lo habría dicho, ¿verdad?

A menos que hubiera decidido que sería mejor que ella no lo supiera, para protegerla de la preocupación.

No.

Se lo habría dicho.

Incluso Connor Brennan no es tan cruel como para dejar que su esposa crea que su hija está muerta.

Eso espero.

Termino el dibujo y lo miro durante un largo rato, con el rostro de mi madre devolviéndome la mirada desde el papel.

Luego paso a una hoja nueva y empiezo con mi padre.

Papá es más difícil de captar.

Él es todo ángulos afilados y líneas duras, cabello gris acero y ojos de un azul grisáceo que no pierden detalle.

Lo dibujo tal como se veía llevándome al altar: imponente con su esmoquin, con la mandíbula tensa de esa manera que indica que está satisfecho con cómo van las cosas.

Bajo control.

Poderoso.

El hombre que organizó mi matrimonio para cerrar un trato de negocios.

El hombre que, según Leo, me quiere más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Me detengo a mitad de un trazo, con el lápiz suspendido sobre el papel.

¿De verdad lo hace?

¿De verdad mi padre me quiere más que a nada, o es solo lo que Leo quiere creer para justificar todo este plan de venganza?

Sé que mi padre me quiere, nunca lo he dudado.

Siempre ha sido protector y se ha asegurado de que tuviera todo lo que necesitaba.

Siempre me ha llamado «mi niña Emma» con esa voz áspera y afectuosa que no usa con nadie más.

Cuando era pequeña, me llevaba sobre sus hombros, me compraba helados y me decía que podía ser lo que yo quisiera.

¿Pero qué es lo que más quiere en el mundo?

¿Más que su poder, su imperio, su posición como jefe del clan Brennan?

Qué va. Si eso fuera cierto, ¿me habría vendido a los Lombardo como si fuera una yegua de exhibición?

No quiero pensar en eso demasiado a fondo.

No quiero pensar en lo que significa que mi padre —quien supuestamente me valora por encima de todo— estuviera perfectamente dispuesto a casarme con un hombre al que apenas conocía a cambio de rutas de transporte y alianzas políticas.

No puedo considerar la posibilidad de que Leo esté equivocado y yo no sea la moneda de cambio que él cree.

Porque si no lo soy, si mi padre no me quiere de la forma en que Leo cree, ¿entonces cuál ha sido el propósito de todo esto? ¿Qué valor tengo siquiera como rehén?

—Basta —me digo con firmeza, cerrando los ojos y respirando hondo—. Papá te quiere. Viene a por ti. Esto es solo Connor Brennan siendo estratégico, y siempre has sabido que así es como opera.

Pero la duda persiste mientras termino el boceto.

El rostro endurecido de mi padre me observa desde el papel con esos ojos astutos que probablemente han ordenado más muertes de las que puedo contar.

Paso a una página nueva y, casi sin querer, empiezo a dibujar a Leo.

Solo lo dibujo porque su cara se me ha quedado grabada a fuego tras varios días queriendo matarlo.

Dibujar me ayuda a procesar las cosas, y necesito procesar el hecho de que me tiene cautiva un hombre que parece que podría partirme por la mitad, pero que también se las arregla para subirme en brazos por las escaleras como si no pesara nada y comprueba que esté comiendo.

Me digo a mí misma que no es porque haya algo en su rostro que sea realmente interesante de dibujar: los ángulos de su mandíbula, la fina cicatriz que atraviesa su ceja izquierda, el hecho de que sus ojos sean más oscuros de lo que deberían ser para alguien con sus rasgos.

Mi lápiz se mueve casi automáticamente, captando los planos marcados de su cara, la forma en que su boca suele estar apretada en una línea dura, excepto en esos breves momentos en los que casi parece que podría sonreír.

Lo dibujo tal como se veía esta mañana cuando vino a obligarme a comer: frío y controlado en la superficie, pero con algo más por

debajo.

Pena, tal vez.

O culpa.

O ambas cosas.

Añado los arañazos que le hice y de los que me siento orgullosa. Cicatrices de batalla por intentar arrancarle los ojos.

Para mi desesperación, eso no pareció molestarle. Ni siquiera parpadeó cuando se los hice.

Me agarró las muñecas y se mantuvo firme como si yo no fuera más amenazante que un gatito.

El dibujo va tomando forma y me doy cuenta con irritación de que he hecho que parezca casi... humano.

No el monstruo que quiero que sea, sino simplemente un hombre.

Un hombre complicado y estúpido que hace cosas terribles por razones que cree justificadas.

Peor que eso, he hecho que parezca *guapo*, con esos ojos oscuros y la forma en que se le curvan apenas los labios cuando lucha contra ese amago de sonrisa.

—No —le digo al boceto con firmeza, mientras mi irritación aumenta—. De ninguna de las maneras.

Antes de que pueda pensarlo mejor, cojo el lápiz y le garabateo unos cuernos de demonio en la cabeza con trazos rápidos y agresivos.

Luego un ridículo bigote rizado sobre el labio superior, como el que tendría el villano de unos dibujos animados.

Ya está. Así mejor.

—Que te jodan —le espeto al dibujo de Leo antes de cerrar el bloc de un golpe con más fuerza de la necesaria y empujarlo hacia el rincón más alejado del escritorio, donde no tenga que verlo.

—Esto es culpa tuya —le informo al cuaderno cerrado, dirigiéndome presumiblemente a Leo aunque él no esté aquí—. Si me hubieras dado mejores libros, no habría recurrido a dibujar tu estúpida cara.

Me rugen las tripas y ya no puedo ignorar más el hambre.

La bandeja de la cena está sobre la mesa de centro, donde la han dejado los guardias hace una hora.

Inspecciono la comida que hay bajo la tapa térmica.

Es algún tipo de plato de pasta que en realidad tiene bastante buena pinta, con una ensalada de guarnición y pan que probablemente sea casero, porque todo en esta prisión ha sido de una calidad innecesariamente alta.

Debería comer.

Sé que debería hacerlo, pero una parte de mí todavía quiere luchar y rechazar por principio todo lo que me den.

—Pero tampoco quieres que te metan un tubo por la garganta —me recuerdo mientras me siento y acerco la bandeja, detestando que se me haga la boca agua—. Así que quizá deberías elegir mejor tus batallas, Em.

Voy por la mitad de la pasta cuando decido que no puedo seguir mirando a la nada ni un segundo más sin ponerme a gritar.

Cojo el ejemplar de *Cumbres borrascosas* porque al menos trata de gente que se porta fatal entre sí, lo cual me parece apropiado para mi situación actual.

Me instalo en la cama con el libro y un vaso de agua, colocándome almohadas a la espalda para estar cómoda.

El primer capítulo es lento, pero insisto, decidida a tener algo con lo que ocupar mi mente más allá del bucle infinito de miedo y rabia que lleva consumiéndome tres días.

Llevaré unas treinta páginas, y justo empiezo a interesarme por la historia, cuando oigo la primera explosión.

Es lejana pero inconfundible: un estallido seco y violento que hace vibrar las ventanas y me detiene el corazón.

Por un segundo pienso que lo he imaginado, pero entonces las alarmas empiezan a bramar por toda la finca, fuertes y urgentes.

Suelto el libro y doy un salto de la cama; el corazón me late de repente tan rápido que lo noto en la garganta.

Otra explosión, más cerca esta vez, y luego el sonido inconfundible de disparos.

Oh, Dios mío.

Corro hacia la ventana y pego la cara al cristal, intentando ver qué está pasando.

Afuera, los jardines cuidadosamente cuidados están iluminados con focos, y distingo movimiento cerca de los muros del perímetro.

Hay figuras oscuras corriendo, el destello del fuego de las armas, y guardias gritando y tomando posiciones.

Mi *padre*.

Tiene que ser mi padre. Ha venido a por mí.

—¡Papá! —grito, aunque es imposible que me oiga a través del cristal y por encima del estruendo de las alarmas y los disparos—. ¡Papá, estoy aquí! ¡Estoy aquí arriba!

Una euforia pura me inunda, tan intensa que me flaquean las rodillas.

Ha venido a por mí.

Mi padre ha venido a buscarme.

Van a rescatarme.

Me voy a *casa*.

Golpeo la ventana con los puños, gritando a pleno pulmón: —¡Estoy aquí! ¡Estoy en la casa! ¡Segunda planta!

Pero el cristal es grueso, la batalla es ruidosa y nadie puede oírme.

Me doy la vuelta y corro hacia la puerta, aporreándola con todas mis fuerzas.

—¡Papá! ¡Papaíto, estoy aquí dentro! —Se me quiebra la voz, pero sigo gritando—. ¡Alguien! ¡Quien sea! ¡Estoy encerrada!

Oigo a los guardias en el pasillo; sus voces suenan urgentes y secas mientras se comunican entre ellos.

Alguien está pidiendo refuerzos.

Otro dice algo sobre que han atravesado la puerta sur.

Más disparos. Mucho más cerca ahora, tanto que parece que están justo al otro lado.

Me alejo de la puerta, respirando a bocanadas cortas, y miro a mi alrededor frenéticamente buscando algo que pueda usar como arma.

¿La lámpara de la mesita de noche?

Podría abrirle la cabeza a alguien con eso si fuera necesario.

El abrecartas ya no está, pero uno de esos textos de filosofía podría resultar útil.

El bolígrafo... ¿podría apuñalar a alguien con un bolígrafo?

Dios, espero no tener que averiguarlo.

Parece que la batalla está en todas partes ahora.

Hay disparos viniendo de múltiples direcciones, gritos en italiano y en inglés, más explosiones que hacen temblar todo el edificio.

Oigo pasos corriendo por el pasillo, a alguien ladrando órdenes y el sonido de cristales rotos en algún lugar del piso de abajo.

Vamos, papá. Vamos. Estás tan cerca.

Me coloco detrás de la cama con la lámpara aferrada entre las manos, lista para defenderme o para golpear a Leo Santoro si intenta impedir mi rescate.

Todo el cuerpo me tiembla, pero no sé si es de miedo o por la esperanza pura y desesperada de que esta pesadilla esté a punto de terminar.

Los minutos pasan como si fueran horas.

El tiroteo es constante ahora, una banda sonora horrible que me hace pitar los oídos y me martillea el corazón contra las costillas.

En un momento dado, las balas atraviesan la pared de mi dormitorio —balas de verdad, rasgando el yeso y haciendo saltar escombros— y me tiro detrás de la cama con un grito, cubriéndome la cabeza con las manos.

Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios.

Me quedo allí, pegada al suelo con el corazón intentando salirse de mi pecho, mientras la batalla brama a mi alrededor.

Hay hombres gritando, más disparos y algo que suena como si fueran granadas.

La ventana estalla; solo un cristal, pero es suficiente para dejar entrar los sonidos del combate del exterior, haciendo que todo parezca aún más cercano y real.

Esto está *pasando* de verdad.

Hay un tiroteo real ocurriendo ahora mismo, y mi padre está ahí fuera en alguna parte intentando llegar hasta mí.

Por favor, que esté bien. Por favor, que no salga herido. Por favor, que no muera nadie por mi culpa.

Y entonces, tan rápido como empezó, se detiene.

El fuego de las armas cesa y las explosiones terminan.

Los gritos se apagan hasta convertirse en comunicaciones tensas y cortantes que no alcanzo a distinguir bien.

Las alarmas siguen aullando, pero todo lo demás se queda en silencio, de una forma que es casi peor que el ruido.

Espero, conteniendo apenas la respiración, deseando con todas mis fuerzas que el silencio signifique que mi padre ha ganado.

Que en cualquier momento la puerta se abrirá de golpe y será Connor Brennan quien esté allí, viniendo para llevarse a su hija a casa.

Por favor. Por favor, por favor, *por favor*.

De repente, oigo algo.

Pasos en el pasillo.

Rápidos y decididos.

Y se dirigen hacia aquí.

Me pongo en pie a toda prisa, todavía aferrando la lámpara, con todo el cuerpo tenso y alerta.

La cerradura hace clic.

La puerta se abre.

Es Leo.

Entra en la habitación y el corazón se me cae a los pies tan rápido que me dan náuseas.

Lleva sangre en la camisa.

No es mucha, pero la suficiente para ser visible contra la tela blanca.

Tiene el pelo oscuro despeinado y sostiene una pistola en la mano derecha, baja pero lista.

Respira con dificultad y tiene los ojos desorbitados, oscuros e intensos de una forma que lo hace parecer peligroso, no solo peligrosamente teórico.

Por un momento —solo por un momento— tengo miedo de verdad.

—¿Estás herida? —Su voz suena urgente y sus ojos me escanean como si buscara lesiones.

Estoy demasiado confundida para responder bien. —Yo... no. Las balas no... pasaron la pared, pero no me dieron.

Se acerca a mí en tres zancadas largas y de repente me pone las manos encima, recorriéndome los brazos, los hombros, comprobando si tengo heridas que ya le he dicho que no tengo.

Sus dedos son rudos pero no me hacen daño; se mueven rápidos y eficientes, como si ya hubiera hecho esto antes.

Buscando heridas en alguien que podría estar en estado de choque y no darse cuenta de que está herido.

Me aparto de él, reculando hasta que mis piernas chocan con la cama; la lámpara cae a mi lado. —No me toques.

Una vez que me he alejado de él, con los brazos ardiendo por el contacto, reparo por fin en la sangre de su camisa y el corazón se me va al puto suelo. —Estás... estás sangrando. —Hay más de la que pensaba, una mancha oscura extendiéndose por su costado.

Leo sacude la cabeza, como si saliera de sus pensamientos. —No es mía. —Da un paso atrás, pareciendo recobrar la compostura, y la mirada salvaje de sus ojos vuelve a transformarse en ese control gélido con el que estoy más familiarizada—. Tu padre ha intentado asaltar la finca. Los hemos rechazado.

No.

No, no, *no*.

Se me oprime el pecho y tengo que parpadear con fuerza contra las lágrimas que de repente amenazan con brotar.

No ha ganado.

Mi padre no ha ganado.

No me van a rescatar.

—¿Está...? —No consigo terminar la pregunta, ocultando la cara entre las manos. ¿Está muerto mi padre? ¿Lo ha matado Leo? ¿Yace en los jardines con una bala en el pecho?

—Vivo. —La expresión de Leo vuelve a endurecerse como la piedra—. Por ahora. Se ha retirado cuando se ha dado cuenta de que no podía atravesar nuestras defensas. Pero ha tenido ayuda.

Algo en su voz me hace levantar la vista bruscamente.

—Alguien le ha dado el plano de esta propiedad —continúa Leo, y ahora hay furia en sus ojos—. Alguien en mi nómina me ha

traicionado y le ha dicho a Connor exactamente dónde están los puntos débiles de nuestra seguridad, cuántos guardias tenemos y dónde están posicionados.

Me mira con algo que podría ser sospecha, y noto que se me endereza la espalda.

—¿Has tenido contacto con alguien? —pregunta con una voz engañosamente tranquila—. ¿Has encontrado la forma de enviar un mensaje? ¿De hacerle una señal a alguien?

La acusación de su tono hace que la rabia estalle caliente en mi pecho, quemando el miedo y la decepción.

—¿Cómo *coño* crees que podría haber hecho eso? —exijo, elevando la voz—. ¡Llevo tres putos días encerrada en esta habitación! ¡No he hablado con nadie, excepto con guardias que no responden y contigo cuando vienes a amenazarme para que coma! —Me cruzo de brazos con fuerza, radiando furia—. ¿A menos que creas que tengo un puto genio en una lámpara en alguna parte que he estado usando para comunicarme con mi padre?

—Alguien me ha traicionado —repite Leo, ignorando mi comentario sarcástico—. Alguien quería que te rescataran y sabía dónde estabas y cómo llegar hasta ti.

—¡Pues no he sido yo! —grito, furiosa por el hecho de que se atreva siquiera a sugerir que esto es culpa mía de algún modo—. ¡Por si lo has olvidado, tú me secuestraste! ¡Me has mantenido encerrada como a una prisionera! ¡He tenido exactamente cero oportunidades de contactar con nadie, y mucho menos de orquestar un intento de rescate!

Nos miramos fijamente durante un largo momento, con la tensión chisporroteando entre nosotros como electricidad.

Él tiene la mandíbula apretada y veo un músculo tensarse en su mejilla.

Está furioso, quizá más de lo que lo he visto nunca, y por una vez no es contra mi padre.

—Voy a averiguar quién ha sido —dice finalmente, con una voz silenciosamente letal—. Y cuando lo haga, deseará no haber nacido nunca.

Se da la vuelta y sale sin decir ni una palabra más, y oigo el clic de la cerradura tras él con esa misma y horrible finalidad.

Me quedo allí, en medio de la habitación, y las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se desbordan.

Mi padre ha intentado rescatarme y ha fallado.

Alguien del equipo de Leo lo ha ayudado y probablemente morirá por ello.

Y yo sigo aquí.

Sigo atrapada.

Sigo siendo una prisionera sin idea de cuándo saldré de aquí, si es que alguna vez lo hago.

Me hundo en el suelo y me dejo llorar, con grandes sollozos que me hacen doler el pecho y me dejan la garganta en carne viva.

Mi padre debe de estar apoplético de rabia por el intento fallido de rescate y mi madre debe de estar destrozada.

Lloro hasta que no me queda nada, y estoy tan cansada que apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Me arrastro hasta la cama, me tapo la cabeza con las mantas y rezo para que mañana sea de algún modo mejor que hoy.

No lo será.

Pero puedo fingirlo.

6

LEO

Alguien de mi organización va a morir gritando.

La sala de interrogatorios del sótano de la finca huele a sangre y miedo, que es exactamente a lo que se supone que debe oler.

Llevo aquí abajo seis horas, interrogando a cada hombre que estaba de servicio durante el ataque.

A cada guardia que pudiera haber tenido acceso a nuestros protocolos de seguridad, a los planos de la propiedad o a los horarios del personal.

A cada una de las personas que podrían habernos vendido a Connor Brennan.

Veintitrés hombres interrogados hasta ahora.

La mayoría están asustados —como debe ser—, pero ninguno es culpable.

Sé notar la diferencia.

Llevo haciendo esto el tiempo suficiente para saber cuándo alguien oculta algo y cuándo simplemente está aterrorizado ante la posibilidad de que su jefe le meta una bala en la cabeza.

El hombre que actualmente está sujeto con bridas a la silla frente a mí se llama Louis, y es uno de mis guardias con más experiencia.

Estaba posicionado en el muro este cuando los hombres de Connor traspasaron la puerta sur, lo que significa que no pudo estar directamente involucrado en el ataque inicial.

Pero soy minucioso.

Todos pasan por el interrogatorio.

—Cuéntamelo otra vez —digo con voz tranquila y controlada. Estoy sentado al borde de una mesa, con los brazos cruzados, observando cada microexpresión de Louis—. Desde el momento en que saltaron las alarmas hasta que entraste en combate.

Louis lleva sudando los últimos treinta minutos, pero su historia no ha cambiado.

Eso es bueno. Los mentirosos tienden a ajustar los detalles cuando están nerviosos, ya que quieren que su historia parezca más creíble.

Los que dicen la verdad simplemente repiten los mismos hechos.

—Estaba haciendo mi ronda perimetral en el muro este cuando se produjo la primera explosión en la puerta sur —dice por tercera vez. Su voz es firme a pesar del miedo en sus ojos—. Avisé por radio de inmediato y tomé posición tras la torre de vigilancia noreste. Vi al menos a veinte hostiles entrando por la brecha... quizá veinticinco. No eran matones de calle.

—¿Armamento?

—AR-15, sobre todo. Unas cuantas escopetas. Vi al menos a dos hombres que llevaban lo que parecían cargas de demolición para las puertas secundarias.

Eso coincide con lo que han informado todos los demás.

Connor vino preparado para la guerra, lo que significa que alguien le dio información detallada sobre nuestras defensas.

—¿Viste a alguien de nuestro bando actuar de forma extraña? ¿Alguien que pudiera haber estado haciendo señales a los atacantes?

Louis niega con la cabeza. —No, señor. Todos estaban combatiendo como es debido, siguiendo el protocolo. —Vacila y luego añade—: Aunque Zima no estaba en su puesto. En la torre de la esquina sureste. Cuando lo llamé por radio durante el ataque, no respondió.

Se me tensa la mandíbula. *Zima*. Es la tercera persona que lo menciona.

—¿Estás seguro?

Louis asiente con fuerza. —Sí, señor. Lo recuerdo específicamente porque estaba intentando visualizar el flanco sur y él debería haber tenido el mejor punto de observación, pero no contestaba.

Estudio a Louis un largo momento más, buscando cualquier signo de engaño. Nada. Dice la verdad.

—Puedes irte —le digo—. Dile a Harry que entre al salir.

Louis prácticamente corre hacia la puerta, con el alivio reflejado en el rostro.

No lo culpo.

Que tu jefe te interrogue tras un fallo de seguridad nunca es agradable, especialmente cuando ese jefe tiene fama por lo que les hace a los traidores.

Dante está de pie en un rincón de la sala, observando en silencio como ha hecho en cada uno de estos interrogatorios.

Lleva aquí horas, tomando notas y atento a cualquier cosa que se me pueda pasar por alto.

Su pelo oscuro empieza a encanecer en las sienes y sus agudos ojos marrones tras las gafas de montura metálica no se pierden absolutamente nada.

Viste su atuendo profesional de siempre, un traje a medida que le hace parecer más un abogado corporativo que el consigliere de un jefe de la mafia.

Cosa que, técnicamente, es ambas cosas.

—Zima —digo en cuanto se cierra la puerta—. Es la cuarta persona que menciona que no respondía durante el ataque.

—La quinta —corrige Dante sin levantar la vista de sus notas, con voz plana—. Sal también ha dicho que la radio de Zima estaba en silencio.

Me incorporo de la mesa y empiezo a caminar de un lado a otro, ignorando el dolor agudo en mi costado, donde recibí un roce de bala durante el tiroteo.

No es lo bastante grave como para necesitar puntos, pero duele lo suficiente como para ser un recordatorio constante y fastidioso de que alguien en mi nómina me ha vendido.

La sangre de mi camisa se ha secado formando una costra rígida e incómoda, y me está cabreando.

—La quinta —repito apretando la mandíbula—. ¿Cinco personas notaron que Zima no estaba en su puesto y a nadie se le ocurrió mencionarlo hasta ahora?

Dante levanta por fin la vista, con expresión cuidadosamente neutra, de esa forma que indica que está tan enfadado como yo pero que lo controla mejor. —Estaban ocupados esquivando disparos. Prioridades.

—No los defiendas. —Dejo de caminar y me giro hacia él, sintiendo que mi paciencia empieza a agotarse—. Alguien nos ha traicionado. Alguien le ha dado a Connor Brennan todo lo necesario para entrar en esta propiedad, y quiero saber quién.

La batalla se reproduce en mi mente, nítida y clara a pesar del caos. O quizá debido al caos. La violencia tiene una forma de grabarse a fuego en la memoria.

Para cuando logré salir tras la llamada de Dante, los hombres de Connor ya habían cruzado la puerta sur y se desplegaban por la propiedad como si supieran exactamente adónde iban. Cosa que sabían, obviamente, gracias al bastardo de Zima.

El destello del fuego de los cañones en la oscuridad. El chasquido seco de las balas al golpear la piedra.

La forma en que el aire olía a cordita y a hierba de verano.

Recuerdo haberme agachado detrás de la fuente mientras las ráfagas arrancaban trozos de mármol, el sonido de los rebotes silbando junto a mi cabeza tan cerca que sentía el desplazamiento del aire.

Y al propio Connor Brennan: el muy arrogante se presentó en persona, de pie tras una línea de sus hombres, ladrando órdenes y señalando hacia la casa principal. Señalando hacia donde estaba encerrada Emma.

—¡Esa es mi hija! —había rugido a través del césped, con su voz imponiéndose al fragor de los disparos—. ¡Está ahí dentro, cobarde

de mierda! ¡Suéltala o prenderé fuego a este lugar hasta los cimientos!

En cierto nivel, admiré la audacia de que viniera a mi propiedad con un ejército exigiendo que le entregara a su hija como si tuviera alguna ventaja sobre mí.

Habíamos respondido con fuerza, haciéndolos retroceder de la casa y obligándolos a cubrirse tras los muros y setos del jardín.

Mis hombres están mejor entrenados que los de Connor.

Son más disciplinados, están mejor equipados, pero Connor tenía la ventaja numérica.

Por cada tres hombres de los nuestros, él tenía cinco de los suyos.

Tal vez más.

La batalla duró veinte minutos, pero parecieron horas. Recuerdo haber devuelto el fuego y ver a uno de los hombres de Connor caer con una bala en el hombro.

Recuerdo la explosión que destrozó la esquina sureste del muro del jardín, pensando que si se acercaban mucho más podrían asaltar la casa y tendría que matar a Connor Brennan en mi propia propiedad, lo que realmente iniciaría una guerra para la que no estaba de humor.

Pero no se acercaron más.

Finalmente, cuando quedó claro que no podrían traspasar nuestras defensas interiores y cuando demasiados hombres de Connor estaban heridos y era obvio que perderían si apretaban más, ordenó la retirada.

—¡Esto no ha terminado, Santoro! —había gritado Connor mientras sus hombres lo arrastraban de vuelta hacia sus vehículos, con el rostro desencajado por la rabia y la desesperación—. ¿Me oyes? ¡Esto no ha terminado, joder! ¡Voy a recuperar a mi hija!

Luego se habían ido, dejando tras de sí la certeza de que los Lombardo ahora saben exactamente dónde está Emma.

Lo cual me devuelve a la cuestión del traidor y a por qué llevo en este puto sótano seis horas.

—Saca el expediente de Zima —le digo a Dante con voz dura—. Todo. Dónde vive, familiares, registros financieros, historial

telefónico. Quiero saber en qué lugares ha estado en el último mes.

—Ya está hecho. —Dante saca su tableta, moviendo los dedos con rapidez por la pantalla. Sus hombros muestran una rigidez que no estaba allí esta mañana—. Alexander Zima, veintiocho años, lleva con nosotros seis meses. Vino recomendado por el grupo de Brighton Beach. Antecedentes limpios, ninguna señal de alarma durante su periodo de prueba. Vive solo en un estudio en Queens.

—*Vivía* —corrijo bruscamente—. En pasado. Porque voy a matarlo cuando lo encontremos.

—Primero tendrás que encontrarlo. —Dante levanta la vista de su tableta y puedo ver la frustración en sus ojos, esa ira apenas contenida que mantiene a raya—. Envié a dos hombres a su apartamento hace una hora. Está vacío. Parece que hizo las maletas con prisas pero se llevó todo lo importante. Su teléfono ha sido desconectado y vació su cuenta bancaria ayer por la mañana.

Las piezas encajan y siento que la rabia crece en mi pecho como una presión física. —Sabía que el ataque se produciría —digo lentamente—. Le dio la información a Connor y luego desapareció antes de la incursión para no estar aquí cuando sucediera.

—Esa sería mi valoración. —La voz de Dante es engañosamente ligera, lo que significa que está furioso. Dante no muestra un enfado evidente; lo suyo es una rabia fría y controlada que resulta, de algún modo, más aterradora—. Nos vendió y huyó como el cobarde que es.

Me dan ganas de estampar el puño contra una pared, dar caza a Zima y hacerlo sufrir.

Pero la rabia no servirá de nada ahora mismo.

Necesito pensar con claridad, averiguar quién facilitó esta traición.

—¿Quién le pagó? —exijo, mirando a Dante—. Connor no conoce a Zima personalmente. Alguien tuvo que hacer las presentaciones y facilitar la traición.

—Tengo a nuestro analista financiero siguiendo el rastro del dinero en este momento. —Dante consulta su reloj—. Debería tener información preliminar antes de una hora.

La puerta se abre y entra Harry, con aspecto nervioso.

Paso los siguientes cuarenta minutos interrogándolo: dónde estaba durante el ataque, qué vio, si notó algo inusual en Zima en los días previos a la brecha.

Harry está limpio.

Lo noto.

Está asustado, es leal y no supo que algo iba mal hasta que las balas empezaron a silbar.

Después de Harry, quedan tres guardias más a los que interrogar.

Ninguno de ellos es culpable.

Ninguno tiene información útil más allá de confirmar que Zima desapareció durante el ataque y que su ausencia dejó un hueco en nuestra cobertura defensiva que los hombres de Connor casi aprovechan.

Para cuando termino de interrogar a todo el mundo, estoy agotado, cabreado y me duele el costado como un demonio por el roce de bala que aún no me he molestado en hacerme mirar como es debido.

Dante y yo nos retiramos a mi despacho en la segunda planta. Se está más tranquilo aquí, lejos del sótano y del olor del miedo.

Me sirvo tres dedos de whisky y me bebo la mitad de un trago, sintiendo el quemazón pero sin que me importe.

Alguien me ha traicionado.

Le han vendido mi ubicación, mis protocolos de seguridad y mis posiciones defensivas al puto Connor Brennan.

Han puesto en riesgo toda mi operación.

Han puesto en riesgo las *vidas* de mis hombres.

Y van a morir gritando por ello cuando los encuentre.

—El rastro financiero —digo, acomodándome en mi silla y haciendo una mueca por el dolor en el costado—. ¿Qué has encontrado?

Dante vuelve a sacar su tableta. Proyecta la información en la pantalla de mi pared: números, nombres de cuentas y registros de transacciones que me parecen jeroglíficos.

—El pago a Zima pasó por tres empresas fantasma —explica, usando un lápiz óptico para resaltar las secciones relevantes—. Un montaje estándar de blanqueo de dinero. Cada empresa lleva a otra

empresa, que lleva a otra cuenta. Pero nuestro chico es bueno: ha encontrado un hilo del que tirar.

—¿Y? —Me inclino hacia delante, impaciente.

—Una de las empresas fantasma tiene vínculos con operaciones corsas. —Dante hace zoom en una cuenta específica y veo que frunce el ceño—. Esta de aquí. Está registrada en Marsella, pero las direcciones de los firmantes se remontan a Nueva York. Concretamente, a operaciones conocidas del sindicato corso en Manhattan.

Me incorporo, olvidando el dolor por un momento. —¿*Corsos*? ¿Por qué cojones iban los corsos a ayudar a Connor Brennan?

—Esa es la pregunta, ¿verdad? —Dante deja el lápiz óptico y me mira, con sus ojos castaños afilados tras las gafas—. Los corsos no suelen involucrarse en conflictos entre irlandeses e italianos. Tienen sus propios territorios y operaciones. No suelen tomar partido.

—A menos que alguien les esté pagando para hacerlo —digo, pensando en voz alta. Mi mente va a mil por hora, tratando de encajar lo que esto significa—. Connor podría haberlos contratado para facilitar la obtención de información. Un tercero neutral; tiene sentido si no quería acercarse a Zima directamente.

—Es posible. —El tono de Dante sugiere que no se lo traga, y vuelve a tocar la pantalla—. Pero la cantidad del pago es interesante. A Zima le pagaron cincuenta mil dólares por la información.

—Eso es lo normal para este tipo de traición. —Aún no veo a dónde quiere llegar.

—Sí, pero el sindicato corso movió dos *millones* de dólares a través de esta cuenta en la misma semana. —Dante habla con naturalidad, pero noto la frustración en su rostro—. Eso es mucho más que una comisión por poner a Connor en contacto con un traidor.

La cifra me golpea como un puñetazo.

Dos millones de dólares.

Eso no es el pago por una simple información.

—No solo están vendiendo información —me doy cuenta—. Están metidos en algo más. Algo más grande que aún no conocemos.

—Esa sería mi conclusión, sí. —Dante cierra su tableta con más fuerza de la necesaria y me mira por encima de las gafas, con expresión sombría—. La pregunta es qué. Y por qué están interesados en tu conflicto con Connor Brennan.

—Sigue cavando —le digo, con la mandíbula apretada—. Quiero saber qué familia corsa es y cuál es su ángulo. Quiero saber quién ha tocado ese dinero, hasta la última persona, y de dónde venía originalmente.

—Tendré más información para mañana. —Dante se levanta para irse, pero luego hace una pausa y se vuelve, con una expresión que vira hacia algo que podría ser preocupación—. ¿Cómo está Emma?

La pregunta me pilla desprevenido y noto cómo se levantan mis defensas. —Está bien. No resultó herida.

—Eso no es lo que he preguntado, Leo. —La voz de Dante es suave pero firme.

—Está bien —repito, y mi irritación aumenta. ¿Qué quiere que diga? Fui a verla después del ataque. No estaba herida. Solo conmocionada.

—Y le has hablado del traidor. —No es una pregunta, y hay algo en su tono que no me gusta.

—Necesitaba saber por qué falló el ataque y por qué su padre no pudo llegar hasta ella. —Le mantengo la mirada, desafiándolo a que me cuestione esto—. Me acusó de pensar que de alguna manera se había comunicado con Connor a pesar de estar encerrada en una habitación.

—¿*Podría* haberlo hecho? —pregunta Dante, enarcando ligeramente una ceja.

—No. —Estoy seguro al cien por cien de eso, y la pregunta me cabrea—. Hemos monitorizado todo. Ni teléfono, ni internet, ni comunicación con los guardias. Emma no facilitó esto. Zima nos vendió por su cuenta.

Dante asiente despacio, con esa expresión de preocupación que empieza a irritarme. —¿Cuál es tu plan ahora? Connor sabe dónde está. Lo intentará de nuevo.

—Que lo intente. —Las palabras salen más duras de lo que pretendo, fruto de mi frustración—. Hemos reforzado el perímetro,

duplicado los guardias y ahora ya sabemos que debemos buscar traidores. No pasará una segunda vez.

—¿Y Emma? —insiste Dante, y ahora noto la tensión en su voz—. ¿Cuánto tiempo piensas retenerla?

Es la misma puta pregunta que me hace una y otra vez, y es la misma pregunta que me hizo mi madre.

Sigo sin tener una buena respuesta, y estoy harto de que me pregunten.

—Todo el tiempo que haga falta —espeto.

—¿Todo el tiempo hasta *qué*, Leo? —La paciencia de Dante se está agotando claramente, y su voz sube un poco de tono—. Ya has dejado claro tu punto. Connor ha sufrido. Está aterrorizado por su hija. Misión cumplida. ¿Y ahora qué?

—Ahora aprende que los actos tienen consecuencias. —Las palabras suenan vacías incluso para mí, pero no sé qué más decir—. Aprende lo que se siente al perder a alguien.

—Lo que se siente al perder a algui... ¿así que la vas a tener *indefinidamente*? —Dante me mira como si me hubiera vuelto loco, mostrando por fin su frustración—. ¿*Ese* es tu plan? ¿Mantener a Emma Brennan encerrada en un dormitorio mientras Connor reúne a un ejército y acaba logrando quemar este sitio hasta los cimientos?

—¡No lo sé! —grito mientras me levanto, ignorando el dolor en mi costado—. No sé cuál es el plan, Dante. Solo sé que no puedo dejarla ir. Todavía no.

—¿Por qué no? —No retrocede; se queda ahí con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

Porque mi madre tiene razón: dejar ir a Emma significa admitir que todo esto fue un error.

Gabriel estaría decepcionado de en qué me he convertido.

Porque en el momento en que deje que Emma salga de aquí, Connor gana.

No estoy listo para afrontar el hecho de que la venganza no sabe cómo pensaba que sabría.

—Porque Connor necesita sufrir más —digo finalmente, sabiendo que es una excusa pobre.

Dante me observa durante un largo rato, y veo la decepción en sus ojos. Es la misma mirada que casi pude verle a mi madre cuando hablé con ella.

—Espero que averigües qué estás haciendo aquí de verdad —dice en voz baja, con cansancio—. Antes de que esta situación se vuelva aún más complicada de lo que ya es.

Se marcha, cerrando la puerta suavemente tras de sí, y me quedo a solas con mi whisky y mi rabia.

Pongo las imágenes de seguridad en mi monitor, queriendo comprobar que Emma está a salvo tras el ataque.

Conociéndola, probablemente esté tramando escapar a través del muro dañado.

La imagen de la cámara es nítida.

Es uno de los mejores sistemas de vigilancia que el dinero puede comprar, y ahora mismo muestra a Emma en la cama, con las mantas subidas hasta la barbilla y su cabello castaño rojizo extendido sobre la funda blanca de la almohada.

Está dormida.

Bien.

Eso significa que no está entrando en pánico ni intentando alguna estupidez. Una cautiva dormida es más fácil de manejar que una que está despierta y conspirando.

Observo el ascenso y descenso rítmico de su pecho, la forma en que su mano está acurrucada bajo su mejilla.

Hay rastros de lágrimas secas en su rostro y una parte de mí se da cuenta de que se ha quedado dormida llorando.

No es mi problema.

Es la hija de Connor Brennan.

Se supone que debe sufrir.

Ese es el objetivo de todo esto.

Excepto que el objetivo se suponía que era hacer sufrir a *Connor*, no ver a una mujer de veinticuatro años llorar a solas en una habitación cerrada porque el intento de rescate de su padre ha fallado.

Me termino el whisky y me sirvo otro, sintiendo el ardor.

La implicación de los corsos me molesta.

Dos millones de dólares es mucho dinero, el tipo de dinero que significa que alguien tiene planes más grandes que simplemente facilitar la venganza de Connor.

Y si alguien está manipulando esta situación, manteniendo el conflicto vivo deliberadamente, entonces Emma corre más peligro que el de verse simplemente atrapada entre dos familias en guerra.

Lo que significa que está más segura aquí, donde yo controlo las variables y sé exactamente quién tiene acceso a ella y quién vigila su puerta.

Es estratégico.

Nada más.

Mantener a Emma aquí no tiene que ver con ella, sino con mantener el control de la situación hasta que descubra qué quieren los corsos y quién más podría estar implicado.

Vuelvo a revisar las grabaciones de seguridad del ataque, congelando momentos específicos en mi mente.

Los hombres de Connor sabían por dónde entrar y dónde estaban los puestos de guardia.

Pero si tenían tan buena información, ¿por qué no funcionó mejor?

Somos buenos, pero no tanto.

Connor debería haber llegado al menos hasta la casa.

A menos que Zima le diera información incompleta a propósito.

A menos que alguien quisiera que el ataque fallara lo justo para mantener a ambas familias furiosas y enfrentadas.

El pensamiento se solidifica en una certeza.

Alguien nos la está jugando.

A los dos.

Y hasta que sepa quién y por qué, Emma se queda exactamente donde está.

En el monitor, Emma se mueve en sueños, girándose hacia la cámara.

Incluso a través de la pantalla, se la ve como lo que es: una mujer que ha pasado por un infierno por las decisiones que tomaron otros.

La voz de mi madre resuena: *¿Cuándo se ha convertido mi hijo en el tipo de hombre que secuestra a mujeres?*

Debería sentirme culpable, pero no es así.

O, al menos, no me permito sentirlo.

Emma Brennan se va a quedar justo donde está.

Por su propia seguridad, se lo crea ella o no.

Alguien me ha traicionado y alguien está manipulando este conflicto, y maldita sea si voy a entregarla a quienquiera que esté realmente detrás de este lío hasta que entienda a qué juego están jugando.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras cierro la señal de seguridad y me sirvo un tercer whisky.

La verdad es probablemente más complicada, pero estoy demasiado cansado y demasiado enfadado para analizarla ahora mismo.

Mañana descubriré más sobre los corsos y averiguaré quién está realmente detrás de la traición de Zima.

Esta noche, solo necesito que Emma se quede en esa habitación donde está a salvo y que Connor se mantenga bien lejos de mi propiedad.

Todo lo demás puede esperar.

7

LEO

Ha pasado una semana desde que me llevé a Emma y, de algún modo, he caído en una rutina que no tenía planeada.

La visito dos veces al día —por la mañana y por la tarde— por razones puramente prácticas.

Tengo que asegurarme de que está comiendo después de esa gilipollez de la huelga de hambre y de que no está planeando algún intento de fuga que haga que uno de mis guardias resulte herido o muera.

Es importante que verifique que el fallido rescate de Connor no la ha vuelto lo bastante desesperada como para intentar alguna estupidez.

Eso es, al menos, lo que me digo a mí mismo.

La realidad es probablemente más complicada, pero no me centro en ella porque estoy demasiado cabreado con el asunto de los corsos como para lidiar con complicaciones adicionales.

Cada pista que Dante ha seguido ha acabado en un callejón sin salida. Las sociedades pantalla remiten a otras sociedades pantalla.

Los contactos corsos en Nueva York han enmudecido o afirman que no saben nada.

Los dos millones de dólares desaparecieron en agujeros negros financieros que ni siquiera nuestra mejor gente puede descifrar.

Es como si quienquiera que haya montado esto supiera exactamente cómo borrar sus huellas, y me está sacando de quicio.

Así que cuando abro la puerta de Emma para mi visita matutina, ya estoy de un humor de perros que no tiene nada que ver con ella y todo que ver con el hecho de que alguien me la está jugando y no soy capaz de descubrir quién.

Emma está sentada en el escritorio junto a la ventana, dibujando algo que no puedo ver desde este ángulo.

Tiene el pelo castaño rojizo recogido en una coleta y lleva vaqueros y una camiseta azul del armario que resalta de verdad lo pálida y de porcelana que es su piel.

Levanta la vista cuando entro y veo cómo su expresión pasa de la concentración a la irritación en apenas medio segundo.

—Buenos días, rayo de sol —digo con sorna—. ¿Cómo te trata el cautiverio hoy?

—Oh, fantástico —responde ella al instante, entrecerrando sus ojos verdes—. Me he despertado en una habitación cerrada, prisionera de un psicópata, así que en realidad no es más que otro día en el paraíso. ¿Cómo te trata a ti eso de ser un pedazo de mierda secuestrador?

A pesar de mi mal humor, siento que una sonrisa sombría curva mis labios.

La mayoría de la gente está demasiado aterrorizada conmigo como para ser tan respondona.

Emma Brennan aún no ha aprendido esa lección.

—No me puedo quejar —respondo, apoyándome en el marco de la puerta y cruzándome de brazos—. El negocio de los secuestros me está tratando bien. Buenos beneficios, horario flexible, la satisfacción de hacer sufrir a tu padre. Es un trabajo gratificante.

—Me alegro *tanto*. —La voz de Emma rebosa sarcasmo mientras suelta el lápiz—. Es importante encontrar un propósito en la carrera profesional. ¿Has pensado en añadir «arruinar la vida de mujeres inocentes» a tu currículum? Realza mucho tus aptitudes.

—Se da por sentado dentro de «capo de la mafia». —Me adentro más en la habitación para comprobar que la bandeja del desayuno está vacía. Lo está. Bien. Al menos ahora come—. Junto con

«amenaza general para la sociedad» y «villano increíblemente atractivo».

Emma hace un sonido que está entre un bufido y una risa. —¿*Increíblemente atractivo*? Alguien tiene el ego muy inflado.

Me encojo de hombros y me siento en el sofá. —No es ego si es la verdad.

—Es ego, sin duda. —Me mira con esa expresión que es mitad exasperación, mitad algo que no acabo de identificar—. Y para que conste, eres más un «típico capo de la mafia amenazador» que un «villano increíblemente atractivo». La cicatriz de la ceja es demasiado. Muy previsible.

Me llevo la mano a la cicatriz por instinto, sintiéndome extrañamente a la defensiva. —Esta cicatriz es de una pelea con cuchillos. Mola bastante.

—Es un cliché —me corrige Emma, pero hay un destello en sus ojos que podría ser diversión—. ¿Qué será lo siguiente, un tatuaje en la cara? ¿Un pasado misterioso por el que te atormentas? Quizá una historia trágica que involucre a... —Se detiene de golpe y veo cómo se le enrojece la cara al recordar que sí que *tengo* una historia trágica que involucra a su padre asesinando a mi hermano.

El momento se alarga de forma incómoda.

—¿Demasiado pronto? —pregunta finalmente, con voz más queda.

—Un poco —admito, tensando la mandíbula. No quiero hablar de Gabriel ahora mismo. No quiero pensar en por qué estoy intercambiando pullas con la hija de mi enemigo en lugar de hacerla tan desgraciada como su padre hizo a mi familia—. Cómete el desayuno. Tómate las vitaminas. E intenta no planear mi asesinato con demasiado entusiasmo.

—No prometo nada sobre esto último —murmura Emma, todavía con las mejillas sonrosadas, pero no insiste con lo de Gabriel, cosa que agradezco más de lo que querría admitir.

Así ha sido durante la última semana.

Entro, nos batimos en duelos verbales, ella me insulta con creatividad, yo permanezco exasperantemente calmado, lo cual la

cabrea aún más, y al final me voy sintiéndome extrañamente vigorizado de una forma que no alcanzo a explicar.

Emma me fascina, y eso es un problema.

La mayoría de la gente se acobarda ante Leo Santoro.

Balbucean y sudan e intentan decirme lo que creen que quiero oír.

Emma escupe fuego.

Me mira fijamente a los ojos y me suelta que soy un gilipollas integral sin pestañear.

Me amenaza con la venganza de su familia como si de verdad creyera que Connor va a asaltar la mansión con éxito la próxima vez.

Además, es lista como el hambre.

Nuestras discusiones no son simples intercambios de insultos; son auténticas partidas de ajedrez verbal en las que ella anticipa mis respuestas y ajusta su estrategia en consecuencia.

Es terca y se niega rotundamente a ser una víctima, y hay algo en eso que yo...

No. Cállate, Leo.

—¿Qué estás leyendo? —pregunto, al ver el libro sobre su cama, intentando redirigir mis pensamientos a terreno más seguro.

—*Cumbres borrascosas*. —Su tono sugiere que debería ser obvio —. Ya sabes, un romance sobre gente tóxica que se porta fatal entre sí. Me parece apropiado para mi situación actual, ¿no crees?

—Pensé que preferirías la literatura italiana que te proporcioné —digo, manteniendo la voz neutra aunque sé que esto va a desencadenar algo.

La expresión de Emma se vuelve incrédula. —¿La literatura italiana que me proporcionaste? ¿Te refieres a esa basura pretenciosa que asumiste que querría leer porque, qué sé yo, soy una mujer joven y con estudios, así que me deben de encantar el *Infierno* de Dante y Maquiavelo?

Emma podrá ser lista e inquebrantable, pero, por Dios, es tan *fácil* de picar. —Son clásicos...

—Son aburridos —me interrumpe, poniéndose en pie y cruzándose de brazos, imitando mi postura anterior—. ¿Y sabes qué es lo que *realmente* me cabreó? El de Hemingway. Me diste

Hemingway. ¿Quién mira a una mujer secuestrada y piensa: «¿Sabes qué necesita? *Por quién doblan las campanas*»?

Siento que una sonrisa vuelve a asomar a mis labios a pesar de mi irritación por los corsos. —¿Cómo iba yo a saber que odias a Hemingway?

—¿Quizá investigando un poco sobre mis gustos reales de lectura en lugar de asumir que quiero textos densos de filosofía italiana? —Emma ha cogido carrerilla ahora, con los ojos echando chispas de indignación—. Leo novelas románticas, Leo. De las malas, con hombres sin camiseta en la portada y escenas de sexo improbables. Leo novela negra donde las mujeres asesinan a sus maridos de mierda y se van de rositas. Leo ficción contemporánea que no requiera un doctorado para ser comprendida. Pero claro, dale algo de Nietzsche a la víctima del secuestro. *Eso* sí que le alegrará el día.

—Novelas románticas —repito, intentando no reírme ante la imagen de la hija de Connor Brennan leyendo novelas románticas baratas—. Con hombres sin camiseta.

—Sí, con hombres sin camiseta. —Emma levanta la barbilla con aire desafiante—. Hombres que no secuestran mujeres, para que conste. Hombres que sí piden consentimiento antes de... —Se detiene, con las mejillas ligeramente encendidas.

—¿Antes de qué? —pregunto con curiosidad y disfrutando también de su incomodidad.

—Antes de nada —concluye con firmeza, con la cara definitivamente sonrosada ahora—. El caso es que son mejores hombres que tú.

—También son ficticios —señalo—. Yo soy real. Eso tiene que contar para algo.

—Ser real solo significa que eres un secuestrador de verdad en lugar de un caballero de ficción —me espeta Emma—. No creo que sea el argumento ganador que tú piensas.

Nos miramos fijamente durante un momento y me doy cuenta de que estoy disfrutando de esto.

Disfrutando de ella.

De la forma en que no se amilana, de cómo funciona su mente.

Es...

Peligroso.

Eso es lo que es.

Peligroso y estúpido, y tengo que salir de aquí antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

—Veré si podemos conseguirte algunas novelas románticas —me oigo decir, como un idiota—. No podemos permitir que sufras con literatura de calidad.

—Qué generoso por tu parte —dice Emma con sequedad mientras vuelve a sentarse y estira la mano hacia su bloc de dibujo —. Proporcionar material de lectura para tu prisionera. Eres todo un filántropo.

—Hago lo que puedo. —Me doy la vuelta para irme, pero entonces me detengo y veo cómo atrae el bloc hacia sí—. ¿Qué estás dibujando?

Ella se tensa un poco y mueve la mano casi protegiendo el bloc de dibujo. —Nada.

Vaya. Me oculta algo. —No parece que sea nada.

—No es asunto tuyo. —Su tono es defensivo de una forma que despierta mi curiosidad.

—Todo lo que hay en esta habitación es asunto mío —le recuerdo, dando un paso hacia el escritorio. Ella se levanta y usa su cuerpo para ocultar el cuaderno—. Incluyendo lo que sea que estés dibujando.

—Solo son las vistas desde la ventana —dice Emma rápidamente. *Demasiado* rápido—. Los jardines. Muy aburrido. No merece la pena verlo.

Miente.

Lo noto por el hecho de que no me sostiene del todo la mirada y por cómo sus dedos se aferran al borde del cuaderno, como si estuviera lista para cerrarlo de golpe si me acerco demasiado.

Lo cual, por supuesto, hace que quiera verlo aún más.

—Enséñamelo. —No es exactamente una orden, pero tampoco es una petición.

—No —responde Emma tajante, con la mandíbula apretada con esa terquedad que empiezo a reconocer.

—Emma —digo en tono de advertencia.

—Leo —imita ella mi tono a la perfección, con una ceja enarcada —. ¿Qué vas a hacer, obligarme? ¿Añadir «robo de arte» a tu lista de delitos?

—Podría simplemente quitártelo —señalo, aunque ambos sabemos que no voy a ponerme a forcejear para arrebatarle un bloc de dibujo.

—Podrías intentarlo. —Hay un desafío en sus ojos que hace que mi ritmo cardíaco se acelere—. Pero entonces me pelearía contigo, y ambos sabemos cómo terminó eso la última vez.

—¿Te refieres a cuando me arañaste la cara y apenas lo sentí? —Enarco yo también una ceja—. ¿A ese final?

—Hice sangre —dice orgullosa—. Eso es una victoria en mi libro.

Niego con la cabeza. —Tu libro necesita mejores estándares de victoria.

—Mi libro necesita que te largues de mi habitación y dejes de interrogarme sobre mis dibujos.

Estamos más cerca de lo que creía, quizá a un metro de distancia, ambos tensos y preparados para... algo.

No estoy seguro de qué.

Una discusión, probablemente.

Quizá para que me lance algo otra vez.

El aire entre nosotros se siente cargado de una forma que probablemente solo sea animosidad mutua.

—Está bien —digo, retrocediendo y odiando sentir que eso es una derrota—. Quédate con tus dibujos. Pero si lo que dibujas son planos para una ruta de escape, recuerda que tengo guardias en cada salida y que todos van armados.

—Tomo nota —dice Emma con frialdad—. Ahora vete. Estás arruinando mi proceso creativo.

Salgo, cerrando la puerta con llave tras de mí, e intento no pensar en el hecho de que ya estoy deseando volver esta noche.

Es más tarde esa misma tarde cuando recuerdo que Emma se da duchas largas al caer el sol.

Al menos una hora, a veces más, lo cual parece excesivo, pero he aprendido a no cuestionarlo porque probablemente es el único momento en el que siente que tiene algo de intimidad.

Lo que significa que su habitación está vacía.

Lo que significa que por fin puedo ver lo que ha estado dibujando.

Es solo un control de seguridad, me digo mientras intento caminar con parsimonia hacia su habitación.

Tengo que asegurarme de que no ha descubierto cómo convertir los materiales de arte en armas o herramientas de escape, o de que no está dibujando planos detallados de la propiedad que de algún modo pudiera filtrar a Connor.

Todo esto son mentiras y lo sé, pero aun así abro la puerta y entro en la habitación vacía.

No oigo el sonido del agua al correr, pero eso podría deberse a que la habitación tiene un aislamiento excelente.

El bloc de dibujo sigue en el escritorio donde lo dejó, cerrado pero no escondido.

Lo cojo y hojeo las páginas, esperando ver bocetos de los jardines, como ella decía, o quizá dibujos de los guardias que podría estar usando para memorizar caras y rutinas.

En su lugar, encuentro a su madre.

Teresa Brennan retratada con todo detalle: las ondas de su pelo, las perlas en su garganta, la suave tristeza en sus ojos que el resto de su cara intenta ocultar.

Es un buen dibujo. De hecho, es *realmente* bueno.

Emma tiene un talento que yo desconocía.

Paso la página y encuentro a Connor; su padre capturado en líneas duras y angulosas. Parece exactamente lo que es: completamente despiadado.

Me pregunto qué dice de Emma que dibuje a su padre así, con una honestidad tan inquebrantable.

La página siguiente me hace detenerme.

Soy yo.

O más bien, es una caricatura de mí.

Estoy dibujado con una precisión razonable; ha clavado la cicatriz que me atraviesa la ceja, la forma de mi mandíbula, incluso la manera en que el pelo me cae por la frente.

Pero me ha añadido unos ridículos cuernos de demonio que le nacen en las sienes y un bigote de villano que parece sacado de una película muda.

Me quedo mirándolo un buen rato y, de pronto, siento una carcajada burbujeando en mi pecho.

Me ha dibujado *cuernos de demonio*.

Y un bigote estúpido.

Puedo imaginarlo perfectamente: Emma sentada a este escritorio, furiosa consigo misma por haberme dibujado con demasiado realismo, agarrando el lápiz y destrozando el boceto en un acto de rebeldía infantil.

La imagen es tan propia de Emma que tengo que apretarme la mano contra la boca para sofocar la risa antes de que se me escape.

Es infantil, pero de alguna manera resulta entrañable, de una forma que no debería parecerme entrañable.

Paso la página, aún sonriendo, esperando encontrar más bocetos de los jardines o quizás más dibujos míos vandalizados.

En su lugar, encuentro otro retrato.

Soy yo otra vez, pero esta versión es distinta.

Estoy dibujado con líneas duras y poco favorecedoras, igual que el retrato de su padre.

Mis ojos son fríos y mi boca está trazada en una línea cruel. Parezco exactamente lo que soy: un hombre que secuestra a mujeres, las mantiene prisioneras y las hace sufrir para herir a sus padres.

Parezco un monstruo.

La sonrisa se muere en mi rostro.

Así es como me ve realmente.

No como el hombre que intercambia pullas verbales con ella, o que se asegura de que coma, o que le trae los libros que pide.

Esta versión: fría, cruel y absolutamente carente de redención.

Debería estar de acuerdo con eso.

Quiero que me vea como a un monstruo.

Hace que todo sea más sencillo, más limpio.

Ella no es una persona a la que tengo cautiva, es solo una forma de presionar a Connor.

Una herramienta.

Un medio para un fin.

Excepto que no me gusta.

No me gusta verme a través de los ojos de Emma y reconocer la verdad en su perspectiva.

No me gusta la forma en que el dibujo me hace sentir expuesto y avergonzado de un modo que no sentía hace años.

Arranco la página y la arrugo, metiéndomela en el bolsillo para tirarla más tarde.

Luego cierro el bloc y lo pongo de nuevo sobre el escritorio, exactamente donde lo encontré.

Estoy casi en la puerta cuando oigo algo extraño. Inclino la cabeza a un lado, analizándolo.

¿Qué es ese sonido?

Doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta del baño; pego la oreja a ella.

El sonido es tenue al principio: solo una respiración irregular que podría confundirse con llanto.

Pero entonces oigo las bocanadas de aire, esas inhalaciones bruscas de quien no consigue suficiente oxígeno, y lo reconozco de inmediato.

Un ataque de pánico.

Valentina los tenía constantemente después de que muriera Gabriel.

Sufría hiperventilación y temblores, y a veces se desmayaba porque su cuerpo literalmente olvidaba cómo respirar con normalidad.

Hicieron falta meses de terapia y medicación para controlarlos, y yo aprendí a reconocer las señales y a guiarla para que los superara cuando le daban.

—¿Emma? —la llamo a través de la puerta, manteniendo la voz calmada aunque el corazón me va a mil por hora—. Emma, voy a entrar.

No espero a que me dé permiso, porque alguien en mitad de un ataque de pánico no puede dar un permiso coherente.

Abro la puerta del baño y encuentro a Emma hecha un ovillo en el suelo junto a la bañera, con los brazos rodeando sus rodillas y la respiración saliendo a golpes cortos y desesperados.

Sigue vestida con vaqueros y una camiseta; la bañera está llena de agua, como si acabara de terminar de llenarla.

Está pálida, con los ojos muy abiertos y desenfocados, y parece aterrorizada de una forma que no tiene nada que ver conmigo y sí tiene todo que ver con lo que sea que esté pasando dentro de su propia cabeza.

Por primera vez desde que la secuestré, Emma no está luchando. Solo está *asustada*.

—Eh —digo en voz baja, arrodillándome a su lado en el suelo del baño—. Emma. Mírame.

Ella no responde.

Sigue jadeando por un aire que no parece llegarle a los pulmones.

Le tiemblan las manos y veo que los labios empiezan a ponérsele azulados por los bordes.

—Emma —repito, esta vez con más firmeza—. Estás teniendo un ataque de pánico. Estás bien. Estás a salvo. Necesito que te centres en mi voz.

Sigue sin haber respuesta. Está demasiado inmersa en ello, demasiado perdida en cualquier espiral que su cerebro haya creado.

Recuerdo lo que me enseñó el terapeuta de Valentina: anclarlos en la realidad, darles algo tangible en lo que concentrarse, guiarlos en la respiración hasta que su cuerpo recuerde cómo regularse solo.

Y a veces, el contacto físico ayuda.

Valentina siempre necesitaba que alguien le cogiera la mano durante lo peor.

Necesitaba ese ancla a la realidad cuando su mente se descontrolaba.

—Emma, escúchame. —Mantengo la voz baja y firme, el mismo tono que uso cuando ayudo a Valentina con sus ataques—. Estás en el baño. Estás en el suelo. Yo estoy aquí contigo. Estás a salvo. Nada va a hacerte daño ahora mismo.

Sus ojos se mueven hacia mí, solo un segundo, y lo acepto como un progreso.

—Voy a tocarte la mano —le digo, con voz calmada y clara—. ¿Está bien? Ayuda. Te lo prometo.

No responde verbalmente, pero sus ojos se centran en mí por un instante y asiente levemente con la cabeza. Es suficiente.

Alargo la mano despacio y con cuidado tomo la suya entre las mías.

Su mano es pequeña y delicada, y tiembla tanto que puedo sentir los temblores recorriéndole todo el brazo.

Tiene la piel húmeda y fría; sus dedos son como hielo contra mi palma.

Envuelvo su mano con la mía, cubriéndola por completo, y ejerzo una presión suave, anclándola.

La diferencia de tamaño es impactante.

Mi mano engulle la suya, y hay algo en eso —en lo frágil que se siente ahora mismo, en lo diferente que es esta de la mujer que me llama psicópata y me lanza tenedores a la cabeza— que hace que se me apriete el pecho.

—Bien —digo, sin romper el contacto visual y manteniendo un agarre firme pero suave—. Ahora necesito que respires conmigo. ¿Puedes hacerlo? Inspira por la nariz, espira por la boca. Cópiame.

Se lo demuestro, tomando aire por la nariz y soltándolo por la boca de forma lenta y exagerada.

Emma intenta copiarme, pero su aliento se entrecorta y vuelve a jadear, apretando su mano contra la mía con más fuerza.

—No pasa nada —le digo, manteniendo la calma aunque verla así me está afectando más de lo que debería. Le devuelvo el apretón, intentando darle algo sólido a lo que aferrarse—. No pasa nada porque cueste. Vamos a intentarlo otra vez. Por la nariz —inspiro lentamente— y por la boca —espiro.

Esta vez lo consigue.

A duras penas.

Su respiración sigue siendo inestable y demasiado rápida, pero le está entrando aire.

Se agarra a mi mano como si yo fuera lo único que evita que se ahogue.

—Bien —digo, asintiendo para animarla—. Otra vez. Por la nariz. —Respiro con ella, mientras mi pulgar acaricia inconscientemente sus nudillos en lo que espero sea un gesto tranquilizador—. Por la boca.

Hacemos esto durante varios minutos: yo respirando lenta y deliberadamente, Emma tratando desesperadamente de seguirme el ritmo, con las manos entrelazadas.

Poco a poco, su respiración empieza a nivelarse.

El tono azulado desaparece de sus labios.

La mirada salvaje y desenfocada de sus ojos se aclara ligeramente.

Su mano deja de temblar tan violentamente entre las mías.

—Eso es —le digo, manteniendo la voz suave—. Lo estás haciendo genial. Sigue respirando conmigo.

Después de lo que parece una eternidad, pero probablemente son solo cinco o diez minutos, la respiración de Emma es casi normal de nuevo.

Sigue pálida y temblorosa, pero la crisis inmediata ha pasado.

Toma una última respiración profunda y estremecedora, y entonces parece volver a ser ella misma por completo.

Sus ojos se centran en mi cara, luego bajan a donde nuestras manos siguen unidas, con mi pulgar todavía moviéndose en esos pequeños círculos sobre sus nudillos.

Después, a donde estoy sentado, tan cerca que nuestras rodillas casi se tocan, y puedo sentir el calor de su cuerpo junto al mío.

La observo procesar la cercanía, el contacto de las manos, el hecho de que Leo Santoro acaba de pasarse diez minutos guiándola en un ataque de pánico como si realmente le importara si ella está bien.

Algo cruza su rostro y de repente me siento expuesto.

Cazado.

Como si estuviera viendo algo que no pretendía mostrarle.

Suelto su mano bruscamente y me levanto, necesitando no pensar en cómo se sentía su piel contra la mía, ni en lo pequeña y

frágil que era su mano, ni en ninguno de los otros pensamientos que ahora mismo me llenan la cabeza.

—¿Agua? —pregunto, con la voz más áspera de lo que pretendía —. Deberías beber algo.

Emma asiente apenas, y agradezco la excusa para darme la vuelta y hacer algo con las manos que no sea sostener las suyas.

Cojo uno de los vasos del lavabo y lo lleno bajo el grifo, tardando más de lo necesario en recuperar el control.

Cuando vuelvo a arrodillarme y se lo ofrezco, tengo cuidado de mantener más distancia esta vez.

Sin contacto.

Sin cogerse de las manos.

Solo el vaso de agua extendido hacia ella.

Ella lo coge con manos aún temblorosas y bebe despacio.

—Gracias —susurra. Su voz es tan tenue, tan distinta a su habitual tono fogoso, que hace que el corazón se me caiga a los putos pies.

No sé qué decir a eso. Un «de nada» parece inapropiado. «Es culpa mía que estés en esta situación en primer lugar» parece más exacto, pero tampoco ayuda.

—Los ataques de pánico son lo peor —digo en su lugar, apoyándome contra la bañera junto a ella y, definitivamente, *sin* tocarla—. Mi hermana solía tenerlos después de que muriera nuestro hermano. Le costó mucho tiempo aprender a controlarlos.

Emma me mira y, por una vez, no hay rabia en su expresión. Solo agotamiento y quizá un poquito de curiosidad. —¿Tu hermana?

—Valentina —confirmo, asintiendo—. Tiene veinticinco años. Vive con mi madre en Manhattan. Val lo pasó muy mal después de que mataran a Gabriel.

No sé por qué estoy compartiendo información familiar con la hija de Connor Brennan. Pero algo en este momento —Emma vulnerable, asustada y despojada de todas sus defensas habituales— hace que quiera ser honesto con ella.

—Lo siento —dice Emma en voz baja, y suena sincera—. Por tu hermano. Por todo esto.

—No es culpa tuya —respondo, lo cual es cierto, aunque haya pasado la última semana castigándola por los crímenes de su padre —. Tú no lo mataste.

—No, pero mi padre sí. —Da otro sorbo al agua, con las manos todavía temblando ligeramente—. Y ahora me odias por su culpa.

—No te odio —me oigo decir, y es solo cuando las palabras han salido cuando me doy cuenta de que son verdad. Debería odiar a Emma. Debería odiar todo lo relacionado con ella.

Pero no es así. No puedo.

No cuando me mira de esta manera, no después de una semana de duelos verbales y de ver cómo se niega a doblegarse.

Es solo una mujer atrapada en medio de una guerra que ella no empezó.

Emma me mira con esos ojos verdes del color del cristal de mar, y algo parece cambiar en el aire entre nosotros.

—Debería dejar que te bañes —digo, levantándome bruscamente antes de que este momento se convierta en algo más de lo que es —. ¿Estás bien ya? ¿Respiras bien?

—Sí —dice Emma, todavía mirándome desde el suelo del baño—. Estoy bien. Gracias por... —Se calla, buscando las palabras—. Por ayudarme. No tenías por qué hacerlo.

—Sí, tenía —le digo, y eso también es verdad aunque no pueda explicar del todo por qué—. Descansa. Pasaré a verte más tarde.

Me marcho antes de que pueda responder, cerrando la puerta con llave tras de mí y apoyándome en ella un momento para recobrar la compostura.

Algo ha cambiado entre nosotros.

Lo he sentido en ese baño, en la forma en que Emma me ha mirado sin odio.

Lo decía en serio cuando dije que no la odio.

Esto se está complicando.

Y no tengo ni puta idea de qué voy a hacer al respecto.

8

EMMA

Los huevos se están enfriando. La tostada probablemente ya esté reblandecida.

La fruta parece perfecta e intacta, y sé que debería comerla porque rechazar la comida no sirve de nada, salvo para ponerme débil y mareada, pero tengo el estómago hecho un nudo que no tiene nada que ver con el hambre.

Tuve un ataque de pánico anoche.

Solo pensar en ello hace que me ardan las mejillas de vergüenza y que se me oprima el pecho con el recuerdo de no poder respirar, de no ser capaz de controlar mi propio cuerpo mientras se sumía en el terror.

Hacía casi un año que no tenía uno. Pensaba que los tenía bajo control, gracias a los ejercicios de respiración y a los mecanismos de superación que me enseñó mi terapeuta.

Pero, por lo visto, que te secuestren, te mantengan prisionera y que el intento de rescate de tu padre fracase de forma espectacular bajo una lluvia de disparos es suficiente para activar todos esos viejos patrones que tanto me esforcé por romper.

El pánico surgió de la nada.

En un momento me estaba preparando para darme un baño, intentando no pensar en que llevaba aquí una semana y que mi

madre probablemente pensaba que estaba muerta.

Y al momento siguiente sentía el pecho oprimido, no podía respirar, las paredes se me echaban encima y estaba en el suelo hiperventilando, como si mi cuerpo hubiera olvidado cómo funcionar.

Odio que haya pasado. Odio seguir siendo vulnerable a ellos, ser capaz de desmoronarme así, cuando he invertido tanta energía en intentar ser fuerte, en negarme a ser una víctima.

Pero lo que más odio —lo que hace que se me revuelva el estómago y se me encienda la cara— es que Leo lo vio.

Leo Santoro, el hombre que me secuestró, el hombre al que se supone que debo odiar con cada fibra de mi ser, me encontró acurrucada en el suelo del baño jadeando como un pez fuera del agua.

Fue testigo de mi momento de mayor vulnerabilidad.

Y fue… *amable*.

Esa es la parte en la que no puedo dejar de pensar, la parte que me está volviendo loca más que cualquier otra cosa de toda esta situación.

Leo fue amable.

Fue delicado.

Me ayudó a superar el ataque de pánico con esa voz paciente y firme que me recordaba a mi terapeuta.

Sabía exactamente qué hacer, exactamente qué decir, como si ya lo hubiera hecho antes.

Y me pidió permiso antes de tocarme.

Me miro las manos, extendiendo los dedos sobre la mesa, y aún puedo sentir el peso de su mano sobre la mía, cómo su palma envolvía la mía por completo, el calor de su piel contra mis dedos fríos y sudorosos.

La forma en que su pulgar trazaba pequeños círculos sobre mis nudillos, dándome seguridad, anclándome a la realidad cuando mi cerebro estaba convencido de que me moría.

Entrelazo los dedos, intentando que la sensación fantasma desaparezca.

No quiero pensar en cómo se sentía su mano ni en lo segura que me sentí durante esos pocos minutos cuando se suponía que debía

estar aterrorizada porque mi secuestrador me estaba tocando.

No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido.

Leo Santoro es el enemigo.

Me sacó de mi boda, me encerró en esta casa y me usó como moneda de cambio contra mi padre.

Es cruel, calculador y todo lo que debería odiar.

Excepto que *no* fue cruel anoche. Fue cuidadoso, considerado y—

La puerta se abre y doy un respingo; el tenedor tintinea contra el plato.

Leo entra a grandes zancadas y de inmediato me llama la atención su aspecto bajo la luz de la mañana que entra por las ventanas.

Lleva unos pantalones oscuros y una camisa blanca de botones con las mangas remangadas hasta los antebrazos, dejando a la vista su piel bronceada y los fibrosos músculos de sus brazos.

Su cabello castaño oscuro todavía está húmedo, como si se acabara de duchar, y le cae sobre la frente de una manera que resulta irritantemente atractiva.

La cicatriz que le atraviesa la ceja izquierda es más visible bajo la luz natural, una fina línea blanca que, de alguna manera, hace que su rostro sea más interesante en lugar de menos.

Tiene la mandíbula recién afeitada y sus ojos castaños —casi negros según la iluminación, pero más cálidos al sol— están fijos en mí con una intensidad que me corta la respiración.

Siento cómo el calor me sube por el cuello hasta las mejillas al recordar la otra noche, su mano sosteniendo la mía y lo cerca que estuvimos sentados.

Por favor, no lo menciones. Por favor, no saques el tema. Por favor, limítate a fingir que nunca ha pasado.

La mirada de Leo se detiene en mi cara y sé que ve mi rubor, pero afortunadamente —joder, *menos mal*— no hace ningún comentario al respecto.

En su lugar, se detiene a un par de metros de la mesa y se cruza de brazos con expresión neutra.

—Tienes permiso para salir de tu dormitorio —dice sin preámbulos.

Lo miro, atónita. —¿Eh?

—Puedes salir de tu dormitorio —repite Leo—. Tendrás acceso al resto de la casa: la biblioteca, los jardines, el comedor. Seguirás estando vigilada y custodiada, pero ya no estarás confinada en esta habitación.

Por una vez en mi vida, no tengo absolutamente nada que decir.

Me quedo sentada con la boca entreabierta, probablemente con cara de idiota, intentando procesar lo que acaba de decirme.

Puedo salir de esta habitación.

Puedo salir de este cuarto espantoso en el que he estado atrapada durante una semana.

—¿Por qué? —consigo preguntar por fin, con la voz más débil de lo que me gustaría.

La nuez de Leo se mueve al tragar saliva y sus ojos permanecen fijos en mí un instante más de lo necesario. —Porque no deberías estar encerrada en una jaula —dice en voz baja. Luego, con más firmeza—: Los guardias te enseñarán el lugar. No intentes ninguna estupidez.

Se da la vuelta para marcharse y me doy cuenta de que tengo que decir algo y agradecer el gesto, aunque no entienda del todo por qué lo hace.

—Gracias. —Lo digo de corazón, de una forma que me sorprende a mí misma—. De verdad. Gracias.

Leo se detiene en el umbral y tensa ligeramente los hombros.

No se gira ni me mira.

Asiente una vez y se marcha; la puerta se cierra suavemente tras él.

Me quedo sentada un buen rato, mirando la puerta cerrada e intentando comprender qué acaba de suceder.

Luego aparto la silla de un empujón y prácticamente salgo corriendo para comprobar si hablaba en serio.

La puerta está sin llave.

La segunda semana de cautiverio comienza con una libertad que no esperaba tener.

La aprovecho *de inmediato* y exploro sin pudor cada centímetro de la finca al que tengo permitido acceder.

Los jardines son enormes, con céspedes y parterres cuidados meticulosamente, y senderos de piedra que serpentean entre rosaledas y alrededor de una fuente que parece fabulosamente cara.

Hay guardias por todas partes, siempre observando y siguiéndome a una distancia prudencial, pero al menos puedo respirar aire fresco.

Al menos puedo sentir la luz del sol en la cara.

La biblioteca es mi descubrimiento favorito.

Es enorme, de dos plantas de altura, con estanterías que van del suelo al techo y una de esas escaleras correderas que solo he visto en las películas.

Me he divertido mucho impulsándome en ella y gritando «¡Yuuujuuu!» mientras me deslizaba por las estanterías.

Hay rincones de lectura con sillones mullidos, ventanales que dan a los jardines y más libros de los que podría leer en toda una vida.

Libros de verdad, además, no solo la pretenciosa literatura italiana que Leo intentó imponerme.

Hay novelas románticas escondidas al fondo, de narrativa contemporánea, de misterio e incluso algo de fantasía juvenil que me hace sentir nostalgia de mis años de instituto.

También aprovecho el comedor y hago las comidas en la enorme mesa de caoba en lugar de en mi dormitorio.

Me hace sentir más humana y normal, incluso con guardias armados apostados en las puertas.

Pero no voy a permitir que esta libertad me haga bajar la guardia.

Sigo trazando un mapa de la propiedad, memorizando las rotaciones de los guardias y los cambios de turno, y anotando qué puertas están cerradas y cuáles no.

Busco cualquier posible debilidad en la seguridad de Leo y lo dibujo todo —planos detallados de la finca, posiciones de los guardias, rutas de patrulla— en papeles que escondo bajo una loseta suelta que he descubierto en el suelo del baño.

El baño es el único lugar donde tengo verdadera intimidad.

Averigüé dónde estaban las cámaras del dormitorio en los dos primeros días. No soy idiota.

Papá siempre me enseñó a estar alerta y no fue difícil encontrarlas.

Una en la esquina junto a la puerta, otra junto a la ventana, colocadas estratégicamente para vigilar sin que resulten obvias.

Pero no hay cámaras en el baño.

No puede haberlas, por cuestiones legales o leyes de privacidad o algo así.

Así que ahí es donde guardo mis planes de escape y mis dibujos, todo lo que Leo no puede saber.

Sé que me observa en el dormitorio. Sé que me ve leyendo, dibujando y caminando de un lado a otro.

Pero no lo ve todo.

No sabe lo que estoy planeando.

Leo me acompaña a cenar casi todas las noches, algo que no esperaba y de lo que no sé muy bien qué pensar.

Al principio me niego a hablar.

Me siento frente a él en esa mesa de comedor gigantesca y como guardando un silencio absoluto, fingiendo que no existe.

Es mezquino e infantil y probablemente no sirve de nada, pero me hace sentir que tengo algo de control sobre la situación.

Pero el silencio se vuelve aburrido después de tres cenas seguidas y, al final, me vence la curiosidad.

—¿De verdad estudiaste arquitectura? —pregunto una tarde, rompiendo el silencio que se ha prolongado entre nosotros durante los últimos veinte minutos.

Leo levanta la vista del plato con sorpresa en el rostro. —¿Eh?

—Arquitectura —repito, enroscando la pasta en el tenedor sin mirarlo—. Lo mencionaste antes. Que lo habías estudiado antes de que tu padre te metiera en el negocio familiar.

—Así es. —Deja el tenedor sobre la mesa y me estudia con esos ojos oscuros—. Cuatro años en la Universidad de Nueva York. Estaba a dos semestres de licenciarme cuando mi padre sufrió un ataque al corazón y tuve que hacerme cargo yo.

—¿En la NYU? —Dejo mi propio tenedor—. Yo fui al Sarah Lawrence.

—¿Especialidad en Historia del Arte? —adivina Leo, y hay un tono casi burlón en su voz.

—Cómo has… —Me detengo al darme cuenta de lo estúpida que es la pregunta—. Cierto. Te informaste sobre mí antes de secuestrarme. Espeluznante, pero minucioso.

—Prefiero «diligente». —Los labios le tiemblan levemente—. Y sí, Historia del Arte. Con una especialización secundaria en Bellas Artes. Te graduaste hace dos años, tenías una nota media de sobresaliente y escribiste tu tesis sobre la intersección entre el trauma y la creatividad en las artistas contemporáneas.

Lo miro fijamente, sin saber si sentirme impresionada o perturbada. —Eso es… mucha información —digo al fin.

—Soy muy minucioso cuando secuestro a alguien —dice Leo con ironía—. Ayuda saber qué clase de libros poner en su celda.

—Aun así, te equivocaste —señalo—. Lo de Hemingway fue un desastre.

—Un error en un secuestro que, por lo demás, ha sido impecable —replica, y no sé si está bromeando o no—. Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

—Más vale que no haya una próxima vez —murmuro, pero cambio de tema—. ¿Qué rama de la arquitectura? —Siento curiosidad de verdad, a pesar de mí misma, y quiero pasar página tras ese extraño momento en el que casi encuentro encantador el acoso de Leo.

—Diseño sostenible. —Hay una nostalgia en su voz que me hace pensar que de verdad le importaba—. Edificios que trabajen con su entorno en lugar de contra él. Quería diseñar estructuras que perduraran, que fueran hermosas y funcionales y que no destruyeran el planeta en el proceso.

Parpadeo. Bueno, no era lo que me esperaba. —Eso es… —Busco la palabra adecuada—. Noble, en realidad. Y algo inesperado para alguien de tu profesión.

—¿Qué pasa, que los mafiosos no pueden preocuparse por el medio ambiente? —Leo enarca una ceja y *definitivamente* hay diversión en sus ojos ahora—. Nosotros también tenemos que vivir en este planeta.

—Solo quería decir… —Me trabo con las palabras mientras siento que se me calientan las orejas. ¿Qué me pasa?— Tienes, ¿qué, treinta y tres años? ¿Creo? Y querías ser un arquitecto ecológico. Es un cambio bastante grande pasar de eso a dirigir un imperio criminal.

—Treinta y cinco —confirma él, con una mirada que me calienta la piel—. Y tú tienes veinticuatro. Lo que significa que, cuando yo estudiaba arquitectura sostenible en la NYU, tú probablemente aún estabas en el colegio llevando ortodoncia y preocupándote por tu primer baile.

Me ruborizo. —En realidad, nunca llevé ortodoncia. Y me preocupaba más el portafolio de mis trabajos artísticos que los bailes del colegio.

—Por supuesto que sí. —Hay algo en su tono que seguro que no es burla; ¿podría ser… afecto?—. El tipo artístico y serio. Demasiado concentrada en los dibujos al carboncillo para preocuparte por los chicos.

—Me preocupaban los chicos —me defiendo, aunque no le falte razón—. Solo que también me importaba mi arte. Que conste que me lo sigo tomando *muy* en serio. O me lo tomaba, antes de que alguien me secuestrara y me arruinara la vida —concluyo con intención.

—Dibujas todos los días —señala Leo—. Todavía te lo tomas en serio.

El recordatorio de que me observa a través de las cámaras hace que se me revuelva el estómago. —Eso es porque me aburro y literalmente no tengo nada más que hacer —replico.

—Seguro. —Pero no suena convencido—. No tiene nada que ver con el hecho de que hayas llenado un bloc de dibujo entero en una semana.

A partir de ahí, entablamos conversación y se convierte en una rutina.

Cenas en las que hablamos de libros, de arte y de todo menos de lo más importante: que estoy aquí contra mi voluntad.

Leo es culto y ha leído mucho; no se parece en nada al monstruo que me esperaba cuando me secuestró.

Cita a Dante, y no solo las frases trilladas que todo el mundo conoce, y debate sobre filosofía con una profundidad que sugiere que se ha leído esos textos de verdad en lugar de limitarse a ojear resúmenes.

Sabe de arte contemporáneo y literatura clásica, y tiene opiniones sobre si Hemingway está sobrevalorado —está de acuerdo conmigo en que lo está, lo cual es reconfortante—.

Y odio lo mucho que no odio estas conversaciones.

Odio tener ganas de que llegue la cena, odio estar durante el día pensando en temas que comentar con él, odio que cuando cita algo interesante me entren ganas de debatirlo solo para ver cómo responde.

Una noche me pilla mirando la cicatriz que le atraviesa la ceja y enarca la otra —la que no tiene cicatriz— a modo de desafío.

—No dejas de mirarla —dice con voz divertida—. Pregunta de una vez.

—No estaba… —empiezo, pero me ha pillado y lo odio. Siento las mejillas calientes y suelto un suspiro—. Oh, está bien. ¿Cómo te la hiciste de verdad? —le pregunto agitando la cuchara ante él—. Y no vuelvas a decir que fue en una pelea con cuchillos. Es demasiado tópico.

—Pero *fue* en una pelea con cuchillos —insiste Leo, con los ojos brillando de picardía—. Siento decepcionar tus expectativas de originalidad.

—¿Contra quién? —insisto, inclinándome un poco hacia delante sin querer—. ¿Cuándo?

—Tenía veintidós años. —Leo se recuesta en la silla como si se dispusiera a contar una historia—. Había un tipo, un tal Dmitri de la mafia rusa, que decidió que no le gustaba cómo nuestras familias se habían repartido el territorio en Brighton Beach. Me retó a resolverlo a la vieja usanza.

—¿A la vieja usanza significa con cuchillos? —pregunto incrédula. Esto parece sacado de una película—. Qué locura.

—Son negocios —me corrige Leo encogiéndose de hombros—. Gané yo, obviamente. Él salió peor parado. —Se toca la nariz—. Le

rompí la nariz, le disloqué el hombro y se fue con muchas más cicatrices que una simple marca en la ceja.

—Y tú te quedaste con eso. —Señalo su cara antes de poder contenerme—. ¿No te molesta? Tener un recordatorio permanente de—

—¿De que demostré que sabía defenderme? —termina Leo, con la mirada clavada en la mía—. No. Me molesta que tuviera que hacerlo. Pero ¿la cicatriz en sí? He hecho las paces con ella. Según mi madre, me da carácter.

—Es muy de jefe mafioso —digo antes de pensarlo mejor—. Muy de «no me busques las cosquillas o a ti también te apuñalaré».

—¿Es eso lo que piensas cuando la miras? —Hay algo en su voz que me corta la respiración—. ¿Que te voy a apuñalar?

—No —admito en voz baja, dándome cuenta de que es verdad. Hace días que no lo pienso—. Pienso… —Frunzo el ceño, sin saber cómo organizar mis pensamientos inconexos—. No sé qué pienso. Ahora simplemente forma parte de tu cara. Apenas la noto ya.

Algo cambia en la expresión de Leo, algo que no sabría definir. —Apenas la notas —repite despacio—. Después de dos semanas obligada a mirarme cada día.

—No estoy *obligada* a mirarte —le suelto, y luego me doy cuenta de cómo suena—. Quiero decir… técnicamente sí, puesto que no dejas de venir a mi habitación y de invitarte a cenar. Pero no es como si… —Maldita sea, lo estoy empeorando. Que me trague la tierra ahora mismo—. No eres desagradable de ver. Hablando objetivamente.

En el mismo momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento al instante. En serio, que alguien acabe conmigo.

Los labios de Leo se curvan en una sonrisa de diversión auténtica, sin rastro de burla. —Hablando objetivamente, no soy desagradable de ver. Añadiré eso a mi lista de cumplidos de Emma Brennan, justo debajo de «gilipollas» y «pedazo de capullo».

—No te olvides de «pedazo de mierda secuestrador» —le recuerdo, pero yo también estoy luchando por no sonreír—. Ese es mi favorito personal.

—Anotado. —Leo me sigue observando con esa intensidad que me hace ser muy consciente de lo cerca que estamos sentados y de cómo la luz de las velas se refleja en sus ojos oscuros—. Por lo que vale, tú tampoco eres desagradable de ver. Hablando objetivamente.

Siento la cara arder y las palmas de las manos se me vuelven a humedecer. —Eso es… tú no puedes… —balbuceo, sintiéndome como un pez fuera del agua.

—¿Qué? —La sonrisa de Leo se ensancha ligeramente, y se le forman arruguitas en los ojos—. ¿Darte un cumplido? Tú acabas de darme uno. Simplemente te devuelvo el favor.

—He dicho que no eras desagradable —señalo, con la voz más aguda de lo normal. Maldita sea, qué calor hace aquí. ¿Es Leo tan tacaño que no enciende el aire acondicionado?—. Eso apenas es un cumplido. Es como decir que alguien no es activamente feo.

—Está bien. —Leo se inclina un poco hacia delante, apoyando los codos en la mesa, y soy dolorosamente consciente de cómo se le tensa la camisa sobre los hombros—. Eres hermosa, Emma. Incluso cuando me insultas y me lanzas tenedores a la cabeza. —Hace una breve pausa—. Especialmente entonces, de hecho. La rabia hace que te brillen más los ojos.

No sé qué hacer con eso.

Ni siquiera sé cómo *responder* a Leo Santoro —mi secuestrador, el hombre al que se supone que debo odiar— diciéndome que soy hermosa con total sinceridad en la voz.

—Eso es… —Me faltan las palabras, estoy totalmente perdida hasta que me aferro a un hilo de pensamiento—. ¡Estás intentando distraerme! —le espeto triunfante.

—En absoluto —dice Leo, bajando la voz—. Solo constato un hecho. Me has preguntado por mi cicatriz, y te he respondido. Luego has dicho que yo no era desagradable de ver, y yo te digo que tú eres bastante más que «no desagradable». Es pura honestidad.

—Honestidad —repito, mientras mi corazón baila un tango en mi pecho—. De parte del hombre que me secuestró y no me deja llamar a mi madre.

Leo se pone serio y el momento se rompe. —Buen punto.

Nos quedamos en un silencio incómodo un momento antes de obligarme a hablar de nuevo, necesitando dejar atrás lo que sea que haya sido eso.

Esto es el síndrome de Estocolmo, me digo con firmeza.

Es mi cerebro intentando racionalizar mi situación haciendo que mi captor parezca humano, interesante y atractivo en lugar de un monstruo.

Excepto que Leo es humano.

Y es interesante.

Y cuanto más tiempo paso con él, más difícil me resulta aferrarme al odio puro que sentí aquel primer día en la catedral.

Lo cual es un problema que no sé cómo solucionar.

9

EMMA

Estoy en la biblioteca un miércoles por la tarde —o al menos creo que es miércoles, los días se desdibujan cuando estás retenida contra tu voluntad—, acurrucada en uno de los sillones de lectura con una novela de misterio, cuando se abre la puerta.

Espero que sea un guardia haciendo su ronda rutinaria o puede que Leo viniendo a decirme que la cena está lista.

En su lugar, una mujer entra en la sala con una presencia que me hace enderezarme instintivamente.

Está a finales de los cincuenta o principios de los sesenta, e impecablemente vestida de una forma que rebosa dinero antiguo y elegancia.

Su cabello oscuro tiene vetas plateadas y está recogido en un sofisticado moño; ni un solo pelo está fuera de su sitio.

Lleva unos pantalones de lino color crema hechos a medida y una blusa de seda en azul marino intenso, con una hilera de perlas al cuello y pequeños pendientes de diamantes.

Su rostro es impactante: pómulos altos, labios carnosos y unos ojos oscuros e intensos que me resultan inconfundibles.

Los ojos de Leo.

Esta mujer tiene exactamente los mismos ojos que Leo, ese marrón oscuro casi negro, con la misma intensidad que te hace

sentir como si te estuvieran evaluando y juzgando a la vez.

Esta tiene que ser su madre.

—Así que —dice, mirándome de arriba abajo con una evaluación obvia, su acento italiano sutil pero presente—, tú eres la chica Brennan por la que mi hijo ha perdido la cabeza.

Me pongo en pie, negándome a dejarme intimidar a pesar de que esta mujer radia tanta autoridad que me hace querer disculparme por existir.

La frase «*ha perdido la cabeza por*» también me irrita por alguna razón.

—Si por «perder la cabeza» se refiere a «secuestrarme el día de mi boda», entonces sí —respondo, manteniendo la voz firme—. Esa sería yo.

Los labios de la mujer tiemblan como si estuviera reprimiendo una sonrisa. —Soy Gianna Santoro. —Se adentra más en la biblioteca como si fuera la dueña, cosa que, técnicamente, probablemente es o fue en algún momento—. Y mostrarás respeto cuando hables conmigo, jovencita.

Respeto. Ella quiere *respeto*.

—¿Respeto? —No puedo evitar la risa amarga que se me escapa —. Su hijo me encerró en esta casa. No me deja contactar con mi familia. Me está utilizando como venganza contra mi padre por algo con lo que yo no tuve nada que ver. Perdone si no me siento especialmente respetuosa en este momento.

Me preparo para que arremeta contra mí y defienda a su hijo.

En cambio, la expresión de Gianna pasa de severa a algo que casi podría ser... espera, ¿eso es *aprobación*?

—Bien —dice, asintiendo una vez—. Tienes fuego. Me preocupaba que Leonardo hubiera elegido a alguna flor marchita que llorara todo el día y necesitara consuelo constante.

¿Pero qué cojones?

Se sienta en uno de los sillones como si se dispusiera a tomar el té, cruzando las piernas con elegancia y entrelazando las manos en el regazo.

Yo permanezco de pie, sin saber qué hacer ante este extraño giro de los acontecimientos.

—¿Elegido? —repito, aferrándome a esa palabra—. Él no me *eligió*. Me secuestró por culpa de mi padre.

—¿Lo hizo? —Los ojos de Gianna son penetrantes—. Dime, Emma Brennan, ¿qué piensas de mi Leo?

La pregunta es tan inesperada, tan extraña dadas las circunstancias, que suelto mis sentimientos reales antes de poder contenerme.

—Creo que es un capullo.

Las palabras quedan suspendidas en el aire e inmediatamente hago una mueca, esperando que estalle.

Acabo de llamar capullo a su hijo a la cara de su madre.

La madre que perdió a su hijo menor por una bala de mi padre.

Pero Gianna no estalla.

Ni siquiera parece estar especialmente ofendida.

En su lugar, asiente pensativa, como si acabara de confirmar algo que ya sospechaba.

—Sí —coincide, sorprendiéndome—. Puede serlo. Especialmente cuando cree que está siendo honorable o protegiendo a alguien. Eso lo heredó de su padre, ya ves, la terca convicción de que él es quien mejor sabe.

No sé qué decir a eso, así que me quedo ahí de pie con torpeza mientras Gianna me estudia como si fuera un cuadro que está considerando comprar.

—Siéntate —ordena, señalando el sillón frente a ella. Por su tono, espera que obedezca.

Me siento despacio, posándome en el borde del asiento como si tuviera que salir corriendo en cualquier momento mientras Gianna me mira de arriba abajo.

Siento como si me estuvieran haciendo una radiografía, pero me niego a acobardarme o a hacerme pequeña.

En su lugar, le sostengo la mirada con actitud desafiante.

—No eres lo que esperaba —dice Gianna tras un largo momento de escrutinio.

—¿Qué esperaba? —Mi curiosidad puede conmigo.

—A alguien más débil —responde Gianna con franqueza, jugueteando con su collar de perlas entre los dedos—. A alguien

destrozada por lo que Leonardo ha hecho. La preciosa hija de Connor Brennan, criada rodeada de lujos, poco acostumbrada a las penalidades. Una muñeca de porcelana que se rompería bajo presión.

—Siento decepcionarla. —Soy incapaz de evitar el tono cortante en mi voz.

Gianna parece desconcertada antes de que sus facciones se suavicen. —Me malinterpretas —dice, restándole importancia con un gesto de la mano—. No estoy decepcionada. Estoy... intrigada. Tienes carácter, Emma. Te defiendes. No te desmoronas. Eso es bueno.

—¿Bueno para quién? —pregunto con desconfianza.

Los labios de Gianna se curvan en lo que podría ser una sonrisa. —Esa es la cuestión, ¿verdad?

La respuesta críptica me frustra. —No entiendo qué quiere de mí.

—No quiero nada de ti —dice Gianna de manera no hostil—. Simplemente intento comprender qué ve mi hijo en ti.

Mi mente se queda en blanco por un segundo. —Él... él no ve *nada* en mí —rebato, sintiendo que me arde la cara—. Solo soy una moneda de cambio. Un peón en su plan de venganza contra mi padre.

—¿Eso es lo que crees? —pregunta Gianna, y hay una complicidad en su tono que me incomoda—. ¿Que solo eres una moneda de cambio?

—Eso es lo que soy —insisto, intentando recuperar el control de esta conversación. ¿Cómo es que estoy flaqueando? Él mismo lo dijo. Estoy aquí porque mi padre mató a su hermano.

—Sí, eso es lo que te dijo él —asiente Gianna—. Pero Leonardo siempre ha sido muy bueno mintiéndose a sí mismo. Es una de sus cualidades más frustrantes.

La miro fijamente, intentando descifrar qué está insinuando. —No... ¿a qué se refiere?

—Dime, Emma —dice Gianna, cambiando de postura y de tema tan abruptamente que me hace dar vueltas la cabeza—, ¿qué sabes de mi hijo menor? ¿De Gabriel?

El cambio me descoloca. ¿Qué espera exactamente que diga? —Sé que mi padre lo mató —digo despacio, haciendo una mueca al ver que el rostro de Gianna se contrae de dolor—. Sé que estuvo mal y fue terrible, y lo siento—.

—No te disculpes por las acciones de tu padre —interrumpe Gianna bruscamente, y la tristeza desaparece de inmediato—. Tú no apretaste el gatillo. Ni siquiera estabas allí. Los crímenes de Connor Brennan son responsabilidad suya, no tuya.

—Pero los estoy pagando de todos modos —señalo con frustración, gesticulando hacia la biblioteca, que es hermosa pero sigue siendo una prisión—. Estoy aquí por lo que él hizo.

—¿De verdad? —La expresión de Gianna es indescifrable—. ¿O estás aquí porque Leonardo no sabe qué más hacer contigo?

Esta mujer me confunde de mala manera. —Yo... *¿qué?* —Eso no tiene ningún sentido. ¿Ha perdido el juicio?—. Me tiene aquí para hacer *sufrir* a mi padre —le recuerdo—. Ese es el objetivo de todo esto.

—Ese *era* el objetivo —corrige Gianna—. Hace dos semanas, cuando te llevó. ¿Pero ahora? —Ladea la cabeza, estudiándome—. Ahora creo que la situación se ha vuelto más complicada de lo que mi hijo anticipó.

Mi corazón late demasiado rápido, mi mente corre para seguir el ritmo de cualquier juego que Gianna esté practicando. —Sigo sin entender qué está diciendo.

—¿Sabes por qué he venido hoy? —pregunta Gianna en lugar de responder.

—¿Para... gritarle a su hijo por haberme secuestrado? —aventuro —. ¿Para decirle que está siendo temerario y estúpido?

—Bah. Eso ya lo hice —dice Gianna con un gesto despectivo—. Por teléfono, a gritos, hasta que me pitaron los oídos. No, he venido a verte a ti. A comprender qué clase de mujer podría hacer que mi Leonardo se olvidara de sí mismo tan por completo.

—Él no se ha olvidado de sí mismo —replico, aunque no estoy segura de por qué lo defiendo—. Está ejecutando un plan de venganza. Eso es tenerse muy presente a sí mismo y a lo que quiere.

—¿Lo es? —Los ojos de Gianna son agudos, clavándose en los míos—. Dime, Emma, en las semanas que llevas aquí, ¿te ha hecho daño mi hijo?

Le frunzo el ceño y me señalo a mí misma. —Me secuestró—.

—Aparte del secuestro en sí —interrumpe Gianna impaciente—. ¿Te ha golpeado? ¿Te ha amenazado con violencia? ¿Te ha negado comida o comodidad?

—No —admito a regañadientes, pensando en cómo Leo me obligó a comer al principio y cómo intentó proporcionarme *algo* de entretenimiento mientras estaba encerrada en mi habitación—. Pero—.

—¿Te ha tratado con crueldad? ¿Te ha hecho sufrir más allá del sufrimiento de estar separada de tu familia?

—No, pero eso no es—.

—¿Ha sido —continúa Gianna, y su voz adquiere una extraña intensidad— tal vez amable contigo? ¿Cuando estabas asustada o disgustada? ¿Tal vez te ayudó cuando estabas angustiada?

Mi mente viaja de inmediato al ataque de pánico, a la mano de Leo sosteniendo la mía, a su pulgar moviéndose en círculos relajantes.

Lo gentil que fue, lo paciente.

Siento que me arde la cara.

—¿Cómo supo eso? —Mi voz apenas supera un susurro.

—Soy su madre —dice Gianna, como si eso lo explicara todo—. Conozco a mi hijo. Sé cuando está actuando como el hombre que crié, y cuando está actuando como el monstruo que esta vida intenta hacer de él. —Se inclina ligeramente hacia delante—. Así que te lo pregunto de nuevo, Emma Brennan: ¿qué piensas de mi Leo?

Me tomo un momento para pensar en mi respuesta.

—Creo —digo lenta y cuidadosamente, sintiendo que camino por un campo de minas— que su hijo es complicado. Creo que ha hecho cosas terribles por lo que cree que son buenas razones. Creo que es capaz tanto de crueldad como de amabilidad. Creo que está... —lucho por encontrar las palabras adecuadas—. En conflicto. Respecto a toda esta situación.

—En conflicto —repite Gianna, y su expresión se suaviza ligeramente—. Sí. Es una respuesta muy diplomática. ¿Pero qué sientes tú por él, Emma? No lo que crees que deberías sentir, ni lo que tiene sentido lógico, sino ¿qué sientes de verdad?

—Yo no... —Me detengo, incapaz de terminar esa mentira—. Estoy... confundida —admito finalmente, sin saber bien por qué le confieso esto a la madre de Leo—. *Debería* odiarlo. *Quiero* odiarlo. Pero él no es... —Me interrumpo con impotencia, sin saber cómo terminar.

—No es el monstruo que esperabas —termina Gianna por mí, con voz suave.

—No —asiento en voz baja, sintiéndome extrañamente vulnerable—. No siempre.

Gianna me estudia durante otro largo instante y luego asiente como si yo hubiera confirmado algo que ella ya sospechaba.

—Eres más joven de lo que esperaba —dice, cambiando de rumbo otra vez—. Veinticuatro años es una edad muy temprana para verse atrapada en medio de las guerras de unos viejos.

—No soy *tan* joven —me defiendo automáticamente, aunque comparada con ella probablemente parezca una niña.

—Mi Leonardo tiene treinta y cinco —dice Gianna, observándome con atención—. Once años no son tanto cuando eres mayor, pero a vuestras edades... —Deja la frase en el aire con intención.

—Soy consciente de la diferencia de edad. —Siento que las mejillas me arden—. No es que importe, puesto que soy su prisionera, no su... —Me detengo antes de decir algo de lo que no pueda retractarme.

—¿No su qué? —pregunta Gianna, con una ceja alzada en un gesto que me resulta dolorosamente familiar porque Leo hace exactamente lo mismo.

—Nada —murmuro—. No importa.

—Mmm. —Gianna no insiste, pero su expresión sugiere que ha oído todo lo que no he dicho—. Dime, Emma, ¿sabes qué habría pensado Gabriel de ti?

La pregunta me descoloca. —Nunca lo conocí —señalo.

Ella agita la mano con impaciencia, como si espantara una mosca. —No, pero si lo hubieras hecho; si las circunstancias hubieran sido distintas y hubieras conocido a mi hijo pequeño... ¿qué crees que habría visto él en ti?

¿Qué clase de pregunta es esa? No entiendo a dónde quiere llegar con esto. —No lo sé. No tengo ni idea.

—Le habrías gustado —dice Gianna con certeza—. Tienes el fuego que él siempre deseó tener. La fuerza para contraatacar en lugar de intentar hacer las paces con todo el mundo. Gabriel era demasiado blando para este mundo. Demasiado bondadoso. Tú no eres blanda, Emma Brennan.

Hago una pausa, sin saber si me está halagando o insultando. Me parece un poco ambas cosas. —No sé si eso es un cumplido —admito.

—Es una observación —responde Gianna—. Y quizá una advertencia.

La miro bruscamente, con el vello de la nuca erizado. —¿Una advertencia sobre qué?

Pero Gianna solo sonríe misteriosamente y se pone en pie con elegancia.

—He venido aquí para ver qué clase de mujer ha traído mi hijo a nuestro hogar —dice—. Ahora tengo mi respuesta.

—¿Y qué respuesta es *esa*? —pregunto, frustrada por sus respuestas crípticas.

—Que eres algo más que la hija de Connor Brennan —dice Gianna—. Y eso es todo lo que diré al respecto.

Se dirige hacia la puerta, luego hace una pausa y se vuelve.

—No apruebo este secuestro —dice con firmeza—. Es imprudente y estúpido, y traerá problemas a nuestra familia. Leonardo cree que está honrando la memoria de su hermano, pero Gabriel odiaría esto. Odiaría que una mujer inocente esté sufriendo por su culpa.

—Entonces haga que Leo me deje marchar —le suplico, poniéndome en pie—. Si no lo aprueba, si cree que Gabriel odiaría esto, convenza a su hijo para que le ponga fin.

Gianna me mira durante un largo momento, con una expresión ilegible.

—Hay cosas que deben decidir las personas implicadas —dice en voz baja—. No las madres que desearían que sus hijos tomaran mejores decisiones. Leonardo debe encontrar su propia salida de este lío que ha creado. Y tú, Emma Brennan, deberás decidir qué es lo que realmente quieres cuando llegue ese momento.

—Quiero irme a casa —digo con firmeza—. Eso es lo que quiero.

—¿De verdad? —pregunta Gianna, con aire incrédulo—. Bueno. Ya lo veremos.

—Qué...

—Me doy cuenta de que no te desapruebo del todo, Emma Brennan —continúa, en tono profesional—. Tienes fuerza, inteligencia y fuego. En otras circunstancias... —Se interrumpe, negando con la cabeza—. Pero las circunstancias son las que son.

Con esa afirmación críptica, sale de la habitación con la misma teatralidad con la que entró, dejándome de pie en la biblioteca con la sensación de haber sido interrogada por alguien que sabe mucho más de lo que dice.

Me quedo allí al menos cinco minutos después de que se vaya, intentando procesar lo que acaba de pasar.

La visita de Gianna ha planteado más preguntas de las que ha respondido.

¿A qué se refería con eso de que yo decida lo que realmente quiero?

¿De qué circunstancias diferentes hablaba?

¿Por qué parecía casi... *aprobarme*, a pesar de que soy la víctima del secuestro de su hijo?

¿Y por qué tengo la incómoda sensación de que me estaba poniendo a prueba para algo que no comprendo?

Sacudo la cabeza, intentando despejarla de las crípticas observaciones y las preguntas penetrantes de Gianna.

No importa lo que piense de mí ni para qué me esté probando.

Lo único que importa es encontrar una forma de salir de aquí.

Esa noche, durante la cena, Leo menciona la visita de su madre.

—Ha dicho que la has impresionado —dice con naturalidad, cortando el pollo como si esta fuera una conversación normal de cena y no algo completamente bizarro.

Casi se me cae el tenedor, y lo miro con incredulidad. —¿Que qué?

—Que la has impresionado —repite Leo con lo que suena a diversión—. Mi madre no se impresiona fácilmente. Ha dicho que tienes agallas. —Toma un bocado de su comida y me mira pensativo —. ¿Qué le dijiste?

—Le dije que eras un capullo —digo sin rodeos, todavía intentando procesar esta información—. A la cara. ¿Y ella simplemente... estuvo de acuerdo conmigo?

—Eso suena propio de Mamma. —A Leo le tiemblan los labios en algo que casi podría ser una sonrisa, y hay un afecto en su voz que nunca le había oído antes—. Jamás ha sido amiga de los falsos halagos ni de fingir que las cosas son distintas de como son. Si cree que me estoy portando como un capullo, lo dirá. Generalmente muy alto.

Me viene a la mente mi propia madre con sus sonrisas ensayadas y su estudiada compostura, cómo nunca dice lo que piensa de verdad, especialmente sobre mi padre. La forma en que me enseña a ser educada y respetuosa y a no causar nunca problemas.

El contraste hace que la eche tanto de menos que me duele físicamente.

—¿Ella lo sabe? —Necesito cambiar de tema antes de empezar a llorar—. ¿Lo del ataque? ¿Que mi padre intentó rescatarme?

La expresión de Leo se ensombrece de inmediato, evaporándose el breve momento de ligereza. —Lo sabe. Le preocupa que no se pueda confiar en alguien de dentro de la organización, que la traición sea más profunda que el simple traidor.

—¿Habéis descubierto algo más? —No debería tener curiosidad por saber quién lo traicionó o por qué, pero la tengo. Porque quienquiera que lo traicionara ayudó a mi padre, y quizá también podría ayudarme a mí.

—Callejones sin salida —dice Leo, con la frustración evidente en su voz—. Todas las pistas sobre los corsos no llevan a ninguna parte. Es como si quienquiera que haya organizado esto supiera exactamente cómo cubrir sus huellas.

Los corsos. Esa es información nueva, aunque no sé qué hacer con ella. La guardo en mi mapa mental de cosas que he aprendido, cosas que podrían ser útiles más adelante.

Necesito cambiar de tema otra vez. La conversación se está volviendo demasiado pesada y no quiero pensar en mi padre ni en traiciones ni en el hecho de que sigo atrapada aquí sin saber cuándo saldré, si es que salgo algún día.

—Háblame de Gabriel —me oigo decir, e inmediatamente me arrepiento cuando Leo se queda completamente inmóvil, con el tenedor congelado a mitad de camino hacia la boca.

—¿Por qué? —pregunta con brusquedad, levantando sus muros por completo.

—Porque —digo con cuidado, intentando encontrar palabras que no hagan que se cierre del todo— él es la razón por la que estoy aquí. Tu hermano es el motivo por el que me secuestraste, por el que estás haciendo todo esto. —Pongo las manos en el regazo, apretándolas—. Supongo que debería saber algo sobre él más allá de... cómo murió.

Durante un largo instante, no creo que Leo vaya a responder. Se queda ahí sentado, mirando su plato, con los nudillos blancos de tanto apretar el tenedor. Luego, lentamente, deja el cubierto y toma aire.

—Gabriel era tres años más joven que yo —empieza, con la voz más baja de lo habitual—. Era... temerario. Encantador. La clase de persona que podía entrar en una habitación y hacer sonreír a todo el mundo de inmediato. Tenía una energía contagiosa, un optimismo que el resto de nosotros no podíamos entender.

Me quedo callada, temiendo que si digo algo, deje de hablar.

—Él no *quería* esta vida. —Hay dolor en la voz de Leo ahora, apenas disimulado—. El negocio familiar, la violencia, nada de eso. Quería ser chef. Hablaba de abrir un restaurante y crear platos que hicieran feliz a la gente. Nuestro padre pensaba que era una fase, que ya se le pasaría y aceptaría su papel en la organización. Pero Gabriel nunca lo hizo.

—¿Qué pasó? —pregunto suavemente, aunque ya conozco los hechos básicos. Mi padre lo mató. Pero quiero oír la versión de Leo y

entender qué lo impulsó hasta este punto.

—Hubo una disputa por los muelles de Brooklyn —dice Leo con tensión, con todo el cuerpo rígido—. Derechos de acceso, límites territoriales, la mierda habitual por la que los hombres se matan entre sí. Enviaron a Gabriel a negociar porque se le daba bien la gente. Sabía calmar situaciones que de otro modo podrían volverse violentas. Fue a aquel almacén pensando que iba a dialogar y a encontrar un compromiso.

Las manos de Leo se cierran en puños sobre la mesa.

—Tu padre le pegó un tiro en la cabeza —dice con frialdad—. Estilo ejecución. Gabriel estaba desarmado. Estaba allí para hablar, y tu padre le metió una bala en el cerebro y lo dejó desangrándose en el suelo. Connor simplemente se marchó. Se fue y dejó que muriera solo.

El horror de lo sucedido me golpea con fuerza. Sabía que mi padre había matado al hermano de Leo. Pero oír los detalles —oír la brutalidad— me revuelve el estómago.

—Lo siento —susurro, y lo digo de corazón. Lo digo de verdad, de una forma que no tiene nada que ver con la supervivencia ni con intentar caerle bien a Leo—. Lo siento muchísimo. Eso es... —Busco las palabras, incapaz de creer que mi padre pudiera ser tan cruel—. Dios, es horrible. Era tan joven, y solo quería cocinar, y... —Me detengo, tragando con dificultad por el nudo en la garganta—. Lo siento.

—No importa —dice Leo, pero su voz carece de convicción—. El arrepentimiento no lo traerá de vuelta ni cambiará lo que hizo tu padre.

—No —asiento en voz baja—. No lo hará. Pero aun así siento que ocurriera. Y siento que perdieras a tu hermano de esa manera.

Nos quedamos sentados en silencio un largo rato, con el peso de la muerte de Gabriel flotando entre nosotros. La culpa y la familia están demasiado enredadas para separarlas. Mi padre mató al hermano de Leo, y ahora Leo me ha llevado a mí para hacer sufrir a mi padre. Es un ciclo de violencia y venganza que no tiene un final claro ni un ganador.

Solo hay pérdida. En ambos bandos.

—Parece que era una buena persona —digo finalmente, rompiendo el pesado silencio—. Gabriel. Como si mereciera algo mejor de lo que le pasó.

—Lo era —asiente Leo, con voz ronca—. Y lo merecía.

No hablamos mucho después de eso. El resto de la cena transcurre casi en silencio, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos sobre hermanos y padres y las cosas terribles que las familias se hacen unas a otras.

Pero algo ha vuelto a cambiar entre nosotros. Otra capa que se desprende, otra grieta en los muros que ambos hemos levantado.

10

LEO

Estoy pasando demasiado tiempo con Emma Brennan, y empieza a ser un problema.

No solo porque Dante no deja de lanzarme esas miradas significativas que dicen que sabe exactamente qué está pasando aunque yo no quiera admitirlo. Mi madre llamó ayer y se pasó quince minutos hablando con rodeos sobre «asuntos del corazón» sin llegar a pronunciar el nombre de Emma. Valentina me ha estado enviando mensajes de texto cada vez más agresivos exigiendo saber «qué cojones te pasa».

Es un problema porque estoy empezando a tener ganas de verla. De estar con ella. De la forma en que discute conmigo durante la cena y de cómo se le iluminan los ojos cuando está ganando un debate y de la manera en que se coloca el pelo tras la oreja inconscientemente cuando está leyendo.

Es un problema porque hace dos semanas y media secuestré a esta mujer para hacer sufrir a su padre, y ahora el momento culminante de mi día es cuando sonríe por algo que he dicho.

Estoy jodido. Completamente jodido.

Ahora mismo se supone que debería estar revisando informes de seguridad en mi despacho, pero en lugar de eso estoy en el umbral de la biblioteca viendo a Emma intentar alcanzar un libro en el

estante superior. Está de puntillas, estirándose con un brazo extendido, y la camiseta se le sube lo justo para que pueda ver un trozo de piel en la parte baja de su espalda.

Vuelve a tu despacho, me ordena mi mente. *Haz trabajo de verdad en lugar de mirar cómo Emma pelea con un simple estante como si fueras un puto acosador.*

Pero no lo hago. Porque, al parecer, he perdido todo sentido de la autoconservación en lo que a ella respecta.

Emma emite un sonido de frustración y se estira más; la silla sobre la que está subida se tambalea ligeramente.

A la mierda.

Cruzo la biblioteca a gran velocidad. —Te vas a romper el cuello —digo, y Emma se sobresalta tanto que la silla se inclina.

La atrapo antes de que pueda caerse, cerrando mis manos alrededor de su cintura mientras la atraigo contra mi pecho. Por un segundo ambos nos quedamos helados: su espalda presionada contra mi torso, mis manos abarcando su cintura, su cabello oliendo al champú que hice poner en su baño mezclado con algo que es simplemente... Emma.

Puedo sentir su respiración rápida y superficial y el calor de su piel a través de la fina tela de su camiseta. Puedo sentir cada punto donde nuestros cuerpos se tocan, y eso está afectando a mi capacidad de pensar con claridad.

—Lo tenía bajo control —dice Emma, pero su voz suena entrecortada y noto, más que veo, cómo traga saliva con dificultad.

—En absoluto. —Mi voz es más ronca de lo que debería. Tendría que soltarla antes de que este momento se convierta en algo que no pueda retirar.

Pero mis manos no parecen haber recibido el aviso porque siguen en su cintura, con mis pulgares apoyados justo por encima de sus caderas, y no soy capaz de moverme.

Emma gira la cabeza ligeramente y, de repente, estamos tan cerca que puedo ver el tono exacto de verde de sus ojos: más claro cerca de la pupila, más oscuro en los bordes, con esas motas doradas que nunca antes había notado. Tiene los labios

entreabiertos, las mejillas sonrojadas y me mira con algo que *definitivamente* no es odio.

—¿Qué libro querías? —pregunto, porque necesito decir algo antes de cometer una estupidez como acortar los últimos centímetros que nos separan y descubrir si sabe tan bien como huele.

—¿Qué? —Emma parpadea, como si hubiera olvidado de qué estamos hablando. Lo cual es comprensible, porque yo también he olvidado por qué tengo las manos en su cintura, salvo por el hecho de que no quiero quitarlas.

—El libro —repito, obligándome a concentrarme—. El estante de arriba. ¿Cuál?

—Ah. —El rostro de Emma se enrojece más—. El, este. El rojo. Con las letras doradas.

Alargo el brazo —con cuidado de no soltarle la cintura con la otra mano porque la silla sigue siendo inestable— y saco el libro que me ha indicado. Es una de las novelas románticas que pidió la semana pasada, una con un hombre sin camisa en la portada y un título que promete aventura y pasión.

—Aquí tienes —digo, entregándoselo, y nuestros dedos se rozan cuando lo coge.

El contacto es breve, apenas un segundo, pero lo siento como una descarga eléctrica. Emma debe de sentirlo también porque inspira bruscamente y sus ojos se agrandan.

—Gracias —dice en voz baja, y todavía está presionada contra mí, todavía lo suficientemente cerca como para que yo pudiera...

Doy un paso atrás bruscamente, soltando su cintura y poniendo la distancia necesaria entre nosotros. —Bájate de ahí antes de que te caigas de verdad.

Emma se baja de la silla con más gracia de la que esperaba dado lo nerviosa que parece, alisándose la camiseta aunque no lo necesite. Sus mejillas siguen rosadas y no termina de mirarme a los ojos.

—Podría haberlo cogido yo sola —dice, pero no hay un argumento real en su voz.

—Seguro que sí —asiento, aunque ambos sabemos que no habría podido de ninguna manera—. Justo antes de romperte el cuello y darle a Dante un ataque al corazón por los problemas legales.

Eso le arranca una risa; una de verdad, no el bufido sarcástico que suele dedicarme. El sonido hace que el calor se extienda por mi interior.

—¿A tu consigliere le preocupan los problemas legales? —Emma se mueve para hundirse en su sillón de lectura habitual—. ¿No sois todos criminales? ¿No se trata precisamente de que no os importa la responsabilidad legal?

—A Dante le preocupa todo. —Me apoyo en la estantería y la veo ponerse cómoda. Encoge los pies descalzos, solo con calcetines, bajo el cuerpo y apoya un brazo delgado en el reposapiés del sillón. Parece cómoda, como si perteneciera a este lugar, a mi biblioteca y a mi casa—. Su trabajo es preocuparse para que yo no tenga que hacerlo.

—Debe de estar bien. —Emma abre su libro pero no lo mira realmente—. Tener a alguien que se preocupe por ti.

—Tú tienes a alguien que se preocupa por ti —señalo—. Tu padre no ha dejado de amenazar con la guerra desde el día en que te traje. —Pienso en el mensaje que Dante recibió el otro día de los Brennan, amenazando con represalias severas si no devolvíamos a Emma en veinticuatro horas. Quemé el mensaje en la chimenea.

La expresión de Emma se vuelve más cautelosa. —Eso es diferente. No está preocupado por mí. Está preocupado por perder su reputación.

—En realidad no crees eso —digo, sorprendido por la seguridad con la que sueno.

—¿Ah, no? —Emma me mira y hay algo desafiante en su mirada —. No ha intentado recuperarme desde que asaltó la propiedad hace una semana o por ahí. Tú eres el que no deja de decirme que solo soy una pieza de cambio contra mi padre. —Deja el libro y clava en mí esa aguda mirada de ojos verdes—. Así que, ¿qué soy, Leo? ¿Soy su amada hija que está desesperado por salvar, o soy una herramienta política que le enfurece haber perdido?

La pregunta se siente como una trampa, y no estoy seguro de cómo responder sin revelar más de lo que quiero. —Puedes ser ambas cosas —sentencio con torpeza.

—Esa es una respuesta evasiva —dice Emma, pero sus carnosos labios tiemblan como si estuviera reprimiendo una sonrisa.

—Es una respuesta honesta —replico—. Tu padre es complicado. Es capaz de quererte y usarte al mismo tiempo. La mayoría de la gente en nuestro mundo lo es.

—¿Tú lo eres? —pregunta Emma, y la pregunta me pilla completamente desprevenido.

—¿Que si soy qué?

—Complicado —aclara, y ahora *definitivamente* está sonriendo—. ¿Capaz de sentir varias cosas a la vez?

Debería hacer una broma o desviar el tema o cambiar de conversación. Debería hacer cualquier cosa *excepto* seguir este hilo de preguntas que se siente cada vez más como un flirteo.

—Muy complicado —me oigo decir en su lugar—. Estoy sintiendo al menos siete cosas diferentes ahora mismo, y todas son contradictorias.

—¿Solo siete? —Emma arquea una ceja, un gesto que me ha copiado, me doy cuenta con calidez—. Yo estoy sintiendo al menos diez.

Pongo los ojos en blanco. —Qué aplicada —la acuso, y su sonrisa se ensancha.

—Vago —me espeta ella.

Estamos sonriéndonos como idiotas, *flirteando*. Emma Brennan, la mujer que secuestré hace casi tres semanas, está *flirteando* conmigo en mi biblioteca mientras hace bromas.

Y yo le estoy devolviendo el flirteo.

Esta es una idea colosalmente mala.

—Debería... —empiezo, señalando vagamente hacia la puerta, necesitando irme antes de decir o hacer alguna puta estupidez. Pero antes de que pueda hacerlo, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco y me encuentro con un mensaje de Valentina.

Estoy en la puerta. Déjame entrar o derribo el portón.

Joder.

—¿Todo bien? —pregunta Emma, con el ceño fruncido por la preocupación. Debo de haber hecho una mueca inconscientemente.

—Mi hermana está aquí. —Ya me temo lo peor para la próxima hora de mi vida—. Sin avisar. Esto va a ser interesante.

—¿Tu hermana? —Emma se incorpora y veo cómo se prepara mentalmente—. ¿La que tenía los ataques de pánico?

Me sorprende que recuerde ese detalle de cuando la ayudé con su propio ataque de pánico. —Valentina, sí. Te aviso: no va a ser tan comprensiva como mi madre.

—Tu madre no fue tan comprensiva —señala Emma—. Me dijo que tenía fuego en la mirada y luego me dejó completamente confundida.

—Eso es mamá siendo comprensiva —respondo con sequedad antes de decidir ser sincero sobre lo que Emma va a escuchar—. Valentina va a ser peor. Culpa a tu padre de la muerte de Gabriel, lo que significa que probablemente te culpará a ti por extensión.

La expresión de Emma se endurece ligeramente y levanta la barbilla con terquedad. —Entonces ella y yo vamos a tener unas palabras —dice escuetamente.

Vaya, esto va a ser digno de ver. Emma Brennan no le teme a mi hermana, ni va a acobardarse ni a pedir perdón por existir. Por supuesto que no. Me ha estado desconcertando desde que la traje aquí por primera vez. Valentina no tiene ninguna posibilidad.

—Intentad no mataros —digo, dirigiéndome a la puerta—. Volveré en unos minutos con ella.

—No prometo nada —me grita Emma, y salgo de la biblioteca sonriendo para ir a recoger a mi hermana.

Esto va a ser, *definitivamente*, un desastre.

Mi hermana ya ha bajado del coche cuando llego a la entrada principal, y parece lista para la guerra. El cabello oscuro de Valentina cae en ondas brillantes más allá de sus hombros. Tiene los mismos ojos oscuros que yo y nuestra madre, pómulos afilados y labios carnosos fijos en una expresión que promete violencia. Lleva unos pantalones negros hechos a medida y una blusa de seda color burdeos intenso; sus tacones chasquean contra la piedra mientras se dirige hacia mí con paso firme.

—Eres idiota —anuncia antes de que yo pueda decir una palabra.

—Me alegro de verte a ti también, Val —respondo con sequedad, preparándome—. Pasa, ponte cómoda e insúltame un poco más.

—Vaya que si lo pienso hacer. —Valentina pasa a mi lado hacia el interior de la casa con ese tipo de energía agresiva que me pone nervioso—. ¿Dónde está ella?

Suelto un gruñido. —Val...

—No me vengas con «Val» —me espeta mi hermana, girándose para encararme con fuego en los ojos—. Quiero conocer a la chica que, al parecer, ha hecho que mi hermano lo olvide todo: sus responsabilidades, su familia, el hecho de que su padre asesinó a Gabriel. Dónde. Está. Ella.

Debato si mentir, pero Valentina acabará recorriendo la casa hasta encontrarla de todos modos. —En la biblioteca.

Valentina ya está caminando antes de que termine la palabra, y yo la sigo sintiendo que estoy escoltando una bomba hacia una llama abierta.

Emma levanta la vista cuando entramos, y veo su expresión pasar de relajada a cautelosa en un instante. Se pone de pie lentamente, dejando el libro a un lado, y la forma en que se mantiene —hombros atrás, barbilla alta— me indica que está lista para pelear.

Bien. La va a necesitar.

Las dos mujeres se miden, y el aire en la biblioteca se vuelve lo bastante tenso como para estallar.

—Así que tú eres la chica que está causando todo este caos —dice Valentina, con una voz fría y evaluadora que reconozco de nuestro padre. Está usando el tono que ha hecho que hombres hechos y derechos pidan perdón y se retiren.

Pero Emma no se retira.

—Yo no pedí que me secuestraran —responde Emma con calma, encontrándose con la mirada oscura de Valentina sin pestañear—. Si hay caos, es culpa de tu hermano, no mía.

—No, pero estás aquí de todas formas. —Valentina se adentra más en la biblioteca como un depredador rodeando a su presa—. Poniéndote cómoda. Teniendo cenas acogedoras con Leo. Leyendo

sus libros. —Señala el libro que está en el sillón—. Actuando como si esto fueran unas vacaciones en lugar de un secuestro.

—¿Qué preferirías exactamente que hiciera? —dice Emma con brusquedad, igualando la energía de Valentina—. ¿Matarme de hambre en señal de protesta? ¿Pasarme todo el día llorando en un rincón? —Bufa—. Siento decepcionarte, pero no voy a hacerme la desgraciada solo por satisfacer tus expectativas de cómo debería comportarse una víctima de secuestro.

—Pero qué buena persona eres. —El sarcasmo podría cortar el cristal—. La valiente cautiva, soportando su sufrimiento con tanta gracia y dignidad.

—Mejor que ser la hermana amargada que descarga su ira con alguien que no tuvo nada que ver con lo que ocurrió —le suelta Emma, y veo los ojos de Valentina brillar con rabia real.

Oh, joder. Esto se va a poner feo.

—¿Nada que ver? —La voz de Valentina sube de tono, cerrando los puños—. Tu padre mató a mi hermano. Eres una Brennan. Tienes *todo* que ver con eso.

—Soy una Brennan por nacimiento, no por elección —dice Emma gélidamente—. Yo estaba en la universidad cuando tu hermano murió. Yo no apreté el gatillo. Yo no di la orden. Así que no te atrevas a culparme por algo sobre lo que no tuve ningún control.

—Pero tú te beneficias de ello, ¿verdad? —Valentina da otro paso hacia delante, agresiva y desafiante—. De todo lo que construyó tu padre, de todo lo que les arrebató a otras familias —a mi familia—, te beneficias de todo eso. La ropa que llevas, el colegio al que fuiste, la vida que has llevado. —Sacude la cabeza y fulmina a Emma con la mirada—. Todo pagado con dinero manchado de sangre.

Maldita *sea*.

—¿Y qué hay de ti? —Emma no retrocede ni un centímetro, aceptando el desafío de Valentina de frente, con ojos gélidos mientras le lanza una mirada mordaz a mi hermana—. Eres una Santoro. ¿Crees que el dinero de tu familia es limpio? ¿Crees que tu padre, tu abuelo, tu hermano —me lanza una mirada— llegaron a donde están sin derramar sangre? Ambas somos hijas de la mafia, Valentina. Ambas tenemos las manos manchadas de sangre, lo

hayamos pedido o no. Así que bájate de ese pedestal y deja de actuar como si fueras moralmente superior a mí.

El silencio que sigue es sepulcral. Me tenso, listo para ponerme entre ambas si alguna hace un movimiento, porque esto parece a segundos de volverse físico.

Valentina tiene la mandíbula tan apretada que puedo ver cómo le salta el músculo. —No tienes derecho a hablar de mi familia —sisea.

—Y tú no tienes derecho a culparme por la tuya —rebate Emma —. Siento lo de Gabriel, de verdad. Lo que hizo mi padre estuvo mal, fue horrible e imperdonable. Pero yo *no* soy mi padre, y no voy a disculparme por existir solo porque necesites a alguien con quien estar enfadada.

—Tengo a mucha gente con la que estar enfadada —dice Valentina con voz baja pero letal—. Empezando por tu padre. Y luego tú, por venir aquí y hacer que mi hermano olvide por qué te trajo en primer lugar.

—No he hecho que tu hermano haga nada —replica Emma con sequedad—. Soy una prisionera aquí, ¿recuerdas? No tengo control sobre lo que Leo hace o deja de hacer.

—¿Ah, no? —Valentina entrecierra los ojos—. Porque desde *mi* perspectiva, parece que tienes más control del que crees.

Me separo de la pared. Es hora de intervenir antes de que alguien suelte un puñetazo. —Val...

—¡Cállate, Leo! —dicen ambas mujeres al unísono, sin apartar la vista la una de la otra.

Vuelvo a apoyarme en la pared. Genial. Se han puesto de acuerdo para decirme que no me meta. Simplemente *fantástico*.

Valentina se sienta en la silla frente a Emma sin que la inviten, cruzando las piernas y sosteniéndole la mirada a Emma con toda la intensidad por la que es conocida nuestra familia.

Emma le devuelve la mirada, sin inmutarse, y vuelve a sentarse en su propia silla como si estuviera reclamando territorio.

—Veo que no te gusto —dice Emma finalmente, con el rostro neutral—. Así que, ¿por qué no lo dices claramente en lugar de andarte con rodeos con comentarios pasivo-agresivos?

Se me agrandan los ojos y me cuesta todo mi autocontrol no quedarme con la boca abierta.

—Bien. —Valentina sacude la cabeza y se inclina hacia delante, con mirada aviesa—. No me gustas. No me gusta que estés aquí. No me gusta que mi hermano te secuestrara en primer lugar porque es una puñetera estupidez y pone a toda nuestra familia en riesgo. —Gira la cabeza y me lanza una mirada venenosa antes de volver a centrarse en Emma—. No me gusta que mi madre volviera de visitarte hablando de lo «impresionante» que eres, como si fueras alguien a quien admirar, maldita sea, en lugar de la puta hija de Connor Brennan. Y *especialmente* no me gusta que mi hermano te mire de la forma en que te está mirando ahora mismo.

Mi cabeza gira hacia Emma antes de que pueda evitarlo, y noto cómo se le sonrojan las mejillas antes de que ella desvíe la mirada.

—A mí no me gusta estar aquí —dice Emma, recuperándose rápido e inclinándose hacia delante en su silla—. No me gusta que me usen como arma en la vendetta de vuestra familia. No me gusta no poder ver a mi madre ni contactar con nadie que me importe. No me gusta que cada elección que tomo sea supervisada y controlada. —Fulmina a mi hermana con la mirada—. Y especialmente no me gusta que me culpe de cosas en las que no he tenido nada que ver alguien que ha decidido odiarme por principio.

—No he decidido nada por principio —dice Valentina fríamente—. He decidido basándome en hechos. Tu padre asesinó a mi hermano. Eso te convierte en el enemigo.

—No, eso convierte a mi *padre* en el enemigo —corrige Emma—. Yo solo soy el objetivo conveniente porque tu hermano necesitaba a alguien a quien herir y yo estaba a su alcance.

—Eres más que eso —dice Valentina, y hay algo de sabiduría en su voz que de repente me hace sentir incómodo—. Si solo fueras un objetivo, Leo te habría encerrado en una habitación y te habría dejado allí. —Esboza una sonrisa de suficiencia hacia Emma—. Pero no lo ha hecho, ¿verdad? Te ha dado acceso a la casa. Cena contigo todas las noches. Habla contigo. Él...

—Ya es suficiente —intervengo, con la voz más dura de lo que pretendo.

Valentina me ignora por completo. —Dime, Emma —dice con ligereza, pero se me eriza el vello de la nuca. Conozco ese tono—. ¿De qué habláis en esas cenas? ¿Qué te dice mi hermano cuando cree que nadie más está escuchando?

—Hablamos de libros —dice Emma con frialdad—. Y de arte y arquitectura y cosas que no tienen nada que ver con secuestros o venganzas ni con la vendetta de tu hermano.

—Qué bien —dice Valentina con sarcasmo—. Qué civilizado. —Desliza los dedos por el brazo de su silla—. Y mientras tenéis esas encantadoras conversaciones intelectuales, ¿te habla mi hermano de Gabriel? ¿De cómo se enteró de que nuestro hermano estaba muerto? ¿De las pesadillas que tuvo durante meses después de aquello?

Se me para el corazón y me pongo derecho. La expresión de Emma flaquea ligeramente. —Él... ha mencionado a Gabriel.

El rostro de Valentina se tensa. —¿Ha mencionado que fue él quien encontró el cuerpo? —insiste mi hermana, y siento que se me oprime el pecho—. ¿Que entró en aquel almacén buscando a nuestro hermano y se lo encontró ya muerto?

—Val —digo con voz ronca. Esto es demasiada información—. Para.

—¿Por qué? —Valentina se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. ¿Por qué debería parar? Ella debería saber lo que hizo su padre. Debería saber por lo que pasaste. Por lo que pasamos *todos*.

—Lo sabe —digo en voz baja, luchando contra la emoción en mi voz—. Sabe lo suficiente.

Valentina vuelve a mirar a Emma, estudiando su rostro. —Realmente no lo sabías, ¿verdad? Nada de esto.

—No —dice Emma, y su voz es ahora más pequeña, menos combativa. Está pálida—. Sabía que mi padre mató al hermano de Leo. No conocía... los detalles.

La combatividad parece abandonar un poco a Valentina, aunque sigue tensa y a la defensiva. —Gabriel quería ser chef —dice, casi como quien comenta algo casual—. ¿Te ha dicho eso Leo?

Los ojos de Emma se dirigen a mí brevemente, como si no estuviera segura de este cambio de tema. —Sí.

—Y se le daba bien. Hacía la mejor carbonara que he probado nunca. —La voz de Valentina se quiebra ligeramente—. Se suponía que iba a abrir un restaurante. Tenía planes, sueños, toda una vida por delante. Y tu padre se lo arrebató todo en un segundo por una estúpida disputa territorial que ya nadie recuerda.

—Lo siento —dice Emma, y parece que lo dice de verdad—. Siento muchísimo que ocurriera eso. Siento que perdieras a tu hermano. Siento que mi padre sea la razón.

—Un «lo siento» no lo trae de vuelta —gruñe Valentina, pero ahora hay menos veneno y más temblor en su voz por las lágrimas que no deja caer.

—No —coincide Emma, con sus propios ojos brillantes—. No lo hace. Pero es todo lo que puedo ofrecer. Yo no maté a Gabriel. Yo no quería esta guerra entre nuestras familias. Solo estoy... —Me mira de nuevo y yo me sonrojo—. Estoy atrapada en medio de algo de lo que nunca pedí formar parte.

Valentina estudia a Emma durante un largo momento, y puedo verla reevaluando, recalculando.

—Le lanzaste un tenedor a la cabeza a Leo —dice Valentina de repente.

Emma parpadea ante el cambio de tema e incluso yo sufro un latigazo cervical. —¿Cómo dices?

—Mi madre me lo contó. Dijo que le lanzaste un tenedor a la cabeza. ¿Le diste?

—Lo cazó —admite Emma, y suena frustrada—. El muy bastardo.

—Él es así —dice Valentina, y veo el más mínimo asomo de una sonrisa—. Leo siempre ha sido estúpidamente rápido. Es odioso. Cuando éramos niños, nunca lograba darle un golpe por mucho que lo intentara.

—Realmente es odioso —coincide Emma con cautela, como si no estuviera segura de si esto era una trampa.

—¿Qué más le has lanzado? —pregunta Valentina, y ahora hay una curiosidad evidente en su voz.

—Solo el tenedor —señala Emma, encogiendo las piernas contra el pecho—. Pero le arañé la cara *y* le di una bofetada el primer día. Le hice sangrar dos veces.

La sonrisa de Valentina se ensancha a su pesar. —Bien por ti. Leo se lo merece.

—Oye —protesto desde mi posición junto a la estantería—. Que estoy aquí mismo.

—Lo sabemos —dicen Emma y Valentina al unísono de nuevo, y esta vez ambas me miran con expresiones idénticas de leve fastidio.

Me da la clara impresión de que he perdido el control de esta situación por completo.

La conversación continúa y, aunque Valentina no llega a mostrarse cariñosa con Emma, la hostilidad afilada empieza a suavizarse hacia algo más parecido a una tolerancia a regañadientes. Conectan a base de insultarme, lo cual es útil y profundamente preocupante a la vez. Emma se mantiene firme ante el interrogatorio de mi hermana, respondiendo con la misma moneda, y puedo ver cómo crece el respeto de Valentina aunque nunca lo admitiera en voz alta.

No son amigas. Probablemente nunca serán amigas. Pero se está gestando un entendimiento mutuo; un reconocimiento de que ambas están atrapadas en circunstancias que ninguna pidió, lidiando con las consecuencias de lo que han hecho sus familias.

Después de unos cuarenta y cinco minutos de esto, decido que ya he tenido suficiente de ser insultado por dos mujeres a la vez.

—Muy bien, Val —digo, separándome de la pared—. Es hora de irse. Ya has aterrorizado a Emma bastante por hoy.

—Solo estaba empezando —protesta Valentina, pero ya se está levantando, alisándose la blusa.

—Y es exactamente por eso que te vas. —La cojo del codo y la conduzco hacia la puerta—. Antes de que empieces de verdad y digas algo de lo que te arrepientas.

Emma nos observa salir con una expresión difícil de leer: parte alivio, parte algo más que no logro identificar.

Acompaño a Valentina fuera de la biblioteca y por el pasillo hacia la entrada principal. Ella va sin demasiada resistencia, aunque noto

que tiene más cosas que quiere decir.

En la puerta, Valentina se vuelve para mirarme, con expresión seria.

—Así que Emma es diferente —dice mi hermana en voz baja.

Esa es una forma amable de decirlo. —Lo sé.

—Me ha plantado cara —reflexiona mi hermana, casi con aire pensativo—. La mayoría de la gente no me planta cara.

—Emma no es como la mayoría de la gente. —Las palabras me salen más defensivas de lo que pretendo.

Valentina entrecierra los ojos ligeramente. —Leo. Te gusta.

El mundo parece dejar de girar. —¿*Qué*? —suelto, sintiendo que el corazón me da un vuelco. ¿De qué puñetas está hablando mi hermana?—. No. Eso es... es ridículo. Es la *hija* de Connor Brennan. La secuestré por venganza. No me...

—Te gusta al cien por cien —me interrumpe Valentina, mirándome como si fuera idiota—. Te estás sonrojando ahora mismo. Estás tartamudeando. Y acabas de defenderla ante mí sin siquiera pensarlo.

—*No* me estoy sonrojando —le espeto, a pesar de que siento el calor en la cara—. Y *no* estoy tartamudeando. Solo estoy... te *equivocas*. No sabes de qué estás hablando.

—Soy tu hermana. —Valentina se cruza de brazos y pone los ojos en blanco—. Sé cuándo mientes, y estás mintiendo ahora mismo. Emma Brennan te gusta.

—Que no —insisto con brusquedad—. Esto va sobre hacer que Connor pague por lo que le hizo a Gabriel. Eso es todo. *Solo* es eso.

—¿Ah, sí? —Valentina no cede—. Porque parece que te has olvidado por completo de la venganza y has empezado a pensar en otra cosa totalmente distinta.

—No sabes de qué hablas —repito, sintiéndome acorralado y odiándolo—. Emma es una baza. Es un medio para un fin. No siento nada por ella. *No* es así.

Incluso mientras lo digo, sé que suena vacío y poco convincente, como si estuviera intentando convencerme a mí mismo tanto como a Valentina.

Mi hermana se limita a mirarme con una expresión que es parte lástima, parte diversión y parte preocupación.

—Sigue diciéndote eso, Leo —dice en voz baja—. Quizá con el tiempo te lo creas.

Aprieto los puños a los costados. —No me...

—Sí que te gusta —me interrumpe Valentina, pareciendo repentinamente triste—. Y eso va a hacer que toda esta situación sea mucho peor de lo que ya es.

Alarga la mano y me toca la mejilla, con un gesto sorprendentemente dulce tras el enfrentamiento que acabo de presenciar. —Te quiero, hermano. Pero te diriges hacia el desastre y no sé cómo detenerte.

—No hay ningún desastre al que dirigirse —insisto, pero suena débil incluso para mis propios oídos—. Lo tengo todo bajo control.

La risa de Valentina es corta y sin humor. —No. —Sacude la cabeza—. Realmente no lo tienes. Pero supongo que acabarás dándote cuenta.

Se sube a su coche y, antes de arrancar, baja la ventanilla y exclama: —¿Por cierto? A Gabriel le habría gustado. Le habría gustado que se defienda. —Me lanza una mirada significativa por encima de sus gafas de sol—. Piensa en lo que eso significa.

Y se marcha, dejándome allí de pie en la entrada con sus palabras resonando en mi cabeza.

Te gusta Emma Brennan.

No es así. Esto va de venganza y de honrar la memoria de Gabriel.

No se trata de la forma en que a Emma se le iluminan los ojos cuando está ganando una discusión. No se trata de cómo su risa hace que quiera provocarla una y otra vez. No se trata de la forma en que la sostuve antes y no quería soltarla.

No tiene nada que ver con eso.

Excepto que sí tiene que ver. Y sé que así es. Y Valentina también lo sabe, lo que significa que pronto todo el mundo lo sabrá, y entonces tendré que admitir lo que llevo semanas negando.

Que, en algún momento entre el secuestro de Emma Brennan y el ahora, dejé de verla como la hija de Connor y empecé a verla

como *Emma*.

No tengo ni la más remota idea de qué puñetas se supone que debo hacer al respecto.

11

EMMA

Han pasado tres semanas desde que Leo Santoro me secuestró el día de mi boda y he dejado de intentar escapar.

No estoy segura de cuándo ha ocurrido exactamente, pero en algún momento he dejado de poner a prueba las cerraduras, de memorizar las rotaciones de los guardias y de esconder mapas bajo la baldosa suelta del baño. Quizás ha sido gradual, una lenta erosión de mi determinación. O tal vez ha sido repentino, un único instante en el que me he dado cuenta de que no puedo irme hasta que Leo decida soltarme, y no parece que eso vaya a suceder pronto.

Así que más me vale hacer las paces con mi situación.

Eso es lo que me digo, al menos. Es más fácil que admitir la verdad: que una parte de mí ha dejado de querer irse. Una parte traidora y estúpida de mí ha empezado a sentirse *cómoda* aquí. Segura, incluso, lo cual es una absoluta locura teniendo en cuenta que estoy retenida contra mi voluntad.

Pero tres semanas es mucho tiempo para pasarlo con alguien. El suficiente para empezar a entenderlo, incluso cuando no quieres hacerlo.

Leo Santoro es brutal y despiadado. He visto pruebas de ello en la forma en que sus hombres saltan cuando habla, en la frialdad de sus ojos cuando discute de negocios, en las cicatrices de sus nudillos

que cuentan historias que probablemente no quiero conocer. Pero no es cruel. No conmigo, al menos. Nunca me ha hecho sentir insegura en ese sentido, más allá del primer encuentro.

A lo largo de estas tres semanas de cenas y conversaciones, he llegado a comprender que Leo está de luto. Es un hombre consumido por el dolor por su hermano, por la rabia hacia mi padre y por esa necesidad de venganza que no sabe cómo abandonar. Debajo de todo eso, creo que se siente solo. Desesperada y dolorosamente solo de una forma que nunca admitiría en voz alta.

Y de alguna manera —imposible, inexplicablemente—, me descubro queriendo arreglarlo.

Lo cual es una estupidez. *Sé* que es una estupidez. No se puede arreglar a las personas y, aunque se pudiera, yo no debería querer arreglar a mi secuestrador.

Pero quiero hacerlo. Y ese es el problema.

Esta mañana empieza igual que han empezado todas las mañanas de la última semana: con un café en el jardín.

Leo trae dos tazas de la cocina, una solo para él y otra con crema y dos sobres de azúcar para mí, porque ha memorizado cómo me gusta el café. Nos sentamos en la mesa de hierro forjado bajo la pérgola mientras sale el sol. Se ha convertido en nuestra rutina, este ritual matutino y tranquilo en el que fingimos que nuestra situación es normal y que solo somos dos personas tomando café juntas.

Fingir cada vez es más fácil. Eso debería preocuparme más de lo que lo hace.

—Te has quedado mirando —dice Leo sin levantar la vista de su teléfono, donde se desplaza por lo que parecen correos electrónicos.

—Qué dices, no te estaba mirando —miento, redirigiendo rápidamente la vista a mi taza de café aunque tiene razón. *Lo estaba* mirando. He estado mirándolo mucho últimamente.

—Me estabas mirando *claramente*. —Leo finalmente levanta la vista hacia mí con esa pequeña sonrisa asomando en los labios que hace que mi estómago dé un vuelco inoportuno—. Podía sentirlo.

La luz de primera hora de la mañana le sienta injustamente bien a Leo Santoro. Se refleja en su cabello castaño oscuro, resaltando sutiles matices cálidos, y hace que parezca más suave de lo que

debería. Me he fijado en que tiene una ligera ondulación cuando no está peinado con gomina, como ahora, que todavía está húmedo de la ducha y le cae sobre la frente. Deseo con todas mis fuerzas alargar la mano y apartárselo.

Sus ojos también se ven diferentes a la luz del sol. Con luz tenue parecen casi negros, intimidantes e intensos, pero bajo el sol de la mañana puedo ver que en realidad son de un marrón chocolate profundo, con esas motas ámbar y doradas dispersas sobre las que he pasado demasiado tiempo pensando. Están enmarcados por unas pestañas oscuras que son criminalmente injustas en un hombre, y cuando me mira como me está mirando ahora mismo, divertido y sabedor, olvido cómo articular pensamientos coherentes.

Él tiene treinta y cinco y yo veinticuatro. Once años de diferencia, lo que debería parecer mucho pero de alguna manera no lo parece. Quizás sea porque no actúa como si fuera mucho mayor. No hay nada de esa paciencia condescendiente que tienen algunos hombres mayores con las mujeres más jóvenes. Discute conmigo como con un igual, me desafía y escucha cuando hablo. Pero hay momentos en los que la diferencia de edad se nota de pequeñas formas: en la confianza con la que se desenvuelve, en cómo domina una habitación, en las décadas de experiencia que veo en sus ojos cuando cree que no lo miro y en las referencias que hace y que yo no entiendo.

A veces me sorprendo preguntándome si eso es parte de lo que me atrae de él: esa combinación de madurez e intensidad que los chicos de mi edad no tienen. Luego recuerdo que no debería sentirme atraída por él en absoluto y caigo en una espiral de desprecio hacia mí misma durante un rato.

—Tierra llamando a Emma —dice Leo, y me doy cuenta de que he vuelto a quedarme mirándolo, perdida de nuevo en mis pensamientos sobre él.

—Lo siento —murmuro, sintiendo cómo se me calienta la cara—. Solo estoy... cansada. No he dormido bien.

—¿Pesadillas? —La expresión de Leo cambia a una de preocupación, y el hecho de que le importe lo suficiente como para preguntar hace que se me acelere el corazón.

—Algo así —digo, lo cual es parcialmente cierto. *Tuve* sueños anoche, aunque no fueron precisamente pesadillas, sino más bien fantasías extremadamente inapropiadas que involucraban al hombre sentado frente a mí.

Leo deja el teléfono y me presta toda su atención. El peso de su mirada hace que sienta que me arde la piel. —¿Quieres hablar de ello?

—Ni hablar —digo rápidamente, porque no existe un universo en el que vaya a decirle a Leo Santoro que he soñado con su cara entre mis muslos—. No pasa nada. Solo... mi cerebro siendo raro.

—Tu cerebro nunca es raro. —La suave sinceridad de su voz altera mi ritmo cardíaco—. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

Se me corta el aliento. —¿*Una* de las cosas que más te gustan? —Es increíble que haya sido capaz de decir eso.

Leo parece darse cuenta de lo que ha dicho y su expresión se vuelve más reservada. —Quería decir...

—No, dime —insisto, inclinándome hacia delante antes de que pueda detenerme—. ¿Qué es lo que más te gusta de mí?

Observo cómo trabaja su garganta al tragar saliva, sin que sus ojos abandonen los míos. —No deberíamos...

—¿No deberíamos qué? —lo desafío, aunque sé que tiene razón. No deberíamos estar haciendo esto, sea lo que sea esto—. ¿Tener una conversación?

—Sabes que no me refiero a eso —dice Leo bajando la voz. El sonido hace que el calor se acumule en mi vientre.

La voz de Leo es algo con lo que me he obsesionado sin pretenderlo. Es profunda y aterciopelada, con solo un toque de aspereza, como el whisky caro y el chocolate negro. Cuando da órdenes a sus hombres es dura, fría y dominante, pero cuando habla conmigo es... diferente. Más suave. Más cálida. Tiene esa cualidad íntima que me hace sentir como si fuera la única persona con la que habla de esta manera.

Y cuando dice mi nombre —*dios*, cuando dice mi nombre con esa voz— me provoca cosas que probablemente deberían ser ilegales.

—¿Entonces a qué te refieres? —pregunto, y mi propia voz sale más entrecortada de lo que me gustaría.

Leo se echa hacia atrás en su silla, estudiándome con esos ojos oscuros y luchando consigo mismo. Finalmente, dice: —Me gusta cómo discutes conmigo. Cómo no te echas atrás ni siquiera cuando probablemente deberías hacerlo. Me gusta que seas lo bastante lista como para seguir el ritmo de cada conversación que tenemos y lo bastante canalla como para hacerme sudar cada punto que gano. Me gusta que te muerdas el labio inferior cuando te concentras —mi cara se está poniendo roja—, que tararees cuando estás dibujando y que siempre leas primero la última página de un libro, aunque me saca de quicio que te fastidies el final de esa manera.

Mi corazón late con tanta fuerza que me sorprende que no pueda oírlo. —Has estado prestando atención.

—Presto atención a todo lo relacionado contigo. —Hay algo casi *indefenso* en su expresión—. Parece que no puedo evitarlo.

El aire entre nosotros se siente eléctrico. Bajo la mesa, aprieto las rodillas para evitar hacer una estupidez como acercarme más a él.

—Leo... —digo, y ni siquiera sé qué estoy pidiendo.

—Deberíamos... —Se detiene, sacudiendo la cabeza—. Tengo reuniones esta mañana. Con Dante. Sobre el asunto de los corsos.

—Claro —digo, intentando sonar normal aunque siento que me ha caído un rayo—. Reuniones. Trabajo. Muy importante.

Leo se levanta pero no se marcha de inmediato. Se queda mirándome un largo momento y juro que puedo ver el mismo deseo que yo siento reflejado en sus ojos.

—Emma —dice en un murmullo bajo; un millar de emociones parecen cruzar su rostro antes de que respire profundamente—. Te... ¿te veré en la cena?

—En la cena —confirmo, con la boca seca.

Él se marcha y yo me quedo sentada en el jardín otros diez minutos intentando controlar la respiración, fallando estrepitosamente.

Paso el resto del día intentando convencerme de que no ha pasado nada, de que el momento en el jardín ha sido solo mi

imaginación desbocada. Pero cuando Leo se reúne conmigo para cenar esa noche, todos mis intentos de autoengaño se evaporan.

Se ha puesto ropa limpia y, *maldita sea*, qué bien se ve. Lleva pantalones oscuros y una camisa blanca abotonada con las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto sus antebrazos. No debería distraerme tanto, pero lo *hace*.

Su pelo todavía está ligeramente húmedo, como si se hubiera duchado antes de bajar, y cuando se sienta frente a mí percibo su olor: cedro y bergamota junto con algo limpio y masculino a lo que me estoy volviendo adicta a mi pesar.

Huele tan bien. Como colonia de alta gama y jabón de calidad y algo que es puramente *él*. Hay una masculinidad subyacente que hace que mi cerebro se atonte cada vez que me acerco lo suficiente como para inhalar su aroma.

—¿Cómo han ido tus reuniones? —pregunto, desesperada por encontrar un tema de conversación normal.

—Frustrantes —admite Leo, sirviendo vino para los dos aunque no se lo he pedido. Sabe que lo beberé de todos modos. Ahora lo sabe todo sobre mí—. Las pistas sobre los corsos siguen sin llevar a ninguna parte. Es como perseguir sombras.

—Tal vez no quieran que los encuentren. —Acepto la copa de vino cuando me la alarga. Nuestros dedos se rozan durante el intercambio y siento el contacto como una descarga eléctrica.

Leo también lo siente. Lo noto por la forma en que sus ojos se oscurecen ligeramente y por cómo retira la mano apenas una fracción de segundo más lento de lo necesario.

—Tal vez —asiente, manteniendo su mirada en la mía un instante de más antes de apartarla.

Comemos en un silencio que se siente pesado con todas las cosas que no estamos diciendo. Cada vez que levanto la vista, lo pillo mirándome. Cada vez que él levanta la vista, estoy segura de que también me pilla mirándolo a él. Es este bucle constante de consciencia mutua que hace que sea difícil concentrarse en cualquier otra cosa que no sea el hecho de que estamos solos en esta habitación, que hay apenas un metro de mesa entre nosotros y que no puedo dejar de pensar en qué se sentiría al acortar esa distancia.

—Tenemos que hablar de otra cosa —suelto de repente, porque si paso un minuto más sentada en este silencio cargado, voy a quedar en evidencia.

—¿De qué, por ejemplo? —Hay una diversión en su voz que sugiere que sabe exactamente lo que estoy pensando.

—No lo sé —digo desesperadamente—. Política. Filosofía. Los mejores restaurantes de Manhattan. Lo que sea.

—Los mejores restaurantes de Manhattan —repite Leo, curvando los labios en una sonrisa que hace que mi estómago se revuelva—. Ese es un tema peligroso entre nosotros.

—¿Por qué? —pregunto, aunque recuerdo que nuestro último debate sobre Carbone frente a Marea fue bastante intenso.

—Porque te equivocas al decir que Carbone está sobrevalorado —dice Leo, inclinando su copa de vino en mi dirección y acercándose —, y me encanta demostrarte que no tienes razón.

—No puedes demostrarme que no tengo razón porque *tengo* razón —replico, inclinándome también hacia delante sin querer. Estamos más cerca ahora, lo suficiente como para que pudiera alargar la mano sobre la mesa y tocarlo si quisiera. Y lo quiero. Quiero hacerlo. Mucho—. Marea tiene mejor pasta y lo sabes.

—Marea tiene buena pasta —concede Leo, con sus ojos oscuros clavados en los míos—. Pero Carbone tiene atmósfera. Historia. Eso vale algo.

—La atmósfera no compensa las esperas de una hora y la gente que solo está allí para que la vean —discuto, y ahora me estoy metiendo de lleno en el tema, con mi vena competitiva despertando a pesar de la tensión que chisporrotea entre nosotros—. La buena comida debería hablar por sí sola.

—Y la comida de Carbone habla por sí sola —rebate Leo. Está sonriendo ahora, lo que transforma todo su rostro y hace que mi corazón dé un vuelco—. Simplemente no puedes admitir cuando tengo razón.

—No tienes razón —insisto, pero ahora yo también sonrío, atrapada en este ritmo familiar de nuestros debates.

—Siempre tengo razón —dice Leo, y hay un matiz burlón en su voz que solo he empezado a notar recientemente.

—Eres increíblemente arrogante —le respondo con rapidez.

—Te gusta —dice Leo, y la forma en que lo dice, en voz baja, con seguridad y con un pequeño toque de desafío, hace que me invada el calor.

—No me... —empiezo, pero la protesta muere en mi garganta porque ambos sabemos que miento.

El momento se alarga entre nosotros. Bajo la mesa, la rodilla de Leo está presionada contra la mía; no recuerdo cuándo ha pasado eso, pero no me aparto. Su mano está sobre la mesa, a pocos centímetros de la mía, y me quedo mirando sus dedos y recordando cómo se sienten contra mi piel.

Sus dedos tamborilean distraídamente contra la madera, y observo el movimiento con demasiado interés.

—Lo estás haciendo otra vez —dice Leo, con la voz más ronca que hace un minuto.

—¿Haciendo qué? —Alzo la vista para encontrarme con la suya.

—Mirar. —Hay algo en su expresión que me corta la respiración —. Estás mirando otra vez.

—No es cierto —protesto débilmente.

—Sí que lo es —dice Leo, y ahora se inclina hacia delante, con los codos sobre la mesa—. Y he dejado que lo hagas.

El corazón me late tan fuerte que puedo sentirlo en la garganta. —Leo...

—¿Sabes lo que me haces? —me interrumpe, y su voz suena áspera, casi en carne viva—. ¿Cuando me miras así?

No puedo respirar ni pensar. No puedo hacer nada excepto mirarlo al otro lado de la mesa mientras todo mi cuerpo se calienta y se tensa de deseo.

—Debería irme —logro decir, pero no me muevo.

—Deberías —murmura Leo, dándome la razón, pero se inclina más cerca, y yo también, como si hubiera una fuerza magnética entre nosotros que ninguno de los dos puede combatir.

Ahora ambos estamos de pie —¿cuándo ha pasado eso?— y, de alguna manera, hemos rodeado la mesa. Hay quizá unos treinta centímetros de espacio entre nosotros, tal vez menos, y puedo oler

el cedro y la bergamota y su propio olor, y las manos me tiemblan por la necesidad de tocarlo.

—Emma. —Levanta la mano y sus dedos revolotean justo al lado de mi cara, como si pidiera permiso.

Debería dar un paso atrás y decirle que no. Debería hacer literalmente *cualquier cosa* menos inclinar la cabeza hacia su mano, pero eso es exactamente lo que hago. Su palma acuna mi mejilla y mis ojos se cierran ante el contacto, ante el calor de su piel contra la mía.

—Mírame —susurra. Cuando abro los ojos, está tan cerca que puedo ver las motas ámbar en sus ojos oscuros y contar sus pestañas.

Su pulgar acaricia mi pómulo y estoy segura de que he dejado de respirar por completo. Su otra mano me rodea la cintura, atrayéndome hacia él hasta que apenas queda espacio entre nosotros y puedo sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa.

—Dime que pare —dice Leo, con la voz apenas audible, e inclinándose, con su frente casi tocando la mía.

Debería decirle que pare. Pero, en lugar de eso, me aferro a su camisa con ambas manos y lo acerco más. Se le corta la respiración de una manera que hace que el calor se acumule en mi vientre.

Su nariz roza la mía. Sus labios están a poco más de dos centímetros. A menos de dos. Siento su aliento en la boca, me pongo de puntillas y él se agacha y...

Su teléfono vibra sobre la mesa, con un sonido fuerte y estridente en la habitación silenciosa.

Los dos nos quedamos helados. El hechizo se rompe. La realidad regresa de golpe como un cubo de agua helada sobre mi cabeza.

Me aparto tan rápido que casi tropiezo con mis propios pies, y la cara se me inunda de un calor que no tiene nada que ver con el deseo y sí con la mortificación. ¿Qué *coño* estaba a punto de hacer? ¿Qué estábamos a punto de hacer *nosotros*?

Leo sigue allí de pie, con las manos a los lados y el pecho subiendo y bajando con rapidez. Su teléfono sigue vibrando, insistente.

—Eso es... —Su voz suena áspera y se aclara la garganta—. Es Dante. Tengo que...

—Cógelo —digo rápidamente, rodeándome el cuerpo con los brazos porque no sé qué más hacer con las manos. Siento la cara como si estuviera en llamas—. D-Deberías cogerlo.

Leo me mira un segundo más, con una expresión complicada y frustrada cruzando su rostro, antes de agarrar el teléfono y responder.

—¿Qué? —le espeta a Dante, con una voz dura que nunca usa conmigo.

No espero a oír más. Prácticamente salgo corriendo del comedor, con el corazón en un puño y la cara ardiendo de vergüenza y deshonor, además de unas quince emociones más que no quiero nombrar.

Casi nos besamos.

Leo casi me besa. Yo casi lo beso a él. Estábamos a segundos de cruzar una línea que no tiene vuelta atrás, y si Dante no hubiera llamado...

No puedo permitirme terminar ese pensamiento.

Voy directa a mi habitación sin esperar a que Leo regrese, sin confiar en mi capacidad para enfrentarme a él de nuevo esta noche. Me tiemblan las manos al cerrar la puerta, y el corazón me late todavía con tanta fuerza que lo noto en la garganta. Me apoyo contra la puerta y cierro los ojos, pero es peor porque lo único que veo es la cara de Leo a centímetros de la mía, sus ojos oscuros y la forma en que me miraba, como si yo fuera lo único que importaba.

Me aparto de la puerta y deambulo por la habitación, pasándome las manos por el pelo, intentando calmarme. Siento la piel demasiado tensa, demasiado caliente, como si estuviera ardiendo de dentro hacia fuera. Todavía puedo sentir el rastro de su mano en mi cara, su pulgar acariciando mi pómulo. Todavía puedo oler el cedro y la bergamota. Todavía puedo sentir el calor de su cuerpo cuando estábamos pegados.

Una ducha. Necesito una ducha. Eso me ayudará a despejar la cabeza, a refrescarme y a borrar el recuerdo de su contacto, el casi

beso y la forma en que todo mi cuerpo todavía vibra de un deseo insatisfecho.

Cojo ropa limpia de la cómoda sin mirar realmente lo que elijo —un pantalón corto de pijama y una camiseta de tirantes, bien, lo que sea— y entro al baño. Abro el grifo del agua tan caliente como puedo soportarla; el vapor ya empieza a llenar el espacio mientras me quito la ropa. Las manos todavía me tiemblan ligeramente mientras me recojo el pelo en un moño desordenado para mantenerlo seco.

El espejo se está empañando, pero aún puedo ver mi reflejo: mejillas encendidas, ojos brillantes, labios entreabiertos. Parezco recién besada aunque no lo haya sido, y eso, de algún modo, lo hace peor.

Me coloco bajo el chorro y cierro los ojos, dejando que el agua caliente golpee mis hombros y baje por mi espalda. Debería ayudar. Debería calmarme, despejar mi mente, darme espacio para pensar racionalmente en lo que casi ha pasado y por qué debo asegurarme de que nunca vuelva a estar cerca de ocurrir.

Pero no ayuda.

Porque incluso con los ojos cerrados y el agua caliente recorriendo mi piel, no puedo dejar de pensar en él.

En lo cerca que hemos estado. En su mano en mi cara y su pulgar en mi mejilla y en la forma en que me ha mirado. En cómo sus labios estaban a menos de dos centímetros de los míos y en las *ganas* que tenía de acortar esa distancia.

En lo que habría pasado si Dante no hubiera llamado.

Lo deseo de una manera que va más allá de la simple atracción física, aunque Dios sabe que de eso hay de sobra. Quiero su atención, su tiempo y sus raras sonrisas que parece dedicarme solo a mí. Quiero ser la razón por la que su voz se suaviza y su mirada se vuelve cálida. Quiero comprender todas sus capas complicadas, quiero conocer la historia detrás de cada cicatriz, quiero ser la persona en la que confíe su dolor y su soledad y todas las partes de sí mismo que mantiene ocultas de los demás.

Pero ahora mismo, en la intimidad de mi ducha donde nadie puede verme ni juzgarme, pienso en el deseo físico.

Pienso en sus manos. Esos dedos largos y elegantes que he visto tamborilear contra su escritorio cuando piensa o pasarse por el pelo cuando está frustrado. He pasado demasiado tiempo imaginando cómo se sentirían esas manos en mi cuerpo; cómo rodearían mi cintura o cómo se deslizarían por mis muslos o cómo me agarrarían las caderas.

Y su *boca*. La forma en que sus labios se curvan cuando sonríe, la ligera plenitud de su labio inferior que quiero morder. Pienso en a qué sabría. ¿Cómo besaría? ¿Sería suave o exigente, o alguna combinación perfecta de ambas?

Mis pensamientos derivan hacia su voz. ¿Se volvería su voz baja y áspera como ocurre a veces cuando dice mi nombre? *Joder*, cómo desearía oír esa voz en la oscuridad, en la cama, susurrando cosas que me harían sonrojar.

Mi mano se desliza por mi cuerpo casi sin pensarlo, y me permito imaginar qué habría pasado si Dante no hubiera llamado mientras me los introduzco y presiono ese punto que hace que me tiemblen las piernas.

Imagino a Leo besándome, su boca cerrando por fin ese último centímetro de distancia, sus labios presionando los míos con todo el deseo que vi en sus ojos. Me besaría con fuerza, con exigencia, como si llevara semanas conteniéndose y finalmente no pudiera más. Una mano seguiría acunando mi cara mientras la otra se apretaría en mi cintura, pegándome a él hasta que pudiera sentir cada línea dura de su cuerpo.

Imagino dar pasos torpes hacia atrás hasta que mi espalda choca con la pared, su cuerpo apretándome allí, sólido y cálido y perfecto. Sus manos estarían en todas partes: enredándose en mi pelo, agarrando mis caderas, recorriendo mis costillas. Inclinaría mi cabeza hacia atrás para profundizar el beso, y yo soltaría algún sonido embarazoso que lo haría sonreír contra mi boca.

Pero ahora estoy en la ducha, no en el comedor, y en esta fantasía no nos detenemos.

Imagino a Leo apretándome contra la pared de la ducha en su lugar, el azulejo frío contra mi espalda en contraste con el calor de su piel. El agua correría sobre ambos mientras su boca se movería

de mis labios a mi mandíbula y a ese punto de mi cuello que sé que me haría jadear. Sus manos se deslizarían por mi cuerpo, reconociendo cada curva, cada punto sensible.

—Emma —diría con esa voz profunda y áspera, y yo lo sentiría en *todas partes*.

Mis dedos se mueven más rápido, mi respiración se agita a medida que la fantasía crece. Imagino su mano reemplazando la mía entre mis piernas, esos dedos largos deslizándose por mi humedad con experta confianza. Sabría exactamente dónde tocar y con cuánta presión, porque Leo Santoro no hace nada a medias. Observaría mi cara mientras me toca, con esos ojos oscuros intensos y concentrados, bebiéndose cada reacción.

—Dime qué quieres —murmuraría contra mi piel, con sus dedos trazando círculos lentos que me están volviendo loca.

—A ti —jadearía—. Te quiero a ti.

Y entonces sus dedos se deslizarían dentro de mí, curvándose justo de la forma adecuada mientras su pulgar rodearía mi clítoris, y yo me perdería. Me aferraría a sus hombros, a su pelo, a cualquier cosa que pudiera alcanzar, mientras él me llevaría más y más alto. Me besaría mientras yo me desharía, tragándose mis gemidos, con su propia respiración agitada por el deseo.

Pero no se detendría ahí. En mi fantasía, me levantaría, mis piernas rodeando su cintura, y sentiría su dureza presionada exactamente donde la necesito. Su frente descansaría contra la mía, ambos respirando con dificultad, y me preguntaría una vez más: «¿Estás segura?», porque incluso en mis fantasías, Leo pide permiso.

—Sí —susurraría—. Por favor, *sí*.

Mi propia mano se mueve con desesperación ahora, persiguiendo la fantasía. Me muerdo el labio para guardar silencio, con la otra mano apoyada en la pared de la ducha y las piernas empezando a temblar. Imagino a Leo entrando en mí lentamente, con sus ojos oscuros clavados en los míos, ambos jadeando ante la sensación. Imagino su peso, la forma en que me llena, la plenitud perfecta. Imagino su voz áspera en mi oído diciendo mi nombre como una oración...

El orgasmo me golpea con tanta fuerza que llego a soltar un gemido ahogado; las rodillas me flaquean mientras el placer me recorre en oleadas. Me hundo contra la pared de la ducha, jadeando, con el corazón acelerado mientras las réplicas se desvanecen lentamente.

Entonces la realidad vuelve a irrumpir.

He acabado de masturbarme pensando en Leo Santoro.

En mi *secuestrador*.

La vergüenza hace que se me revuelva el estómago. ¿Qué *coño* me pasa? Casi hemos cruzado una línea esta noche; casi nos besamos en su comedor como si no me estuviera usando como moneda de cambio contra mi padre. Y en lugar de horrorizarme, en lugar de estar agradecida por que Dante llamara en ese momento, he corrido directa a la ducha para tocarme mientras fantaseaba con lo que habría pasado si no nos hubieran interrumpido.

¿Cómo puedo desearlo tanto? ¿Cómo puedo estar aquí *parada* imaginando sus manos en mi cuerpo, su voz en mi oído, su boca en la mía, cuando él es la razón por la que no puedo ver a mi madre? ¿Cuando él es la razón por la que estoy encerrada en esta casa? Se supone que es mi *enemigo*.

Pero incluso mientras la culpa y la vergüenza me invaden, no puedo negar la verdad.

Quería que Leo me besara esta noche. Lo quería tanto que, cuando sonó su teléfono, casi lloré de frustración. Y ahora que he tenido tiempo de pensarlo y de descargar parte de esta desesperada necesidad física en la ducha, sigo queriéndolo. Lo quiero a *él.*

Quiero al Leo Santoro que acunó mi mejilla con suavidad, que me miró como si yo importara más que nada en el mundo. El que me trae café hecho exactamente como me gusta y me pide opinión sobre acuerdos de negocios y debate sobre la calidad de los restaurantes con auténtica pasión. El que me ayudó a superar un ataque de pánico con una paciencia tan dulce que todavía puedo sentir el recuerdo de su contacto.

Quiero al hombre que existe en los espacios entre sus deberes y su dolor, al que he ido conociendo a lo largo de tres semanas de

conversaciones y discusiones. Al que me mira a veces como si yo fuera la única persona en el mundo que importa.

Y me odio por ello.

Odio que mi cuerpo me traicione de esta manera. Odio no poder controlar mis propios deseos. Pero sobre todo, odio haberme convertido en la chica que se enamora de su captor como en un cliché de mierda.

Pero odiarlo no hace que desaparezca.

Termino mi ducha aturdida, me seco mecánicamente y me pongo el pijama sin pensar realmente en ello. Cuando me meto en la cama, me quedo mirando al techo e intento procesar lo que esto significa.

Mañana volveré a fingir que nada de esto ha pasado. Mantendré la distancia en el desayuno y evitaré sus ojos en la cena y *definitivamente* no dejaré que nos acerquemos tanto otra vez. Me recordaré que él es mi secuestrador y yo su prisionera, y que no existe un mundo en el que esto acabe bien.

Mañana seré inteligente con todo esto.

12

LEO

Algo le pasa a Emma, y me está cabreando.

Sé que algo va mal en cuanto entro en la cocina a por café y la encuentro ya allí, de brazos cruzados, mirándome como si acabara de darle una patada a su perro. Mi personal se mueve a nuestro alrededor, hablando en voz baja mientras se encargan de la rutina matutina.

—Buenos días —digo con cautela, alargando la mano hacia la cafetera.

—¿Lo son? —la voz de Emma rezuma sarcasmo—. No sabría decirte. Llevo encerrada en esta casa tres semanas sin forma de saber si es una buena mañana, una mala mañana o simplemente otro puto día idéntico.

Todo el trabajo en la cocina se detiene.

Hago una pausa a mitad de servirme, con una ceja enarcada—. Tienes ventanas. Puedes ver el exterior.

—¡Ah, ventanas! —dice Emma, con voz aguda y burlona—. Qué generoso por tu parte, Leo. Ventanas. *Vaya si estoy* viviendo el sueño aquí.

El personal continúa paralizado durante medio segundo, y de repente todo el mundo tiene algún otro lugar donde estar; las sillas

chirrían y los pasos se alejan rápido. En cuestión de segundos, la cocina se queda vacía y la puerta se cierra.

Dejo la cafetera con más fuerza de la necesaria—. ¿Cuál es tu problema esta mañana?

—¿*Mi* problema? —Emma se ríe, pero no hay humor en su gesto, tiene la cara tensa—. ¿Por dónde quieres que empiece? —Empieza a enumerar cosas con los dedos—. Tal vez por el hecho de que sigo aquí. Tal vez por el hecho de que aún no me has dicho cuándo —o si— tienes pensado dejarme marchar. Tal vez por el hecho de que llevo tres semanas jugando a las casitas con mi secuestrador y ya no sé ni qué cojones estamos haciendo.

—Estamos... —empiezo, pero me corta.

—No —espeta Emma, con sus ojos verdes encendidos de ira—. No me vengas con gilipolleces sobre la venganza o sobre hacer sufrir a mi padre. Los dos sabemos que esa no es la razón por la que sigo aquí.

Odio que pueda calarme tan fácilmente, pero ten por seguro que no va a conseguir que se lo confiese. No sabes de lo que estás hablando —le digo en tono neutral, lo que la cabrea aún más.

—¿Ah, no? —desafía Emma, acercándose con la mandíbula apretada y la mirada ardiendo—. Entonces ilumíname, Leo. Dime cuál es tu gran plan. Porque desde donde yo estoy —hace un gesto a su alrededor—, no tienes ningún plan. Solo me tienes aquí porque no sabes qué otra cosa hacer conmigo.

No le respondo porque no se me ocurre nada que no me haga sonar exactamente como el tipo de hombre que no quiero ser. En su lugar, me llevo la taza a los labios, con los ojos fijos en ella.

—Eso es lo que pensaba. —Emma me aparta de un empujón para coger su propio café; su hombro golpea el mío deliberadamente con la fuerza suficiente para que el café se desborde por el borde de mi taza y casi me queme la boca.

Esa agresividad gratuita enciende mi temperamento—. Cuidado —le advierto, dejando la taza—. Estás cruzando una línea muy fina ahora mismo.

—¿En serio? —Emma se gira para encararme por completo, y no hay miedo en su expresión, solo pura rebeldía—. ¿Qué vas a hacer al

respecto, Leo? ¿Encerrarme en mi habitación? —Jadea burlonamente —. Ah, espera, que ya lo haces. ¿Quitarme mis privilegios? ¿Dejar de cenar conmigo? —Pone los ojos en blanco—. Estoy segura de que eso te romperá el corazón más a ti que a mí.

—Ándate con ojo —gruño, pero Emma se limita a reír con malicia.

—¿O qué? ¿Recordarás que se supone que soy tu prisionera en lugar de tu... qué? ¿Tu compañera de cena? ¿Tu cita para el café de la mañana? ¿En qué cojones se haya convertido esto?

Ya he tenido suficiente con su mierda—. ¿Sabes cuál es tu problema? —Doy un paso hacia ella.

—Seguro que vas a decírmelo. —Emma no retrocede ni un centímetro.

—Tu problema es que eres una desagradecida —le digo, y soy consciente de lo gilipollas que sueno, pero no puedo parar—. Vives en una mansión. Tienes acceso total a la casa y a los terrenos. Tienes libros y material artístico y cualquier otra cosa que pidas. La mayoría de la gente en tu situación seguiría encerrada en una habitación, pero tú puedes fingir que eres una invitada en lugar de una prisionera.

Los ojos de Emma brillan de furia y se mete de lleno en mi espacio, clavándome el dedo en el pecho—. ¿Desagradecida? ¿Quieres que esté *agradecida* por haber sido secuestrada? ¿Estás puto loco?

—Quiero que reconozcas que te he tratado bien —le respondo, con mi propia rabia subiendo a la altura de la suya—. Que te he dado más libertad de la que debía. Podría haber hecho esto mucho peor para ti, pero no lo he hecho.

—¡Oh, qué amable por tu parte! —La voz de Emma sube de tono, estridente de rabia—. ¡Qué puto generoso eres, Leo! ¿Debería ponerme de rodillas y darte las gracias por no torturarme? ¿Debería estar agradecida de que mi captor no sea un monstruo completo, sino solo uno a medias?

Aparto de mi mente el pensamiento de Emma de rodillas frente a mí—. Yo nunca he dicho...

—Me estás alejando de mi *madre* —interrumpe Emma, y la voz se le quiebra ligeramente antes de volver a endurecerse—. Me estás alejando de mi vida. Arruinaste mi boda; vale que era un matrimonio concertado de mierda, pero seguía siendo mi decisión. Me lo has quitado *todo* y ahora, ¿quieres que esté agradecida porque al menos tengo un dormitorio bonito y acceso a la biblioteca?

—No es eso lo que quería decir —digo, pero me sale a la defensiva.

—¿Entonces qué querías decir? —exige Emma, acercándose aún más, y puedo oler la vainilla y las flores incluso a través de mi rabia —. Explícame qué querías decir, Leo. Explícame qué quieres de mí. Porque ya no entiendo nada. No entiendo qué es esto, ni por qué sigo aquí, ni qué estás esperando.

—No estoy esperando nada —miento, con la mandíbula apretada.

—Mentira —dice Emma tajante, y la vulgaridad en su voz combinada con su proximidad me está provocando algo que *no* es nada apropiado ahora mismo—. Estás esperando algo. ¿Algún momento perfecto donde todo esto tenga sentido? ¿Alguna revelación en la que descubras cómo vengarte y mantenerme aquí al mismo tiempo? —Me clava el dedo en el pecho—. Te doy una noticia: ese momento no va a llegar. Solo estás prolongando esto porque no sabes cómo terminarlo.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo —le espeto, aunque ambos sabemos que es mentira.

—¿Ah, sí? —Emma se ríe con amargura, negando con la cabeza —. Porque, desde mi perspectiva, no tienes ni puta idea. Te despiertas cada día y decides retenerme un día más porque dejarme ir significaría admitir que todo esto fue un error desde el principio.

—No fue un error —insisto, pero las palabras suenan vacías hasta para mí.

—¿No lo fue? —insiste Emma, con sus ojos verdes llameantes—. ¿Qué has conseguido, Leo? Mi padre está disgustado, claro, pero iba a estarlo por el hecho de que se arruinara la boda, independientemente de si me llevabas o no. Por cierto, solo ha intentado recuperarme *una vez* en tres semanas. ¿Acaso esto ha traído de vuelta a Gabriel? ¿Te ha hecho sentir mejor? ¿Ha servido

para algo más que para atraparnos a ambos en esta situación de mierda en la que fingimos que esto es normal?

—No hables de mi hermano —gruño, sintiendo que la rabia empieza a aflorar. Tiene que calmarse de una puta vez antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

—¿Por qué no? —Emma no retrocede, maldita sea—. Tú le metiste en esto. Hiciste que esto fuera por él. Así que hablemos de Gabriel. ¿Crees que él querría esto? ¿Crees que tu hermano estaría orgulloso de que hayas secuestrado a una mujer inocente y de que la tengas encerrada tres semanas sin plan ni objetivo final?

—No sabes nada de mi hermano. —Cierro los puños a los lados.

—Sé que quería ser chef —contraataca Emma—. Sé que era amable. Sé que tu madre dijo que le horrorizaría que yo estuviera sufriendo por su culpa. Y sé que, si fuera tal como tú afirmas, se avergonzaría de en lo que te has convertido.

Eso cruza una línea—. Vete a la mierda —le espeto, acercándome a su cara, disfrutando de cómo se le dilatan los ojos—. Tú no eres quién para decirme lo que pensaría Gabriel. Tú no le conocías. Tu padre lo asesinó.

—¡Exacto! —grita Emma triunfante—. Mi padre lo asesinó. ¡*No yo*! —No retrocede ni un centímetro—. ¡Yo no tuve nada que ver con lo que pasó! ¡Pero me estás castigando a mí de todos modos porque estás demasiado roto y demasiado furioso para ver la diferencia entre mi padre y yo!

—Eres una Brennan —le digo, y ahora soy yo el que le señala con el dedo—. Formas parte de esa familia. Te beneficias de todo lo que ha hecho tu padre, de cada trato que ha cerrado y de cada vida que ha quitado. No vengas a actuar como si fueras inocente solo porque no estuvieras allí cuando apretó el gatillo.

—¡Y tú eres un Santoro! —responde Emma, subiendo la voz para igualar la mía—. ¿Te crees que tienes las manos limpias? ¿Crees que *tú* nunca te has beneficiado de la violencia? ¡Estás en el mismo puto negocio, Leo! ¡La única diferencia es que vas de santurrón!

—La diferencia es que yo tengo un código —le espeto—. Tengo reglas. Yo no asesino a gente a sangre fría por disputas territoriales.

Emma niega con la cabeza—. ¡No, tú solo secuestras a mujeres inocentes y las mantienes prisioneras! —Su risa es áspera y amarga —. ¡Porque eso es mucho mejor! ¡Mucho más honorable! Al menos la violencia de mi padre es rápida; ¡tú alargas la tuya durante semanas!

—No te he hecho daño —digo, con la mandíbula tan apretada que me duele.

—¿Que no? —La voz de Emma se quiebra y de repente parece vulnerable, haciendo que me duela el pecho—. Me has arrancado del lado de mi madre. Me has robado tres semanas de vida. Me has convertido en prisionera en una jaula de oro y ahora te enfadas porque no estoy agradecida. ¿Eso no es violencia? ¿Eso no es hacerme daño?

—Has estado bien —argumento, aunque sé que es una defensa débil—. Has tenido todo lo que necesitabas...

—¡Excepto libertad! —interrumpe Emma, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. ¡Excepto voluntad! ¡Excepto la capacidad de tomar mis propias decisiones! ¡Me has quitado todo eso y actúas como si debiera darte las gracias porque al menos la jaula es bonita!

—¿Qué quieres que te diga? —grito, y apenas soy consciente de que me he acercado más, de que estamos casi pecho contra pecho —. ¿Que lo siento? ¿Que me arrepiento? ¡Porque no es así! ¡Tu padre me quitó a mi hermano y yo quería que él sufriera!

—¡Entonces haz que sufra *él*! —le grita Emma, con el rostro rojo de ira—. ¡No yo! ¡Yo no te hice nada! ¡No soy yo contra quien quieres vengarte!

—¡Eres lo que tengo! —Las palabras salen de mí estallando antes de que pueda contenerlas—. ¡Eres lo único que podía quitarle que le importara! Eres...

—¡Soy una persona! —grita Emma, y hay lágrimas de rabia en sus ojos que se niega a dejar caer—. ¡No soy una cosa! ¡No soy una posesión! ¡No soy un arma que puedas usar contra mi padre! Soy una persona con mi propia vida y mis propios sentimientos y mi propio...

—¡Lo sé! —rujo en respuesta, y soy vagamente consciente de que he levantado las manos y la estoy agarrando por los hombros. No con fuerza suficiente para hacerle daño, pero sí con firmeza para obligarla a centrarse en mí—. ¿Crees que no lo puto sé? ¿Crees que no lleva carcomiéndome por dentro tres semanas?

—¡Entonces déjame ir! —exige Emma; levanta las manos para agarrarme las muñecas, pero no para apartarme—. ¡Si sabes que soy una persona, si te sientes culpable, entonces déjame ir!

—¡No puedo! —La confesión sale arrancada de algún lugar profundo de mi pecho—. No puedo simplemente... no es tan sencillo...

—¡*Sí* que es así de sencillo! —insiste Emma—. ¡Solo que no quieres que lo sea! ¡Quieres que sea complicado para no tener que admitir que te equivocas!

—No estoy... —empiezo, pero me interrumpe.

—¡Sí, te equivocas! —La voz de Emma suena ahora desgarrada y las lágrimas le surcan las mejillas, lo que hace que me odie a mí mismo—. ¡Te equivocas, Leo! ¡Te equivocaste al llevarme! ¡Te equivocas al retenerme! ¡Te equivocas al actuar como si esto estuviera justificado de algún modo por lo que hizo mi padre! ¡Nada de esto está bien y lo sabes!

—¿Y qué? —le espeto, intentando luchar contra la culpa que pugna por salir a la superficie—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que te pida perdón? ¿Que te diga que lo siento y te deje volver a tu matrimonio concertado y a tu perfecta vidita?

—¡Quiero que admitas la verdad! —grita Emma—. ¡Quiero que dejes de esconderte tras el dolor y la venganza y admitas por qué me retienes aquí de verdad!

¿Qué cojones quiere de mí? —Ya te he dicho por qué...

—¡Mentira! —Las manos de Emma se aprietan en mis muñecas, y las siento como un hierro al rojo vivo—. Ya no me retienes aquí por venganza. ¡Me retienes aquí porque te sientes solo y yo te resulto conveniente, y porque tener a alguien con quien tomar café es más fácil que enfrentarte a lo vacía que está tu vida!

Casi retrocedo ante sus palabras. No la retengo por eso, en absoluto—. Eso no es... —intento negarlo, pero Emma me pasa por

encima.

—¡Lo es! —grita triunfante, con los ojos relucientes—. Te despiertas cada mañana y estás deseando verme. Planeas nuestras cenas. Buscas excusas para hablar conmigo. ¡Esto dejó de ser por venganza hace semanas y eres demasiado testarudo para admitirlo!

—¿Y qué hay de ti? —le espeto, apretando ligeramente mis manos sobre sus hombros—. Podrías haber seguido intentando escapar. Podrías haberte negado a hablar conmigo. Podrías haber hecho que esto fuera un infierno para los dos. Pero no lo hiciste. Me seguiste el juego. ¡Tomaste café conmigo y discutiste sobre restaurantes y estabas tan deseosa de nuestras conversaciones como yo!

—¡No tenía elección! —argumenta Emma, pero su voz carece de convicción y me aprovecho de ello.

—Tenías elección —insisto—. *Tú* elegiste interactuar conmigo. *Tú* elegiste dejar de verme solo como tu secuestrador. *Tú* elegiste...

—¿Elegí qué? —desafía Emma—. ¿Que me gustaras? ¿Disfrutar pasando tiempo contigo? ¿Olvidar que me tienes prisionera?

—¡Sí! —Estoy prácticamente gritando ahora—. ¡A todo eso! ¡Eres tan cómplice de esta dinámica de mierda como yo!

Se queda boquiabierta, impactada—. ¡No soy cómplice de que me secuestren! —Emma casi chilla.

—¡Eres cómplice de lo que esto sea que haya llegado a ser! —discuto—. No actúes como si fueras una víctima pasiva. ¡Has sido una participante activa en este... en esto, sea lo que cojones sea!

—¿Qué es esto? —exige Emma, y de repente su voz baja, volviéndose más silenciosa pero no menos intensa. Sus manos me aprietan más las muñecas—. Dime, Leo. ¿Qué es esto? ¿Qué estamos haciendo?

—No lo sé —admito, y la sinceridad me hace sentir como si estuviera perdiendo.

—No lo sabes —repite Emma, y me mira como si intentara ver a través de mí—. Me tienes aquí, pero no sabes por qué. Hablas conmigo cada día, pero no sabes qué estamos haciendo. Me miras como...

Se detiene de golpe, mordiéndose el labio; tiene la cara casi tan roja como el pelo.

—¿Como qué? —exijo, hiperconsciente de lo cerca que estamos, de que mis manos siguen en sus hombros y las suyas en mis muñecas—. ¿Cómo te miro?

—Como si me desearas —susurra Emma, y las palabras flotan en el aire entre nosotros como una cerilla encendida sobre gasolina.

—No, no es cierto —intento negarlo, pero es una mentira evidente.

—Lo es —dice Emma triunfante—. Me miras como si me desearas y me estoy volviendo loca porque yo...

No sé cuál de los dos se mueve primero. Quizá seamos ambos, o quizá ninguno; quizá sea solo el resultado inevitable de tres semanas de tensión, rabia y deseo que ninguno de los dos sabe cómo procesar.

Pero de repente mi mano está en su pelo y sus manos están aferradas a mi camisa y nos estamos besando, o quizá peleando; ahora mismo cuesta notar la diferencia. Sus dientes me muerden el labio inferior lo bastante fuerte como para doler y yo aprieto el agarre en su pelo, inclinando su cabeza hacia atrás para poder besarla más profundo, con más fuerza.

Emma emite un sonido ahogado y tira de mi camisa como si quisiera arrancármela, y yo la presiono contra la encimera porque necesito tenerla más cerca, necesito más, necesito...

Emma me empuja el pecho de repente, con fuerza, y nos separamos ambos respirando como si hubiéramos estado corriendo. Me mira con los ojos muy abiertos, los labios hinchados y rojos, el pecho agitado.

—¿Qué cojones estamos haciendo? —pregunta Emma, y le tiembla la voz.

—No lo sé —admito, con mi propia respiración entrecortada. Tengo una mano todavía en su cintura y la otra en su pelo, de forma más laxa, y parece que no soy capaz de soltarla.

—No podemos... —empieza Emma, pero sigue aferrada a mi camisa, todavía pegada a mí—. Qué cojones. Esto es... estamos...

—Lo sé —asiento, pero yo tampoco me muevo.

—Eres mi secuestrador —dice Emma, como si intentara recordárselo a sí misma—. Esto... esto está *mal*. Esto es una puta locura.

—Lo sé —repito, y entonces vuelvo a besarla porque está claro que hablar no ayuda y, al menos cuando nos besamos, no tengo que pensar en todas las razones por las que esto está mal.

Esta vez Emma me devuelve el beso por completo, sin vacilar, abriendo la boca bajo la mía y deslizando su lengua contra la mía de una forma que hace que todo mi cuerpo se tense de deseo. Le agarro las caderas y la alzo sobre la encimera, situándome entre sus piernas, y ella me rodea de inmediato como si esto fuera algo que ya hubiéramos hecho antes.

—Leo —jadea Emma contra mi boca, y el sonido de mi nombre con esa voz sin aliento hace que quiera oírlo de nuevo, más alto, gritando.

Pero entonces vuelve a empujarme el pecho, y esta vez, cuando nos separamos, pone distancia de verdad entre nosotros, bajándose de la encimera y retrocediendo hacia la puerta. Tiene la cara blanca.

—No puedo... —dice Emma, llevándose la mano a los labios como si no pudiera creer lo que acaba de pasar—. Tengo que...

No termina la frase. En su lugar, sale corriendo de la cocina, dejándome allí plantado con el corazón a mil y mi control hecho pedazos. No tengo ni la más remota idea de qué cojones acaba de pasar.

Me sirvo otra taza de café con las manos temblorosas y me la bebo de un trago abrasador aunque todavía quema demasiado.

Esto se me está escapando de las manos.

La evito durante el resto de la mañana, escondiéndome en mi despacho y fingiendo trabajar mientras en realidad reproduzco nuestra pelea —y esos besos— en mi cabeza. La sensación de su cuerpo pegado al mío. El sabor de su boca.

Las palabras de Emma resuenan en mi mente. *No sabes cómo terminar con esto.*

Tiene razón. No tengo ningún plan. No hay un final. Me llevé a Emma por venganza, pero la retengo porque... porque ya no me imagino esta casa sin ella. El café de la mañana no sería lo mismo.

Cenar solo me parece insoportable. En algún momento del camino, Emma Brennan se volvió demasiado importante para mí.

Y ahora la he besado. Hemos cruzado una línea y no sé cómo volver atrás.

Ni siquiera sé si *quiero* volver atrás.

Por la tarde, necesito un archivo de mi otro despacho, el más pequeño que apenas uso pero que guardo para los documentos sobrantes. Entro sin pensar y me quedo helado.

Emma está sentada en mi escritorio. Con mi teléfono en la mano. Marcando un número.

La rabia me inunda, caliente e inmediata, y resulta bienvenida tras la confusión de esta mañana. Esto es algo concreto. Esto es algo por lo que puedo enfadarme sin tener que examinar mis sentimientos ni pensar en su sabor o en la forma en que dijo que ella también me deseaba.

—¿Qué cojones estás haciendo? —pregunto con dureza, y veo a Emma dar un salto y soltar el teléfono con un estrépito. Su rostro palidece y luego se sonroja de inmediato por la ira—. Estaba llamando a mi madre.

—Y un cuerno —le espeto, cruzando la habitación en tres zancadas y arrebatándole el teléfono del escritorio antes de que pueda cogerlo—. Estabas llamando a tu padre. Delatando nuestra ubicación. Planeando tu huida.

—Estaba llamando a mi *madre* —repite Emma, poniéndose en pie y plantándome cara—. ¿Sabes?, ¿esa mujer que me crió y que probablemente esté muerta de preocupación porque su hija desapareció hace tres semanas? ¿*Esa* madre?

—No —digo tajantemente, guardándome el móvil en el bolsillo.

Emma abre los ojos con incredulidad. —¿No? ¿Eso es todo? ¿Solo «no»?

—Eso es todo —confirmo—. No puedes llamar a nadie.

—¿Y por qué cojones no? —exige Emma, alzando la voz—. ¿Qué daño puede hacer que le diga a mi madre que estoy viva? Ella no trabaja para mi padre. No le importan sus negocios. ¡Solo quiere saber que estoy bien!

—Se lo dirá a Connor —rebato.

—¡No lo hará! —Emma ya está prácticamente gritando—. ¡Mi madre apenas habla con mi padre! ¡Duermen en habitaciones separadas y se comunican a través de intermediarios! ¡No le diría nada!

—He dicho que no —repito, cruzándome de brazos.

—Estás siendo ridículo —suelta Emma, golpeando el escritorio con las manos—. Esto es por control. No quieres que llame a mi madre porque entonces tendrías que reconocer que soy una persona real, con una vida real y gente que me quiere, no solo un peón en tu fantasía de venganza.

Pongo los ojos en blanco. La puta Emma y su dramatismo.

—Lo es —insiste Emma, entrecerrando los ojos—. Todo esto va sobre el control. Controlas cuándo como, adónde voy, con quién hablo. Controlas cada aspecto de mi vida porque te hace sentir poderoso. Porque la muerte de tu hermano te hizo sentir impotente y así es como lo afrontas.

Suelto una carcajada de incredulidad. —¿En serio, Emma? No me psicoanalices.

—¿Y por qué no? —me desafía, levantándose y acercándose aún más hasta que estamos frente a frente—. Alguien tiene que decirte la verdad, Leo. Esto ya no se trata de Gabriel. Ni de mi padre. Se trata de que eres demasiado testarudo y estás demasiado roto para admitir que no sabes lo que estás haciendo.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo —le digo entre dientes.

—¿Ah, sí? —la voz de Emma destila sarcasmo—. Pues ilumíname. ¿Cuál es tu objetivo final? ¿Qué pasa después? ¿Me vas a tener aquí para siempre? ¿Me dejarás ir al final esperando que mi padre no empiece una guerra? ¿Vas a...?

—¡No lo sé! —grito, y la confesión resuena en el pequeño despacho—. No tengo ni puta idea, Emma. ¿Es eso lo que quieres oír? No tengo ningún plan. Ni estrategia de salida. Te llevé por venganza y te retengo porque no sé cómo dejarte marchar.

Emma me mira fijamente, respirando con dificultad, con los ojos brillantes de rabia y algo más. —¿Por qué?

—¿Por qué qué? —pregunto, sintiéndome agotado de repente.

Ella traga saliva. —¿Por qué no sabes cómo dejarme marchar? —Su voz se ha vuelto más baja, pero no menos intensa—. ¿Qué es lo que te detiene, Leo?

—No lo... —empiezo, pero me interrumpe.

—Dímelo —exige Emma, y está tan cerca que puedo oler la vainilla y las flores, y puedo ver los destellos dorados en sus ojos verdes—. Dime qué quieres de mí. Porque ya no entiendo qué es esto. No entiendo por qué sigo aquí, ni qué estás esperando, ni qué es lo que quieres.

—Quiero... —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, incapaces de salir.

—¿El qué? —insiste Emma, ya casi con voz desesperada—. Dime qué es lo que quieres.

Todos mis muros y excusas cuidadosamente construidos se desmoronan bajo el peso de su pregunta y la intensidad de su mirada.

—A ti —digo con sinceridad—. Te quiero a *ti*, Emma. Ni venganza. Ni moneda de cambio. Ni a la hija de Connor. A ti. Te quiero a ti.

A Emma se le corta la respiración y entreabre los labios con sorpresa. Durante un largo momento se limita a mirarme, y yo estoy seguro de que lo he malinterpretado todo y que he hecho el soberano ridículo.

Pero entonces dice, con voz baja y firme: —Entonces, tómame.

Me quedo inmóvil, incapaz de creer lo que oigo. —¿Qué has dicho?

—Ya me has oído —sus ojos verdes se clavan en los míos—. Si me quieres, tómame. Deja de torturarnos a los dos y hazlo de una vez.

Algo en mí se rompe, acorto la distancia que nos separa y vuelvo a besarla.

Emma gime contra mi boca y el sonido me atraviesa. Sus manos suben de inmediato para aferrarse a mi camisa, atrayéndome hacia ella, y yo la empujo contra el escritorio porque lo necesito *todo*.

Me devuelve el beso con la misma intensidad desesperada, abriéndose bajo mi boca, y cuando su lengua se desliza contra la

mía tengo que agarrarme al borde del escritorio para no perder el control allí mismo. Sabe a menta y café y a algo más dulce que es solo Emma; llevo semanas imaginando esto, pero la realidad es mucho mejor que cualquier fantasía.

La beso por todo el cuello, encontrando un punto justo debajo de la oreja que la hace soltar un grito y arquearse contra mí. Tiene las manos en mi pelo, agarrando con fuerza, y el ligero tirón solo hace que la desee más.

—Tres semanas —murmuro contra su piel entre beso y beso—. Tres semanas observándote. Deseándote. Intentando no desearte.

—Lo sé —jadea Emma, mientras sus manos se dirigen a los botones de mi camisa y forcejean con ellos—. Dios, Leo, lo sé. Yo he estado...

Le atrapo la boca de nuevo, tragándome lo que fuera que iba a decir, y sus dedos consiguen por fin desabotonar mi camisa. Me la quita de los hombros y sus palmas recorren inmediatamente mi pecho, mis hombros, mis brazos, y cada lugar que toca parece arder.

Interrumpo el beso el tiempo suficiente para quitarle la camiseta por la cabeza, y verla solo con el sujetador —encaje azul oscuro que no oculta absolutamente nada de sus curvas— hace que se me seque la boca.

—Te has quedado mirando —dice Emma, pero no hay timidez en su voz, solo deseo.

—No puedo evitarlo —respondo con franqueza, llevando mis manos a su cintura, sintiendo la suavidad de su piel—. Eres jodidamente preciosa.

Su rostro se sonroja y me atrae para otro beso, más profundo esta vez, más exigente. Sus manos van a mi cinturón y yo busco detrás de ella para desabrocharle el sujetador, ambos desesperados por eliminar cualquier barrera entre nosotros.

Cuando el sujetador cae, tengo que detenerme de nuevo y limitarme a mirarla. Joder, tiene unos pechos perfectos, con los pezones ya erectos. Me inclino para tomar uno con la boca. Emma se arquea sobre el escritorio con un gemido que me pone imposiblemente más duro.

—Leo —jadea, con las manos en mi pelo otra vez—. Por favor...

Le dedico la misma atención al otro pecho, rodeando el pezón con la lengua antes de succionarlo, y los gemidos de Emma son el mejor sonido que he oído nunca. Mis manos se deslizan hasta el botón de sus vaqueros y la miro, pidiendo permiso aunque ya hayamos pasado ese punto.

—Sí. Joder, sí, sí, *quítamelos*.

Suelto el botón y le bajo los vaqueros y la ropa interior de un solo movimiento, y cuando Emma queda completamente desnuda sobre mi escritorio, tengo que tomarme un momento para simplemente apreciarla. Curvas suaves, piel sonrojada, el pelo cayendo en ondas sobre sus hombros y sus ojos verdes oscurecidos por el deseo.

—Llevas demasiada ropa —se queja Emma, con las manos de nuevo en mi cinturón.

Esta vez la dejo actuar. Consigue desabrocharme los pantalones y me los baja junto con los bóxers, y cuando su mano rodea mi polla, suelto un gruñido en voz alta.

—Joder, Emma —mascullo mientras me acaricia, reconociendo mi tacto.

—Quiero... —empieza Emma y luego se detiene, mordiéndose el labio.

—Dímelo —le exijo, cubriendo con mi mano la suya—. Dime qué quieres.

—Quiero saborearte. —Las palabras junto con su mirada casi acaban conmigo—. Pero creo que no puedo esperar. Necesito... Leo, te necesito dentro de mí. Ahora.

—Sí —asiento, porque lo lento puede esperar. Lo lento será para luego. Ahora mismo la necesito tanto como ella a mí—. De acuerdo.

Me alineo y la penetro de una sola estocada lenta, y ambos soltamos sonidos desesperados cuando llego al fondo. Está tan apretada, húmeda y caliente a mi alrededor que, por un segundo, no puedo moverme, ni respirar, ni hacer nada más que sentir.

Las uñas de Emma se clavan en mis hombros. —Muévete —exige sin aliento—. Leo, por favor, muévete.

Salgo casi por completo y vuelvo a entrar con fuerza, y la cabeza de Emma cae hacia atrás con un gemido que me hace querer

arrancarle cada uno de esos sonidos. Empiezo con un ritmo lento y profundo, queriendo sentir cada centímetro de ella y hacer que esto dure, aunque mi cuerpo me grita que vaya más rápido y más fuerte.

—Te sientes tan bien —le digo, con una mano agarrando su cadera y la otra apoyada en el escritorio a su lado—. Jodidamente perfecta.

—Más rápido —jadea Emma, apretando las piernas alrededor de mi cintura—. Necesito... *más fuerte*...

Acelero el paso, dándole lo que pide, y los sonidos que emite son tan jodidamente obscenos y perfectos que me van a volver loco de verdad. Sus pechos rebotan con cada embestida y no puedo evitar inclinarme para succionar uno de sus pezones de nuevo.

—Sí —gime Emma—. Así, no te d-detengas...

Cambio ligeramente el ángulo, golpeando más profundo, y Emma suelta un grito. —¡Ahí! Justo ahí, Leo, por favor...

Mantengo ese ángulo y ese ritmo, observando su rostro mientras la rompo por dentro. Tiene el pelo esparcido por mi escritorio, la piel sonrosada y los labios hinchados por mis besos.

Es tan malditamente hermosa. Nadie le llega ni a la suela de los zapatos.

—Mírame —le exijo, porque necesito ver sus ojos—. Emma, abre los ojos y mírame.

Sus ojos se abren a medias, verdes y oscuros de placer. Verla así —completamente deshecha, acogiéndome tan a la perfección— casi me hace perder los estribos.

—Estoy cerca —me advierte Emma, arañándome la espalda con tanta fuerza que sé que me dejará marcas—. Leo, estoy tan cerca...

—Córrete para mí —jadeo, moviendo mi mano entre nosotros para rodear su clítoris—. Quiero verte correrte. Quiero sentir cómo te corres por toda mi polla.

Solo hacen falta unos pocos círculos con mi pulgar para que Emma se desmorone, con todo el cuerpo tensándose a mi alrededor mientras se corre gritando mi nombre. La sensación de sus paredes apretándome, palpitando, unida al sonido de su placer, es demasiado. La embisto un par de veces más antes de seguirla al

abismo, derramándome dentro de ella mientras el placer me golpea con violencia.

Durante un largo rato ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos así, jadeando, ella con las piernas todavía rodeándome, yo con la frente apoyada en la suya mientras recuperamos el aliento.

Salgo con cuidado y Emma emite un pequeño sonido. Cuando le miro la cara, veo confusión, satisfacción y el comienzo de algo más. ¿Es arrepentimiento? ¿O miedo?

La realidad empieza a filtrarse poco a poco. Lo que acabamos de hacer. Lo que esto significa.

—Leo —empieza Emma, con voz pausada—. Deberíamos... tenemos que hablar de...

—No —la interrumpo, retrocediendo y buscando mi ropa. No puedo hacer esto ahora, ni procesar lo que acaba de pasar ni lo que significa. La vergüenza ya empieza a asomar.

Me he follado a mi cautiva.

—¿No? —repite Emma, y noto el dolor en su voz mientras se incorpora y busca su propia ropa—. Acabamos de... Leo, tenemos que hablar de esto.

—No hay nada de qué hablar —digo, subiéndome los pantalones y abrochándolos con manos temblorosas. No puedo mirarla.

—¿Nada de qué...? ¿Que no hay nada de qué hablar? —La voz de Emma sube de tono con incredulidad y rabia—. ¡Acabamos de tener sexo! Tú acabas de... yo acabo de... ¿Cómo que no hay nada de qué hablar?

—Ha sido un error —digo, y las palabras me saben a ceniza aunque sé que es lo que debería decir—. Esto no tendría que haber pasado.

—Un error —repite Emma secamente y, cuando por fin la miro, está totalmente vestida y su expresión es cuidadosamente gélida—. Claro. Por supuesto que ha sido un error. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Hago una mueca ante la acidez de su voz. —Emma...

—No, tienes razón —me interrumpe Emma con voz fría—. Esto ha sido definitivamente un error. Por un segundo olvidé que solo soy tu prisionera y tú mi secuestrador. Gracias por el recordatorio.

Se dirige a la puerta y quiero detenerla y explicarle que no me arrepiento de lo ocurrido, que no sé cómo procesarlo, pero las palabras no salen.

—Emma, espera...

Emma se detiene y se da la vuelta, y el dolor y el odio en su rostro hacen que retroceda. —Vete a la mierda, Leo —me suelta antes de dar media vuelta y salir del despacho, dando un portazo tan fuerte que retumba en toda la habitación.

Dejándome allí plantado, intentando comprender qué cojones acabo de hacer y por qué llamarlo error me parece la mentira más gorda que he contado jamás.

13

EMMA

Leo me está evitando, y eso me cabrea más que cualquier otra cosa de las que ha hecho en las últimas tres semanas.

Lo cual es mucho decir, teniendo en cuenta que, ya sabéis, me secuestró.

Pero al menos cuando me secuestró, estaba presente. Me miró a los ojos y se hizo responsable de lo que estaba haciendo. ¿Esto? ¿Este numerito de desaparición que se trae ahora? Esto es cobardía, pura y dura.

Han pasado dos días desde que tuvimos sexo en su despacho. Dos días desde que lo llamó «un error» y se negó a hablar conmigo al respecto. Dos días en los que se ha hecho el invisible, conmigo deambulando por esta casa enorme buscándolo solo para encontrar habitaciones vacías y puertas cerradas.

Un error.

Esa palabra me da ganas de tirar algo cada vez que pienso en ella, lo cual ocurre constantemente porque parece que no puedo pensar en otra cosa.

Eso no ha sido un puto *error*.

La forma en que me ha besado no ha sido un error. La forma en que me ha tocado y me ha mirado mientras estaba dentro de mí, la forma en que pronunciaba mi nombre como si se lo arrancaran de lo

más profundo de su ser... nada de eso ha sido un error. No besas a alguien así por accidente y, desde luego, no tocas a alguien así si te arrepientes.

Pero, al parecer, Leo es demasiado cobarde para admitirlo.

He intentado encontrarlo. He llamado a la puerta cerrada de su despacho. He buscado en la biblioteca, en el gimnasio, incluso en ese despacho más pequeño donde nosotros... donde *eso* ocurrió. Nada. Es como un fantasma en su propia casa, y empiezo a pensar que lo hace a propósito.

Cabrón.

Esta mañana por fin me rindo y le pregunto a Rosa, la asistenta.

—Rosa —le digo, intentando sonar casual mientras retira mis platos del desayuno—, ¿has visto al señor Santoro?

El rostro de Rosa se queda inexpresivo, lo que me indica que sabe exactamente qué le estoy preguntando y por qué. —El señor Santoro ha estado teniendo reuniones en la ciudad —dice diplomáticamente—. Ha estado muy ocupado con asuntos de negocios.

Reuniones. En la ciudad. Siiií, claro.

—¿Cuándo se ha ido? —Noto el tono tenso en mi voz.

—Muy temprano esta mañana —responde Rosa, con ojos compasivos—. Pero creo que regresará esta tarde.

Asiento y le doy las gracias, esperando a que se marche antes de permitirme estallar de rabia. Se ha ido. Se ha *largado* de casa para no tener que dar la cara y mantener una conversación adulta sobre lo que pasó entre nosotros.

Maldito capullo de mierda.

Bueno, dos pueden jugar a este juego. Si Leo Santoro quiere evitarme, que así sea. Pero cuando vuelva, vamos a tener esta conversación, quiera él o no.

Al tercer día, estoy a punto de gritar.

Estoy sentada en el jardín, en el mismo sitio donde Leo y yo solíamos tomar el café de la mañana antes de que todo se fuera a la mierda. Tengo un libro en el regazo —alguna novela que he cogido de la biblioteca—, pero no he pasado página en veinte minutos. No

dejo de leer el mismo párrafo una y otra vez; las palabras no penetran porque lo único en lo que puedo pensar es en Leo.

Cómo se sentía contra mí sobre ese escritorio. Su peso, el calor de su piel, la forma en que sus músculos se movían bajo mis manos cuando lo tocaba. Los sonidos que hacía; esos gemidos graves y suspiros que me atravesaban y me hacían desear más.

La forma en que me miraba, como si yo fuera lo único que importara en el mundo.

Y luego lo llamó un error.

Mis manos se aprietan alrededor del libro con tal fuerza que el lomo cruje. Me obligo a relajarme y respiro hondo. Intento concentrarme en las palabras de la página, aunque podrían estar en chino y me daría igual.

Hace un día precioso. Cálido pero no caluroso, con una ligera brisa que trae el aroma de las rosas plantadas junto a los muros del jardín. Los pájaros cantan en algún lugar de los árboles. El sol brilla pero no quema. Es el tipo de día que debería ser pacífico y relajante.

Pero estoy tan tensa que siento que podría estallar en mil pedazos.

De repente, mis sentidos se erizan y sé que Leo está cerca. El aire cambia de algún modo y se carga con esa electricidad que hace que la piel me quede pequeña.

Levanto la vista del libro y allí está él.

Leo está de pie al borde del jardín, a unos cinco metros, simplemente... observándome. Viste pantalones oscuros y una camisa azul claro con las mangas remangadas hasta los codos e, incluso desde esta distancia, veo que parece cansado. Tiene ojeras que no estaban ahí hace tres días, y el pelo ligeramente desordenado, como si se hubiera pasado las manos por él.

Pero, joder, es tan guapo que no es justo.

Eso es lo que me mata. Incluso ahora, estando tan cabreada como estoy, no puedo evitar la reacción de mi cuerpo ante él. Se me corta el aliento y el calor se acumula en mi bajo vientre cuando lo miro. Su pelo castaño oscuro refleja la luz del sol, y puedo ver los destellos ámbar en sus ojos incluso desde aquí. Tiene la mandíbula sombreada porque está claro que no se ha afeitado en un par de

días, y lo único en lo que puedo pensar es en cómo se sentía esa barba incipiente contra mi cuello cuando me besaba la garganta.

Cómo sentía su boca sobre la mía. Caliente, exigente y perfecta.

Cómo lo sentía dentro de mí. La tirantez, la plenitud, la forma en que me llenaba tan por completo que aún podía sentirlo horas después.

Todo mi cuerpo se ruboriza con el recuerdo, un calor me recorre y no tiene nada que ver con el sol. Los dedos de los pies se me encogen en los zapatos y tengo que apretar los muslos porque solo mirarlo y recordar me está provocando sensaciones extremadamente inapropiadas para un jardín a plena luz del día.

—Hola, Emma —dice Leo con voz grave.

Cierro el libro con cuidado, sin confiar todavía en mi capacidad de hablar porque me temo que lo que saldrá por mi boca será rabia o deseo, o alguna combinación de ambos que no tendrá ningún sentido.

—Vaya, mira quién ha aparecido por fin —digo con sarcasmo.

Leo hace una mueca y se acerca unos pasos, con las manos en los bolsillos, antes de recomponer su expresión. —Deberíamos...

—¿Hablar? —lo interrumpo, recuperando la voz y dejando que toda mi ira se filtre en ella—. Sí, deberíamos. Deberíamos haber hablado de ello hace tres días, pero has estado demasiado ocupado huyendo.

La mandíbula de Leo se tensa. —No estaba huyendo. Tenía reuniones.

—Mentira —digo tajante—. Me has estado evitando. Rosa me ha dicho que te marchabas temprano por la mañana y no volvías hasta tarde por la noche. Te has estado escondiendo de mí en tu propia casa.

—No me he estado escondiendo —rebate Leo, pero no termina de sostenerme la mirada.

—Lo has hecho —insisto, dejando el libro a un lado y poniéndome en pie—. Porque eres un cobarde que no puede asimilar el hecho de que tuviéramos sexo.

Leo se estremece ligeramente ante la palabra. —No deberíamos hablar de esto aquí fuera —dice en voz baja, con los ojos

moviéndose de un lado a otro.

—¿Por qué no? —lo desafío. ¿Se avergüenza de mí? —¿Tienes miedo de que alguien pueda oírnos? ¿Miedo de tener que reconocer realmente lo que pasó?

Leo suspira profundamente y mira al cielo como si este tuviera todas las respuestas.

—¿Vamos a hablar de ello? —exijo, cruzándome de brazos—. ¿O vas a seguir fingiendo que no pasó?

Se queda callado durante un largo momento, y puedo ver la lucha grabada en su rostro: el deseo de huir contra la certeza de que no puede seguir corriendo para siempre. Finalmente, se encamina hacia el banco y se sienta, con la postura rígida.

—No hay nada de qué hablar —dice, y su voz es plana y carente de emoción. Me entran ganas de arrearle un puñetazo.

—Nada de qué hablar —repito, y me sorprende lo firme que suena mi voz cuando estoy temblando de rabia por dentro—. Hemos tenido sexo en tu escritorio y no hay nada de qué hablar. —Lo miro con incredulidad, notando cómo se niega a mirarme—. ¿De verdad vas a salir por ahí?

Las manos de Leo se cierran sobre sus rodillas. —No debería haber pasado —escupe.

—Pero pasó —digo, acercándome hasta quedar justo frente a él. *¡Mírame, maldita sea!*—. Y llamarlo un error no cambia eso.

—Ha sido un error —insiste Leo, levantando por fin la vista hacia mí, y sus ojos oscuros parecen torturados—. Hemos cruzado una línea que...

—Eres un mentiroso —lo interrumpo, y veo que sus ojos brillan de sorpresa—. Te estás mintiendo a ti mismo y me estás mintiendo a mí. Eso no ha sido un error y lo sabes.

Leo se pasa una mano por el pelo con frustración. —Emma, la dinámica de poder por sí sola ya es problemática —argumenta.

—A la mierda la dinámica de poder. —Me siento en el banco junto a él.

Leo se aparta inmediatamente, poniendo distancia entre nosotros, intentando claramente no tocarme. Me irrita más de lo que

debería; esta evasión cuidadosa, como si tocarme pudiera romper cualquier control al que se esté aferrando.

Muy bien. Si quiere jugar así, se lo pondré difícil.

Me acerco deliberadamente, cerrando el espacio hasta que nuestras piernas están pegadas desde la cadera hasta la rodilla. Todo el cuerpo de Leo se tensa y su mandíbula se bloquea. Agarra sus rodillas con más fuerza y el pulso le brinca en la garganta; su respiración se acelera ligeramente.

Bien. Al menos no soy la única afectada aquí.

—No puede volver a ocurrir —dice Leo, con voz forzada.

—¿Por qué no? —exijo, girándome para quedar totalmente frente a él. Estamos tan cerca ahora que percibo su olor a cedro y bergamota, y puedo distinguir los distintos matices castaños de sus ojos.

—Porque eres mi cautiva —dice Leo, pero no se aleja de mí.

—Estás evitando el verdadero problema. —Veo cómo sus ojos se entrecierran—. Llamaste error a lo que hicimos. Tuviste sexo conmigo y acto seguido lo llamaste error y te negaste a hablarlo conmigo.

Su mandíbula se aprieta tanto que veo saltar un músculo. —Yo no...

—Lo hiciste —lo corto bruscamente—. No mientas. Dijiste «ha sido un error» y luego literalmente te largaste de casa para no enfrentarte a mí. Así que hablemos de eso. ¿Ha sido un error, Leo? ¿De verdad?

Veo que lucha por encontrar la respuesta. —Las circunstancias...

—A la mierda las circunstancias —espeto.

Leo se desliza para alejarse. Lo sigo, asegurándome de presionar mi pierna con fuerza contra la suya. El deseo me recorre y, aunque estoy muy cabreada, me apetece ponerme a horcajadas sobre él aquí mismo y follármelo.

—¿Te arrepientes? —le pregunto a Leo, con el corazón acelerado mientras la inquietud sustituye de repente al deseo, dejándome una sensación de vacío—. ¿Es que no lo deseabas?

Leo me mira con furia, con sus labios carnosos apretados. —¿Qué clase de pregunta es esa? Obviamente, lo deseaba.

—¿Entonces cuál es el problema? —lo presiono—. ¿Es porque eres mi secuestrador? Ya hemos cruzado esa línea, Leo. Ya hemos tenido sexo. No puedes actuar como si solo estuviera mal la segunda vez.

—Tenemos que hablar de lo jodida que es toda esta situación, Emma —argumenta Leo, pero no se aleja de mí—. Aunque no quieras oírlo.

—La situación ya estaba jodida cuando me besaste en la cocina hace tres días —le recrimino, y se me revuelve el estómago al ver que hace una mueca—. Estaba jodida cuando me dijiste que me deseabas. Estaba jodida cuando te dije que me tomaras. Ambos tomamos decisiones, Leo. No actúes como si me hubieras obligado a nada.

—No te obligué —dice Leo con dureza, pareciendo irritado por el mero hecho de que yo lo sugiriera—. Pero eso no hace que esté bien. Sigues siendo mi prisionera. Sigo utilizándote contra tu padre. La situación sigue siendo...

—¿Sigue siendo lo que quieres usar de escudo? —lo interrumpo, molesta—. Qué excusa más conveniente para no lidiar con tus sentimientos.

Los ojos de Leo brillan de ira. —No me estoy escondiendo —espeta.

—Lo estás haciendo —insisto—. Has tenido sexo conmigo y eso te ha asustado. Ha hecho que las cosas sean reales y te ha hecho sentir algo para lo que no estabas preparado. Así que lo llamaste error y huiste como un maldito cobarde.

—Corta con esa mierda, Emma —empieza Leo peligrosamente, con la boca en un rictus que aterrorizaría a cualquier otra persona.

Pero yo no soy cualquier otra persona y *no* le tengo miedo. —¿Por qué? —exijo—. ¿Por qué no debería decirte las verdades? ¿No te gusta que te señale que estás aterrorizado por lo que ha pasado entre nosotros? —Me inclino más, lo suficiente para sentir su aliento mentolado en la cara—. ¿Quieres saber lo que pienso? —susurro, asegurándome de mantener los ojos en su rostro y no en su boca—. Pienso que no ha sido un error en absoluto. Pienso que ha sido lo

más honesto que ha pasado entre nosotros desde que me cogiste. Y eso te acojona.

Leo traga saliva con dificultad, pero mantiene su mirada en mí, con los ojos oscuros e intensos. Tiene las manos tan apretadas sobre las rodillas que se le ven los nudillos blancos.

—No tengo miedo —dice, pero a su voz le falta convicción.

Mis labios se curvan en una sonrisa. —Oh, Leo —susurro—. Eres un mentiroso pésimo. Estás aterrorizado. Pero ¿sabes qué? Yo también.

Eso parece pillarlo desprevenido y me parpadea como un búho.

—Tengo muchísimo miedo —continúo, y las palabras brotan ahora sin control—. Porque no debería desearte. Me secuestraste. Me mantienes alejada de mi familia. Por derecho, debería odiarte. Y una parte de mí te odia. Pero otra parte de mí...

Me detengo, con el corazón martilleando, preguntándome si estoy a punto de confesar demasiado.

—¿Qué? —pregunta Leo en voz baja, y su tono se ha suavizado.

—Otra parte de mí no puede dejar de pensar en ti —admito, y la vulnerabilidad me incomoda—. No puedo dejar de recordar cómo te sentía. Cómo me mirabas. Lo bien que se sentía aunque no debería. Y he terminado de fingir que no lo siento. He terminado de huir de esto.

Tomo aire y me obligo a decir el resto, obligándome a mirarlo.

—Así que esto es lo que necesito de ti —digo, con voz suave pero firme—. Necesito que dejes de llamarlo error. Porque no lo fue. No para mí. Y si puedes mirarme a los ojos y decirme que para ti fue un error, que te arrepientes, que ojalá nunca hubiera pasado... —Tomo otra bocanada de aire—. Entonces dilo. Dilo y dejaré el tema. Pero si no puedes...

Dejo la frase en el aire, permitiendo que la implicación flote entre nosotros.

—No puedo dejar de pensar en ello —interrumpe Leo, con voz ronca—. No puedo dejar de pensar en ti. En cómo te sentías. En cómo sonabas.

Se me corta la respiración, incapaz de creer lo que estoy oyendo.

—Lo intenté —continúa, y se frota la barbilla mientras mira hacia los jardines—. Intenté mantenerme alejado. Intenté convencerme de que era un error y fingir que no lo cambiaba todo. Pero no puedo. Cada vez que cierro los ojos, solo te veo a ti.

—Entonces deja de luchar contra ello —susurro, apenas respirando—. Deja de huir de esto.

Leo se queda callado un momento y gira la cabeza para mirarme. Aguanto la respiración, con el corazón latiendo tan fuerte que lo siento en la garganta. Me aterra haberme pasado de la raya y haber dicho demasiado. ¿Lo habré espantado del todo?

Pero entonces Leo se mueve.

Me toma la cara con ambas manos y me besa, y es diferente a los otros besos que hemos compartido. Los de la cocina eran furiosos y desesperados, mientras que el de su despacho fue frenético y salvaje, tres semanas de tensión explotando a la vez. ¿Pero este beso? Este es pausado y profundo.

Leo me besa como si intentara decir todo lo que no puede expresar con palabras, como si se estuviera disculpando y confesando al mismo tiempo. Sus pulgares me acarician los pómulos y yo emito un pequeño sonido contra su boca que hace que me bese más profundamente, con su lengua deslizándose contra la mía de una forma que hace que el calor se acumule en mi vientre.

Lo agarro de la camisa, tirando de él para acercarlo, necesitando más. El beso se intensifica y siento que me pierdo en él, en su sabor, en cómo siento sus manos en mi cara. Una de sus manos se desliza por mi cabello, sujetándolo con suavidad e inclinando mi cabeza en el ángulo que él desea. Gimo en su boca.

Leo rompe el beso lo justo para musitar: —Ven aquí —y entonces sus manos están en mi cintura y me sube a su regazo de modo que quedo a horcajadas sobre él en el banco.

La nueva posición lo vuelve todo más intenso. Puedo sentirlo duro contra mí a través de la ropa y la sensación me hace jadear. Las manos de Leo me agarran las caderas, manteniéndome contra él, y cuando me balanceo ligeramente hacia delante, ambos gemimos.

—Emma —gruñe Leo con rudeza, y la forma en que pronuncia mi nombre me envía chispas de deseo por todo el cuerpo.

Lo beso de nuevo, con mis manos en su pelo, y me froto contra él porque necesito la fricción. Necesito sentirlo a *él*. El gruñido gutural de Leo es más fuerte esta vez, y sus manos se aprietan en mis caderas con tal fuerza que sé que me saldrán moratones. La idea me humedece todavía más.

—Joder —jadea Leo contra mi boca, y vuelvo a frotarme contra él. Sus caderas se elevan para encontrarse conmigo y la presión contra mi clítoris me hace gemir.

Encontramos un ritmo sin pretenderlo, yo balanceándome contra él mientras él me besa la garganta, con su barba incipiente arañando mi piel sensible. Todo mi cuerpo es puro fuego; cada terminación nerviosa está viva y desesperada por más. Puedo notar lo duro que está, y mi propia humedad empapa mi ropa interior.

—Leo —jadeo cuando su boca encuentra ese punto debajo de mi oreja—. Tenemos que... la gente podría...

—Lo sé —masculla contra mi piel, pero sus manos suben por mi espalda, apretándome más contra él—. Lo sé, es que...

Me froto con fuerza y él llega a gemir, echando la cabeza hacia atrás contra el banco y dándome acceso a su cuello. Beso toda su extensión, sintiendo su pulso acelerado bajo mis labios, y sus manos me agarran el culo, ayudándome a moverme contra él.

—¿En tu habitación o en la mía? —pregunto sin aliento, apartándome lo justo para mirarlo a la cara. Tiene los ojos oscuros, casi negros de deseo, los labios hinchados por mis besos y parece completamente fuera de sí.

—En la mía —dice Leo, con voz ronca—. Ahora. Antes de que te folle aquí mismo en el jardín.

Esas palabras me envían una nueva oleada de deseo y tengo que resistir el impulso de decirle que haga exactamente eso. En lugar de ello, bajo de su regazo con las piernas temblorosas, y la pérdida de contacto nos hace maldecir a ambos.

Nos ponemos de pie al mismo tiempo y por un segundo simplemente nos miramos. Entonces Leo me toma de la mano —la

primera vez que inicia un contacto que no es sexual— y me arrastra hacia la casa.

Apenas llegamos.

Ya nos estamos besando de nuevo antes siquiera de llegar a la puerta, subiendo los escalones a trompicones con las manos por todo el cuerpo del otro. Leo me empuja contra la pared del pasillo y me besa el cuello mientras yo intento desabrochar los botones de su camisa. Avanzamos apenas tres metros antes de tener que detenernos para besarnos de nuevo, con mi espalda presionada contra una puerta y sus manos en mi pelo.

—Leo —jadeo cuando su boca me muerde el cuello—. Tu habitación. Necesitamos...

—Estamos en ello —masculla contra mi piel, pero no deja de besarme.

—Ya —exijo, y me aparto lo suficiente para agarrar su mano y tirar de él por el pasillo.

Leo toma la delantera, llevándome por delante de varias puertas antes de detenerse finalmente en una al final del corredor. Forcejea con el pomo, con su otra mano todavía agarrando la mía, y entonces entramos, la puerta se cierra tras nosotros y Leo vuelve a besarme como si no tuviera suficiente.

Y yo le devuelvo el beso con todas mis fuerzas, porque yo tampoco tengo suficiente.

14

LEO

En el momento en que la puerta de mi dormitorio se cierra tras nosotros, me separo de Emma, sintiendo que algo cambia en el aire.

En el jardín todo era urgencia y desesperación, frotándonos el uno contra el otro como adolescentes, apenas capaces de mantener las manos quietas el tiempo suficiente para subir las escaleras. Pero ahora, en el silencio de mi habitación, con la luz de la tarde filtrándose por las cortinas y Emma de pie frente a mí con los labios hinchados y los ojos oscurecidos por el deseo, siento la necesidad de ir más despacio.

La última vez fue frenética. Pero esta vez... esta vez quiero hacerlo bien.

—Ven aquí —le digo en voz baja, tendiéndole la mano.

Emma la toma y deja que la acerque hasta que está justo frente a mí. Su pecho sube y baja rápidamente, y el rubor de sus mejillas se extiende por su garganta hasta el pecho. Llevo tres días pensando en ese rubor.

Deslizo la mano por su cara, con el pulgar rozando su pómulo, y ella se inclina ante el contacto. Cierra los ojos y la observo un momento. El cabello castaño rojizo está un poco revuelto por mis manos; tiene unas pecas casi imperceptibles esparcidas por la nariz

en las que nunca me había fijado y esa curva de sus labios con la que me he obsesionado.

—Estás tan guapa —digo con voz ronca, incapaz de creer que esté aquí mismo, frente a mí, y que me desee a *mí*.

Emma abre los ojos, verdes y brillantes, y puedo ver vulnerabilidad mezclada con el deseo.—Yo...

—Shhh —murmuro, y me inclino para besarla. Esta vez es lento, no como los besos desesperados del jardín. Quiero saborearla y memorizar cómo se siente contra mí.

Emma emite un sonido suave y levanta las manos para agarrar mi camisa. Dejo que me bese un momento antes de separarme y empezar a desabrochar los botones de su camisa de manga corta. Mis manos están más firmes de lo que esperaba, teniendo en cuenta lo mucho que la deseo.

—Tenemos tiempo —le digo, desabrochando el primer botón, luego el segundo—. Quiero conocer cada parte de ti.

A Emma se le corta la respiración y puedo ver su pulso saltando en su garganta. Me inclino y deposito un beso allí mientras sigo desabrochando su camisa. Sus manos siguen aferradas a mi camisa como si necesitara algo a lo que agarrarse.

Cuando desabrocho el último botón, le quito la camisa de los hombros y dejo que caiga al suelo. Lleva un sencillo sujetador rosa y verla así me deja la boca seca. Recorro con los dedos el borde de la prenda, viendo cómo se le eriza la piel.

—Te has quedado mirando otra vez —dice Emma, pero su voz suena entrecortada.

—Mmm. No puedo evitarlo —respondo con sinceridad, mientras mis dedos recorren su esternón, pasan entre sus pechos y bajan hasta su vientre—. Estás perfecta.

—No estoy... —empieza Emma, pero la corto con un beso.

—Lo estás —insisto contra sus labios—. Para mí, eres perfecta.

Llego detrás de ella y le desabrocho el sujetador, deslizando los tirantes por sus brazos y dejando que caiga. Cuando está desnuda de cintura para arriba, tengo que dar un paso atrás solo para mirarla. La luz de la tarde le da de lleno, haciendo que su piel brille, y nunca he deseado a nadie como la deseo a ella en este momento.

—¿Más miradas?

—Estoy mirando —le digo, y doy un paso adelante de nuevo, llevando mis manos a su cintura—. Estoy memorizando. Porque eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

Me inclino y beso su clavícula, luego más abajo, recorriendo con la boca la curva de su pecho. Cuando cierro los labios alrededor de su pezón, Emma jadea y sus manos vuelan a mi pelo, agarrándolo con fuerza. Me tomo mi tiempo con sus pechos, aprendiendo qué la hace jadear y qué la hace gemir, archivando cada reacción para más tarde.

—Leo —jadea Emma, y oír mi nombre con esa voz me pone más duro de lo que ya estoy—. Por favor...

—Te tengo —murmuro contra su piel—. No vamos a darnos prisa.

Mis manos van al botón de sus vaqueros y lo desabrocho despacio, mirándole la cara todo el tiempo. Sus ojos están oscuros, sus labios entreabiertos, su pecho agitado con cada respiración. Deslizo la cremallera y bajo los vaqueros por sus caderas, arrodillándome mientras lo hago para poder quitárselos del todo.

Desde este ángulo, con Emma de pie sobre mí solo en ropa interior, puedo verlo todo. La curva de sus caderas, la suave piel de su vientre, la forma en que sus muslos están apretados como si tratara de obtener algo de fricción. Beso el hueso de su cadera y ella se estremece.

—Estas también —digo, enganchando los dedos en la cinturilla de su braguita.

Emma asiente, incapaz de hablar, y se las bajo lentamente. Cuando está completamente desnuda frente a mí, me siento sobre mis talones. Es perfecta. Curvas suaves y piel tersa; quiero tocar cada centímetro de ella.

—Tú sigues vestido —señala Emma, y su voz tiembla ligeramente.

—Lo sé —respondo, poniéndome en pie—. Pero me he distraído.

Las manos de Emma van a mi camisa, tirando de los botones restantes con dedos temblorosos. La ayudo, quitándomela cuando consigue abrirla, y luego sus manos están en mi pecho, explorando. Su toque es tentativo al principio, como si no estuviera segura de si

se le permite, pero cuando emito un sonido de aliento, se vuelve más audaz. Sus uñas rozan mi piel y me muerdo el labio para no gemir. La presión contra mis pantalones es casi dolorosa ante su contacto.

—Tu turno —dice Emma, llevando las manos a mi cinturón.

Dejo que me desvista, observando su cara mientras revelo más de mí. Cuando por fin estoy desnudo, nos quedamos allí parados un momento, mirándonos.

—A la cama —digo, con voz ronca de deseo.

Emma asiente y la tomo de la mano, llevándola a mi cama de matrimonio. Cuando la tumbo sobre las sábanas oscuras, parece encajar tan bien allí que algo en mi pecho se aprieta.

Me subo a la cama a su lado, apoyándome en un codo para poder mirarla. Su pelo está esparcido sobre mi almohada, su cuerpo sonrojado y deseoso, y nunca he visto nada más bello.

—Hola —dice Emma, y hay una timidez en su voz que me hace sonreír.

—Hola. —Me inclino para besarla.

Me tomo mi tiempo explorando su boca, conociendo su sabor y la forma en que responde cuando hago ciertas cosas. Mi mano recorre su cuerpo —sobre su pecho, por sus costillas, a través de su cadera —, dibujando su mapa mediante el tacto.

Emma emite esos sonidos suaves que me vuelven loco, con las manos en mi pelo y el cuerpo arqueándose hacia mi contacto. Cuando mi mano se desliza entre sus muslos, está jodidamente empapada, y saber que me desea tanto me hace gruñir.

—Emma —jadeo contra su boca, y ella gime cuando mis dedos se deslizan por su humedad.

—Por favor —jadea—. Leo, por favor...

—Dime qué necesitas —murmuro, rodeando su clítoris con el pulgar mientras dos dedos se deslizan dentro de ella. Casi me corro allí mismo cuando sus paredes se contraen contra mí.

—A ti —gime Emma, balanceando sus caderas contra mi mano—. Te necesito a *ti*.

Pero aún no he terminado de conocerla. Quiero saber cada sonido que emite, cada forma de hacerla desmoronarse. La beso por

la garganta y el pecho, tomándome mi tiempo con sus pechos de nuevo antes de bajar más. Su vientre, sus caderas, la parte interna de sus muslos.

—Leo, ¿qué estás...? —empieza Emma, pero entonces mi boca está sobre ella y lo que fuera que iba a decir se convierte en un gemido.

Sabe *increíble*. Dulce y salada y únicamente a Emma, y mi primer contacto con ella me hace emitir un sonido profundo en la garganta, primitivo y posesivo. Ella es todo lo que he estado anhelando.

Podría vivir aquí, pienso vagamente, y lo digo en serio.

—Oh... oh, Dios —gime Emma, arqueando la espalda sobre la cama mientras sus manos vuelan a mi pelo, agarrándolo con fuerza —. Leo, yo... no puedo...

—Sí, puedes —le digo, y vuelvo a introducir los dedos, curvándolos dentro de ella mientras trabajo su coño y su clítoris con la lengua, los labios y los dientes, aprendiendo cada sonido que emite.

—Eso es —gruño contra ella—. Fóllame la cara. Toma lo que necesites.

Lo hace. Cuando deslizo dos dedos en su interior, grita, con las caderas sacudiéndose sobre la cama.

—Leo... voy a... voy a...

—Hazlo —ordeno—. Córrete para mí. Déjame saborearlo.

Su espalda se arquea, sus muslos tiemblan mientras se sacude contra mi cara, tirándome del pelo y jadeando mientras su clímax la golpea en oleadas. Cuando finalmente se queda lacia contra el colchón, deposito un último beso en la cara interna de su muslo antes de levantarme. Tengo la barbilla mojada, el pelo completamente desordenado y nunca he estado tan duro en mi vida.

Emma parece completamente deshecha. Su pelo es un desastre, su piel está rosada y me mira con algo en los ojos que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Ven aquí —ordena, con voz ronca, y tira de mis hombros hasta que vuelvo a subir por su cuerpo.

Me sitúo entre sus muslos y la beso, dejando que se saboree a sí misma en mi lengua. Emma gime en mi boca antes de apartarse y

mover su mano para envolver mi polla. La visión se me vuelve blanca por un segundo y me deleito con el pequeño sonido salvaje que sale de ella.

—¿Es en esto en lo que estabas pensando? —Emma me acaricia lentamente, mirándome a la cara—. ¿Durante los últimos tres días?

—Sí... joder... sí.

—Yo también he estado pensando en ti —admite Emma—. ¿Sabes que me toqué en la ducha la primera vez que casi nos besamos?

La imagen casi acaba conmigo y maldigo el hecho de haber sido lo bastante respetuoso como para no poner cámaras en el baño. La agarro de la muñeca, apartando su mano antes de ponerme en evidencia.—Vas a matarme.

Me alineo y me empujo dentro de ella despacio, muy despacio, mirándola a la cara todo el tiempo. Sus ojos están clavados en los míos y puedo ver cada emoción en su rostro. Es embriagador.

—Oh, Dios... —jadea, echando la cabeza hacia atrás—. Leo...

Se contrae a mi alrededor y suelto un juramento feroz.

—Si vuelves a hacer eso —advierto con los dientes apretados—, esto va a terminar vergonzosamente rápido.

Cuando mueve las caderas, ambos gemimos en la boca del otro. El ligero movimiento me provoca chispas de placer. Me salgo casi por completo antes de volver a deslizarme dentro con embestidas profundas y lentas que nos hacen gemir a los dos. Esto no tiene nada que ver con el encuentro frenético de mi despacho. Esto es íntimo e intenso, y puedo sentir cada centímetro de ella, cada aleteo de sus músculos a mi alrededor.

—Te sientes tan bien —le digo, con voz ronca—. Tan perfecta.

—Más fuerte —jadea Emma, y balancea sus caderas para recibir mis embestidas—. Más fuerte... necesito...

—No —digo, y la beso para suavizar la negativa—. Despacio. Quiero sentirlo todo de ti.

Mantengo el ritmo lento y profundo, aumentando el placer gradualmente en lugar de correr hacia él. Emma no deja de emitir esos sonidos suaves que me vuelven loco, sus uñas se clavan en mis hombros, sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura. Está

caliente y lubricada, y los sonidos que llenan la habitación son obscenos: piel contra piel, sus gemidos entrecortados, mi respiración agitada, el chirrido del colchón.

—Mírame —le digo, porque necesito ver sus ojos—. Emma, mírame.

Abre los ojos, verdes, brillantes y tan llenos de emoción que noto un nudo en la garganta. Mantenemos el contacto visual mientras me muevo dentro de ella, y me doy cuenta de que esto ya no es solo sexo. Es algo más, algo más grande, algo que nunca había sentido antes.

—Te veo —susurra Emma, con las manos aún acunando mi rostro —. Leo, te veo a *ti*.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que deberían. Me ve. No al monstruo que la secuestró. No al jefe de la mafia. No al hombre consumido por la venganza. Ve al hombre roto que hay debajo de todo eso y, de algún modo, sigue aquí, deseándome y mirándome como si fuera alguien que merece la pena ver.

—Yo... —empiezo a decir, pero me detengo. No sé qué más decir ni cómo expresar lo que me está pasando.

Ella me hace callar y me atrae para un beso.

Acelero mis embestidas, todavía profundas pero más rápidas ahora, persiguiendo el placer que se acumula entre nosotros. Emma rompe el beso para gemir, echando la cabeza hacia atrás y dándome acceso a su garganta. La beso por toda su longitud, rozando con los dientes la piel suave mientras golpeo mis caderas contra las suyas.

—Joder... Leo... tan profundo...

—Eso es. Tómame entero. —Siento el sudor perlado en mi piel y noto cómo se contrae a mi alrededor con cada embestida—. Dime cómo se siente.

—Perfecto... te sientes perfecto... —Sus palabras se disuelven en gemidos incoherentes mientras aumento el ritmo de algún modo.

—Tócate —le digo, con voz ronca—. Quiero sentir cómo te corres.

La mano de Emma se desliza entre nosotros, sus dedos encuentran su clítoris, y la sensación de su mano contra mi vientre

combinada con la forma en que se estrecha a mi alrededor es casi demasiado.

—Eso es —la animo, observando su cara—. Emma, estás tan hermosa así. Recibiéndome tan bien, llegando tan cerca...

Emma jadea y su mano libre me agarra el hombro con fuerza.—Voy a... oh, Dios...

—Te tengo —le digo—. Córrete para mí, Emma. Déjame sentirlo.

Emma se desmorona con un grito, todo su cuerpo tiembla, apretándose a mi alrededor con tanta fuerza que casi pierdo el control.

—Joder... Emma... yo...

—Dentro —jadea Emma, agarrándome salvajemente—. Quiero que te... —Sus ojos se abren de golpe, encontrándose con los míos, oscuros y vidriosos por el placer. No hace falta que me lo diga dos veces. Tres embestidas más y la sigo al abismo, derramándome dentro de ella con un gemido que sale de lo más profundo de mi pecho.

Durante un largo momento nos quedamos así, ambos respirando con dificultad, con nuestros cuerpos todavía unidos. Las manos de Emma son suaves ahora, una en mi pelo y otra acariciando mi espalda, y me doy cuenta de que estoy temblando.

—¿Estás bien? —pregunta Emma en voz baja.

—Sí —consigo decir, pero mi voz suena ronca—. Más que bien.

Me retiro con cuidado y me giro a un lado, atrayendo a Emma conmigo para que se acurruque contra mi pecho. Encaja perfectamente allí, con la cabeza en mi hombro, una pierna sobre la mía, nuestros cuerpos todavía brillantes de sudor.

—Eso ha sido... —empieza Emma, pero no termina la frase.

—Sí —asiento, porque yo tampoco tengo palabras para describirlo. Mi cuerpo todavía vibra y de repente me siento muy cansado.

Nos quedamos allí tumbados en silencio, ninguno de los dos dispuesto a moverse o a romper el momento. La luz de la tarde está cambiando, bajando, volviéndolo todo dorado. Trazo dibujos ociosos en el hombro desnudo de Emma, siguiendo su curva, maravillado de lo suave que es su piel.

—¿Leo? —dice Emma después de un rato.

—¿Mm?

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta en voz baja, casi con vacilación.

Me quedo en silencio un momento, intentando averiguar cómo responder a eso.—No lo sé —admito finalmente—. Pero no quiero parar.

Emma se apoya en el codo para mirarme y veo la incertidumbre en sus ojos.—Yo tampoco —dice—. Pero probablemente deberíamos hablar de...

—Luego —la interrumpo, atrayéndola de nuevo contra mi pecho —. Hablaremos luego. Ahora mismo solo quiero abrazarte.

Emma se acomoda de nuevo contra mí con un suave suspiro.—Está bien. Luego. Solo... no vuelvas a desaparecer.

Nos quedamos dormidos así, enredados en mi cama mientras el sol del atardecer calienta nuestra piel.

Después de aquello, dormir con Emma se convierte en algo habitual.

No hablamos de lo que significa. No lo definimos, ni le ponemos etiquetas, ni lo examinamos demasiado de cerca. Simplemente... existimos en este espacio que hemos creado donde ella sigue siendo técnicamente mi cautiva, pero las líneas se han difuminado hasta el punto de carecer de sentido.

Emma ahora tiene libertad de movimiento por la finca y casi todas las noches duerme en mi cama. Le pido su opinión sobre asuntos de negocios durante el desayuno, y ella me da respuestas reflexivas e inteligentes que me hacen ver las cosas desde nuevos ángulos.

Cenamos juntos todas las noches, debatiendo sobre todo, desde política a filosofía o si *La Jungla de Cristal* es una película navideña (lo es totalmente, pero Emma no está de acuerdo). Leemos juntos en la biblioteca, cada uno en su propio sillón pero lo suficientemente cerca como para que nuestros pies se toquen. Vemos películas en la sala de proyecciones, compartiendo palomitas y discutiendo sobre los agujeros del guion.

Y por la noche, nos unimos en mi cama, con nuestros cuerpos aprendiendo el uno del otro en la oscuridad.

Aprendo que a Emma le gusta que la bese justo debajo de la oreja. Que emite ese sonido específico cuando la toco de cierta manera. Que le acompleja la pequeña cicatriz de su cadera de cuando se cayó de la bici de pequeña, pero yo la beso de todos modos hasta que deja de intentar ocultarla.

Emma aprende que no puedo dormir sin tocarla: mi mano en su cadera, su cabeza en mi pecho, nuestras piernas enredadas. Que me gusta que a veces ella tome el control. Que tengo pesadillas con Gabriel, pero su presencia hace que sean menos frecuentes.

Algo está cambiando. Siento que sucede aunque no quiera ponerle nombre. Esto entre nosotros, que empezó como venganza y cautiverio, se ha transformado en algo para lo que no tengo palabras.

Hace un mes, me llevé a Emma Brennan para herir a su padre.

Ahora, me despierto con ella en mis brazos y no puedo imaginar mis mañanas sin ella. Anhelo nuestros debates durante el desayuno más que cualquier reunión de negocios. Me sorprendo pensando en ella durante el día, preguntándome qué estará haciendo, qué estará pensando.

Sé que esto no puede durar. Sé que tarde o temprano tendré que tomar la decisión de dejarla ir o quedármela y, si me la quedo, averiguar cómo hacerlo de una forma que no sea un secuestro. Sé que su padre sigue ahí fuera, planeando la guerra y haciendo tratos para recuperarla.

Pero por ahora, en esta burbuja que hemos creado donde nada fuera de estos muros importa, me permito tener esto. Tenerla a *ella*.

Y por primera vez en cinco años, siento algo parecido a la paz.

15

EMMA

Me despierto con la boca de Leo en mi cuello, con sus labios dejando un rastro de besos por la piel sensible justo debajo de mi oreja, y todo mi cuerpo cobra vida antes de que esté plenamente consciente.

Su mano ya se desliza entre mis muslos; sus dedos exploran y ya estoy mojada antes de abrir los ojos. Emito un somnoliento sonido de placer y me arqueo contra él, sintiendo su polla dura presionada contra mi culo.

—Buenos días —murmura Leo contra mi piel, con la voz aún ronca por el sueño, y el sonido hace que el calor se acumule en mis entrepiernas.

—Mmm... —es todo lo que alcanzo a decir, porque sus dedos han encontrado mi clítoris y lo rodean con la presión justa.

El sexo matutino se ha convertido en nuestra nueva rutina durante las últimas tres semanas. Lento y perezoso, aprovechando la temprana luz que se filtra por las cortinas, ninguno de los dos del todo despierto pero nuestros cuerpos sabiendo exactamente lo que quieren. Se ha convertido en mi forma favorita de despertar: mejor que el café, mejor que *cualquier cosa*.

La mano de Leo se desliza más abajo, con dos dedos empujando dentro de mí mientras su pulgar sigue trabajando mi clítoris, y gimo

contra la almohada.

—Ya estás tan mojada —dice Leo, y percibo la satisfacción en su voz—. ¿Estabas soñando conmigo?

—Tal vez —admito sin aliento, balanceándome contra su mano.

—¿Ah, sí? —Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja—. ¿Qué te estaba haciendo en ese sueño?

—Esto —jadeo cuando sus dedos se curvan dentro de mí, golpeando ese punto que me hace ver las estrellas—. Exactamente esto.

Leo emite un grave sonido de aprobación y añade un tercer dedo, ensanchándome; ya estoy tan cerca solo con sus dedos y su voz.

Pero entonces retira la mano y suelto un quejido por la pérdida. —No...

—Shhh —murmura, y me hace rodar suavemente sobre la espalda—. Quiero saborearte.

Esas palabras envían una nueva ola de excitación a través de mí, y abro las piernas mientras Leo se acomoda entre mis muslos. La luz de la mañana hace que todo resulte suave y dorado, y observo con los ojos entrecerrados cómo Leo me besa la parte interna del muslo, sin prisas.

—Tan hermosa —murmura contra mi piel y, acto seguido, su boca está sobre mí.

Jadeo y mis manos vuelan a su pelo, agarrándolo mientras su lengua se desliza por mis pliegues. Leo se toma su tiempo, pausado y minucioso, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerme gemir. Encuentra mi clítoris con la lengua y lo rodea lentamente, haciendo que me arquee sobre la cama.

—Oh, Dios —susurro, mientras mis caderas se balancean contra su boca.

Él tararea en respuesta y la vibración me hace estremecer. Sus manos sujetan mis muslos, manteniéndome abierta para él, y siento su barba de la mañana rascando mi piel sensible de la mejor manera. Cuando desliza dos dedos dentro de mí mientras su lengua trabaja mi clítoris, sé que no voy a aguantar mucho.

—Sabes tan bien por la mañana. —Leo se aparta lo justo para hablar, y la visión de él entre mis piernas con los labios mojados por mi fluido es casi suficiente para hacerme correr ahí mismo.

—No pares —le ruego, y Leo sonríe antes de sumergirse de nuevo.

Su lengua vuelve a moverse contra mi clítoris, de un lado a otro con eficacia. Estoy cayendo, y luego volando mientras me trabaja como si buscara arrancar cada nota de mis labios. Mis caderas se alzan para encontrarse con su boca y mi cabeza cae hacia atrás sobre la cama.

—No —reprende Leo—. Mira o paro.

Levanto la cabeza y casi me corro al ver su cabeza oscura enterrada entre mis muslos abiertos, cómo sus ojos oscuros evalúan mis reacciones y se centran en lo que me hace jadear. Su mirada hambrienta virtualmente me clava a la cama, asegurándose de que no desvíe la vista.

Su lengua sale disparada y me lame de nuevo; jadeo y gimoteo al sentir cómo su lengua tira suavemente de mi clítoris. Grito, aferrándome a las sábanas mientras mis caderas se arquean hacia arriba. —M-más. *Por favor*, más —suplico, sin importarme lo patética que sueno.

Leo desliza con cuidado un tercer dedo en mi interior. Hay poder, *control* en esos dedos, pero también hay una consideración cariñosa en la forma descarada en que su boca me consume y me lleva al éxtasis.

—Por favor, por favor, por favor —suplico mientras empujo de nuevo.

Leo se sienta sobre sus talones y libera mi clítoris, pero sigue llegando a lo más profundo de mi núcleo. Empuja sus dedos dentro de mí otra vez, alcanzando una nueva profundidad mientras observa cómo mis manos rozan mi pecho. Me pellizco los pezones, desesperada por una nueva sensación.

Leo gruñe al verme retorcerme en la cama. —Joder, Emma. Eso es tan jodidamente *atractivo*. —Pero no deja lo que está haciendo: engancha los dedos y se concentra en la presión en la parte frontal

de mi canal. Mi boca se abre en un grito silencioso mientras me arqueo de nuevo, forzando sus dedos más adentro en mi calor.

—Qué necesitada —murmura—. ¿De verdad tienes tantas ganas de correrte? —pregunta Leo con una risa oscura.

Me aprieto a sus dedos. —Sí, por favor. Necesito hacerlo —gimo mientras sus dedos se deslizan contra mis paredes internas. Siento cómo los separa, ensanchándome suavemente mientras sigue trabajándome hasta dejarme hecha un manojo de jadeos.

—Ves, yo creo que no lo necesitas todavía.

Le frunzo el ceño y empujo las caderas hacia arriba mientras intento tomar más, sentir más, simplemente tener más de él enterrado dentro de mí.

—Por favor, Leo. Yo... necesito correrme —lo intento de nuevo mientras la desesperación brota de mis labios. Emma Brennan no suplica, pero descubro que las súplicas brotan de mí hacia él como una compulsión.

Leo deja escapar un suspiro exagerado y retira los dedos. Grito mi desaprobación antes de que me dé la vuelta y me tire del trasero hacia arriba para ponerme a gatas. Los dedos de Leo, cubiertos de lubricación, vuelven a presionarme antes de detenerse de nuevo.

—Fóllate mis dedos si es necesario.

Siento el calor de sus palabras asentarse en mi interior como una marca a fuego, pero se me desencaja la mandíbula mientras lo miro por encima del hombro.

¿Habla en serio?

Pero lo decía en serio, a juzgar por la sonrisa divertida de su rostro. Y yo estoy ardiendo. Y cuando curva los dedos hacia abajo, hacia ese trozo de tejido sensible de nuevo, me agito contra ellos con un gemido.

—Buena chica. Así —me anima cuando empiezo a balancearme sobre mis manos y rodillas con un ritmo creciente.

Mis gemidos llenan el dormitorio, y ni siquiera me importa si el servicio puede oírme cuando su pulgar barre mi clítoris misericordiosamente. Grito y dejo caer la cabeza hacia delante sobre la cama para amortiguar mis alaridos mientras sus dedos empiezan a pistonear dentro y fuera de mí otra vez.

La otra mano de Leo se enreda en mi pelo y me tira de la cabeza hacia arriba.

—No me ocultes esos hermosos sonidos, Emma. Quiero oír lo bien que cantas.

Leo añade un tercer dedo de nuevo y aúllo cuando mi orgasmo me golpea como un tren de mercancías. Sus dedos nunca dejan de entrar y salir, y su pulgar se desliza repetidamente sobre mi clítoris, hasta que tiemblo a cuatro patas y sufro espasmos alrededor de sus dedos. Él puede sentir cómo se tensa cada músculo de mi cuerpo, la forma en que agarran sus dedos y tiran de ellos más hacia adentro.

—Por favor, es demasiado...

—¿Mucho? —pregunta Leo, sin cesar en la atención casi agonizante a mi clítoris, deleitándose con la sensación de cada contracción que le ofrezco contra sus dedos sumergidos.

—Sí —protesto con un gemido.

Finalmente retira los dedos y quita la mano, y suelto un suspiro mientras mi cabeza cae de nuevo sobre el colchón. La ladeo y lo miro, viendo lo satisfecho y engreído que parece.

Gilipollas.

—Buena chica —dice con dulzura. Las yemas de sus dedos patinan lentamente por la curva de mi trasero y se deslizan con suavidad por el surco de mis nalgas.

Estiro el brazo hacia atrás y le aparto la mano de un golpe antes de rodar sobre mi espalda e incorporarme sobre los codos. Le hago un gesto con el dedo índice para que se acerque.

Leo gatea de nuevo sobre mi cuerpo, besando un camino que sube por mi vientre, entre mis pechos, mi garganta, hasta llegar finalmente a mi boca. Puedo saborearme en su lengua y es tan jodidamente excitante.

—Mi turno —murmuro contra sus labios, y le empujo el hombro hasta que rueda sobre su espalda.

Leo accede de buena gana; sus manos se deslizan por mi pelo mientras le beso el pecho. Su polla está dura contra su vientre y, cuando la rodeo con mi mano, él gruñe.

—Emma —jadea, mirándome con ojos oscuros mientras lo acaricio lentamente.

Me tomo mi tiempo, besando las crestas de sus abdominales, siguiendo el rastro de vello oscuro que conduce a donde está duro y deseoso. Cuando finalmente lo tomo en mi boca y siento su glande suave e hinchado descansar contra mi lengua y el sabor salado de su punta húmeda, las manos de Leo se aprietan en mi pelo y sus caderas se agitan ligeramente, deslizando su polla más adentro en mi boca con un siseo. Rozo con mi lengua la parte inferior de su miembro y me inclino hacia delante.

—Joder —gruñe, dejando caer la cabeza contra la almohada.

Me encanta hacerle esto. Me encanta la forma en que pierde ese control cuidadoso, cómo su respiración se acelera, junto con los sonidos que hace cuando hago algo que le gusta especialmente.

Me inclino más hacia delante y siento su longitud rozar el fondo de mi garganta. Esto hace que Leo gima, un sonido prolongado que me hace retirarme y volver a tomarlo con más profundidad. Empiezo a subir y bajar por su miembro, sintiendo cómo aumenta la humedad entre mis muslos.

Sus sonidos son alentadores, pequeños gruñidos y jadeos cada vez que su polla golpea el estrecho pasaje al final de mi garganta. Sus dedos pasan por mi pelo y se asientan detrás de mi cabeza con la presión justa para hacerme saber que estoy haciendo exactamente lo que él quiere y necesita.

Leo pronuncia elogios y ánimos que solo me llevan a mostrar más entusiasmo. En el siguiente deslizamiento por su polla, lo tomo más adentro que antes. El glande hinchado se desliza en mi garganta y tengo una arcada justo antes de sentir que él se pone rígido.

—Oh, *joder* —jadea—. Joder... yo... *joder*. Oh, sí, *sí*... Emma, exactamente así.

Gimo alrededor de su polla, y Leo musita maldiciones ante las vibraciones y luego empuja más profundamente en mi garganta.

—Maldita sea, Emma. Tarareando alrededor de mi polla. Un poco más —gruñe.

Vuelvo a tener una arcada y siento que los ojos me arden con lágrimas, pero las parpadeo para mantener su imagen nítida.

—Sé una buena chica y relaja la garganta. Joder, eres tan hermosa. —Gime y vuelve a introducir toda su longitud. Siento cómo su polla estira mi garganta y me asfixio contra la profundidad, pero él se mantiene enterrado en mi garganta con los dedos hundidos en mi pelo.

La otra mano de Leo cae sobre mi cara y su pulgar roza mi mejilla. Resulta suave y reconfortante mientras lucho contra el impulso de la arcada, dispuesta a aceptar lo que sea que él me dé. Pero, de repente, siento que finalmente me relajo mientras mis respiraciones se convierten en pequeños resoplidos que salen por mi nariz.

—Eso es. Lo estás haciendo muy bien —me elogia Leo antes de retirarse y volver a deslizarse dentro.

El reflejo de la arcada sigue presente, pero disminuye con cada embestida desensibilizadora. Leo empieza a follarme la boca y la garganta en serio. Su agarre sobre mi cabeza es firme mientras sus gruñidos se vuelven suaves y necesitados.

Estoy cautivada por la escena. Leo arrebolado, sudoroso y deshaciéndose ante mis ojos mientras sigue embistiendo.

—Me voy a correr en tu garganta. No quiero correrme en ningún otro sitio jamás. Siempre en ti —divaga entre jadeos mientras sus ojos se entornan.

Mi mano se desliza entre mis piernas ante sus palabras, incapaz de reprimir la ardiente necesidad de obtener algo de fricción. Mi dedo empieza a resbalar por mi clítoris y gimo profundamente, un gemido gutural que hace vibrar su polla y acelera sus embestidas.

—Mierda, joder, cómetelo todo —sisea. Siento su miembro contraerse y soltar esperma caliente en el fondo de mi garganta. Trago, sin tener siquiera oportunidad de saborearlo. Mi garganta se contrae fuertemente y Leo se retira apresuradamente, claramente superado por la sensación.

—Joder —exhala y me mira—. ¿Estás bien?

Asiento aturdida. Eso fue... Ni siquiera tengo palabras para describir lo bueno que fue.

Leo me levanta para darme un beso profundo, sin importarle que pueda saborearse en mi lengua igual que yo me saboreé en la suya.

—Vas a acabar conmigo —dice Leo cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad.

—Qué manera de morir —respondo con una sonrisa.

Leo se ríe y luego, en un movimiento fluido, me pone boca abajo, con su cuerpo cubriendo el mío por detrás. Puedo sentir que ya se está poniendo duro de nuevo (la resistencia de este hombre es increíble) y arqueo la espalda, presionando mi culo contra él.

—Insaciable —murmura Leo contra mi oreja, pero percibo la sonrisa en su voz.

—Mira quién fue a hablar —le respondo, y siento cómo sonríe contra mi cuello.

Se posiciona detrás de mí, con una mano extendida sobre mi vientre para sujetarme en mi sitio, y entonces el glande de su polla presiona contra mi entrada.

Me penetra lentamente; el ángulo es diferente así y resulta de alguna manera más profundo. Gimo mientras me llena pulgada a pulgada.

—Joder, Emma —gruñe Leo cuando está completamente asentado dentro de mí—. Te sientes tan bien.

No se mueve por un momento, solo me mantiene contra él, con su mano en mi vientre y su cara enterrada en mi cuello. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi espalda y puedo sentir cada centímetro de él dentro de mí.

Entonces sus caderas se arquean hacia delante y son embestidas lentas y perezosas que nos hacen gemir a los dos. Su mano se desliza de mi vientre a mis entrepiernas, sus dedos encuentran mi clítoris de nuevo y yo empujo hacia atrás para recibir cada embestida.

—Eso es —me anima Leo, con la voz ronca en mi oído—. Toma lo que necesites.

Su otra mano sigue jugando con mi pecho, rodando mi pezón entre sus dedos, y la sensación dual me está volviendo loca. Todo se siente intensificado: cada caricia, cada sonido, cada embestida enviando chispas de placer por todo mi ser.

—Estás tan hermosa así —dice Leo, con las caderas moviéndose con ese ritmo perfecto—. Recibiéndome tan bien, haciendo esos

sonidos que me encantan.

Estiro el brazo hacia atrás y le agarro la cadera, necesitando tocarlo y sentir la flexión de sus músculos mientras se mueve dentro de mí. —Más fuerte —jadeo—. Por favor...

—No —dice, pero su voz es suave—. Despacio. Quiero sentir cada segundo de esto.

Mantiene ese ritmo lento y profundo, sus dedos trabajando mi clítoris en círculos que coinciden con sus embestidas. Me estoy acercando a otro orgasmo, el placer se enrosca más y más fuerte en mi núcleo.

—Siento que estás cerca —murmura Leo contra mi cuello—. Te estás apretando a mi alrededor.

—No pares —jadeo, con todo el cuerpo tensándose—. Ahí mismo, no...

—Te tengo —dice Leo, y acelera sus dedos ligeramente mientras mantiene esas embestidas profundas y lentas—. Córrete para mí, Emma. Quiero sentirlo.

No hace falta mucho más. El orgasmo me recorre en oleadas, haciéndome gritar su nombre, con mis músculos apretándolo. Leo gruñe y sus embestidas se vuelven más rápidas, más fuertes, persiguiendo su propia liberación. Cuando se corre, gruñe ruidosamente y me rodea con fuerza con sus brazos, sujetándome contra él como si no quisiera soltarme nunca.

Durante un largo rato nos quedamos así, ambos respirando con dificultad, con nuestros cuerpos todavía unidos. La mano de Leo es suave ahora, acariciando mi vientre y mi cadera mientras me da suaves besos en el hombro.

—Deberíamos levantarnos —digo finalmente, aunque no quiero moverme.

—¿Deberíamos? —tararea Leo—. O podríamos quedarnos en la cama todo el día.

—Tentador —admito, porque realmente lo es—. ¿Pero no tienes reuniones o cosas de señor del crimen que hacer?

Leo suelta una carcajada contra mi cuello y sale lentamente de mi interior. Inmediatamente echo de menos la plenitud y la

conexión, pero me atrae hacia él para besarme como es debido. Es un beso lento, profundo y perezoso.

—Cosas de señor del crimen —repite cuando se aparta, con los ojos cálidos por la diversión—. ¿Es ese el término técnico?

—Lo es a partir de ahora. —Le sonrío.

La expresión de Leo se suaviza mientras me mira, y levanta la mano para apartarme un mechón de pelo de la cara. —¿Ducha?

—Por favor —digo, porque ya noto que su semen empieza a escaparse de mi interior—. Estoy hecha un desastre.

—Mmm, sí, pero eres mi desastre —dice Leo con picardía, aunque ya está saliendo de la cama y llevándome con él al baño.

La ducha de Leo es enorme. Es una de esas de obra con múltiples alcachofas y espacio suficiente para al menos cuatro personas. La primera vez que la vi, hice un chiste sobre que era muy de "capo de la mafia con demasiado dinero", y Leo simplemente sonrió de lado y me metió dentro para enseñarme exactamente por qué era tan grande.

Ahora, mientras Leo abre el agua y regula la temperatura, me tomo un momento para simplemente mirarlo.

Es hermoso. Sé que se supone que a los hombres no se les llama hermosos, pero no hay otra palabra. Leo desnudo es una obra de arte con músculos definidos y piel dorada, cada línea de su cuerpo perfectamente proporcionada. Sus hombros son anchos, estrechándose hacia una cintura delgada y unas caderas que me hacen la boca agua. Su culo es firme y perfecto, y he pasado suficiente tiempo agarrándolo mientras está dentro de mí como para saber exactamente cómo se siente bajo mis manos.

Cuando se gira hacia mí, atrayéndome hacia el agua, dejo que mis ojos lo recorran lentamente. Su pecho está definido sin ser excesivamente musculoso, con un ligero vello oscuro que baja por su vientre. Obligo a mis ojos a subir antes de distraerme demasiado.

El agua fluye sobre el cuerpo de Leo, bajando por los planos de su pecho, siguiendo el corte de sus abdominales, y observo una gota deslizarse desde su clavícula por el centro de su torso como si estuviera hipnotizada. Su pelo oscuro está pegado a su cabeza, con el agua goteando de las puntas. El agua hace que su piel brille,

resaltando cada músculo, cada cicatriz, cada centímetro perfecto de él.

—¿Ves algo interesante? —pregunta Leo, con diversión en la voz, y arrastro la mirada de nuevo hacia su cara.

—A ti —respondo con sinceridad—. Eres guapísimo.

Los ojos de Leo se oscurecen ligeramente ante el cumplido, y observo el movimiento de su garganta al tragar. —Odio cuando me pillas desprevenido de esa manera —dice, con la voz más ronca que hace un momento mientras me atrae hacia él.

Dejo que me coloque donde quiere. Me echa el pelo hacia atrás para mojarlo y luego me pone champú con dedos fuertes y hábiles. Pero no puedo dejar de mirar la forma en que sus bíceps se flexionan cuando levanta los brazos, cómo el agua corre en regueros por su pecho y cómo los músculos de su abdomen se tensan cuando paso mis dedos por ellos.

Las manos de Leo se deslizan por mi cuerpo, supuestamente para lavarme, pero se demoran en lugares que me cortan la respiración. Sobre mis pechos, bajando por mis costillas, cruzando mis caderas. Cuando sus manos jabonosas se deslizan entre mis muslos, jadeo.

—Solo estoy limpiando —dice Leo con inocencia, pero vuelve a haber deseo en sus ojos oscuros.

—Eres un mentiroso de mierda —le acuso, pero separo las piernas ligeramente para darle mejor acceso.

Los dedos de Leo acarician mis pliegues, limpiando las huellas de nuestras actividades anteriores, pero es algo sensual más que funcional. Su pulgar roza mi clítoris y me estremezco a pesar del agua caliente.

—¿Y antes me has llamado insaciable a *mí*? —le digo, pero mi voz sale entrecortada.

—Solo contigo. —Leo se inclina para besarme. Me presiona contra la fría pared de azulejos; el contraste entre el agua caliente y el azulejo frío me hace jadear contra su boca. Sus manos están en todas partes: en mi pelo, en mi cara, deslizándose por mis costados.

Paso mis manos por su pecho, sintiendo el músculo sólido bajo la piel mojada, trazando las cicatrices que ya me sé de memoria. Hay

una en sus costillas de una pelea con cuchillos, otra en su hombro de una bala que, por suerte, lo atravesó limpiamente. Cada una es una historia que le he hecho contarme mientras yacíamos enredados en la oscuridad.

Mis manos bajan más, sobre las crestas de sus abdominales, siguiendo el rastro de vello oscuro que conduce a donde ya está duro de nuevo. Cuando rodeo su polla con la mano, sintiendo su peso y su suavidad, Leo emite un sonido estrangulado que me moja al instante.

—Mi turno —digo, alcanzando el gel de baño con la mano libre.

Me enjabono las manos y empiezo por sus hombros, bajando por sus brazos, apreciando la forma en que sus músculos se flexionan bajo mi tacto. El agua fluye sobre ambos, haciendo que su piel esté resbaladiza y caliente, y me tomo mi tiempo explorando cada centímetro de él. El hueso de sus caderas. Los planos duros de su pecho. La forma en que sus abdominales se contraen cuando los recorro.

Leo me observa con esos ojos oscuros, siguiendo cada movimiento de mis manos, y veo que su respiración se acelera. Su polla pesa en mi mano y, cuando lo acaricio lentamente y siento que sus caderas se arquean hacia mi mano, me siento poderosa.

—Emma —advierte, con la voz tensa—. Si sigues haciendo eso...

—¿Qué? —pregunto inocentemente, girando la muñeca en el movimiento ascendente de la forma que he aprendido que le gusta —. ¿Esto?

—Joder —gruñe Leo, y entonces su mano cubre la mía, deteniendo mi movimiento—. Por mucho que me encante lo que estás haciendo, necesito ducharme de verdad y bajar antes de que Dante envíe a un grupo de búsqueda.

—Está bien —digo con un suspiro teatral.

Nos lavamos entonces de verdad, turnándonos para aclararnos, robándonos besos entre ciclos de aclarado y me dejo fingir (solo por estos pocos minutos) que esto es normal. Que somos solo dos amantes que se despiertan juntos y comparten una ducha antes de empezar el día. No captor y cautiva. No capo de la mafia y mujer secuestrada.

Solo Leo y Emma.

16

EMMA

La realidad se entromete, como siempre lo hace, mientras nos estamos vistiendo.

El teléfono de Leo suena mientras se abotona la camisa, y veo cómo su expresión cambia de relajada a tensa al ver la identificación de la llamada.

—Dante —dice a modo de saludo, poniendo la llamada en altavoz mientras continúa vistiéndose—. ¿Qué pasa?

—Buenos días a ti también —dice Dante, y suena cansado y agotado—. Tenemos un problema.

Me quedo paralizada a mitad del gesto de subirme los leggings, observando el rostro de Leo. Tiene la mandíbula tensa, los ojos endurecidos y, de repente, el tierno amante de la ducha ha desaparecido, reemplazado por el jefe de la mafia.

—¿Qué tipo de problema? —pregunta Leo con voz gélida.

—Connor Brennan está tramando algo —dice Dante, y siento que se me encoge el corazón—. Tenemos múltiples fuentes que informan de un aumento de la actividad. Se están moviendo armas. Se están formando alianzas con familias que normalmente se mantienen neutrales.

Los ojos de Leo se dirigen a mí brevemente antes de volver al teléfono. —¿Qué grado de fiabilidad tiene la información?

—Lo suficiente como para que te llame a las ocho de la mañana —responde Dante, y puedo notar la frustración en su voz—. Los detalles son vagos —nadie sabe exactamente qué está planeando—, pero todo el mundo coincide en que se está movilizando para algo grande.

—Viene a por mí otra vez —digo en voz baja, y ambos hombres me miran: Leo en persona y Dante presumiblemente a través del teléfono, ya que puedo sentir el peso de su atención.

—Lo más probable —confirma Dante, sin andarse con rodeos—. El primer intento de rescate fracasó. No va a dejarlo pasar sin más.

—Tengo a sesenta hombres solo en esta propiedad —gruñe Leo, con las oscuras cejas fruncidas—. Connor no va a acercarse a ella.

El sentido de la propiedad en su tono me sorprende. No la parte protectora —Leo lleva semanas protegiéndome—, sino la posesividad en la forma en que dice «ella». Como si yo fuera algo que le pertenece y que él está defendiendo.

—Es mi padre —digo, sentándome en el borde de la cama porque mis piernas se sienten repentinamente inestables—. No se iba a detener tras un solo intento. Todo este tiempo ha estado planeando algo más. No sabes de lo que es capaz cuando alguien se lleva lo que es suyo.

La expresión de Leo se ensombrece ante mis palabras y algo brilla en sus ojos. Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, lanza el teléfono sobre la cama mientras cruza la habitación y me pone en pie tirando de mí.

—Leo, ¿qué...?

Su boca se estrella contra la mía.

El beso es exigente, posesivo, casi agresivo en su intensidad. Sus manos me agarran las caderas con la suficiente fuerza como para dejarme marcas, y emito un sonido de sorpresa contra su boca que se convierte en un gemido cuando su lengua se desliza contra la mía.

Cuando se aparta, ambos respiramos con dificultad y sus ojos están casi negros de emoción.

—Ahora eres mía —dice Leo, con voz ronca y feroz—. Ni de tu padre ni de nadie más. *Mía*. Y mataré a cualquiera que intente

quitarte de mi lado. Incluido a Connor.

Esa posesividad debería enfurecerme y darme ganas de discutir, de recordarle que no soy una propiedad. Me pertenezco a mí misma. Pero, en cambio, envía una oleada de deseo palpitante a través de mí tan intensa que tengo que apretar los muslos.

Hay algo primario en ello. La forma en que Leo me mira, como si fuera a quemar el mundo entero antes de permitir que alguien me lleve. La forma en que sus manos todavía me sujetan las caderas, como si temiera que fuera a desaparecer. La absoluta certeza en su voz cuando dice que soy suya.

No debería excitarme. Pero lo hace. Vaya por Dios.

—Dilo otra vez —susurro, agarrando su camisa con mis manos cerradas.

Los ojos de Leo se oscurecen aún más. —Eres mía, Emma. Mía. Y mataré a cualquiera que intente quitarte de mi lado.

Esta vez soy yo quien le besa, vertiendo todos mis sentimientos complicados en ello: el deseo, el miedo, la emoción y la confusión. Leo me devuelve el beso con la misma ferocidad, con una mano deslizándose en mi pelo húmedo mientras la otra permanece aferrada a mi cadera.

—Esto... —dice Dante desde el altavoz amortiguado, sonando incómodo y fuera de lugar—. Sigo aquí. Sigo al teléfono. Y desearía no estarlo.

Nos separamos, ambos ruborizados, y observo cómo un ligero rubor sube por el cuello de Leo al recordar que su *consigliere* está escuchando todo esto.

—Lo siento —dice Leo, aunque no suena muy arrepentido. Recoge el teléfono—. Te llamo en diez minutos.

—Por favor, hazlo —dice Dante con sorna—. Y quizá podríais tener esa conversación sobre los límites que siempre decimos que tenemos que tener.

Leo cuelga y se vuelve hacia mí con expresión intensa. —Hablaba en serio.

—Lo sé —respondo, porque puedo ver la verdad en sus ojos—. Y probablemente debería molestarme, pero...

—¿Pero? —me incita Leo cuando no termino.

—Pero no lo hace —admito—. Debería. Pero no lo hace.

Más tarde ese mismo día, después de que Leo haya pasado horas al teléfono con Dante y sus otros lugartenientes discutiendo protocolos de seguridad y planes de contingencia, me encuentra en la biblioteca.

—Tenemos que ir a la ciudad —dice sin preámbulos.

Levanto la vista de mi libro, sorprendida. —¿Eh?

—Tengo una reunión con uno de mis proveedores —explica Leo, apoyado en el marco de la puerta—. Solo trata cara a cara. No confía en teléfonos ni intermediarios.

—Vale —digo despacio, sin entender por qué necesito saber esto —. Entonces... ¿me estás diciendo que te vas?

—No —dice Leo, y hay algo en su expresión que no alcanzo a descifrar—. Te llevo conmigo.

Dejo mi libro con cuidado, sin acabar de creer lo que oigo. —¿M-me llevas contigo?

—No te emociones —dice Leo, pero hay una leve sonrisa jugueteando en sus labios—. Te quedarás en el coche con guardias mientras yo estoy en la reunión. Pero sí.

No me molesto en ocultar mi sorpresa. —¿Por qué?

Leo se queda callado un momento, como si intentara encontrar las palabras adecuadas. —Porque tenerte encerrada en la casa me parece mal ahora —dice finalmente—. Y porque, bueno, yo... quiero que estés conmigo.

La confesión es pausada y me llega al corazón. —De acuerdo —digo, poniéndome en pie—. Sí. ¿Cuándo nos vamos?

—En veinte minutos —responde Leo, con las mejillas todavía un poco rosadas por lo que ha dicho—. Nada demasiado llamativo; vamos a Queens, no a Manhattan.

Es la primera vez que salgo de la finca desde que Leo me llevó de mi boda hace casi dos meses. Y ahora se me permite salir, aunque solo sea para sentarme en un coche.

Me visto con cuidado, consciente de que esto podría ser una prueba. Vaqueros oscuros, una camisa sencilla, el pelo recogido en una coleta. Nada que grite «heredera secuestrada». Cuando bajo las escaleras, Leo me está esperando con tres de sus hombres: Marcus,

Antonio y Luca, a todos los cuales he visto por la finca pero con los que nunca he hablado realmente.

—¿Lista? —Los ojos de Leo recorren mi atuendo con aprobación.

—Tanto como pueda estarlo —respondo.

Caminamos juntos hacia el garaje, con la mano de Leo en la parte baja de mi espalda, un gesto que se ha vuelto tan natural que apenas lo noto ya. Sus hombres nos flanquean y puedo ver que todos van armados.

El coche es un SUV negro con cristales tintados, blindado. Leo me abre la puerta trasera, un gesto extrañamente caballeroso dadas nuestras circunstancias.

Justo cuando voy a subir, la voz de Dante resuena en el garaje.

—¡Espera! No...

Todo sucede demasiado rápido.

De repente, la mano de Leo está en mi brazo, tirando de mí hacia atrás con tanta fuerza que tropiezo. Su cuerpo se mueve, cubriendo el mío, y me placa contra el suelo de hormigón del garaje justo cuando el mundo explota.

El coche estalla en una bola de fuego y la onda expansiva nos barre con un calor abrasador que hace que mi piel expuesta sienta que se quema. Me zumban los oídos y no puedo oír nada excepto un pitido agudo. El peso de Leo me está aplastando, protegiéndome de lo peor de la explosión.

Llueven escombros a nuestro alrededor: trozos de metal, cristal y Dios sabe qué más. Algo caliente me cae en la mano e intento gritar, pero no sale ningún sonido. O quizá no puedo oírlo por el pitido de mis oídos.

Entonces Leo me levanta, con sus manos revisándome frenéticamente. Mueve la boca, pero no oigo lo que dice. Sin embargo, parece aterrorizado, con sus ojos marrones muy abiertos por el miedo. Me siguen zumbando los oídos; todo suena amortiguado y distante.

—¡Emma! —La voz de Leo finalmente penetra el zumbido—. Emma, ¿estás herida? ¡Mírame!

Me concentro en su rostro, tratando de procesar lo que acaba de pasar. Tiene la cara manchada de hollín y hay un corte en su frente

que sangra, pero sus ojos están claros y fijos en mí con una intensidad casi aterradora.

—E-estoy bien —logro decir, aunque mi voz suena extraña y lejana para mis propios oídos—. Creo que estoy bien.

Las manos de Leo siguen revisándome, recorriendo mis brazos y piernas, buscando heridas. Uno de sus hombres habla rápidamente por una radio, pidiendo... algo. ¿Médicos? ¿Seguridad? No alcanzo a distinguirlo.

—Adentro —dice Leo, con voz dura y autoritaria a pesar de que apenas puedo oírla—. Ahora. Emma, ¿puedes caminar?

Asiento, aunque mis piernas flaquean, y Leo me pone en pie. Me rodea la cintura con el brazo, sosteniéndome, y nos movemos hacia la casa. Detrás de nosotros, oigo gritos y veo a los hombres de Leo pululando por el lugar, pero todo me parece surrealista y lejano.

La casa es un caos. Gente corriendo, gritando, teléfonos sonando. Leo no deja de moverse. Me guía por el pasillo hasta su despacho y cierra la puerta tras nosotros. El relativo silencio hace que mis oídos zumben con más fuerza todavía.

—Siéntate —ordena Leo, empujándome suavemente hacia una silla—. No te muevas.

Cruza hasta su escritorio y coge el teléfono, ladrando órdenes que solo oigo a medias. Algo sobre un cierre de emergencia. Sobre revisar todos los vehículos y encontrar a quien coño haya hecho esto.

Me doy cuenta de que estoy temblando. Todo mi cuerpo vibra como si tuviera frío, aunque todavía noto el calor de la explosión en mi piel. La quemadura de la mano empieza a dolerme de verdad ahora que la adrenalina está desapareciendo lo suficiente como para que el dolor se registre.

Leo está de repente frente a mí otra vez, arrodillándose para que estemos al mismo nivel. Me acuna la cara con las manos, suave a pesar de la dureza de sus ojos.

—Estás a salvo —dice, con voz firme y segura—. Estás a salvo, Emma. No dejaré que te pase nada.

Asiento, sin confiar en mi voz, y Leo me estrecha contra su pecho. Puedo sentir más que oír cómo le late el corazón con fuerza,

y sus manos están ligeramente inestables mientras me acaricia la espalda. Tenía miedo. Leo Santoro, que se enfrenta a jefes mafiosos rivales y conflictos violentos sin pestañear, tenía miedo.

Por mí.

La puerta se abre y Dante entra sin llamar, con el rostro serio. Tiene peor aspecto que Leo. Hay sangre goteando de un corte sobre el ojo, y sus gafas están torcidas y agrietadas. Su camisa está rota y chamuscada en el hombro, y se aprieta el costado izquierdo como si le dolieran las costillas. Debía de estar más cerca de la explosión que nosotros. Pero está caminando y funcionando, con los ojos agudos a pesar del dolor evidente.

—¿Estás bien, Dante? —pregunto, preguntándome cómo demonios sigue en pie.

Dante asiente, haciendo una mueca ante el movimiento. —Alicia me va a matar cuando se entere —dice, pareciendo mucho mayor—. O Leo. O los dos.

—¿Tu mujer seguirá queriendo matarme si te ofrezco tres semanas de vacaciones con todos los gastos pagados y enviamos a las niñas con tus padres? —pregunta Leo.

Dante suspira. —Es un comienzo.

Mira entre Leo y yo, y puedo ver la preocupación en sus ojos incluso a través de mi conmoción.

—Infórmanos —dice Leo sin moverse de su posición frente a mí —. ¿Qué coño ha pasado?

Dante se pasa una mano por el pelo, con aspecto exhausto. —Había una bomba adosada al coche —dice—. Fue detonada a distancia. Esta no era una bomba casera, Leo. Era profesional. Alguien sabía exactamente qué coche íbamos a coger y cuándo íbamos a salir.

—Otro traidor —dice Leo de forma amenazadora. Me hace estremecer.

—Quizás —dice Dante, pero suena inseguro—. Pero Leo, esta bomba... no es el estilo de Connor.

Leo levanta la cabeza bruscamente. —¿Qué?

—Los Brennan usan balas, no bombas —explica Dante, sacando su teléfono y desplazándose por algo—. Son de la vieja escuela. Esto

es sofisticado. Esto es...

—Como la información sobre los corsos de antes —termina Leo, y su voz se vuelve aún más fría.

Siento un vuelco en el estómago. Los corsos. Los que ayudaron a Zima, el hombre de Connor, a traicionar a Leo. Los que han estado acechando en las sombras de todo este lío.

—Espera —digo con voz ronca antes de aclararme la garganta—. Si no es mi padre, entonces ¿quién...?

—Alguien que te quiere muerta —dice Dante sin rodeos, y yo me inmuto ante sus palabras—. Ni capturada ni rescatada. Muerta.

La realidad de aquello cala lentamente. Alguien ha intentado matarme. No devolverme a mi padre ni usarme como moneda de cambio. Matarme.

—Pero ¿por qué? —pregunto, mirando entre Leo y Dante—. ¿Qué tengo yo que ver con los corsos? Ni siquiera sé quiénes son.

—Eso es lo que vamos a averiguar —dice Leo y, cuando me mira, hay una protección en sus ojos que hace que se me corte la respiración—. Pero primero, nos vamos a asegurar de que estés a salvo. Dante, quiero todas las entradas de esta propiedad cerradas a cal y canto. Dobla la guardia. Nadie entra ni sale sin mi permiso explícito.

—Ya está hecho —dice Dante—. Y he llamado al doctor Jones para que examine a Emma.

—Estoy bien —protesto, pero Leo ya está sacudiendo la cabeza.

—Te van a examinar —dice con firmeza—. No es negociable.

Quiero discutir, pero veo la rigidez de su mandíbula y el miedo que aún acecha en sus ojos, así que me limito a asentir y dejo que me cuide.

Porque alguien acaba de intentar matarme.

Por primera vez desde que Leo me llevó, me doy cuenta de que quedarme con él podría ser, en realidad, el lugar más seguro donde puedo estar.

17

LEO

Me estoy preparando para la guerra.

No le digo a Emma que eso es lo que estoy haciendo, ni le explico por qué he duplicado la guardia en la propiedad, por qué estoy instalando nuevos equipos de vigilancia en cada entrada y por qué he pedido favores a familias aliadas para tener ojos en cada ruta principal de entrada y salida de Long Island.

Simplemente lo hago. Porque Connor Brennan va a venir.

—Estás siendo un paranoico —dice Dante tres días después del atentado, observándome revisar los nuevos protocolos de seguridad por tercera vez.

—Estoy siendo precavido —corrijo, sin levantar la vista de la tableta que tengo en las manos—. Hay una diferencia.

—Leo. —Dante suena exasperado—. Has triplicado la seguridad en menos de setenta y dos horas. Estás investigando los antecedentes de todo el mundo, desde los jardineros hasta los repartidores. Apenas duermes. Esto es más que ser precavido. Esto es...

—Necesario —interrumpo, encontrándome por fin con sus ojos—. Connor Brennan no negocia, Dante. No cede. Él toma lo que quiere. Y Emma es su hija. Por supuesto que va a volver a por ella.

—Tal vez —concede Dante, apoyándose en mi escritorio. Le han dado puntos en el corte sobre el ojo que se hizo por la explosión, y tiene un moratón extendiéndose por las costillas que sé que le está haciendo sufrir, aunque no quiera admitirlo. También me cayó una bronca de mil demonios por parte de su mujer, Alicia. *Todavía* me pitan los oídos—. Pero estás actuando como si fuera a atacar mañana. Ni siquiera sabemos si fue Connor quien puso la bomba.

—No importa quién la puso —digo con impaciencia, volviendo la vista a mi tableta—. Alguien quiere a Emma muerta. Alguien más quiere recuperarla. De cualquier manera, este lugar tiene que ser una fortaleza.

Dante me observa durante un largo rato y veo cómo va encajando las piezas. —La quieres.

Levanto la cabeza de golpe para mirar los ojos evaluadores de Dante.

—Eso no es... —empiezo, pero Dante levanta una mano.

—La quieres —repite, y no hay juicio en su voz, solo cansancio—. Lo que significa que no estás pensando con claridad y que vas a hacer algo estúpido y temerario cuando Connor mueva ficha.

—Estoy pensando con total claridad —discuto, pero hasta yo noto lo defensivo que sueno—. Solo me aseguro de que Emma esté a salvo.

—*Emma* —dice Dante, enfatizando su nombre—. No «el activo». No «la hija de Connor». Emma. Te oyes a ti mismo, ¿verdad?

Dejo la tableta sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. —¿A qué quieres llegar, Dante?

—A que la secuestraste por venganza —dice Dante sin rodeos—. Y ahora estás enamorado de ella, lo cual genera un problema cuando su padre venga inevitablemente con armas y exigencias. ¿Qué vas a hacer entonces, Leo? ¿Qué pasará cuando tengas que elegir entre tu vendetta y la mujer a la que amas?

—No se llegará a eso —digo, pero las palabras me suenan huecas incluso a mí.

—Podría pasar —dice Dante en voz baja—. Y tienes que pensar en lo que vas a hacer cuando suceda.

Se marcha antes de que yo pueda responder, y me quedo mirando los protocolos de seguridad con los que llevo obsesionado tres días, intentando no pensar en la pregunta que Dante acaba de hacerme.

Porque no tengo respuesta.

Lo que me preocupa más que la situación de seguridad y las inevitables represalias de Connor es la reacción de Emma ante todo esto.

Ha estado callada. Retraída. No es ella misma.

Emma Brennan es muchas cosas —feroz, terca, mordaz y apasionada—, pero callada no es una de ellas. La Emma que he llegado a conocer llena las habitaciones con su presencia, discute conmigo durante el desayuno, se ríe de chistes malísimos y hace comentarios sarcásticos.

La Emma que ha estado deambulando por la casa los últimos tres días no es ella. Y no sé cómo arreglarlo.

La encuentro en la biblioteca al caer la tarde, sentada en uno de los sillones de lectura con un libro en el regazo que claramente no está leyendo. Tiene la mirada perdida y, cuando me acerco, veo que tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

Se me rompe el corazón.

Lleva puesta una de mis camisas; últimamente lo hace a menudo, me roba la ropa cuando cree que no estoy mirando. Le queda enorme, las mangas le caen más allá de las manos y el bajo le llega a mitad del muslo. Su cabello castaño rojizo está recogido en un moño desordenado con mechones que se escapan para enmarcar su rostro, e incluso con los ojos rojos y las mejillas manchadas de lágrimas, es tan jodidamente hermosa que me deja sin aliento.

La luz del atardecer le da de lleno, haciendo que su piel brille y resaltando esas motas doradas en sus ojos verdes que ya me sé de memoria. Ha encogido las piernas bajo el cuerpo y puedo ver la pequeña cicatriz en su rodilla asomando por donde mi camisa se ha subido: la que se hizo al saltar de un columpio demasiado alto cuando tenía nueve años y que me contó durante una de nuestras conversaciones nocturnas.

La conozco. Cada cicatriz, cada hábito, cada expresión. Sé que duerme acurrucada de lado con una mano bajo la almohada, que me roba las mantas en mitad de la noche sin darse cuenta. Sé que lee en la bañera hasta que el agua se enfría y que organiza los libros por colores en lugar de por autor, lo cual me saca de mis *jodidas* casillas, porque ¿quién hace eso?

Sé que odia el chocolate con menta pero le encanta el chocolate negro, que hace un tarareo específico cuando está contenta y que camina de un lado a otro cuando reflexiona sobre un problema. Sé que es terca, feroz y de lengua afilada, con un sentido del humor perverso y tolerancia cero para las tonterías.

Y sé que ahora mismo está sufriendo y luchando con algo que la está destrozando.

—Emma —digo suavemente, para no asustarla.

Levanta la vista despacio, como si emergiera de aguas profundas, y cuando sus ojos verdes se centran en mí, veo el dolor en ellos. El conflicto. El miedo. Pero también algo cálido y anhelante que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Hola —dice, y su voz suena ronca de haber llorado antes de aclararse la garganta—. Yo... esto... no te he oído entrar.

—Habla conmigo. —Acerco el reposapiés para sentarme frente a ella, pero dándole espacio—. Por favor. Cuéntame qué te pasa por la cabeza.

Emma se queda en silencio un buen rato, jugueteando con la esquina de una página de su libro. Sus manos son pequeñas y delicadas comparadas con las mías, con las uñas sin pintar, y me entra el impulso repentino de tomarlas entre las mías y calentarlas porque parecen frías.

Cuando por fin habla, su voz es apenas un susurro.

—Si llega el momento... si mi padre y tú estáis frente a frente, con las pistolas desenfundadas... ¿qué pasará?

Me estremezco porque es la misma pregunta que me hizo Dante y que he estado evitando pensar durante días.

—No dejaré que llegue tan lejos —digo, pero incluso mientras lo digo, sé que no es suficiente.

—¿Pero y si llega? —insiste Emma, y ahora me mira con esos ojos que ven demasiado—. Si estás frente a mi padre y es él o tú... ¿qué pasará, Leo?

No puedo mentirle. No sobre esto. No cuando veo cuánto está sufriendo.

Me arrodillo ante su sillón, tomando sus dos manos entre las mías. *Están* frías y le froto los nudillos con los pulgares.

—Entonces haré lo que tenga que hacer para mantenerte a salvo —digo, con voz baja y sincera—. Aunque eso signifique...

No puedo terminar. La idea de matar a Connor delante de Emma me revuelve el estómago. Pero lo haría. Para protegerla, para mantenerla a salvo, lo haría. Haría cualquier cosa.

—Aunque eso signifique matar a mi padre —termina Emma por mí, y una lágrima se desliza por su mejilla.

Hago una mueca. —Yo...

—No, está bien —dice, pero ahora caen más lágrimas, trazando caminos por su rostro que deseo limpiar—. Necesitaba oírte decirlo. O casi decirlo. Porque necesitaba saber dónde estoy. Dónde estamos nosotros.

—¿Dónde estamos? —pregunto, casi sin poder respirar por el peso de lo que estamos hablando.

Emma me aprieta las manos, con los ojos brillantes por las lágrimas y alguna emoción que hace que mi corazón tartamudee y se me corte la respiración.

—Te quiero —dice.

Durante un segundo no puedo respirar, ni pensar, ni hacer nada más que mirarla. El corazón me late tan fuerte que lo oigo en mis oídos, y aprieto sus manos sin querer.

Es la primera vez que lo dice. La primera vez que cualquiera de los dos pone palabras a esto... a esta *cosa* entre nosotros que lleva semanas creciendo. Y oírlo hace que el universo parezca cambiar de lugar.

—Emma —susurro, y su nombre es todo lo que alcanzo a decir porque no sé cómo explicarle que oír esas palabras de su boca es como volver a nacer, como recibir algo que no sabía que necesitaba hasta este instante.

—Sé que no debería —continúa Emma, y las palabras brotan ahora como si las hubiera estado conteniendo demasiado tiempo—. Sé que es complicado y que *definitivamente* no era así como se suponía que debía ir esto. —Inspira profundamente y me mira, con sus ojos verdes decididos—. Pero te quiero. Te quiero, Leo. Y necesitaba que lo supieras antes de que... antes de que pase lo que tenga que pasar.

Tengo un nudo en la garganta y un dolor en el pecho que es simultáneamente doloroso y maravilloso. —Yo también te quiero. —La confesión rompe algo dentro de mí, algo que ha estado bajo llave durante cinco años—. Joder, Emma, yo también te quiero.

Emma medio solloza, medio ríe y entonces la saco del sillón para estrecharla entre mis brazos, sosteniéndola contra mi pecho mientras llora. Sus manos se aferran a mi camisa y siento sus lágrimas calando la tela, y simplemente la abrazo, con una mano en su pelo y la otra rodeándole la cintura, manteniéndola cerca.

Encaja perfectamente contra mí. Siempre lo ha hecho. Como si estuviera hecha para ser sostenida por mí, como si todas mis piezas rotas cobraran sentido de repente cuando ella está en mis brazos.

Emma se aparta lo justo para mirarme, con los ojos rojos y húmedos y tan hermosos que se me seca la boca. —Llévame a la cama —dice, con la voz quebrada por la emoción—. Por favor. Necesito... solo te necesito a ti.

No hace falta que me lo pida dos veces.

Me levanto, llevándome a Emma conmigo, alzándola en mis brazos como si no pesara nada. Ella enrosca las piernas alrededor de mi cintura y los brazos alrededor de mi cuello, hundiendo la cara en mi hombro mientras la llevo a nuestro dormitorio.

Nuestro dormitorio. No el mío. El *nuestro*. Porque en algún momento de las últimas semanas, todo lo que era mío pasó a ser nuestro sin que yo siquiera me diera cuenta.

Abro la puerta de un empujón con el hombro, entro con Emma y la deposito con delicadeza sobre la cama como si fuera algo precioso. Porque lo es. Es lo más maravilloso y asombroso que he tenido jamás, y casi la pierdo hace tres días por una bomba que podría haberla despedazado.

La idea hace que me tiemblen las manos mientras me acerco a ella. Empiezo a desvestirla despacio, con cuidado, como si estuviera desenvolviendo un regalo. Emma me observa con esos ojos verdes todavía húmedos por las lágrimas, y cuando le quito la camisa —mi camisa— por la cabeza, busca mi contacto con las manos.

Sus manos se posan con suavidad en mi rostro, sus pulgares me acarician los pómulos y yo me abandono a su tacto.

—Te quiero —dice de nuevo, esta vez más bajito, y yo me inclino para besarla en lugar de responder con palabras.

El beso es suave y tierno, nada que ver con la pasión desesperada de las últimas semanas. Esto es diferente. Somos nosotros desnudándonos, admitiendo lo que sentimos y aceptándolo.

Me aparto lo suficiente para quitarme mi propia ropa, y entonces cubro el cuerpo de Emma con el mío, piel con piel, corazón con corazón. Está suave y cálida debajo de mí, con sus manos recorriendo mi espalda, mis hombros, mi cara.

—Leo —susurra, y mi nombre en sus labios es el sonido más hermoso del mundo.

—Aquí estoy —murmuro, besándole el cuello—. Estoy aquí mismo.

—Hazme el amor, Leo —gime ella, echando la cabeza hacia atrás para darme más acceso—. *Por favor*.

Mi polla está tan insoportablemente dura que casi me duele. Me agarro, bombeando una, dos veces antes de posicionarme y presionar la punta contra su entrada húmeda, provocándola y deslizándola por sus pliegues.

Emma gime, sacudiendo las caderas, intentando introducirme. Exhalo bruscamente, sujetándola por las caderas y manteniéndola quieta. Entonces, me hundo en ella. Los dos gemimos.

—Joder, Emma —gruño, con la voz ronca y cruda. No importa cuántas veces haya tenido sexo con ella; nunca cansa. Esta sensación nunca envejece.

Lento, profundo, pulgada a pulgada, estirándola, llenándola, viendo cómo sus dedos delgados se curvan en las sábanas mientras me recibe. Me estremezco violentamente, dejando caer mi frente

sobre su hombro y apoyando mis manos temblorosas en sus caderas mientras me quedo inmóvil para saborear este hermoso momento.

—Eres perfecta —murmuro, plantándole un beso prolongado en el cuello—. Absolutamente jodidamente perfecta.

—Deja de hablar y muévete —dice Emma, pero su voz es entrecortada y cariñosa, y puedo ver la sonrisa en sus ojos.

Aprieto los dientes, perdiendo el control mientras la embisto profunda y lentamente, deleitándome en la forma en que se estrecha a mi alrededor, en el calor húmedo de su cuerpo que me atrae como si estuviera hecha para mí.

Emma gime y jadea ante cada movimiento de mis caderas y eso me pone aún más. La atraigo contra mí, mi polla rozando lo más profundo de su interior, mientras ella se retuerce bajo mi cuerpo y mi boca cubre la suya. Se me tensa el estómago y un escalofrío me recorre la espalda. Está tan apretada, tan caliente, empapando mi polla con cada vaivén de sus caderas. Mi otra mano se desliza entre nosotros, sobre su vientre, bajando hasta sus muslos.

Se tensa, soltando un gemido ahogado cuando mis dedos encuentran su clítoris. Froto en círculos lentos y precisos, deleitándome con sus espasmos y con la forma en que sus piernas buscan apoyo.

—Eso es —murmuro contra su boca—. Córrete para mí, Emma.

Siento lo cerca que está: cómo se tensa su cuerpo, cómo se le entrecorta la respiración, la forma frenética en que se balancea contra mí. Joder, está tan *jodidamente* cerca. Sus paredes palpitan a mi alrededor, apretándome con fuerza, desesperadas por la liberación. Mi propio control pende de un hilo, mi polla late dentro de ella y su calor lubricado me está arruinando por completo.

Todo el cuerpo de Emma se convulsiona, su orgasmo la golpea con fuerza, un grito agudo y desesperado que ahogo con mi boca al capturar sus labios, tragándome cada sonido. Sus paredes me aprisionan, pulsando, ordeñándome, y mis caderas se sacuden violentamente, mi polla latiendo mientras me derramo dentro de ella con un gruñido largo y gutural. Casi se me doblan las rodillas, se me nubla la vista y el placer me golpea en oleadas tan intensas que me dejan temblando.

Cuando me desplomo a su lado, atrayéndola contra mi pecho, ambos respiramos con dificultad. Emma está llorando de nuevo —siento la humedad de sus lágrimas contra mi torso— y yo simplemente la abrazo, con una mano acariciándole el pelo y la otra rodeándole la cintura.

—Te quiero —susurra contra mi piel.

—Lo sé —respondo, besándole la coronilla—. Yo también te quiero.

Nos quedamos allí en un silencio cómodo, abrazados, ninguno de los dos dispuesto a moverse ni a romper el momento. Siento el corazón de Emma latiendo contra mi pecho y ella se aferra a mí como si fuera lo único sólido en su mundo.

Después de lo que parecen horas, pero probablemente sean minutos, Emma habla.

—¿Leo?

—¿Dime? —Mi mano acaricia su espalda de arriba abajo, un ritmo relajante que no parezco poder detener.

—Así que esto es lo que pasa cuando decimos las palabras en voz alta —dice Emma pensativamente—. Tenemos sexo increíblemente emocional y nos ponemos a llorar el uno sobre el otro. Es bueno saberlo. Deberíamos haber hecho esto hace semanas.

Suelto una carcajada, sorprendido por el comentario, y siento la sonrisa de Emma contra mi pecho. —¿En serio estás haciendo bromas ahora mismo?

—Es mi forma de sobrellevarlo —rebate Emma, y puedo notar tanto la burla como la emoción genuina en su voz—. Si no hago un chiste voy a empezar a llorar otra vez, y ya te he empapado el pecho. Intento ser considerada.

—Eres ridícula —digo, pero sonrío contra su pelo.

—Te encanta —responde Emma, apoyándose en un codo para mirarme. Tiene los ojos todavía rojos de llorar, pero ahora están brillantes, llenos de esa chispa que la hace ser Emma—. Admítelo. Te encanta que haga chistes inapropiados durante momentos emocionales serios.

—Me encanta —admito, estirando la mano para apartarle un mechón de pelo tras la oreja—. Me encanta de verdad, joder.

La sonrisa de Emma se dulcifica, volviéndose más auténtica y menos burlona, y se inclina para besarme suavemente.

Cuando se aparta y se acomoda de nuevo contra mi pecho, su voz es más baja pero firme.

—Cuando venga mi padre —y los dos sabemos que va a venir—, te elijo a ti. No a él. No a mi familia. A ti.

Mis brazos se aprietan alrededor de ella involuntariamente ante sus palabras, incapaz de creer lo que acaba de decir. —Emma —consigo articular, con el corazón latiendo a mil por hora—, esa elección te va a costar todo. Tu familia, tu padre, tu antigua vida...

—Lo sé —dice simplemente—. Pero te tendré a ti. Y eso es suficiente.

La abrazo más fuerte, hundiendo mi rostro en su pelo, respirando su aroma. Quiero decirle que no lo haga, que tiene que elegir a su familia cuando llegue el momento porque perderlos la destrozará.

Pero también soy egoísta y la quiero lo suficiente como para aceptar su elección. Estoy tan increíblemente agradecido por ello, incluso sabiendo lo que le costará.

—Está bien —digo en voz baja, porque es todo lo que puedo ofrecerle. Eso y una promesa silenciosa de que la protegeré, pase lo que pase.

Pase lo que pase con Connor, venga la guerra que venga, la mantendré a salvo.

Incluso si eso significa enfrentarme a su padre pistola en mano y convertirme en el monstruo que una vez dijo que yo era.

Porque la quiero.

Y el amor, estoy aprendiendo, nos convierte a todos en monstruos.

18

EMMA

Me despierto con los ojos oscuros de Leo ya puestos en mí, su mano grande rodeando mi cadera, y mi corazón sufre ese estúpido vuelco.

De verdad que no es justo lo bien que se ve tan temprano por la mañana. Tiene el pelo oscuro alborotado por el sueño y la sombra de la barba le oscurece la mandíbula. Pero son sus ojos los que me encogen el corazón. Me mira con una ternura tal que parece no creerse que esto sea real.

—Buenos días —dice, con la voz todavía ronca por el sueño. Dios, me encanta esa voz.

—Hola. —Noto la sonrisa de boba en mi propia voz, pero ni siquiera me importa.

No puedo creer que este hombre perfectamente imperfecto también me quiera. Este hombre que me secuestró, que se suponía que iba a usarme para vengarse, que ha matado a gente y que dirige un imperio criminal... me mira como si yo fuera lo más maravilloso del mundo. Y de algún modo, por imposible que parezca, yo también lo quiero. Lo quiero tanto que me aterra.

—¿En qué piensas? —pregunta Leo, mientras su pulgar roza mi pómulo.

—En ti —admito—. En cuánto te quiero.

La mirada de Leo se oscurece y entonces me besa, atrayéndome hacia él, y me pierdo en la sensación de su boca sobre la mía, de sus manos sobre mi cuerpo.

Hacemos el amor lentamente, tomándonos nuestro tiempo a pesar de que ambos sabemos que tiene reuniones esta mañana. Me encantan los sonidos que emite: esos gemidos bajos cuando lo toco en ciertos lugares, la forma en que susurra mi nombre contra mi piel. Me encanta su peso, el calor sólido de su cuerpo contra el mío, cómo se flexionan sus músculos bajo mis manos cuando se mueve.

—Emma —murmura, con su frente apoyada contra la mía y sus ojos fijos en mi rostro como si yo fuera lo único que importara en el mundo.

Entrelazo mis dedos en su pelo, tirando de él para acercarlo, y la ternura del momento hace que me entren ganas de llorar. Este hombre. Este hombre imposible, complicado y hermoso. Y es mío.

Cuando terminamos, ambos respiramos con dificultad, enredados entre las sábanas. Estoy sin aliento, lánguida y tan enamorada que apenas puedo soportarlo. Leo traza dibujos perezosos en mi cadera, presionando suaves besos en mi hombro, y deseo congelar este momento. Deseo conservarlo para siempre.

—¿Ducha? —pregunta Leo, tirando ya de mí para salir de la cama.

Nos duchamos juntos, algo que se ha convertido en una rutina, aunque normalmente tardamos el doble de lo debido porque no podemos mantener las manos quietas. Esta mañana no es una excepción, aunque noto que me siento un poco mal. Con náuseas, tal vez. Tengo el estómago revuelto de una forma que no tiene nada que ver con lo que acabamos de hacer.

Pero no digo nada. Probablemente no sea nada. Estrés, quizá, por todo lo que ha estado pasando.

Cuando salimos, Leo se seca y empieza a vestirse, poniéndose unos pantalones de vestir y una camisa blanca impecable que hace que su piel oliva parezca aún más dorada. Lo admiro sin pudor desde donde estoy envuelta en una toalla, observando cómo ondean los músculos de su espalda mientras se sube los pantalones.

—Hoy tengo reuniones y conferencias telefónicas una tras otra —dice Leo, acercándose para darme un beso en la frente—. Algo sobre las rutas de envío en las que ha estado trabajando Dante. Probablemente no estaré libre hasta última hora de la tarde.

—No pasa nada —digo, aunque una parte de mí quiere pedirle que se quede. Que pase todo el día en la cama conmigo—. Encontraré algo que hacer.

—Ayer llegó un nuevo pedido de libros —dice Leo, ajustándose el cuello—. He pedido que los pongan en la biblioteca. Esa serie de misterio que dijiste que te gustaba.

Mi corazón se hincha de nuevo porque, por supuesto, se acordó. Por supuesto que pidió libros para mí.

—Gracias —digo, y lo digo por mucho más que por los libros.

Leo me besa una vez más y se marcha, dejándome sola en nuestro baño con el aroma de su colonia flotando en el aire.

¿Siempre ha olido así de fuerte?

En cuanto se cierra la puerta, el estómago se me revuelve violentamente.

Apenas llego al váter antes de ponerme a vomitar; todo mi cuerpo se convulsiona. Ha surgido de la nada, esta náusea súbita e intensa, y me agarro a la porcelana con manos temblorosas mientras mi estómago se vacía.

¿Pero qué demonios...?

Cuando ya no queda nada, me desplomo contra la pared, respirando con dificultad y empapada en sudor frío. Eso ha sido... ha sido *raro*. Me sentía bien hace un minuto. Bueno, no bien del todo, pero no así.

Me obligo a ponerme en pie con las piernas temblorosas y me dirijo al lavabo. Mi reflejo se ve pálido, mis ojos un poco llorosos, y alargo la mano hacia el cepillo de dientes con dedos trémulos.

En el momento en que la pasta de dientes toca mi lengua, me dan arcadas. El sabor a menta suele ser refrescante, pero hace que mi estómago se rebele de nuevo y me quedo encogida sobre el lavabo, con náuseas secas porque ya no queda nada que vomitar.

Suelto el cepillo como si me quemara y lo miro con alarma.

¿Qué *demonios* me pasa?

Me doy cuenta de que últimamente he estado cansada. Muy cansada. Y he estado llorando por todo. El otro día lloré con un anuncio, por el amor de Dios. Un anuncio de perros. *Nunca* lloro con los anuncios. No soy de lágrima fácil por lo general, pero últimamente es como si mis emociones estuvieran desatadas.

Y ahora esto. Las náuseas, los vómitos, la sensibilidad a los olores y sabores. No lo entiendo.

Descartándolo de mi mente, me agacho para buscar algún producto para el pelo en el armario de debajo del lavabo. Mis ojos recorren botellas y envases y...

Una caja de tampones.

Me quedo helada, mirándolos.

¿Cuándo fue mi última regla?

De repente, la habitación me parece demasiado pequeña. No, en serio, ¿cuándo *fue* mi última regla? Intento contar hacia atrás, pero la cabeza me da vueltas y no puedo pensar con claridad.

Hubo una antes de la boda. *Definitivamente* antes de la boda, porque recuerdo que me sentí aliviada por no tener que lidiar con eso en el que se suponía que iba a ser el día de mi boda. Luego otra justo después, y eso es todo.

Cuento las semanas. Mi última regla fue hace seis semanas.

Nunca me retraso. Jamás. Mi periodo es como un reloj: cada veintiocho días, con un margen de doce horas. He sido regular desde los quince años.

Pero han pasado cuarenta días.

Cuarenta días.

Joder. Yo... *joder*.

Me dejo caer sobre la tapa cerrada del váter mientras todas las piezas encajan como en un rompecabezas horrible.

Las náuseas. El agotamiento que me arrastra desde hace días. La forma en que he tenido los pechos tan sensibles que apenas soporto llevar sujetador. El llanto... Dios, el *llanto*. Ayer lloré viendo un documental de naturaleza porque un elefantito se reencontraba con su madre. Un puto *elefante*.

Y hemos estado teniendo sexo. Mucho sexo. Sexo *sin protección*.

Aquella primera vez en su despacho... definitivamente no usamos nada. Ahora que lo pienso, no hemos usado nada en absoluto. Yo tomaba anticonceptivos antes de la boda, pero no he tenido acceso a mis pastillas desde que Leo me llevó. Y simplemente... no hablamos de ello. Nos dejamos llevar el uno por el otro y no pensamos y ahora...

Ahora podría estar embarazada.

La palabra resuena en mi cabeza, cada vez más fuerte. Embarazada. Embarazada. *Embarazada*.

Del bebé de Leo Santoro.

Mis manos empiezan a temblar violentamente y siento opresión en el pecho. Presiono las palmas contra mis muslos, intentando calmarme y no entrar en una espiral de pánico absoluta.

Respira, Emma. Respira.

Necesito saberlo con seguridad. Necesito hacerme una prueba antes de dejarme llevar por el pánico.

Pero ¿cómo demonios se supone que voy a conseguir un test de embarazo?

No puedo ir precisamente a hablar con Rosa o con cualquiera del personal y decirle: «Perdone, ¿puede llevarme a la tienda para que compre un test de embarazo?». Casi me río ante la idea, el sonido sale un poco histérico. Me imagino la cara que pondría Rosa. Los cotilleos que se extenderían por la casa en minutos. Leo se enteraría antes incluso de que yo lo supiera con certeza.

No. Absolutamente no.

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro por el baño, retorciéndome las manos, con la mente a mil por hora. Tiene que haber una manera. Tiene que haber alguna forma de conseguir un test sin que todo el mundo se entere, sin...

De repente me viene un recuerdo. Hace dos días. Pasaba por delante de uno de los baños de las criadas y oí voces. Maria y Beatrice, hablando en tono bajo y preocupado.

Maria pensaba que podía estar embarazada. Se le había retrasado la regla y estaba aterrorizada porque no estaba casada y ella y su novio apenas llegaban a fin de mes tal como estaban las cosas. Beatrice la había estado consolando, diciéndole que no se

asustara todavía, que tenía tests de embarazo escondidos en el armario del baño de un susto que había tenido meses atrás.

Yo seguí caminando, para no curiosear, pero recuerdo haber oído a Maria decir que se haría uno esa noche. Y al día siguiente la vi sonreír, riendo con Beatrice, sin la tensión en los hombros.

Había sido negativo.

Pero Beatrice había dicho que guardaba los que sobraban. Por si acaso.

Antes de que pueda echarme atrás, me pongo en marcha.

Me pongo unos pantalones de yoga y una camiseta y salgo del dormitorio al pasillo, con el corazón latiéndome con fuerza.

La casa está en silencio. La mayor parte del personal no llega hasta las nueve, y apenas son las ocho.

Me obligo a caminar con normalidad por el pasillo a pesar de que cada instinto me grita que corra. El baño de las criadas está escondido cerca de la escalera de servicio; es pequeño y funcional. Un lugar al que la familia nunca va.

Me escabullo dentro y echo la llave, con las manos temblándome tanto que apenas puedo girar el pestillo. El clic me parece increíblemente fuerte en el silencio.

El armario de debajo del lavabo está abarrotado de productos de limpieza, rollos de papel higiénico de repuesto, cajas de pañuelos y productos de higiene femenina. Lo revuelvo frenéticamente, apartando cosas, con el corazón latiendo tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

Por favor, que esté aquí. Por favor, por favor, que esté aquí.

Ahí está: al fondo del todo, detrás de una botella de lejía, una caja de tests de embarazo. El cartón está un poco doblado, los bordes gastados. Agarro la caja y la abro. Quedan tres pruebas en el envase.

Cojo una con las manos frías y me la guardo en el bolsillo. Luego lo reorganizo todo con cuidado para que parezca que no se ha tocado nada. Si Maria o Beatrice notan que falta un test, pensarán que se lo ha llevado la otra. Con suerte.

Vuelvo a salir al pasillo, con el pulso acelerado y el test quemándome contra la cadera a través de la fina tela del bolsillo.

No puedo hacérmelo en nuestro baño. ¿Y si vuelve Leo? ¿Y si termina su llamada antes de tiempo y viene a buscarme? ¿Y si alguien entra a limpiar?

Mi antigua habitación. En la que me alojé antes de que Leo y yo... antes de que todo cambiara. Ya nadie la usa. Nadie me buscaría allí.

Prácticamente corro por los pasillos, intentando que parezca que me muevo con naturalidad. Paso primero por la cocina, cojo un temporizador sin usar (el personal me ignora, gracias a Dios) y reanudo mi marcha apresurada hacia mi antigua habitación. Cuando llego a la puerta, entro deprisa y la cierro, apoyándome contra la madera un momento mientras intento recuperar el aliento.

La habitación se ve exactamente igual que hace dos meses, cuando me encerraron por primera vez. La cama está hecha con los bordes perfectos, las cortinas echadas, todo inmaculado y sin tocar. Parece que hace una eternidad que dormía aquí, que odiaba a Leo, que planeaba mi huida.

Ahora podría estar gestando a su hijo.

Me obligo a ir al baño contiguo. Me tiemblan tanto las manos que se me cae el test antes de poder desenvolverlo. Lo recojo y lo pongo sobre la encimera antes de respirar hondo varias veces.

—Hazte la prueba y ya está, Emma —me digo—. No sirve de nada entrar en pánico hasta que lo sepas. —Con eso, respiro una vez más y desenvuelvo la prueba. No necesito la caja de instrucciones para saber cómo se hace un test de embarazo. Orinar en el palito. Esperar tres minutos. Una raya significa que no estoy embarazada. Dos rayas significan...

Ni siquiera puedo terminar el pensamiento.

Me hago la prueba, con las manos temblorosas todo el tiempo, y luego la coloco con cuidado sobre la encimera. Todavía no puedo mirarla, así que me dejo caer en el suelo de baldosas frías, rodeando mis rodillas con los brazos, y espero.

Tres minutos parecen tres eternidades.

Me quedo mirando la junta entre las baldosas, contando los segundos, intentando respirar. Mi mente no deja de dar vueltas y pensar en todas las implicaciones si esta prueba es positiva.

Si estoy embarazada, todo cambia. *Todo*.

Si mi padre se las arregla de algún modo para recuperarme, estaré embarazada de un heredero de los Santoro. La traición definitiva a sus ojos. La prueba viviente y tangible de que no solo me sometí a mi cautiverio, sino que participé activamente en él. Que me enamoré de su enemigo. Perderá la cabeza. Podría desheredarme. Podría...

No. No voy a ir por ese camino.

Y Leo... ¿qué pensará Leo? ¿Se alegrará? ¿Se aterrorizará? ¿Lo verá como otra cadena que me ata a él, otro motivo de presión para mantenerme aquí? ¿O comprenderá que este bebé —si es que hay un bebé— no es una cuestión de presión ni de cautiverio? ¿Que se trata de amor, de la relación que hemos construido juntos en esta situación imposible?

¿Querrá siquiera ser padre? Nunca hemos hablado de niños. Nunca hemos discutido el futuro más allá de la crisis inmediata con mi padre. Por lo que yo sé, puede que Leo no quiera tener hijos en absoluto.

El pensamiento me provoca un pinchazo de miedo que no esperaba.

Pero bajo todo el terror, el pánico y la confusión, hay algo más. Algo cálido, frágil y de una intensidad aterradora.

Si estoy embarazada, quiero a este bebé.

La revelación me golpea con una claridad asombrosa. Quiero esto. Quiero a este bebé. Quiero este pedazo de Leo y mío.

Estoy perdiendo la puta cabeza.

Pero no puedo evitarlo.

Miro el temporizador. Han pasado tres minutos. En realidad, han pasado cinco minutos porque he estado aquí sentada en plena espiral.

Es hora de mirar.

Me obligo a levantarme con las piernas temblorosas y la boca más seca que el desierto del Sáhara. Mi corazón late tan fuerte que parece que va a romperme las costillas. Respiro hondo, intentando serenarme, y bajo la vista hacia el test en la encimera.

Dos líneas rosas.

Claras como el día. Inconfundibles. Resaltando sobre el plástico blanco.

Estoy embarazada.

Las piernas me fallan y vuelvo al suelo, con la espalda contra el armario, mirando esas dos líneas. No parece que pueda apartar la vista de ellas. No puedo procesar lo que significan.

Estoy embarazada del bebé de Leo Santoro.

El hombre al que mi padre quiere matar. El hombre que me secuestró en mi boda hace seis semanas. El hombre del que me enamoré a pesar de todas las razones para no hacerlo. El hombre en cuya cama duermo cada noche, en cuyos brazos me despierto cada mañana, de cuyo futuro no puedo imaginar no formar parte.

Llevo a su hijo dentro.

Las emociones me golpean todas a la vez: una marejada que amenaza con ahogarme. Terror, alegría, pánico y asombro, todo enredado hasta que no puedo distinguir qué es qué. Mi mano va a mi estómago automáticamente, presionando contra su superficie plana aunque no haya nada que sentir todavía, nada que ver.

Pero saber que está ahí —saber que hay una vida minúscula creciendo dentro de mí ahora mismo, un conjunto de células que es mitad de Leo y mitad mío— lo cambia *todo*.

Voy a tener un bebé.

Un *bebé*.

Entonces empiezan las lágrimas, calientes y rápidas, resbalando por mi cara. Aprieto la mano con más fuerza contra mi vientre y me dejo llorar por lo imposible de la situación, por el momento en que sucede, por las complicaciones que causará, y por el feroz amor protector que ya siento por esta pequeña vida.

Quiero a este bebé. Lo quiero tanto que me duele físicamente.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí sentada en el suelo del baño, llorando e intentando asimilar esto. Al final, las lágrimas se frenan y me quedo sintiéndome agotada, exhausta, aterrorizada y, de forma extraña e imposible, feliz.

Tengo que decírselo a Leo.

El pensamiento hace que mi corazón se acelere de nuevo. Merece saberlo. Merece oírlo de mí antes de que todo... antes de

que venga lo que tenga que venir. Porque algo va a pasar, lo siento en los huesos. Mi padre no se rinde.

¿Y si le pasa algo a Leo antes de que pueda decírselo? ¿Y si mi padre lo consigue? ¿Y si Leo nunca llega a saber que va a ser padre?

La idea hace que vuelva a sentirme mal.

Me obligo a ponerme en pie, con las piernas inestables. Me echo agua fría en la cara, intentando borrar el rastro de mis lágrimas. Tengo los ojos rojos y brillantes, la cara manchada, pero no hay nada que pueda hacer al respecto ahora mismo.

Recojo el test de embarazo, mirando esas dos líneas una vez más. La prueba. La evidencia. Un secreto que está a punto de hacerse real en el momento en que lo comparta.

Me lo guardo en el bolsillo y me dirijo a la puerta del baño.

Tengo que encontrar a Leo. Al garete sus conferencias telefónicas. Tengo que decírselo. Ahora.

Pero cuando mi mano toca el pomo, lo oigo.

Pum. Pum. Pum.

Disparos.

Lejanos pero inconfundibles. Vienen de fuera.

Luego gritos. Las alarmas empiezan a sonar. El sistema de seguridad que Leo instaló tras el atentado brama por toda la casa.

Más disparos. Más cerca ahora.

No. *Ahora* no. No cuando acabo de enterarme. No cuando necesito decírselo a Leo.

Corro hacia la ventana que hay fuera de mi antigua habitación. Esta zona de la casa da al frente de la propiedad y, cuando miro hacia afuera, los veo.

Hombres. Al menos cuarenta, quizá más. Armados. Avanzando hacia la casa.

Y al frente, dirigiéndolos con la confianza de quien es el dueño del mundo...

Mi padre.

Connor Brennan ha venido a por mí.

19

LEO

El primer disparo hace añicos el ventanal frontal de mi despacho.

Me pongo en pie antes de que el cristal toque el suelo, con la pistola ya en la mano aunque no recuerdo haberla desenfundado. Mi entrenamiento se activa de inmediato. En esta vida, la vacilación te mata.

—¡Qué cojones está pasando! —ladro por el teléfono.

La voz de Marcus responde tensa y cortante. —Brennan. Al menos cincuenta hombres, puede que más. Nos están atacando desde... joder, están en *todas partes*, jefe. Puertas principales, tengo contacto visual con el límite del bosque al oeste...

La línea se corta cuando una explosión sacude la casa. No ha sido lo bastante cerca como para ser dentro, pero sí cerca. Demasiado cerca. Puedo oler el humo.

Cincuenta hombres. Joder.

Me muevo hacia la ventana, manteniéndome agachado. El cristal roto cruje bajo mis zapatos. A través de la ventana destrozada puedo ver al menos a quince hombres avanzando por el césped delantero, usando los muros del jardín y la fuente como cobertura. Llevan equipo de grado militar y se mueven de forma coordinada. Esto no es un intento de rescate desesperado; esto es un *asalto* coordinado.

Connor Brennan finalmente ha declarado la guerra.

Mi seguridad es buena. Tengo a sesenta hombres en la propiedad, todos armados y entrenados. Pero estamos defendiendo, lo que significa que estamos en desventaja. Y de cincuenta a sesenta no son muy buenas probabilidades cuando ellos cuentan con el elemento sorpresa y la agresividad.

Emma. ¿Dónde está Emma?

El pensamiento me golpea como un puñetazo en el estómago. Estaba en nuestro dormitorio esta mañana. ¿Sigue allí? ¿Está a salvo? ¿Ha enviado Connor hombres por las ventanas, está ella ya...?

No. Concéntrate. No puedo ayudarla si estoy muerto.

Estallan más disparos y esta vez están más cerca. ¿Es dentro de la casa? No sabría decirlo. Se rompe un cristal en alguna parte. Alguien grita; uno de mis hombres o uno de los suyos, no lo sé.

—A todas las unidades —digo por la radio, con la voz más tranquila de lo que me siento—. Brennan tiene superioridad numérica, pero nosotros tenemos la posición superior. Mantened vuestras posiciones. No, repito, *no* avancéis más allá del perímetro de la casa. Haced que vengan a nosotros.

Tengo que llegar hasta Emma. Necesito...

Suena mi teléfono. Antonio.

—La segunda planta es segura —informa, con el crepitar de los disparos de fondo—. Tenemos buenos ángulos desde el balcón, no pueden avanzar por el frente sin recibir fuego intenso.

—¿Y el lado oeste? —exijo saber.

—Luca lo tiene controlado. Nos están probando pero nada serio todavía.

Eso son dos lados. Frente y oeste. Lo que significa que...

—¿Qué hay del este? —pregunto, dirigiéndome ya hacia las escaleras.

—No he tenido noticias de... —la voz de Antonio se corta al estallar más disparos—. ¡Joder, están presionando otra vez, tengo que colgar!

La línea se queda muerta.

El lado este. Ahí es donde está la entrada de servicio. El antiguo punto de acceso de cuando se construyó este lugar en los años veinte. Es una gruesa puerta de roble con refuerzos modernos, pero sigue siendo el punto más débil de las defensas de la casa. El arquitecto que diseñó las mejoras de seguridad quiso sustituirla por completo, pero me negué porque es original de la casa y tiene valor histórico.

Podría darme de patadas ahora mismo por unos pensamientos sentimentales tan estúpidos. Y ahora Connor está usando esa debilidad contra mí.

Peor aún, si fuerzan esa puerta, estarán en el pasillo de servicio con acceso directo a la cocina, las escaleras traseras y toda la planta baja. Podrían extenderse por la casa como la pólvora.

Estoy corriendo ahora, subiendo las escaleras a toda prisa. Mi teléfono vuelve a sonar pero lo ignoro. Lo único que importa es llegar hasta Emma, llevarla a algún lugar seguro donde Connor no pueda...

Dante aparece en lo alto de la escalera y casi choco con él.

La sangre le chorrea por un lado de la cara desde un corte sobre el ojo, haciéndole parecer sacado de una película de terror. Su camisa está desgarrada y hay más sangre. No sé si es suya o de otra persona, pero el agarre a su arma es firme.

—Perímetro este —dice, respirando con dificultad—. Los hombres de Brennan están presionando con fuerza. Tienen algún tipo de ariete; están intentando forzar la puerta reforzada. Los estamos reteniendo pero...

—¿Cuántos? —le interrumpo.

—Veinte. Quizá veinticinco —Dante se limpia la sangre del ojo con la manga, extendiéndola por su rostro—. Los estamos reteniendo pero no por mucho tiempo. Esa puerta no fue construida para esto. Cinco minutos, quizá diez antes de que entren.

Cinco minutos. El perímetro este conduce al ala oeste. A Emma.

—Duplica los hombres en esa puerta —digo, pasando ya de largo —. Usa las ametralladoras fijas si es necesario. Connor no entra en esta casa.

—¿A dónde cojones vas? —Dante me agarra del brazo, obligándome a girar.

—Necesito poner a salvo a Emma.

—¡Necesitas coordinar la defensa! —grita Dante con rabia, con las mejillas empezando a enrojecer—. Estamos a punto de ser arrollados y tú estás preocupado por...

—Por Emma —termino yo, con voz dura—. Sí.

—¡Vamos a morir todos si no te centras! —Dante aprieta más el brazo—. ¡Olvida a la chica cinco minutos y ayúdame a salvar tu puta casa!

—No puedo —digo, y escucho la desesperación en mi propia voz —. No puedo pensar si ella no está a salvo. No puedo concentrarme si no sé dónde está, si Connor ha llegado hasta ella...

—¡Entonces vas a hacer que nos maten a todos! —Dante me suelta el brazo y me empuja hacia atrás—. ¡Estás tan ocupado pensando con la polla que no puedes ver el panorama general!

—Cuidado —le advierto, con voz peligrosa.

—¡No, ten cuidado tú! —Dante da un paso adelante, encarándose conmigo. Nunca lo he visto tan enfadado. Ha desaparecido mi segundo al mando, frío y sensato—. *Tú* la trajiste aquí. *Tú* empezaste esta guerra con los Brennan porque querías venganza. Y ahora que él está aquí —ahora que está de verdad ante nuestras puertas con cincuenta putos hombres y estamos luchando por nuestras vidas—, ¡ni siquiera puedes concentrarte lo suficiente para salvarnos porque estás demasiado ocupado preocupándote por tu puta cautiva!

Veo rojo. ¿Así es como la ve Dante? ¿Una cautiva? Como si no lo fuera todo.

—Ella no es... —empiezo, pero Dante me corta.

—¡Ella *lo es*! —grita—. ¡Es la hija de Connor Brennan y tú la secuestraste y ahora él está aquí para recuperarla y tú te comportas como si...!

No recuerdo haber decidido empujarlo. No recuerdo mis manos yendo a su pecho. Pero de repente Dante está tropezando hacia atrás contra la pared y yo estoy ahí con él, con el antebrazo cruzado sobre su garganta.

—No vuelvas a hablar de ella así en tu vida —gruño, disfrutando de cómo Dante forcejea contra mi agarre.

Los ojos de Dante echan chispas y entonces su puño viene hacia mi cara. Apenas logro girar la cabeza a tiempo, pero sus malditos nudillos me rozan la mandíbula en lugar de romperme la nariz. El impacto hace que vea estrellas.

Tropiezo hacia atrás y Dante se separa de la pared lanzando golpes. Su siguiente puñetazo me alcanza en las costillas y gruño; el dolor explota en mi costado pero uso el impulso para agarrar su brazo, girar y estamparlo de nuevo contra la pared.

—¡Basta! —grito, haciendo una mueca por el dolor. Joder, eso ha *dolido*.

—¡Basta tú! —responde Dante a gritos, y usa su mano libre para agarrarme de la camisa, acercándome—. ¡Deja de pensar en ella durante cinco putos minutos y ayúdame a salvar lo que queda de tu familia! ¡Lo que queda de tus hombres! ¡Están muriendo ahí abajo, Leo! ¡Están muriendo mientras tú estás aquí arriba jugando a Romeo!

Las palabras atraviesan mi rabia. Mis hombres. *Muriendo*.

Porque no estoy ahí abajo liderándolos. En cambio, estoy aquí arriba peleándome con mi consigliere en lugar de luchar contra Connor.

Emma me ha vuelto débil.

Suelto a Dante y doy un paso atrás, respirando con dificultad. Mis costillas gritan donde me ha golpeado y ya noto cómo se me hincha la mandíbula.

Dante también respira agitado, limpiándose más sangre del ojo. Nos miramos fijamente durante un largo momento, con el eco de los disparos resonando por toda la casa a nuestro alrededor.

—Cinco minutos —digo finalmente—. Dame cinco minutos para poner a salvo a Emma, y después me haré cargo de la defensa del este yo mismo.

—Puede que no tengamos cinco minutos —argumenta Dante, aunque parte de la ira se ha drenado de él.

—Entonces gáname ese tiempo —le pido—. Por favor, Dante. Necesito saber que está a salvo. Necesito... —mi voz se quiebra—.

No puedo perderla.

Dante me mira fijamente durante un largo rato. Su expresión se suaviza ligeramente, aunque sus ojos siguen endurecidos por la frustración.

—Cinco minutos —accede finalmente—. Después de eso, estaremos luchando con ellos en los pasillos. Y si no estás allí, estamos todos muertos. Incluida Emma.

Nadie va a llegar hasta Emma para hacerle daño. —Estaré allí —prometo.

Dante asiente una vez, luego se da la vuelta y corre de regreso hacia el perímetro este.

No puedo luchar y proteger a Emma al mismo tiempo, así que necesito que esté en algún lugar seguro, donde sepa que no pueden alcanzarla.

Primero, nuestro dormitorio. Cruzo la puerta de golpe, con el arma todavía en la mano y el corazón latiéndome con fuerza. —¡Emma!

Vacío. La cama está hecha. La puerta del baño está abierta, mostrando una estancia vacía más allá. Ni rastro de ella.

La biblioteca. Siempre está en la biblioteca.

Corro por el pasillo, con mis pasos resonando y mi mente imaginando las peores posibilidades. ¿Y si ya está en manos de su padre?

La biblioteca también está vacía. Los libros están intactos en las estanterías. Su sillón favorito está desocupado. La ventana está entera.

¿Dónde cojones está?

El pánico me atenaza la garganta ahora. Voy revisando las habitaciones a medida que paso por delante de ellas. Todas vacías. Todas en silencio salvo por el sonido distante de los disparos que me recuerdan que estoy perdiendo el tiempo. Mis hombres están muriendo mientras yo busco por la casa como un loco.

Pero no puedo hacer nada hasta que sepa dónde está Emma.

Suena mi teléfono —Antonio— y por poco no respondo, pero el entrenamiento se impone al pánico.

—Estado —ladro.

—El frente resiste. ¿Dónde estás?

—Buscando a Emma —digo, doblando una esquina bruscamente, con la respiración entrecortada. Joder, si sobrevivo a esto, voy a ir al gimnasio tres veces al día—. ¿La has visto? ¿Alguien la ha visto?

—Negativo —dice Antonio urgentemente—. Leo, te necesitamos aquí abajo...

Cuelgo y sigo buscando.

El ala este. Quizá haya oído que el asalto empezaba por ese lado y ha ido a ver qué pasaba, quizá esté escondida en una de esas habitaciones...

Entonces la veo.

Ala oeste. Está cerca de su antiguo dormitorio. ¿Por qué demonios estaría por aquí? Pero el pensamiento se disuelve porque el alivio me golpea con tal fuerza que casi me tambaleo.

Está pegada a la pared, con el rostro blanco como el papel y los ojos desorbitados. Pero cuando me ve, el alivio inunda sus facciones y prácticamente corre hacia mí.

—¡Leo! —Me agarra de los brazos—. ¿Qué está pasando? ¿Es... está mi padre aquí? ¿Ha vuelto?

—Sí —digo sin rodeos, porque no tiene sentido mentirle. Mis manos van a sus hombros, revisándola rápidamente. Nada de sangre. Sin heridas visibles. Gracias a Dios—. Ha traído al menos a cincuenta hombres. Están atacando la finca desde tres frentes.

El rostro de Emma palidece aún más, pero aprieta la mandíbula. —Entonces tengo que ayudar —dice con firmeza—. Puedo hablar con él.

—No. —Le cojo la mano y empiezo a tirar de ella por el pasillo.

—Leo, espera... —Emma se planta, resistiéndose—. Si hablo con él y le digo que estoy bien, quizá él...

—Me matará y se te llevará —digo tajante, sin dejar de tirar de ella—. Eso es lo que hará.

—¡Tú no lo sabes! —Emma se suelta la mano de un tirón y tengo que detenerme y girarme para mirarla—. ¡Es mi padre! Si le digo que estoy a salvo y que quiero quedarme...

Me paso una mano por la cara. ¿Qué coño es lo que no entiende? —Emma.

—¡Déjame hablar con él! —dice desesperada, con sus ojos verdes increíblemente grandes—. ¡Déjame intentarlo! ¡Quizá pueda acabar con esto sin que muera nadie más!

—Absolutamente no —digo, intentando alcanzarla de nuevo—. Vas a ir a un lugar seguro.

Emma retrocede, con los ojos echando chispas. —¿*Seguro*? ¿Mientras tú y mi padre os matáis el uno al otro? ¿Mientras tus hombres mueren? ¡No pienso quedarme escondida!

Niego con la cabeza. —No tienes elección.

—¡*Yo sí* tengo elección! —grita Emma, y sigue retrocediendo por el pasillo, manteniendo la distancia entre los dos—. ¡Es mi padre! ¡Es mi vida! ¡No tienes derecho a encerrarme como a... como a una damisela en una puta torre!

—Emma, por favor. —Doy un paso hacia ella y ella da dos hacia atrás.

—¡No! ¡Escúchame! —Levanta las manos, como si intentara físicamente mantenerme alejado—. Puedo terminar con esto. Si bajo allí y le digo que elijo quedarme y que es decisión mía, ¡quizá me escuche!

—No escuchará. —Me lanzo hacia ella y mi mano rodea su muñeca—. A Connor no le importan tus elecciones. Solo le importa recuperarte y castigarme.

—¡Tú no lo sabes! —A Emma se le quiebra la voz—. No sabes lo que hará si yo...

—Sé exactamente lo que hará —la interrumpo, y aprieto con más fuerza su muñeca—. Ahora, ven.

Emma sacude el brazo, intentando soltarse. —¡Suéltame! —grita ella.

Gruño de frustración. —Emma, haz de una puta vez lo que te digo.

—¡No! ¡No soy una niña! —grita, y ahora lucha conmigo en serio, tirando para zafarse de mi agarre—. ¡No soy una cosa indefensa a la que tengas que proteger! Puedo tomar mis propias decisiones y he decidido que...

—Has decidido esconderte —digo con firmeza, arrastrándola hacia el segundo despacho—. Porque necesito saber que estás a

salvo.

—¡Y yo necesito detener esto! —Emma planta los pies, obligándome a arrastrarla—. ¡Leo, está muriendo gente! ¡*Tu* gente! Si hay alguna posibilidad de que pueda detenerlo...

—No la hay —le digo, y ya estamos ante el despacho. Abro la puerta de una patada.

—¡Tú no lo sabes! —Emma se retuerce, intentando escaparse de mi agarre, y gruño por el esfuerzo que tengo que hacer para mantenerla cerca—. ¡Déjame intentarlo! ¡Déjame al menos *intentarlo*!

—No.

—¿Por qué? —exige Emma, y se agarra al marco de la puerta, resistiéndose—. ¿Por qué no me dejas intentar salvar vidas?

—¡Porque no puedo perderte! —Las palabras explotan en mi interior, crudas y desesperadas—. Si te pasa algo mientras intentas hablar con tu padre, si uno de sus hombres te dispara o si Connor decide que es mejor que estés muerta antes que conmigo... Emma, no puedo. No puedo pensar si estoy preocupado por ti. No puedo luchar si parte de mi cerebro está siempre preguntándose dónde estás, si estás herida o...

—¡Y yo no puedo quedarme aquí sentada mientras tú *mueres*! —grita Emma, y ahora tiene lágrimas en la cara—. ¿Y si te mata, Leo? ¿Y si bajas allí y te dispara y yo estoy encerrada y no puedo... no puedo...!

Se le quiebra la voz y aprovecho ese momento para separarla del marco de la puerta y meterla en el despacho.

La estantería está en la pared del fondo. Tercer estante desde arriba, secuencia específica.

—Leo, no te *atrevas*... —Emma ve hacia dónde vamos y la comprensión inunda su rostro—. ¡No! ¡No, no lo haré... no puedes obligarme a...!

—Puedo y lo haré —digo, activando el mecanismo.

La estantería gira hacia fuera con un siseo mecánico, revelando la puerta de acero de la habitación del pánico que hay detrás.

A Emma se le desencajan los ojos. Se revuelve contra mi agarre con todas sus fuerzas y casi la pierdo. —¡*No lo haré!* —grita ella—.

¡Leo, *no lo haré!*

Lucha conmigo como un animal acorralado. Su mano libre araña mi muñeca, sacándome sangre con las uñas. Intenta pisotearme el pie y echar todo su peso hacia atrás; intenta todo lo que se le ocurre para liberarse.

Me recuerda a la primera vez que la tomé. La forma en que luchó, pataleó y gritó, negándose a someterse. El fuego en sus ojos, la negativa absoluta a rendirse.

Es curioso cómo han cambiado las cosas y cómo, a la vez, siguen igual. Emma se ha vuelto tan indispensable para mí como el aire que respiro.

—¡Tengo que ayudar! —logra decir Emma entre jadeos mientras forcejea—. ¡Es mi padre! Déjame...

—No —digo, y odio lo frío que sueno. De verdad odio estar haciéndole esto. Pero la rodeo con los brazos por detrás, inmovilizándole los brazos contra los costados.

Emma se encabrita y se sacude, a punto de soltarse. —¡Esto es exactamente igual que antes! —grita—. ¡Estás haciendo lo mismo que hiciste cuando me secuestraste! No escuchas, no me das opción, simplemente...

—Te estoy manteniendo con vida —digo entre dientes, medio cargándola y medio arrastrándola hacia la puerta de la habitación del pánico. Me da patadas en las espinillas, intentando enganchar el pie en el marco de la puerta, luchando con todo lo que tiene.

—¡Puedo *ayudar*! —La voz de Emma suena ronca de tanto gritar —. ¡Leo, por favor, puedo detener esto! ¡Puedo salvarte!

—Harás que te maten —le digo, y ya estamos ante la puerta—. Y yo no voy a... no puedo... Emma, por favor...

—¡Entonces déjame luchar contigo! —Emma se retuerce en mis brazos, logrando quedar frente a mí. Sus ojos desbordan lágrimas, su rostro está encendido por el esfuerzo y el miedo—. ¡No me encierres! ¡Déjame estar a tu lado! Déjame...

—Te quiero —la interrumpo, y me tiembla la voz—. Por eso hago esto. Porque te quiero más que a nada y necesito saber que estás a salvo.

—¡Si me quisieras me dejarías enfrentarme a él contigo! Leo, por favor... *por favor*...

Ahora me araña, aferrándose a mi camisa con los puños, atrayéndome hacia ella justo cuando la empujo por el umbral. —No hagas esto —suplica—. No me dejes aquí encerrada. ¿Y si no vuelves? ¿Y si mueres y yo me quedo aquí encerrada y nunca llego a...?

—Volveré a por ti —prometo, y lo digo con cada fibra de mi ser. Le cojo la cara con las manos, obligándola a mirarme—. Cuando esto termine, volveré a por ti. Te lo juro, Emma. Te lo *juro*.

Ella pone sus manos sobre las mías, con la mirada desesperada. —Llévame contigo —suplica—. Déjame estar a tu lado. No me importa si es peligroso, no me importa si...

—A mí sí me importa —digo con rudeza, y luego le digo «perdóname» mientras la empujo hacia atrás. Ella trastabilla, dándome tiempo suficiente para retroceder y cerrar la puerta de golpe.

El sonido del acero chocando contra el acero es el peor ruido que he oído en mi vida.

Emma se lanza contra la puerta de inmediato, aporreando el metal. —¡Leo! ¡No hagas esto! ¡*Leo*!

Puedo oír sus gritos y el sonido de sus puños golpeando la puerta, y necesito hacer un esfuerzo sobrehumano para no volver a abrirla.

Pero no puedo.

En su lugar, introduzco el código de cierre —un número de ocho dígitos que solo Dante y yo conocemos— y los pernos de acero se deslizan a su sitio con un último y terrible clic.

Es lo más difícil que he hecho nunca.

Más difícil que enterrar a mi hermano o que enamorarme de ella a pesar de saber que era la peor decisión posible que podía tomar.

Pero al menos está a salvo.

Presiono la palma de la mano contra la puerta de acero solo un segundo, deseando poder sentirla al otro lado. Debería haberle dicho todo lo que pensaba esta mañana cuando estábamos en la cama. Dios, parece que haya pasado una vida entera. Que ella lo es todo

para mí. Que amarla me ha cambiado de formas que aún estoy descubriendo. Que, si no salgo de esta, debería saber que fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

Pero no hay tiempo.

Connor Brennan está a mis puertas con cincuenta hombres armados, y tengo una guerra que librar.

Me obligo a apartarme de la puerta, lejos de los gritos amortiguados de Emma, y vuelvo abajo.

Dante espera al pie de la escalera con el rostro sombrío. —La puerta este aguanta, pero por poco. Y Connor acaba de aparecer en persona; está en la puerta principal con una docena de hombres. Pide hablar contigo.

—Dile que se vaya a la mierda —digo, revisando mis armas. Dos pistolas, cargadores extra, un cuchillo sujeto al tobillo. Saco a Emma de mi mente ahora que sé que Connor no puede llegar hasta ella—. Nosotros no negociamos con gente que ataca nuestro hogar.

—Leo —dice Dante con cautela—, tiene cincuenta hombres. A nosotros nos quedarán unos cuarenta tras el asalto inicial. Las probabilidades no son buenas.

—No me importan las probabilidades —digo con dureza—. ¿Connor Brennan quiere recuperar a su hija? Que intente llevársela. Pero tendrá que pasar por encima de mi cadáver primero.

Dante me mira fijamente durante un largo momento y luego asiente despacio. —¿Dónde me quieres?

—En la puerta este —le digo—. Evita que entren. Yo me ocupo del frente.

—¿El frente? —Los ojos de Dante se agrandan ligeramente tras sus gafas sucias—. ¿Donde está Connor?

—Donde está Connor —confirmo.

Porque esto termina de una forma u otra. O Connor se lleva a Emma sobre mi cadáver, o me aseguro de que no vuelva a amenazarla nunca más.

Me dirijo hacia la entrada principal, con mis pasos resonando en el pasillo, y mis pensamientos vuelan inmediatamente hacia Emma. Me odiará para siempre, pero al menos sé que está a salvo.

Voy a volver a por ti, prometo en silencio. *Cueste lo que cueste.*

Pero primero, tengo que enfrentarme a su padre.
Y solo uno de los dos saldrá vivo de esto.

20

EMMA

Si mi padre no ha matado a Leo, entonces voy a matarlo yo misma.

Con mis propias manos. Lentamente. Posiblemente con algún desmembramiento de por medio.

La furia arde con tanta intensidad en mi pecho que, por un momento, me impide respirar. *Cómo se atreve*. Cómo se atreve a encerrarme aquí como si fuera una criatura indefensa que necesita protección, como si fuera una muñeca a la que poner en un estante mientras la gente de verdad se encarga de los problemas de verdad.

Vuelvo a arremeter contra la puerta, golpeando el acero con los puños con tanta fuerza que el dolor me recorre los brazos. —¡Leo Santoro, sácame de aquí ahora mismo!

Nada. Solo el eco de mi propia voz en esta maldita caja de acero.

Golpeo con más fuerza, gritando hasta que me quedo afónica. —¡Te juro por Dios que cuando salga de aquí voy a matarte! ¿Me oyes? Voy a—.

Apoyo mal el puño y el dolor estalla en mis nudillos. Miro hacia abajo y veo cómo brota la sangre de la piel abierta; mis manos ya se están poniendo moradas por los hematomas.

Bien. Cuando vea a Leo, quiero que vea lo que ha provocado al encerrarme. Quiero que vea la prueba de mi rabia.

Si es que sigue vivo.

El pensamiento intenta colarse entre mi ira y lo aparto violentamente. No. No voy a permitir que el miedo tome el control. Estoy demasiado cabreada para sentir miedo.

Pero me tiemblan las manos al apoyarlas contra la puerta, y lo odio. Odio el temblor. Odio que una parte de mí esté muerta de miedo pensando que Leo está ahí fuera haciendo que lo maten mientras yo estoy atrapada en este ataúd.

En el que él me ha metido.

Voy a hacer que se arrepienta el resto de su vida, que va a ser considerablemente corta.

Me aparto de la puerta, respirando con dificultad, intentando pensar a pesar de la rabia. Lo más probable es que la habitación del pánico esté insonorizada, lo que significa que gritar hasta quedarme ronca no va a servir de nada, salvo quizá para dañarme las cuerdas vocales.

Vale. *Vale*. Si no puedo salir a gritos, saldré pensando.

Porque Emma Brennan no fue educada para ser una inútil. No me criaron para sentarme en silencio en una habitación cerrada y esperar a que los hombres decidan mi destino. Aunque eso fuera lo que mi padre quería, mi madre hizo todo lo posible para que yo fuera fuerte.

Observo la habitación del pánico con otros ojos, obligándome a verla no como una prisión, sino como un puzle. Tiene que haber una debilidad. Tiene que haber algo de lo que pueda aprovecharme.

La habitación mide unos cuatro metros por cuatro. Paredes de acero. Puerta de acero. Un catre en una esquina con mantas y almohadas. Estanterías provistas de botellas de agua, barritas de proteínas y otros aperitivos. Un pequeño baño en la esquina con un inodoro y un lavabo. Luces en el techo demasiado brillantes que están empeorando mi dolor de cabeza por la rabia.

Y allí, en la pared del fondo, una rejilla. El sistema de ventilación.

Corro hacia ella, con las manos ya buscando la rejilla. Está atornillada, pero quizá pueda—.

Los tornillos son diminutos. Algún tipo de tornillos de seguridad que requieren una herramienta especial que no tengo. Intento hacer

palanca con las uñas y solo consigo romperme dos hasta la carne viva.

—¡Joder! —le grito a la rejilla, a la que no le importan mis problemas.

De acuerdo. La ventilación no. ¿Qué más?

Camino por la habitación con la mente a mil por hora. Piensa como Leo. Piensa como alguien que diseña habitaciones del pánico. Tiene que haber una forma de salir desde dentro; probablemente las normas de edificación lo exijan, por seguridad contra incendios o algo así. No puedes atrapar a alguien en una caja de acero sin una salida de emergencia.

Hay un panel de control junto a la puerta. Es pequeño y está montado a la altura del pecho. Tiene un teclado y una pantalla pequeña que actualmente muestra *BLOQUEADO* en letras rojas que me parecen rematadamente inútiles.

Pulso botones al azar. No pasa nada. La pantalla sigue mostrando *BLOQUEADO* con sus prepotentes letras rojas.

Pruebo con lo que creo que podría ser el código de Leo: su cumpleaños, el mío, la fecha en que me llevó. Qué demonios, hasta pruebo con el primer día que tuvimos sexo y cada número significativo que se me ocurre. Nada. Solo un pitido de error que suena irritantemente alegre. Después del quinto intento fallido, en la pantalla parpadea: *MODO DE BLOQUEO ACTIVADO. TECLADO DESACTIVADO DURANTE 10 MINUTOS*.

—¡Tiene que ser una broma! —Golpeo con el puño la pared junto al panel e inmediatamente me arrepiento cuando el dolor me recorre los nudillos, que ya estaban amoratados. Suelto un grito de dolor y me masajeo la mano, sintiendo que se me saltan las lágrimas.

Diez minutos. No *tengo* diez minutos. Leo podría estar muerto en diez minutos. Mi padre podría estar muerto. Todo el mundo podría estar muerto y yo seguiría aquí dentro.

No. No voy a esperar diez minutos.

Tiene que haber algo más. Otra forma.

Paso las manos por las paredes, buscando cualquier cosa inusual. Un botón oculto. Un pestillo secreto. *Algo*. El acero se siente liso y frío bajo las palmas de mis manos, no revela nada. Reviso cada

esquina y cada junta, cada lugar donde las paredes se unen con el suelo o el techo.

Nada. Nada. *Nada*.

Voy a volverme loca, joder. Voy a—.

Espera.

Hay una junta. Es pequeña, casi invisible, justo al lado del panel de control, parcialmente oculta por el propio panel.

Un panel detrás del panel. Eso es tan propio de Leo que casi resulta gracioso. El bastardo paranoico probablemente tiene sistemas redundantes para todo.

Hundo las uñas en la junta y tiro. Nada. Está herméticamente cerrado, probablemente con un bloqueo magnético o algo igualmente imposible de abrir solo con las manos.

Necesito hacer palanca. Algo fino y lo bastante fuerte para meterlo en la ranura. Corro hacia las estanterías y estudio mis opciones.

Las barritas de proteínas son inútiles. Las botellas de agua son de plástico. El catre tiene una estructura metálica, pero está atornillado al suelo. El baño tiene...

Corro al lavabo y abro de un tirón el pequeño armario. Papel higiénico. Productos de limpieza. Un desatascador. Completamente inútil para forzar paneles de seguridad.

Pero entonces lo veo y es como si los cielos se hubieran abierto y los ángeles estuvieran cantando.

Un botiquín de primeros auxilios.

Lo cojo y vacío el contenido en el suelo. Vendas, antiséptico, gasas, esparadrapo, analgésicos... *ahí*. Unas tijeras médicas pequeñas, de esas de punta roma, pero son de metal y son finas.

Bingo.

Vuelvo corriendo al panel y clavo las tijeras en la junta, haciendo palanca con todas mis fuerzas. Tengo las manos sudorosas y frías, lo que dificulta el agarre. Las tijeras resbalan y casi me apuñalo la palma de la mano.

—Vamos —le gruño al panel, volviendo a encajar las tijeras—. Ábrete, pedazo de—.

Durante un instante horrible no pasa nada y pienso que me equivoco, que no hay ningún panel aquí, que solo estoy arañando inútilmente una pared mientras mueren hombres ahí fuera. Mientras Leo muere. Mientras mi padre—.

El panel se abre con un pequeño chasquido que suena increíblemente fuerte en la habitación silenciosa.

Detrás hay un lío de cables y circuitos que parece el interior de un ordenador que ha explotado. También hay una pequeña pantalla con un texto que tengo que leer entornando los ojos bajo la tenue luz del interior.

PROTOCOLO DE ANULACIÓN DE EMERGENCIA

La liberación manual requiere la introducción secuencial de los códigos de respaldo O la liberación mecánica del mecanismo de bloqueo principal. ADVERTENCIA: La liberación mecánica activará el sistema de alarma y alertará a todo el personal de seguridad.

De hecho, suelto una carcajada, aunque suena un poco histérica. Alertar al personal de seguridad. Como si no estuvieran todos intentando matarse unos a otros ahora mismo en la casa que me rodea.

Debajo del texto hay un diagrama. Muestra el mecanismo de cierre: una serie de pernos que se deslizan a su sitio cuando la puerta se bloquea. Y allí, marcado en rojo, hay una liberación manual. Una palanca de la que puedo tirar si logro llegar a ella.

El problema es que la palanca está dentro de la pared, detrás de más paneles y de lo que parecen aproximadamente siete mil cables que probablemente sean importantes para algo.

Me quedo mirando el diagrama, intentando memorizarlo. La palanca está... ahí. Detrás de los cables azules. ¿O son verdes? La iluminación de este panel es espantosa.

No importa. Solo tengo que apartar los cables, tirar de la palanca y salir pitando de aquí.

Sencillo.

Salvo que probablemente esté a punto de electrocutarme y nunca lo conseguiré, y qué pasará si eso significa que Leo está perdiendo, qué pasará si eso significa—.

Concéntrate, Emma. Una cosa cada vez.

Vuelvo a coger las tijeras y empiezo a hurgar en los cables, intentando exponer más el mecanismo. Me cuesta tres intentos colocar bien las tijeras debido a la humedad de mis manos.

Un cable se suelta y saltan chispas. Retiro la mano de un tirón con un grito y las tijeras caen al suelo. Mis dedos solo tienen quemaduras leves, pero se siente como si hubiera tocado un hornillo caliente. El olor a piel chamuscada flota en el aire, provocándome una ligera náusea.

Cojo las tijeras de nuevo, ignorando la quemadura. Ignoro todo excepto la necesidad de abrir esta puerta.

Otro cable. Este no echa chispas, pero es resistente, recubierto de una goma gruesa que se resiste a las tijeras. Tengo que serrarlo, sintiendo cómo me arden los músculos del brazo por el esfuerzo.

Finalmente cede y casi me doy un puñetazo en la cara por el impulso.

Más cables. Algunos se sueltan fácilmente. Otros me dan guerra. Me estoy cortando los dedos con los bordes afilados de la carcasa metálica; la sangre hace que todo esté resbaladizo. Me limpio las manos en los leggings y continúo.

Ya puedo ver mejor el mecanismo. El diagrama no mentía; definitivamente hay una palanca ahí dentro. Es roja y parece burlarse de mí desde detrás de un enredo de cables que aún no he despejado.

—Ya casi está —me murmuro a mí misma—. Vamos, Emma, tú puedes. Has desmontado cosas más difíciles que esta.

No es verdad. Jamás he desmontado un sistema de seguridad en mi vida. Pero mentirme parece que ayuda, así que sigo haciéndolo.

Otro cable. Luego otro más. El brazo se me está acalambrando por el ángulo forzado y mis dedos quemados protestan a cada movimiento. Ahora hay sangre en los cables, en el panel y empapando las tijeras. No me importa.

Ahí. *Ahí.* Ya veo la palanca claramente detrás de la última capa de cableado.

Meto la mano, que apenas cabe por el hueco que he creado. Los bordes de la carcasa me rozan el brazo, con el filo suficiente para

sentir cómo se desgarra la piel. La sangre caliente me gotea hasta el codo, pero no la retiro.

Mis dedos rozan la palanca. Tan cerca. Solo un poco más—.

Las yemas de mis dedos la tocan, pero no consigo agarrarla. El ángulo es incorrecto. Meto el brazo más profundamente en el hueco, sintiendo más raspones y desgarros, con el hombro ahora apretado contra la pared.

—Vamos, vamos —murmuro, con la mano buscando la estúpida palanca de las narices.

Mis dedos se cierran alrededor de la palanca y casi desfallezco de alivio.

Oh, gracias a *Dios*.

Tiro.

Durante un segundo horrible, no pasa nada. La palanca no se mueve. ¿He roto algo? ¿He cortado el cable que no era? ¿Va a—?

La palanca cede con un pesado *clonc* que más que oír, siento: el sonido de los pernos al retraerse, el metal pesado deslizándose por las guías de acero.

La puerta hace clic.

Sin alarmas. Sin luces parpadeantes. Sin una voz automatizada diciéndome que acabo de cometer una brecha de seguridad. Solo ese pequeño sonido que significa libertad.

Salgo disparada hacia delante, agarro el pomo de la puerta y tiro. Se abre de golpe y casi me caigo, con las piernas temblorosas por la adrenalina, la rabia y el tiempo que haya pasado destruyendo sistemáticamente un sistema de seguridad con unas tijeras médicas.

—¡Ja! —grito con excitación, inhalando el olor del despacho de Leo. Tengo las manos cubiertas de pequeños cortes y la sangre me gotea de los dedos. Mis nudillos están morados e hinchados de aporrear la puerta. Mi brazo tiene un tajo largo de los cables que está calando mi camiseta. Tengo quemaduras en las palmas por las chispas de los cables.

Parece que haya estado en una pelea.

Bien. Leo necesita saber exactamente cuánto le ha costado su «protección».

Si es que sigue vivo.

El pensamiento amenaza con abrumarme y lo reprimo con fuerza. Está vivo. Tiene que estarlo. No he escapado de una maldita habitación del pánico solo para descubrir que ha muerto. No he destrozado el cableado ni me he cortado las manos en mil pedazos solo para llegar tarde.

Y hay algo más. Algo en lo que no me he permitido pensar desde que vi esas dos rayas rosas esta mañana. Dios, ¿de verdad ha sido solo esta mañana? Parece que fue hace una vida.

Estoy embarazada del bebé de Leo.

Y tanto Leo como mi padre están ahí fuera intentando matarse el uno al otro y ninguno de los dos lo sabe. Ninguno sabe que ahora hay una cuarta persona en esta ecuación, un minúsculo cúmulo de células que depende de que sus dos padres sobrevivan a esto para poder vivir.

La ironía tendría gracia si no fuera tan jodidamente retorcida.

Bajo la mirada hacia mi vientre. Ahora sé lo que puedo perder.

Todo. Lo tengo todo por perder.

Así que no voy a perder nada.

El pasillo exterior está vacío, pero puedo oírlo: los sonidos de la batalla. Disparos, ahora más cerca. Gritos. Algo que podría ser una explosión o una puerta saltando por los aires.

Y bajo todo eso, el olor. Es acre y metálico, y me provoca arcadas. Huele a humo, a sangre y a pólvora.

Corro hacia allí.

La casa es una zona de guerra.

Hay un cuerpo al final del pasillo. Uno de los hombres de Leo; Marcus, creo, aunque hay tanta sangre que no puedo estar segura. Tiene los ojos abiertos y fijos en la nada. Hay un agujero en su pecho, justo donde debería estar el corazón.

Me detengo y me obligo a mirar. Necesito reconocer que esto era una persona. Alguien que reía y desayunaba y tenía una vida, y ahora simplemente... se ha ido.

Se me revuelve el estómago y por un segundo creo que voy a vomitar. Las lágrimas me nublan la vista, pero trago saliva con fuerza y paso por encima de él; me tiemblan las piernas.

No puedo desmoronarme ahora. Ya lo haré después.

Hay más cuerpos en el hueco de la escalera y me estremezco violentamente al verlos desparramados allí. Tengo que abrirme paso entre ellos con cuidado, tratando de no pisar a nadie. Hago lo posible por no mirarles las caras, pero las veo de todos modos. Jóvenes. Algunos son tan *jóvenes*. Quizá veinte, veinticinco años. Uno de ellos tiene una foto asomando por el bolsillo. ¿Una novia? ¿Una hermana? No lo sé y no estoy segura de querer saberlo.

El humo es más denso en la primera planta. Me abrasa los pulmones y hace que me lloren los ojos. No alcanzo a ver más allá de un metro frente a mí; me subo la camiseta por encima de la nariz y la boca y sigo avanzando.

Necesito un arma.

El pensamiento es aséptico, como si no estuviera caminando por una casa llena de cadáveres. Esto es solo otro problema que resolver.

Ahí. Una pistola, caída junto a uno de los cuerpos. Es una Glock, creo. Mi padre tiene unas cuantas. Me enseñó a usarlas cuando tenía doce años, a pesar de las protestas de mi madre. —Todo el mundo debería saber manejar un arma —había dicho él—. Todo el mundo debería saber comprobar si está cargada, cómo apuntar y cómo disparar si hace falta.

Nunca pensé que me haría falta.

Cojo la pistola con manos torpes. Compruebo la empuñadura y la corredera antes de extraer el cargador. Suelto un juramento. Solo quedan cinco balas. No es mucho, pero es mejor que nada. Vuelvo a insertarlo y meto una bala en la recámara antes de quitar el seguro.

La empuñadura está resbaladiza por la sangre de otra persona, pero la sostengo con firmeza, con el dedo fuera del gatillo como me enseñaron. Mis manos han dejado de temblar. En realidad, *todo* ha dejado de temblar. Me siento extrañamente tranquila ahora, como si me hubiera metido en el cuerpo de otra persona.

Atravieso corriendo el comedor y me quedo helada.

La mesa —la hermosa mesa antigua donde Leo y yo cenamos durante tantas semanas— está astillada por los agujeros de bala. Las sillas están volcadas, algunas hechas pedazos. La vitrina está destrozada; platos caros y cristal se esparcen por el suelo como si

fueran confeti. Hay sangre salpicada en la pared con un patrón que parece casi artístico si no te paras a pensar en cómo llegó ahí. Si no piensas en el hecho de que antes estaba dentro de alguien.

Y hay un hombre desplomado contra la pared, cerca de la vitrina destruida. Sigue vivo, puedo ver su pecho moviéndose, aunque los movimientos son superficiales y anómalos.

Lleva los colores de los Brennan. Uno de los hombres de mi padre. Se aprieta el estómago y la sangre se filtra entre sus dedos. Retrocedo ante la imagen. Hay demasiada sangre, oscura y viscosa, acumulándose en el suelo de madera bajo él.

Cuando me ve, se le dilatan las pupilas. — ¿Emma? —Su voz suena húmeda y burbujeante, como si se estuviera ahogando—. ¿Emma Brennan?

Me quedo paralizada, con el corazón latiendo en un frenesí contra mi pecho. Se me seca la boca mientras su voz me envuelve, rescatando retazos de mi memoria. De repente, no puedo respirar.

Lo conozco. Su nombre me viene a la mente en un instante.

Michael O'Brien. Ha estado con mi padre desde... ¿qué?, ¿quince años? ¿Veinte? No recuerdo una época en la que él no estuviera por aquí. Me llevaba al colegio a veces cuando era más pequeña porque mi padre estaba obsesionado con la seguridad. Siempre llevaba piruletas de fresa en el bolsillo porque sabía que eran mis favoritas. Me enseñó a lanzar un balón de fútbol americano cuando tenía ocho años porque mi padre estaba demasiado ocupado.

Tiene esposa. ¿Caroline? ¿Catherine? No me acuerdo. Y tiene dos hijos. Thomas y Sophie. Los conocí en la fiesta de Navidad de la empresa hace varios años.

Y ahora se está muriendo en el suelo del comedor de Leo y no puedo hacer nada para evitarlo.

—Michael —susurro, dirigiéndome hacia él. Me vuelven a temblar las manos y la pistola casi se me resbala del agarre. La deposito en el suelo a mi lado y me arrodillo junto a él, intentando no pensar en la sangre que empapa mis mallas.

—Tu padre... —tose, y unas gotas de sangre le manchan los labios, de un rojo brillante sobre la piel pálida—. Te está buscando. Él... Emma, tienes que salir de aquí. Tienes que...

Otro ataque de tos. Más sangre. Puedo oír el estertor en sus pulmones y ver cómo su piel se vuelve grisácea.

—No hables —le digo con la voz quebrada. Mis manos revolotean inútilmente sobre la herida de su estómago. Los primeros auxilios que mi madre insistió en que aprendiera intentan aflorar entre mi pánico. Aplica presión. Eleva. Mantén la calma. Pide ayuda.

Pero hay tanta sangre y sus labios se están volviendo azules... No creo que ninguna cantidad de presión vaya a solucionar esto. No hay nadie que pueda llegar a tiempo, aunque quisiera.

Michael va a morir y los dos lo sabemos.

—Michael, lo siento muchísimo —susurro con la garganta apretada por la emoción mientras los ojos me escuecen por las lágrimas—. Lo siento tan...

—No es culpa tuya. —De algún modo logra sonreír, mostrando sangre en los dientes—. Nunca es culpa tuya, pequeña. Tu padre... no está pensando con claridad. No lo ha hecho desde que tú... desde la boda.

Su mano busca la mía a tientas y yo la tomo, apretando con fuerza. Su piel está fría. Demasiado fría.

—Leo Santoro —dice Michael, y su agarre se tensa con una fuerza sorprendente—. Él... va a matar a tu padre. O tu padre lo matará a él. Están... en el salón principal... Emma, tienes que detenerlos. Tienes que...

—Lo haré —le prometo, aunque no sé cómo ni tan siquiera si puedo—. Lo haré, Michael. Te lo prometo.

—Bien. Buena chica. —Sus ojos pierden el enfoque, mirando más allá de mí a algo que no puedo ver—. Catherine. Dile a Catherine que yo... dile que lo siento. Dile a los niños que su padre...

Su voz se apaga y su agarre se afloja.

—¿Michael? —Lo sacudo ligeramente, con el pánico presente en cada uno de mis movimientos—. ¡Michael! Quédate conmigo. ¡Michael!

Nada. Su pecho ya no se mueve. Sigue teniendo los ojos abiertos, pero no hay nada tras ellos. Se ha ido.

Apago un grito y me siento sobre mis talones, con las manos ahora cubiertas de su sangre junto con la mía. La calma que sentía

antes se está agrietando; la realidad se filtra como el agua a través de un dique. Se me escapa un sollozo e inclino la cabeza, dándome un momento para llorar y guardar luto.

Michael O'Brien era un hombre bueno y amable. Tenía una esposa y dos hijos que ahora se preguntarán por qué su padre nunca volvió a casa.

Y todo es por mi culpa.

Murió intentando advertirme. Quería ayudarme a pesar de que yo soy la razón de que esté aquí. La razón de que cualquiera de ellos esté aquí.

Si no hubiera dejado que Leo me llevara. Si hubiera luchado más, si hubiera huido, si hubiera hecho cualquier cosa diferente...

No. No, no puedo pensar así. No puedo dejar que la culpa me trague entera porque todavía hay gente viva que me necesita. Leo me necesita. Incluso mi padre, por muy equivocado que esté, por muy descarriado... sigue siendo mi padre y no quiero que muera.

Me pongo en pie con las piernas inestables, limpiándome las manos ensangrentadas en las mallas porque no hay otra cosa que hacer con ellas. La pistola está en el suelo junto al cuerpo de Michael y me quedo mirándola un largo rato antes de volver a recogerla.

Su peso se siente diferente ahora. Es más pesada, más real.

Una pistola mató a Michael. Ha matado a mucha gente.

Sus palabras resuenan en mi cabeza: salón principal. Michael ha dicho que están en el salón principal.

Tengo que detener esto antes de que muera alguien más. Antes de que pierda a nadie más.

Pero no puedo dejar a Michael aquí sin más. No puedo alejarme de su cuerpo como si no importara.

—Lo siento —susurro, limpiándome la nariz con el brazo. No sé si le estoy pidiendo perdón a Michael, a Marcus o a todos ellos y sus seres queridos—. Lo siento mucho.

Entonces echo a correr.

Paso por la cocina, donde el olor a humo es abrumador y las ventanas están hechas añicos. Los casquillos de las balas crujen bajo mis pies como cristal roto. Algo se quema en los fogones y lleva

ardiendo desde que empezó el ataque. El olor a comida quemada se mezcla con el humo y la sangre, creando algo nauseabundo.

Tengo que detenerme y apoyarme en la encimera un segundo; me da vueltas la cabeza. ¿Cuándo comí por última vez? ¿Esta mañana? No lo recuerdo. Se me revuelve el estómago por las náuseas matutinas, el miedo o el olor a muerte; ya no lo sé.

Respira hondo. Sigue moviéndote.

Atravieso a toda prisa lo que solía ser una sala de estar y ahora no es más que escombros y cadáveres. Las ventanas han desaparecido por completo, reventadas por las explosiones o los disparos. Hay cristales por todas partes, incrustados en las paredes y brillando en el suelo. Los muebles están destrozados. El hermoso sofá antiguo que una vez admiré ahora no es más que astillas y tela desgarrada.

Pero ahora puedo oír voces. No, puedo oír gritos.

La voz de mi padre, alzada en furia. — ¡Te llevaste a mi hija! ¡Te la *llevaste*!

Se me encoge el corazón. Nunca le había oído sonar así. Tan fuera de control. Tan roto.

Y la respuesta de Leo, tan carente de emoción. — Ella no es tuya para que te la lleves de vuelta.

Oh, Dios. Oh, Dios mío, van a matarse el uno al otro.

Ahora mismo estoy esprintando, con la pistola pesando en mi mano y la respiración entrecortada. Los pies se me resbalan en la sangre y vete a saber qué más, pero no puedo frenar.

Doblo la esquina, cruzo el arco y...

Freno en seco tan rápido que por poco me caigo; los zapatos resbalan en algo húmedo que realmente no quiero identificar.

El salón principal.

Es peor que nada de lo que he visto hasta ahora. Es peor de lo que llegué a imaginar.

Hay cuerpos por todas partes. Intento contar, pero pierdo la cuenta después de doce. Quizá quince. Tal vez más. Hombres de Brennan y hombres de Santoro mezclados en la muerte; es imposible saber quién iba ganando antes de que todo terminara. Las paredes están acribilladas por los agujeros de bala. Hay docenas,

quizá cientos, y todos los cuadros están dañados o destruidos. La lámpara de araña cuelga en un ángulo peligroso, con la mitad de sus cristales hechos añicos sobre el suelo de mármol. El mármol mismo está agrietado y manchado de sangre. Tanta sangre.

El olor es abrumador y el estómago me da un vuelco, pero me lo trago, aun cuando se me llena la boca de saliva.

Pero solo puedo verlos a ellos.

Leo y mi padre están en el centro de esta carnicería, rodeándose como lobos que evalúan a su presa.

Ambos están heridos, ensangrentados y apenas se mantienen en pie, pero son demasiado tercos o están demasiado decididos como para caer.

La camisa de Leo está desgarrada y empapada de sangre en su lado izquierdo. No sé si es su sangre o la de otra persona, pero hay muchísima. Su cara tiene un corte a través del pómulo que sigue sangrando y goteando por su mandíbula. Tiene los nudillos abiertos y en carne viva, cubiertos de sangre, y su brazo derecho cuelga de forma ligeramente extraña. No está roto, pero definitivamente está herido. Pero sus ojos están enfocados, afilados como un láser, fijos en mi padre con esa clase de intensidad que indica que está a punto de matar a alguien. Sus pistolas están firmes a pesar de todo, ambas apuntando a la cabeza de mi padre.

Mi padre se ve peor.

Tiene un tajo en la frente que le hace gotear sangre en los ojos, obligándole a parpadear rápidamente para despejar la vista. Su brazo izquierdo cuelga en un ángulo extraño; ese *definitivamente* está roto o dislocado. Tiene la camisa abierta y desgarrada y puedo ver cómo le afloran moratones en las costillas, de un morado y amarillo oscuros. Favorece su pierna derecha, pero sigue empuñando una pistola en la mano derecha y un cuchillo en la izquierda, y su cara...

Maldita sea, su *cara*.

Está retorcida por una rabia que nunca antes le había visto. Mi padre —que se enorgullece de estar siempre tranquilo y tres pasos por delante de todos los demás— ha perdido el control por completo.

Parece salvaje y destrozado. Me asusta de muerte.

—¿¡Que ella *eligió* quedarse!? —ruge él, dando un paso inestable pero decidido hacia Leo—. ¡Le has lavado el cerebro! ¡La has manipulado! ¡La has usado! Mi hija nunca...

—Tu hija tiene voluntad propia —gruñe Leo—. Algo que nunca te molestaste en notar.

—No te *atrevas*... —comienza mi padre, pero se le quiebra la voz —. ¡No te atrevas a hablarme de mi hija! ¡Yo la crié! ¡Yo la protegí! ¡Se lo di todo!

—Todo menos la libertad de elegir —responde Leo.

—¡Te voy a *matar*! —grita mi padre, y puedo ver cómo se le tensa el dedo en el gatillo—. Te mataré a ti y a todos los que alguna vez...

El dedo de Leo también se está tensando, y yo lo miro boquiabierta por el horror.

Van a hacerlo. Realmente van a matarse el uno al otro aquí mismo. He llegado demasiado lejos y he luchado demasiado para presenciar esto.

No he escapado de esa maldita habitación del pánico solo para ver cómo los dos hombres que más quiero en el mundo se matan entre ellos.

—¡*Parad*!

21

EMMA

La palabra sale disparada de mi boca, alta, imperiosa y furiosa, resonando por el vestíbulo destrozado.

Y funciona.

Ambos se quedan petrificados. De hecho, se congelan en pleno movimiento, como si alguien hubiera pulsado la pausa en una película. Los dedos de Leo siguen en los gatillos, pero no aprieta. El arma de mi padre sigue levantada, pero no dispara. Los dos simplemente están... detenidos.

Y mirándome.

Durante un segundo —un segundo perfecto y cristalino— nadie se mueve. Nadie respira. El mundo entero se reduce a este momento, a esta habitación y a nosotros.

Puedo ver el instante exacto en que asimilan quién soy. Qué soy. Que estoy aquí.

Leo abre los ojos de par en par. Su rostro pasa de la conmoción a la confusión antes de estancarse en la furia.

La cara de mi padre hace algo parecido, pero a la inversa. Primero alivio —su hija está viva, está en pie, está bien—, luego confusión —¿por qué tiene cortes y quemaduras?— y después rabia.

Contra Leo.

Entonces mi padre da un paso hacia mí, bajando ligeramente el arma. —¡Emma! ¡Aléjate de él! ¡Aléjate de él *ahora mismo*!

Su voz es ronca y no se parece en nada a la del hombre controlado que me crió. Connor Brennan no pierde los papeles ni muestra debilidad. No deja que las emociones nublen su juicio.

Este hombre está a segundos de desmoronarse.

—Emma, ¿qué demonios haces aquí? —La voz de Leo interviene, afilada y furiosa—. ¡Te he dicho que te quedaras en la habitación del pánico! ¿Cómo has conseguido siquiera...? —Sus ojos me recorren, reparando en mis manos ensangrentadas, mi ropa rota, los cortes de mis brazos—. ¿Te has escapado? —Me mira parpadeando, claramente incrédulo—. ¿Cómo *coño* te has escapado?

Me giro para mirarlo y algo en la genuina sorpresa de su rostro —como si no pudiera creer que de verdad haya logrado salir de su sofisticado sistema de seguridad— me dan ganas de reír. O quizá de pegarle. Posiblemente ambas cosas.

—¿Qué quieres que te diga, Leo? —digo con sarcasmo—. Resulta que encerrarme en una caja de acero solo sirve para cabrearme y darme muchos motivos para escapar. —Me encojo de hombros—. ¿Quién lo hubiera dicho?

Él sigue boquiabierto, con sus ojos marrones muy abiertos por la impresión.

—Además, la seguridad de tu habitación del pánico es una mierda —añado, porque me encanta retorcer el metafórico cuchillo —. Solo he necesitado unas tijeras médicas. Deberías invertir en un sistema mejor.

Leo vuelve en sí y me mira con el ceño fruncido. —Esto no tiene ninguna puta gracia.

—¿Crees que bromeo? —Señalo mis manos, cubiertas de cortes y moratones—. He destrozado tu mecanismo de cierre con mis propias manos porque decidiste jugar la carta de capo de la mafia sobreprotector. Así que no, Leo, no acepto órdenes tuyas. Ni sobre esto. Ni sobre nada.

—¡Intentaba mantenerte a salvo! —espeta Leo, y ahora hay furia real en sus ojos—. ¡Podrían haberte matado!

—¡Y a ti podrían haberte matado mientras yo estaba encerrada en esa maldita habitación! —le grito yo—. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Sentarme allí a esperar?

Empiezo a caminar hacia delante, hacia el espacio que hay entre ellos.

Hay cadáveres por todas partes. Paso por encima de Antonio —el mellado Antonio que hacía chistes malísimos. Muerto. Rodeo a James —James, el jugador de póker que siempre llevaba una baraja en el bolsillo. Muerto. Dos de los hombres de mi padre cuyos nombres debería saber pero no sé. También muertos.

Esto es lo que ocurre en nuestro mundo. La gente muere. No es bonito, no es noble, es simplemente un negocio que ha salido mal. Lo sé desde que tuve edad suficiente para entender a qué se dedicaba mi padre en realidad.

Pero no por eso es más fácil de mirar.

Sin embargo, no me amilano ni lloro, porque la hija de Connor Brennan no se derrumba. Jamás.

Me sitúo entre ellos, a la misma distancia de ambos, sin dar la espalda a ninguno. Mis pies están bien plantados para mantener el equilibrio sobre el mármol resbaladizo por la sangre, y sigo teniendo el arma en la mano. La levanto, sin apuntar a nadie, simplemente sosteniéndola para que ambos puedan verla.

Es un recordatorio. Sé cómo usarla. Sé dónde apuntar. Y lo haré si es necesario.

Puedo oler la sangre y casi saborearla en el aire; el cobre y el hierro me cubren la lengua. Puedo sentirla bajo mis zapatos, cálida y pegajosa.

Este es el precio de amar a Leo Santoro. Esto es lo que significa elegirlo.

Y sigo eligiéndolo a él.

—¡Emma, *quítate*! —A mi padre se le quiebra la voz al decir la palabra, como si algo en su interior se estuviera rompiendo—. ¡Quítate ahora mismo! ¡Te llevo a casa!

—Estoy en casa —digo.

El rostro de mi padre se queda blanco. Blanco *de verdad*, como si toda la sangre se le hubiera drenado de golpe en un único y horrible

torrente. Su arma flaquea ligeramente y, por un segundo, pienso que podría soltarla, desplomarse en el suelo y rendirse por completo.

Nunca he visto a mi padre así. Nunca lo he visto tan... roto. Tan perdido.

Y yo le he hecho esto. Yo. Su hija. La culpa es aplastante. Absolutamente aplastante.

—¿Qué? —La palabra es apenas un susurro—. Emma, niña, no. No, no quieres decir eso. No puedes... esto no es... él es...

Intenta encontrar las palabras y fracasa. Connor Brennan, que siempre tiene las palabras adecuadas, que puede negociar acuerdos de miles de millones de dólares y convencer a cualquiera de cualquier cosa, no encuentra las palabras para convencer a su única hija de que vuelva a casa.

Porque no existen tales palabras. Nada de lo que diga me hará cambiar de opinión.

—Lo digo en serio. —Odio que me tiemble la voz. Siento las lágrimas escociendo tras los ojos, amenazando con brotar—. Papá, yo...

Respiro hondo y me obligo a seguir mirándolo aunque me duela. Aunque ver la devastación en su rostro me esté matando.

Miro a mi padre. Connor Brennan. El hombre que construyó un imperio de la nada y esperaba que yo encajara en él a la perfección. Que siempre estaba demasiado ocupado para los eventos escolares, demasiado ocupado para los cuentos antes de dormir, demasiado ocupado para cualquier cosa que no fuera el negocio.

Pero me enseñó otras cosas. Cómo leer a la gente. Cómo negociar. Cómo ser fuerte incluso cuando quería ser blanda y a no mostrar nunca debilidad, a no retroceder jamás, a no dejar que nadie pensara que podía controlarme, aparte de él o del marido que él eligiera para mí.

Pero no dejo que nadie me controle.

Y estoy a punto de romperle el corazón. Voy a hacerlo añicos en un millón de putos pedazos y no hay forma de que duela menos ni de suavizar el golpe. No hay forma de hacer que esto sea más fácil para ninguno de los dos.

Pero no puedo mentirle y dejarle pensar que todavía hay una oportunidad de que me vaya a casa con él. Darle falsas esperanzas sería más cruel que la verdad.

—Me quedo con Leo, papá. —Siento como si las palabras me las arrancaran del pecho, llevándose trozos de mí con ellas—. Lo quiero.

El silencio que sigue es peor que cualquier grito. Es un silencio completo, absoluto, ensordecedor.

Entonces mi padre estalla.

—¿Que lo *quieres*? —Su voz es un rugido que retumba en las paredes destruidas y vibra en el suelo bajo mis pies—. ¡Te *secuestró*! ¡Te sacó de tu boda! ¡Te tuvo aquí contra tu voluntad! —Su rostro está ahora casi morado y, por un momento, me temo de verdad que le dé un infarto—. ¡Él... él te ha *lavado el cerebro*, Emma! Te ha manipulado y te ha hecho creer...

—¡Él me dio a elegir! —le devuelvo el grito, y ya no estoy calmada. El dique se ha roto y todo está saliendo. Estoy jodidamente harta de que todo el mundo intente decidir qué es lo mejor para mí sin preguntarme qué quiero. —¡Sí, al principio me robó mi capacidad de elección! ¡Sí, me secuestró y me tuvo aquí y le *odié* por ello! ¡Estaba aterrorizada y furiosa y quería matarlo! Pero las cosas han *cambiado*. Elijo quedarme.

—No sabes lo que dices —dice mi padre enfadado—. Estás confundida y asustada. Emma, te ha hecho algo psicológicamente para que creas que quieres esto cuando en realidad...

—¡Sé *exactamente* lo que estoy diciendo! —Las manos me tiemblan tanto que el arma oscila y tengo que bajarla antes de que se me caiga—. ¡No estoy confundida ni asustada! ¡Y no tengo el cerebro lavado ni nada de lo que quieras llamarlo para sentirte mejor por haber perdido el control sobre mí!

Las palabras son duras y crueles, pero son ciertas y ambos lo sabemos.

Mi padre se amilana como si le hubiera dado una bofetada.

—Perder el control... —empieza, pero se le quiebra la voz—. Emma, yo... yo nunca he querido controlarte. Quería protegerte. Mantenerte a salvo de gente como... como *él*.

Señala a Leo, que está detrás de mí, sin mirarlo. —Gente que te usaría. Que te haría daño. Que se aprovecharía de ti.

—No me está usando —digo, ahora más suavemente porque me está matando ver a mi padre sufrir—. No me está haciendo daño. Papá, sé que no puedes verlo. Sé que todo lo que ves es al hombre que me llevó. —Miro de reojo a Leo, cuyo rostro es impasible—. Pero ya no es esa persona. Eso no es... cambió. *Cambiamos*. Juntos.

—Es un criminal —dice mi padre tajante—. Un asesino. Un monstruo que dirige un imperio construido sobre sangre y violencia. ¿Y quieres que... que simplemente acepte que estás enamorada de él? ¿Que lo elijas a él por encima de tu propia familia? —Niega con la cabeza, incrédulo.

La hipocresía es tan densa que podría asfixiarme.

—¿Y tú qué eres, papá? —le espeto, irritada con él—. ¿Un santo? Tú diriges el mismo tipo de imperio. Has matado a gente. ¡Mataste a su hermano, por eso empezó todo esto! ¡Así que no te quedes ahí parado actuando como si Leo fuera una especie de monstruo cuando tú eres exactamente igual!

El rostro de mi padre se pone rojo. —Eso eran negocios...

—¡Y esto es mi vida! —le interrumpo—. No tienes derecho a juzgarlo por ser exactamente lo que eres tú. No puedes fingir que eres mejor que él cuando has hecho las mismas cosas, o incluso *peores*.

—Porque él... —Mi padre respira hondo, claramente en lucha consigo mismo—. Porque él te arrebató de mi lado, Emma. Te *robó*. ¿Y ahora me dices que te alegras de que lo hiciera? —Papá niega con la cabeza, con incredulidad—. Me estás diciendo que quieres quedarte con el hombre que destruyó tu vida.

—No destruyó mi vida —digo, deseando que mi padre me entienda por una vez—. Me dio una nueva. Y me gusta esta vida, papá. Me gusta quién soy aquí.

—No —dice mi padre con firmeza—. No, no lo aceptaré. No dejaré que te quedes con él.

Su rostro pasa de la devastación a la determinación en un instante. El Connor Brennan que conozco —el hombre que nunca acepta la derrota— resurge.

Chasquea los dedos.

Al instante, uno de los hombres de mi padre se mueve rápidamente hacia mí. Alarga la mano hacia mí y ya veo lo que quiere hacer. Me va a agarrar y a arrastrar lejos de Leo, de vuelta a casa de mi padre.

Al mismo tiempo, mi padre levanta su arma y apunta directamente a la cabeza de Leo.

—Él muere —dice mi padre con frialdad, pero hay un brillo en sus ojos que me dice que va a disfrutar con esto—. Eso no es negociable, Emma. Te llevo a casa.

Todo sucede a la vez.

El rostro de Leo se contrae por la rabia y levanta sus armas, gritando algo que no oigo por el flujo de sangre que me retumba en los oídos. Probablemente me esté diciendo que me agache, que me mueva, que le deje encargarse a él.

Ni hablar.

Mi padre también está gritando, ordenando a su hombre que me saque de aquí y me arrastre a la fuerza si es necesario.

Tampoco va a pasar.

La mano del hombre se cierra alrededor de mi brazo, clavando los dedos con fuerza suficiente para dejar moratones, y tira de mí con tal ímpetu que casi me hace perder el equilibrio, intentando arrastrarme hacia atrás, lejos de Leo, hacia la puerta.

Lejos del hombre al que amo.

Y algo en mi interior simplemente... se quiebra.

Todo el miedo, toda la rabia, todo el amor desesperado que he estado conteniendo durante semanas; todo explota hacia fuera en un único momento de puro instinto, recuperado de los años de clases de defensa personal que me obligaron a tomar cuando era niña y adolescente.

—Toda mujer debería saber defenderse —había dicho papá, de pie en el dojo observándome practicar—. Especialmente una Brennan. Eres un objetivo, Emma. Actúa como tal.

Gracias por la lección, papá. Me está resultando muy útil ahora mismo.

Planto el pie izquierdo para equilibrarme y lanzo el talón derecho hacia atrás con *fuerza*, justo a las pelotas del hombre, usando todo mi peso. Canalizo toda mi furia y mi miedo en ese único golpe.

El impacto es sólido e inmensamente satisfactorio. El hombre emite un sonido estrangulado y agudo que nunca había oído hacer a un humano. Es como si le hubieran sacado todo el aire de golpe.

Me suelta el brazo al instante y se lleva las manos a la entrepierna, cayendo como un fardo, literalmente desplomándose sobre el suelo de mármol, encogiéndose sobre sí mismo, jadeando y resoplando.

—No vuelvas a tocarme *jamás*, joder —gruño. A la hija de Connor Brennan no se la agarra y *definitivamente* no la manosea nadie que quiera conservar sus testículos intactos.

El hombre en el suelo sigue jadeando, con lágrimas recorriéndole la cara y las manos entre las piernas. Probablemente debería sentirme mal por ello.

No me siento así.

Juegos estúpidos, premios estúpidos.

Entonces, antes de que nadie pueda reaccionar, me pongo delante de Leo, convirtiéndome en un escudo humano entre él y el arma que apunta a su cabeza. No lo pienso hasta que estoy de espaldas al pecho de Leo, con los brazos abiertos de par en par, convirtiéndome en un blanco lo más grande posible.

Haciendo imposible que mi padre dispare a Leo sin dispararme a mí primero.

Detrás de mí, Leo emite un sonido estrangulado y horrorizado, como si alguien acabara de arrancarle un trozo de su cuerpo.

—¡Emma, *no*! —Sus manos me agarran de los hombros, apretando fuerte, intentando quitarme de en medio—. ¿Qué estás...? Emma, ¡muévete! ¡*Muévete*!

Pero yo clavo los talones —literalmente, apretándolos contra el suelo de mármol para ganar tracción— y me niego a moverme. No soy tan fuerte como Leo, pero tengo la palanca y la testarudez de mi lado.

—Suéltame, Leo. —Me sorprende lo tranquila que suena mi voz, como si lo que estoy haciendo fuera de lo más razonable—. No me

muevo.

—Emma, *por favor*... —Se le quiebra la voz y puedo sentirlo temblar detrás de mí, con las manos apretadas en mis hombros, su pecho presionado contra mi espalda. Sus jadeos entrecortados están en mi oído—. Por favor, no hagas esto; te lo ruego, simplemente quítate de en medio y déjame...

—No —digo con firmeza.

Su agarre en mis hombros se intensifica y por un segundo creo que va a levantarme físicamente y apartarme. Es lo bastante fuerte y podría hacerlo con facilidad. Pero no lo hace. Está paralizado, atrapado entre el instinto de protegerme y la realidad de que moverme me expondría al peligro del arma de mi padre.

Casi puedo *sentir* la guerra que ruge en su interior. La furia contra mí por ponerme en riesgo. El terror de que mi padre pueda disparar de verdad. La necesidad desesperada y abrumadora de mantenerme a salvo luchando contra la realidad de que la única forma de hacerlo es dejar que me quede exactamente donde estoy.

Miro a mi padre y al arma que ahora vacila, apuntándome a mí —a nosotros—, al espacio donde su hija está de pie frente al hombre al que quiere matar.

Su rostro ha pasado de la rabia a la estupefacción y al horror.

—Si quieres disparar a Leo —digo, y mi voz no tiembla lo más mínimo aunque estoy muerta de miedo—, tendrás que pasar por encima de mí primero.

—Emma —me suplica mi padre, con el arma floja en la mano—. Emma, quítate de en medio. Por favor. No quiero hacerte daño, cariño, yo nunca... solo muévete y déjame...

—No.

El rostro de papá se contrae por la angustia. —Cariño, *por favor*.

—¡He dicho que no! —grito—. ¡No me muevo! ¡Si quieres matarlo, vas a tener que matarme a mí también!

—No dices eso en serio —jadea mi padre, con el rostro muy, muy pálido, pero su arma está vacilando ahora, bajando ligeramente—. Solo estás asustada. No estás pensando con claridad. Si tan solo...

—Nunca he pensado con más claridad en mi vida —le interrumpo, y doy un paso adelante hacia él y su arma—. Lo quiero,

papá. Quiero a Leo Santoro y me quedo con él, y si no puedes aceptar eso... si estás tan decidido a matarlo que dispararías a través de mí para conseguirlo —hago una pausa, con la garganta cerrándoseme—, entonces adelante.

Vuelvo a extender los brazos, haciendo imposible que le dé a Leo sin darme a mí primero.

Detrás de mí, Leo vuelve a emitir ese sonido estrangulado. —Emma, por el amor de Dios...

—Cállate, Leo —le respondo, sin quitar la vista de mi padre—. Yo me encargo de esto.

Mi padre me mira como si nunca me hubiera visto antes. Es como si fuera una extraña. Su arma sigue levantada pero ahora vibra, su mano tiembla.

—¿Estás dispuesta a morir por él? —pregunta tan bajito que casi no lo oigo—. ¿Estás dispuesta a dejar que te mate antes que dejarlo a él?

—Estoy dispuesta a interponerme entre tú y el hombre al que amo —corrijo, con el corazón latiéndome tan rápido que me sorprende que no me lata fuera del pecho—. Tú me enseñaste a defender aquello en lo que creo y a proteger a las personas que me importan. Me dijiste que nunca retrocediera cuando algo importara.

—No te enseñé a ser estúpida —espeta.

—No —asiento, inclinando la cabeza brevemente—. Me enseñaste a ser fuerte. Y eso es lo que estoy haciendo.

Nos miramos el uno al otro a través del vestíbulo destrozado. Padre e hija. Dos personas que se quieren y que están a punto de destruirse mutuamente de todos modos.

Leo sigue detrás de mí, sujetándome los hombros. Prácticamente puedo *sentir* las oleadas de furia y miedo que emanan de él.

Pero no me muevo.

—Emma, por favor —susurra mi padre, con los ojos vidriosos—. Por favor, no me hagas elegir entre tú y...

—No tienes que elegir —digo suavemente, preguntándome si por fin he conseguido llegar a mi padre—. Solo tienes que aceptar mi elección. Aceptar que me quedo con Leo. Que soy feliz aquí. Pero incluso si no me crees, hay algo más.

Respiro hondo. Es el momento. La carta final. Lo único que podría hacerle entender. Que podría hacerle parar. O podría hacer que todo fuera mucho peor.

Pero tengo que intentarlo. Tengo que darle una razón —*cualquier* razón— para que baje el arma y se marche.

—Si disparas a Leo —si lo matas—, no solo me estarías quitando al hombre que amo. Estarías quitándole el padre a mi hijo.

Trago saliva con dificultad por el nudo en la garganta antes de poder continuar.

—Y si disparas a través de mí para llegar a él, entonces estarás matando a tu nieto.

22

EMMA

El mundo se detiene.

Se detiene de verdad. Como si alguien le hubiera dado a la pausa en la realidad y todos nos hubiéramos quedado congelados en este momento en el que acabo de decirle a mi padre que estoy embarazada del bebé de Leo Santoro.

El silencio es ensordecedor. Oigo los latidos de mi propio corazón atronando en mis oídos junto con la respiración de los hombres supervivientes dispersos por la sala. El crujido y el gemido de la lámpara de araña dañada sobre nuestras cabezas es el único sonido; las piezas de cristal se desplazan y amenazan con caer.

Pero nadie habla. Nadie se mueve.

Detrás de mí, noto que Leo se queda completamente inmóvil. No solo callado, sino *inmóvil*, como si cada músculo de su cuerpo se hubiera bloqueado. Inspira con brusquedad y sus manos se aprietan sobre mis hombros apenas un segundo antes de soltarme por completo.

Sus manos se apartan de mí y la ausencia de su contacto resulta discordante y errónea.

Hago una mueca. Acabo de decirle a mi padre que estoy embarazada antes de decírselo a Leo.

Joder. Joder, joder, *joder*.

Esto no es así como se suponía que debía ir. Leo debía saberlo primero. Iba a sentarlo en algún lugar tranquilo para explicárselo y darle tiempo a procesarlo. Se merecía al menos eso porque este también es su bebé.

¿Pero cuándo sale algo en mi vida como se supone que debe salir?

Frente a mí, mi padre parece que ha recibido un disparo, como si yo hubiera apretado el gatillo y le hubiera metido una bala en el pecho. Se ha quedado pálido... más pálido de lo que lo he visto nunca. El arma que tiene en la mano vacila, tiembla y baja ligeramente, como si de repente pesara demasiado para sostenerla.

—Estás *mintiendo* —las palabras son apenas audibles—. Mientes para que me detenga. Estás... Emma, dime que estás mintiendo.

—No lo hago —me sorprende que mi voz sea tan firme porque, por dentro, estoy gritando—. No miento, papá. Estoy embarazada. Creo que estoy de cinco o seis semanas. —Me encojo de hombros—. Quizá más cerca de las seis. Me acabo de enterar. —Hago un gesto vago hacia mí misma—. Me hice una prueba y el positivo era muy claro. Iba a decírselo a Leo, pero entonces...

No termino, pero, por otra parte, no es necesario. La prueba de lo que ocurrió después está esparcida por toda esta sala en charcos de sangre y cuerpos destrozados.

—Entonces apareciste con tu ejército —digo en su lugar.

Papá sigue mirándome como si jamás me hubiera visto y tratara de memorizar mi rostro. Me mira como si intentara encontrar a la hija que perdió en algún lugar de la extraña que tiene delante.

Y puedo ver el momento exacto en el que lo comprende. El momento exacto en el que todo encaja.

La forma en que estoy parada protegiendo a Leo y los cortes en mis manos por haber salido a la fuerza del búnker.

Ve lo que Leo probablemente lleva viendo semanas.

No soy la misma chica que perdió. No soy la Emma de su día de bodas. No soy su niña pequeña que hacía lo que le decían, sonreía a los socios comerciales, llevaba los vestidos adecuados para los eventos adecuados y nunca cuestionaba sus decisiones.

Ahora soy alguien diferente. Alguien forjada en el fuego, la violencia y las decisiones imposibles. Soy alguien más fuerte y feroz. Tengo claro lo que quiero y estoy dispuesta a ponerme frente a un arma para conseguirlo.

Y estoy embarazada del bebé de Leo Santoro.

El rostro de mi padre se desmorona y la devastación se extiende por sus curtidas facciones. Abre y cierra la boca. La abre de nuevo. No salen palabras.

Connor Brennan —el hombre que siempre tiene las palabras adecuadas y puede negociar cualquier cosa, el que construyó un imperio gracias a su capacidad para salir o entrar de cualquier situación hablando— no tiene nada que decir.

El silencio es jodidamente *doloroso*.

—Él... te robó —dice mi padre finalmente. Ya no hay rabia ni furia en su voz, solo desconcierto. Su dolor es tan profundo y vasto que puedo sentirlo desde aquí, presionándome como un peso físico —. Te cogió y él... Emma, te robó de *mi lado*. Eres *mi* hija. *Mi* niña pequeña. Te robó y ahora estás... estás...

Baja la cabeza, incapaz de obligarse a decirlo.

Embarazada. Del hijo del enemigo. Eligiendo al hombre que destruyó a nuestra familia por encima del padre que la crió.

—Lo sé. —Tengo la garganta tan cerrada que apenas puedo articular las palabras—. Sé que lo hizo, papá. *Sé* que me llevó. *Sé* que me retuvo aquí. Sé que él es la razón por la que todo se desmoronó.

Tengo que detenerme y tragar saliva para superar el nudo en la garganta antes de poder continuar.

—Y me enamoré de él de todas formas.

Sé que las palabras van a matar a mi padre, pero las digo porque son verdad. Mi padre se merece la verdad, aunque nos destruya a ambos.

Mi padre emite un sonido que no he oído nunca. Es como si algo en su interior acabara de romperse en un millón de pedazos. Nunca lo he visto con este aspecto: perdido, devastado, totalmente derrotado. Connor Brennan no se rompe ni deja que nadie lo vea sufrir.

Pero se está rompiendo ahora mismo frente a mí. Y soy yo quien lo está haciendo.

—Lo siento —digo, y las palabras salen como un susurro porque no puedo dar más volumen a mi voz sin que se quiebre del todo—. Lo siento mucho, papá. Sé que no lo entiendes. Sé que esto no tiene sentido para ti. Sé que crees que me lavó el cerebro o que me manipuló, o que solo estoy confundida y asustada.

Las lágrimas me queman tras los ojos ahora y están calientes, son imposibles de contener.

—Pero esta es mi elección. —Inspiro profundamente para calmarme—. Este bebé es mi elección. Leo es mi elección. Y necesito que tú...

La voz se me quiebra y tengo que parar y respirar a pesar de la opresión en mi pecho antes de poder terminar.

—Necesito que me dejes tomarla.

Mi padre emite otro sonido entre un gruñido y un sollozo. Aparto la mirada. No puedo seguir mirándolo y ver cómo se rompe sabiendo que soy yo quien lo está destrozando.

Me giro un poco, lo justo para ver el rostro de Leo por encima de mi hombro.

Está ahí parado, congelado, con los ojos clavados en mí con una expresión que no he visto nunca. Conmoción. Asombro. Miedo. Amor. Esperanza. Terror. Todo mezclado de una forma que hace que me cueste respirar.

Está pálido y tiene los puños apretados a los costados. Parece que quiere acercarse a mí, pero no sabe si se le permite.

—Si todavía me quieres —digo, ahora más bajo, porque esta es la parte de la que no estoy segura. ¿Decidirá Leo que un bebé es demasiado? ¿Elegirá el camino fácil y dejará que mi padre me lleve a casa y fingirá que todo esto nunca ocurrió?

Podría hacerlo. Podría marcharse ahora mismo y decidir que ser padre no es algo para lo que se hubiera apuntado.

Por favor, desea esto. Por favor, quiéreme. Por favor, desea a nuestro bebé.

Nunca he visto a Leo moverse tan rápido en mi vida, y lo he visto pelear. Pero esto es diferente. Esto es desesperación. Esto es

necesidad.

En un segundo está ahí parado, congelado, y al siguiente sus armas golpean el suelo con sendos estrépitos, recorre el espacio que nos separa en dos zancadas y me estrecha entre sus brazos tan fuerte que casi pierdo el equilibrio.

El impacto me saca el aire de los pulmones. Me rodea con un brazo por la cintura y otro por los hombros, y me aprieta contra su pecho como si temiera que fuera a desaparecer si no me sujetara con suficiente fuerza.

Sus manos están por todas partes —mi cara, mi pelo, mi espalda, mis brazos—, como si estuviera comprobando que estoy aquí y que esto está sucediendo de verdad, y que no es un sueño o una alucinación provocada por el estrés.

—Estás embarazada —dice contra mi pelo, y su voz tiembla—. Estás... Emma, estás *embarazada*. De mi bebé. Vamos a...

Se interrumpe, incapaz de continuar.

Yo también tiemblo y, definitivamente, estoy llorando. Todo es demasiado y no es suficiente, todo a la vez. Mis manos se hunden en su camisa desgarrada y ensangrentada que huele a humo, a pólvora y a él, y me aferro como si fuera lo único sólido en un mundo que se inclina hacia un lado.

—Te quiero —dice Leo con ferocidad y una emoción cruda que nunca le había oído. Ni siquiera cuando dijo que me amaba—. Te quiero, Emma. Te quiero a ti y a nuestro bebé. Siempre. ¿Me entiendes? *Siempre*.

Una de sus manos baja por mi espalda y se posa suavemente en mi vientre, como si tuviera miedo de presionar demasiado y lastimar algo que apenas está allí todavía. Su palma está caliente a través de mi camisa.

—Estás embarazada —repite, como si estuviera probando las palabras—. Estás... vamos a tener un bebé. Vamos a ser padres.

—Sí —logro decir con voz temblorosa, mientras las lágrimas corren por mi cara—. Vamos a tener un bebé. ¿Sorpresa?

La absurdidad de la situación me golpea. Estoy aquí de pie en un vestíbulo destruido rodeada de cadáveres y destrucción, diciéndole al hombre que me secuestró que estoy embarazada. Y soy *feliz.*

Esto es una locura.

Él se ríe. Empieza como una risita y se convierte en algo que podría ser un sollozo a mitad de camino. —¿No podrías habérmelo dicho antes de ponerte entre mí y un arma?

—No tuve tiempo —le señalo, y noto que sonrío—. Estaba bastante ocupada escapando de tu dichoso búnker.

Él pone los ojos en blanco. —Sí, vamos a tener que hablar de eso.

—*Tú* me encerraste allí —continúo, porque si dejo de hablar me voy a desmoronar por completo—. Así que, en realidad, esto es culpa *tuya*. Si me hubieras dejado quedarme contigo en vez de jugar la carta de jefe de la mafia sobreprotector, te lo habría podido decir como es debido. En algún lugar romántico que no fuera, ya sabes, una puta zona de guerra.

—Emma. —Las manos de Leo acunan mi rostro, obligándome a mirarlo. Hay lágrimas en sus ojos oscuros y el asombro en su cara hace que se me seque la boca—. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? Te quiero y estoy... estoy aterrorizado. No tengo ni idea de cómo ser padre, pero deseo esto. Te quiero a ti y quiero a nuestro bebé y yo...

Se le quiebra la voz por completo y tiene que parar. Apoya su frente contra la mía y simplemente respira durante un segundo.

Su corazón late con fuerza contra mi pecho y puedo sentir lo frías que tiene las manos mientras sujeta mi rostro. Sus lágrimas resbalan por sus mejillas y se mezclan con las mías.

Leo Santoro está *llorando*. Por mí. Por nosotros. Por el bebé que hemos engendrado.

—No puedo creer que estés embarazada —susurra, y su aliento es cálido contra mis labios.

—Ya, bueno. —Intento reír, pero me sale un sonido tembloroso—. Sorpresa de nuevo. Resulta que somos muy malos con el tema del control de la natalidad. O muy buenos haciendo bebés. Según cómo lo mires.

Su mano en mi vientre presiona solo un poco más fuerte y me recuerda que está ahí y que estamos juntos en esto.

Detrás de nosotros, mi padre gruñe o solloza, no estoy segura.

El sonido corta el momento que Leo y yo estamos compartiendo y la burbuja de felicidad. Me recuerda que no estamos solos y que mi padre sigue aquí y nos observa.

Me aparto un poco de Leo y él no me suelta. Ajusta su agarre para que ambos estemos frente a mi padre.

Connor Brennan parece destrozado.

No hay otra palabra para describirlo. Destrozado. Devastado. Hundido.

Su cara es de un gris cenizo, como si alguien le hubiera drenado todo el color y la vida y solo hubiera dejado un caparazón. Tiene los hombros caídos de una forma que nunca he visto: papá siempre se mantiene erguido, alto y domina cualquier habitación en la que entra. Pero ahora no. Ahora parece que carga con un peso insoportable.

Se ve más viejo de lo que lo he visto nunca, como si la última hora lo hubiera envejecido diez años.

Y sus ojos. Dios mío, sus *ojos*.

Están hundidos. Vacíos. Me miran pero no me ven realmente. O tal vez ven demasiado. Ven a la hija que perdió y a la extraña en la que se ha convertido.

—Esto es una locura —dice con voz hueca—. Todo esto es una locura. Estás embarazada. De su hijo.

Señala vagamente a Leo sin mirarlo. No puede mirar al hombre que robó a su hija, la dejó embarazada y destruyó a su familia.

—Me estás diciendo que quieres quedarte con el hombre que te secuestró —continúa mi padre, y cada palabra suena como si estuviera siendo arrancada de él contra su voluntad—. El que te retuvo aquí contra tu voluntad. El que... el que lo destruyó todo. Me dices que estás enamorada de él y que vas a tener a su hijo. Que lo eliges a él por encima de...

Se le quiebra la voz, rompiéndose justo por la mitad como un cristal al estallar.

—Por encima de mí —termina en voz baja.

Y de eso se trata en realidad todo esto, ¿no? No de Leo. Ni del bebé. Ni siquiera de la violencia o el secuestro o la guerra.

Se trata de que yo elija a Leo por encima de mi padre. Elegir una familia diferente. Elegir una vida diferente.

Elegir marcharme.

—Papá —empiezo, pero no sé qué decir para mejorar esto cuando no hay forma de mejorarlo.

Él niega con la cabeza lentamente. —No lo entiendo. Yo no... Emma, no entiendo *nada* de esto. ¿Cómo puedes mirarlo y ver algo que no sea al hombre que te llevó? ¿Cómo puedes...? —Se detiene y traga saliva con dificultad—. ¿Cómo puedes amarlo?

La pregunta es sincera. De verdad no lo comprende.

¿Y cómo puedo explicárselo? ¿Cómo puedo hacerle entender que en algún momento entre el secuestro y ahora, algo cambió? Que Leo cambió. Yo cambié. Nos cambiamos el uno al otro.

No puedo. No existen palabras para eso.

—Simplemente lo amo —digo simplemente—. Sé que no tiene sentido. Sé que crees que he perdido la cabeza. Pero papá... —Se me quiebra la voz y tengo que parar y respirar a través de la opresión en mi pecho—. Lo amo. Y voy a tener su bebé. Y necesito que tú... necesito...

¿Qué necesito? ¿Que acepte esto? ¿Que nos dé su bendición? ¿Que se marche y me deje tener esta vida que he elegido?

Todo eso. Nada de eso. Algo intermedio.

—Lo sé —digo en voz baja, y noto que la mano de Leo se aprieta en mi cintura, dándome fuerzas—. Sé que es una locura, papá. Sé que no tiene sentido. Sé que piensas que me he vuelto loca o que Leo me ha lavado el cerebro o como quieras llamarlo para sentirte mejor por haber perdido el control sobre mí.

Mi padre se estremece como si le hubiera dado una bofetada.

—Pero no se trata de control —continúo, ahora más suave—. No se trata de ti ni de Leo ni de quién tiene poder sobre quién. Se trata de *mí* y de lo que *yo* quiero. De la vida que elijo vivir.

Tomo aire temblorosamente.

—Y elijo esto. Elijo a Leo y a este bebé. Sé que no lo entiendes. Sé que lo odias. Sé que desearías que las cosas fueran diferentes.

La voz se me rompe por completo y las lágrimas corren por mi cara ahora, calientes, rápidas e imposibles de detener.

—Sé que desearías que volviera contigo a casa, olvidara que esto ha pasado y volviera a ser tu niña pequeña que hace lo que se le dice. Pero *no puedo*, papá. Ya no puedo ser esa persona. Ya no *quiero* ser esa persona.

Me presiono más contra Leo, extrayendo fuerza de él. Sus brazos se aprietan a mi alrededor.

—Esta es mi locura —le digo, y las palabras parecen brotar de algún lugar profundo de mi interior, de esa parte de mí que todavía ama desesperadamente a mi padre, ansía su aprobación y quiere que se sienta orgulloso—. Déjame tenerla, papá. *Por favor*.

23

LEO

Emma está embarazada.

La idea no deja de dar vueltas en mi cabeza, una y otra vez, como una canción que se repite en bucle. Es el único pensamiento que mi cerebro es capaz de producir en este momento.

Emma está embarazada. De mi hijo. Vamos a tener un *bebé*.

No puedo procesarlo. No soy capaz de sentir que es real a pesar de que ella está aquí mismo entre mis brazos, a pesar de haberla oído decir las palabras, a pesar de que mi mano descansa sobre su vientre, donde nuestro hijo está creciendo ahora mismo. En este preciso segundo. Un pequeño bebé que es mitad yo y mitad ella.

Emma está *embarazada*.

Me cago en todo.

Seguimos en el vestíbulo principal, rodeados de cuerpos, sangre y los restos del asalto de Connor. Mis hombres están en los umbrales, con las armas en alto, esperando órdenes. Los hombres que le quedan a Connor hacen lo propio. El aire está cargado de tensión y del olor cobrizo de la muerte.

Pero en lo único que puedo pensar es en el hecho de que Emma está embarazada de mi hijo.

Recuerdo todas las veces que hemos tenido sexo. Esa primera vez en mi despacho, cuando me la follé sobre mi escritorio. No

estaba pensando en las consecuencias. Solo pensaba en mi necesidad, en mi rabia y en el deseo de reclamarla.

Ni siquiera pensé en la protección. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle si tomaba la píldora. Debería haberme asegurado de que tuviéramos cuidado.

No lo hice.

Y todas las veces desde entonces. En mi cama, cuando se despierta pegada a mí y no podemos mantener las manos quietas. En la ducha, con el agua corriendo y su piel resbaladiza por el jabón. Contra la pared de la biblioteca porque no podíamos llegar al dormitorio. En el suelo de la biblioteca, rodeados de libros, porque la necesitaba en ese instante y no podía esperar.

Ni una sola vez —ni una puta vez— pregunté si usaba anticonceptivos. Ni una sola vez usé protección. Ni una sola vez se me pasó por la cabeza la posibilidad de que estuviéramos engendrando un bebé.

¿Qué clase de idiota no hace esa pregunta? ¿Qué clase de cabrón temerario, estúpido e irresponsable asume simplemente que todo va bien y sigue teniendo sexo sin protección con una mujer a la que ha secuestrado?

Yo. Yo soy ese idiota.

Debería estar furioso por mi propia estupidez. También debería estar entrando en pánico por cómo vamos a gestionar esto. ¿Cómo voy a mantener a Emma y a un bebé a salvo en mi mundo? ¿Cómo puedo ser padre cuando apenas sé cómo ser un ser humano decente?

Pero no soy capaz de arrepentirme porque Emma está embarazada de mi hijo y deseo esto. Lo deseo tanto que duele físicamente.

Siempre he querido ser padre, pero siempre lo he pensado de una forma lejana y abstracta: algún día, cuando llegue el momento adecuado, cuando haya encontrado a la mujer idónea, cuando el negocio sea más estable, cuando no esté metido hasta el cuello en una guerra con los Brennan.

Pero nunca pensé que ocurriría de verdad. Los hombres de mi profesión no suelen vivir lo suficiente para ver crecer a sus hijos.

Morimos jóvenes, de forma violenta y solos.

Pero ahora...

Ahora voy a ser padre.

La idea es aterradora, embriagadora y abrumadora a la vez, como estar en el borde de un acantilado mirando hacia un abismo que podría matarme o podría ser lo mejor que me ha pasado nunca.

¿Será un niño? ¿Una niña?

Deseo desesperadamente que sea una niña. Una niña pequeña que se parezca a Emma, con esos ojos verdes increíbles y ese cabello castaño rojizo que brilla como fuego cuando le da el sol, con ese espíritu feroz que la hace discutir conmigo incluso cuando probablemente no debería.

Inteligente, fuerte y absolutamente valiente. Hermosa. Tan testaruda como el que más.

Aunque quizá podría pasar sin otro temperamento como el de Emma. Con uno es suficiente. Uno ya podría matarme del estrés. Dos podrían ser mi fin.

Pero, dios, lo deseo. Quiero ver a una versión en miniatura de Emma corriendo por esta casa y verla crecer fuerte, valiente y capaz. Quiero enseñarle todo lo que sé y ver cómo Emma le enseña todo lo que ella sabe.

Quiero estar ahí para todo eso.

Mi madre se va a volver loca de remate. Lleva años preguntando por los nietos y haciendo comentarios directos sobre que ya no soy un chaval y que el apellido Santoro debe continuar. Se pondrá eufórica y probablemente llore. Seguro que empieza a planear habitaciones y fiestas para el bebé antes incluso de que termine de contárselo.

Mi hermana me va a dar mucha caña por ser un irresponsable y por tener un bebé. Probablemente también me chinche por no admitir que tenía razón sobre mis sentimientos por Emma... pero nunca, *jamás*, le admitiré a Valentina que me he equivocado.

Mi mano se aprieta en la cintura de Emma y ella se apoya ligeramente en mí; su cuerpo se siente cálido, sólido y real contra el mío. Viva. Embarazada. *Mía*.

El enfrentamiento se prolonga. Nadie baja las armas. Nadie cede. Todos estamos... esperando. A que alguien haga un movimiento. A que alguien dé una orden.

A que Connor Brennan decida si va a reiniciar esta guerra o si va a dejar marchar a su hija.

Connor mira a Emma con incredulidad. Tiene la mandíbula tan apretada que puedo ver cómo le salta el músculo. Flexiona las manos a los costados —abrir, cerrar, abrir, cerrar— como si quisiera echar mano a su pistola pero se estuviera obligando a no hacerlo.

Parece destrozado. Desolado. Como si Emma acabara de meter la mano en su pecho y le hubiera arrancado el corazón.

Bien. Se lo merece después de lo que le hizo a Gabriel.

Pero al ver el dolor en su rostro, casi puedo entenderlo. *Casi*. Si alguien me arrebatara a mi hija, si alguien la secuestrara, hiciera que se enamorara de él y la dejara embarazada...

Lo aniquilaría allí mismo, joder.

Finalmente, Connor se mueve. Su mano hace un amago y, por un segundo, me tenso, listo para empujar a Emma detrás de mí y agarrar mi propia arma.

Pero no la desenfunda. La enfunda, guardando su pistola.

—Que todo el mundo se retire —dice con voz ronca—. Bajad las armas. Ahora.

El alivio que me inunda es casi abrumador. Mis hombres vacilan y me miran esperando confirmación; yo asiento. —Ya le habéis oído. Descansad.

Las armas bajan lentamente, con desconfianza. Nadie las guarda por completo. Nadie se relaja. Pero, al menos, ya no se apuntan los unos a los otros.

La amenaza inmediata pasa, pero la tensión sigue siendo tan densa que se podría cortar.

Los ojos de Connor, cuando me mira, son puro asesinato. Si las miradas matasen, yo ya habría muerto diez veces.

—Tenemos que hablar —dice entre dientes—. Sin armas de por medio.

Asiento, con el brazo aún rodeando protectoramente a Emma. —De acuerdo.

Nos trasladamos a mi despacho, que está prácticamente intacto. Hay algunos agujeros de bala en las paredes y cristales rotos. Pero los muebles siguen en pie y la maciza mesa de roble en el centro no ha sufrido daños.

Emma se sienta a mi lado, con su silla tan cerca que nuestras piernas se tocan bajo la mesa. Mantengo una mano en su muslo todo el tiempo, en parte porque necesito tocarla y tener la seguridad física de que está aquí, viva, real y embarazada de mi hijo.

Estoy jodidamente agradecido de que ambos sigamos respirando y de que el asalto no haya terminado con uno de nosotros muerto, o con los dos, y de que pueda tener este futuro con ella.

Y en parte porque sé que a Connor le saca de quicio.

Las viejas costumbres tardan en morir.

Cada vez que toco a Emma —cuando le acerco la silla, cuando mi mano se posa en su muslo o cuando me inclino para susurrarle algo al oído y mis dedos rozan los suyos sobre la mesa—, veo la reacción de Connor.

Su mandíbula se tensa. Solo un poco. Un pequeño músculo saltando bajo su piel.

Sus manos se flexionan sobre la mesa como si se las imaginara apretando mi garganta.

El músculo de su sien palpita.

Es mezquino e inmaduro, y definitivamente no ayuda en nada a la situación. Sinceramente, es probable que lo esté empeorando todo.

Lo hago de todos modos, sobre todo porque Emma se apoya en mi contacto. No se aparta cuando mi mano se posa en la parte baja de su espalda. Le susurro al oído: «¿Estás bien? ¿Necesitas agua? ¿Quieres un descanso?». Ella sonríe levemente y niega con la cabeza.

Ver cómo el control de Connor Brennan se deshilacha por los bordes es profundamente, *profundamente* satisfactorio.

Connor se sienta frente a nosotros con dos de sus asesores. Están fuertemente armados a pesar de que acordamos que no habría armas aquí dentro.

Dante se sienta a mi derecha, con el rostro inexpresivo, y Luca a mi izquierda, con cara de que preferiría estar literalmente en cualquier otro lugar.

La negociación comienza y queda claro de inmediato que no va a ser fácil.

Tenía razón. No iba a ser fácil. Lleva *horas*.

Horas de tira y afloja, de amenazas apenas disfrazadas de sugerencias, de concesiones, de compromisos y de trazar líneas en la arena que ambos sabemos que podrían cruzarse.

Connor quiere que Emma vuelva a casa. Yo quiero que Emma se quede aquí. Emma quiere que ambos nos callemos y la dejemos tomar sus propias decisiones.

—Me quedo con Leo —dice por décima vez probablemente, con la voz tensa por la frustración—. ¿Podemos pasar página, por favor? ¿O vamos a seguir discutiendo en círculos hasta que nazca el bebé?

Los ojos de Connor brillan de irritación. —Estás embarazada, Emma. Necesitas atención médica adecuada. Vitaminas prenatales. Revisiones periódicas. Un entorno estable con tu madre cerca. No esto... —señala con un gesto la finca destrozada.

—Este es mi hogar —dice Emma tajante.

La mano de su padre golpea la mesa y yo me tenso. —¡Esto es una zona de guerra!

—¡Que tú has creado! —La voz de Emma sube de tono y siento cómo se inclina hacia delante—. *Tú* apareciste con un ejército, papá. *Tú* empezaste a disparar. Así que quizá mejor no finjamos que Leo es el problema cuando eres tú quien ha convertido su casa en un campo de batalla.

Le aprieto el muslo con suavidad, reconociendo que saltan chispas y que la habitación entera podría estallar proverbialmente en cualquier momento. —Emma. Deja que me encargue yo.

Ella se detiene y me lanza una mirada furibunda, pero toma aire. Es evidente que se está guardando una docena más de comentarios sarcásticos y le está costando un esfuerzo visible.

—Vale —murmura—. Encárgate tú. Yo me limitaré a sentarme aquí y estar embarazada.

Me dirijo a Connor, manteniendo un tono de voz firme. —Emma se queda conmigo. Eso no es negociable. Pero podemos hablar de las visitas, del acceso y de asegurarnos de que ella y el bebé tengan todo lo que necesiten. Atención médica. Seguridad. Lo que haga falta para mantenerlos sanos y a salvo.

Dejo que mi mano se deslice desde el muslo de Emma para descansar brevemente sobre su vientre, dejando mi punto de vista meridianamente claro.

Las manos de Connor se tensan sobre la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Has secuestrado a mi hija —dice entre dientes, forzando cada palabra como si le doliera físicamente.

—Lo hice —reconozco, porque no tiene sentido negarlo—. Secuestré a tu hija para vengar el asesinato de mi hermano. Gabriel. ¿Lo recuerdas? ¿El hombre al que mataste? Así que no finjamos que eres inocente en todo esto, Connor. *Tú* empezaste esta guerra. *Tú* hiciste que fuera algo personal. Y ahora aquí estamos.

—Eso fueron negocios...

—Y esto es personal —termino yo—. Tu hija. Mi hijo. Podemos seguir matando a la gente del otro y destruyendo nuestras operaciones hasta que no quede nada de ninguna de las dos familias. O podemos encontrar una forma de coexistir. Por su bien.

Señalo a Emma. Nos observa a ambos con esos ojos verdes, con la espalda tan recta como un poste.

El silencio que sigue es pesado.

Connor me mira fijamente durante un largo rato. Luego, sus ojos bajan hasta donde mi mano descansa sobre el muslo de Emma, posesiva y protectora.

Su mandíbula vuelve a tensarse con un espasmo.

—Está bien —escupe—. Negociemos.

A continuación discutimos sobre la atención médica. Connor insiste en sus médicos: especialistas de Manhattan, lo mejor que el dinero puede comprar, los que han estado tratando a la familia Brennan durante décadas. Yo insisto en los míos: igual de buenos, igual de caros y con la ventaja añadida de una discreción absoluta

sobre quién es exactamente su paciente y quién podría querer usar esa información contra nosotros.

Emma nos interrumpe a ambos a mitad de la discusión.

—Yo elegiré a mi propio maldito médico —dice con firmeza, cortando nuestro tira y afloja—. Los dos podéis recomendar a quien queráis, pero *yo* soy la que está embarazada y *yo* soy la que decide quién me pincha con agujas y me hace ecografías. —Pone los ojos en blanco y nos lanza a ambos una mirada de asco—. Es un concepto novedoso, lo sé: la mujer tomando sus propias decisiones médicas.

Connor abre la boca, probablemente para replicar, y Emma levanta una mano.

—Además, papá, me gustaría señalar que mamá te estaría diciendo exactamente lo mismo ahora mismo si estuviera aquí. Así que, ¿por qué no nos ahorras tiempo a todos y simplemente aceptas que soy capaz de encontrar mi propio ginecólogo?

La mandíbula de Connor trabaja, pero no discute. Aunque Teresa Brennan sea una mujer retraída, le diría absolutamente a su marido que retrocediera y dejara que Emma tomara sus propias decisiones médicas.

Me inclino para murmurar al oído de Emma, incapaz de contenerme. —Encontraremos a alguien que te guste. Te lo prometo. Alguien que no haga demasiadas preguntas sobre los agujeros de bala en mi casa.

Mis labios rozan *apenas* su sien. Podría ser un accidente si alguien preguntara.

No lo es.

La silla de Connor chirría contra el suelo al moverse, obligándose claramente a permanecer sentado.

Lo siguiente que discutimos es la seguridad. Connor no confía en mis hombres para mantener a Emma a salvo, lo cual es irritantemente comprensible dado que su asalto logró romper mis defensas exteriores y llegar hasta el vestíbulo principal. Yo no confío en que sus hombres no intenten secuestrarla de nuevo a la primera oportunidad que tengan.

—Tendrá a ambos —sugiere Dante desde mi derecha, intentando encontrar un punto medio—. Hombres de los Santoro y hombres de los Brennan. Un equipo mixto. De esa forma, todos vigilarán a todos.

—No —decimos Emma y yo simultáneamente.

Ella y yo nos miramos antes de que yo empiece diciendo: —No voy a tener a hombres de los Brennan en mi casa. Es innegociable.

—Y a mí no me van a seguir guardias armados de dos familias diferentes que se odian —añade Emma con ironía—. Porque eso suena como una receta fantástica para más derramamiento de sangre. Tal vez podamos añadir unos cócteles Molotov a la mezcla para subir la apuesta. —Hace el gesto de agitar una coctelera.

Dante hace una mueca. Luca llega a toser para ocultar una risa.

A Connor no le hace gracia. —Esto no es un chiste, Emma.

—Tampoco lo es lo absurdo de toda esta conversación —le espeta Emma—. ¿Quieres que tenga guardaespaldas que podrían dispararse entre ellos por decidir a quién le toca abrirme las puertas? Ni hablar.

Al final llegamos a un compromiso: seguridad de los Santoro, pero con informes semanales enviados a Connor para que pueda ver exactamente lo que estamos haciendo para mantener a Emma a salvo. También acordamos videollamadas con Emma para que pueda verificar que está viva y bien. Además, acepto derechos de visita sin restricciones para que pueda ver cómo está ella misma cuando quiera.

A Connor no le gusta. Puedo verlo en su rostro, en la forma en que su mandíbula sigue tensándose y sus manos siguen apretándose.

Pero acepta.

Entonces llegamos al bebé.

—La criatura será un Brennan —dice Connor tajante, como si fuera obvio.

—La criatura será un Santoro —rebato yo con la misma frialdad.

—Brennan.

—Santoro.

La mano de Emma golpea la mesa con tanta fuerza que todos damos un respingo. —¿Habláis en serio? El bebé es un cúmulo de

células y ¿ya os estáis peleando por cómo llamarlo?

—¿Un cúmulo de *células*? —repito, mirándola con incredulidad.

—Nuestro cúmulo de células —rectifica ella, dándose cuenta de su error—. Un cúmulo muy importante. Futuro Brennan o Santoro o lo que sea. Pero aun así. ¿Podemos esperar a que, no sé, se me note la barriga? ¿O a que sepamos si es niño o niña? ¿O literalmente a cualquier momento que no sea ahora mismo, cuando estoy agotada?

Connor y yo intercambiamos una mirada. Puede que sea la primera vez que estamos de acuerdo en algo: Emma tiene razón.

—Ambos —continúa Emma, sin esperar a que respondamos—. El bebé será tanto Brennan *como* Santoro. Apellido compuesto. O ya buscaremos otra solución. —Nos señala a su padre y a mí con el dedo, con el rostro contraído en un adorable ceño fruncido—. Pero vosotros dos no vais a reclamar la propiedad de mi hijo como si fuera un pedazo de territorio por el que estáis negociando. ¿Claro?

—Claro —digo, conteniendo una sonrisa ante su tono.

Connor simplemente asiente, aunque parece que le cuesta horrores.

Mi mano se posa de nuevo en su vientre, con ganas de chinchar un poco más al imbécil.

Connor se levanta bruscamente, haciendo retroceder su silla con estrépito. —Necesito aire.

Uno de sus asesores lo sigue fuera. Lo oímos en el pasillo, probablemente intentando no atravesar una pared con el puño.

Emma se gira en su silla y me da un pellizco en el costado. Hago una mueca. —¿Era realmente necesario?

Le cojo la mano y entrelazo nuestros dedos antes de llevar nuestras manos unidas a mi boca. —No sé de qué me hablas —murmuro.

Dante suspira pesadamente y mira al techo, como si buscara la respuesta a por qué sigue trabajando para mí.

Cuando Connor regresa diez minutos después, su mandíbula sigue tensa pero sus manos están más firmes.

Seguimos negociando.

¿Qué pasa si le sucede algo a Emma? ¿Qué pasa si me sucede algo a mí? ¿Quién se queda con la custodia del bebé?

Esa conversación casi termina en derramamiento de sangre. La mano de Connor se desvía hacia su arma tres veces y uno de sus asesores llega a tocar su funda antes de que Connor lo despache con un gesto cortante.

—Si le pasa algo a Emma —dice Connor con voz peligrosa—, el bebé viene conmigo y con Teresa. Es mi última palabra.

—Si le pasa algo a Emma —digo yo con el mismo peligro—, el bebé se queda conmigo. Su padre.

—Su abuelo...

—Su *padre* —repito con firmeza—. Que lo ama. Que lo criará. Que se asegurará de que sepa todo sobre su madre.

—No me va a pasar nada —dice Emma en voz alta, cortando nuestra discusión y mirándonos con incredulidad—. ¿Podemos, por favor, no planear mi funeral mientras estoy aquí sentada? Es macabro y también un poco insultante. Acabo de escapar de una habitación del pánico y de sobrevivir a una zona de guerra. No tengo planeado morir pronto.

—Tenemos que discutir esto —dice Connor con impaciencia.

—Entonces discutidlo hipotéticamente sin usar frases como «cuando Emma muera» —interrumpe ella—. Probad con «en el improbable caso de que» o «si algo llegara a suceder». Ya sabéis. Como personas normales que no están intentando estresar activamente a una mujer embarazada.

Tiene razón, pero lo resolvemos de todos modos porque es necesario. Acuerdos de custodia si uno o ambos morimos. Padrinos. Educación. Con qué tradiciones familiares se criará al bebé. A qué escuela irá. Si aprenderá el negocio familiar del lado de los Brennan, del de los Santoro, o de ambos.

Es agotador. Cada compromiso se siente como sacarse una muela.

Pero cada vez que Connor parece a punto de marcharse —de levantarse, decir «a la mierda» y reiniciar la lucha— lo ve.

La mano de Emma descansando sobre su vientre. Un recordatorio de que aquí hay más en juego que el orgullo, el

territorio o la venganza.

Hay un bebé. Su nieto. El hijo de Emma. *Mi* hijo.

Y se queda.

Uso eso a mi favor. Cada vez que la conversación se caldea y Connor parece que va a volcar la mesa y sacar su arma, toco a Emma.

Mi mano en su hombro cuando discutimos sobre los puertos del sur.

Mis dedos apartándole el pelo cuando la voz de Connor empieza a subir de tono sobre las decisiones médicas.

Mi palma en la base de su espalda cuando exige visitas semanales.

Y cada vez, los ojos de Connor siguen el movimiento. Su mandíbula se tensa. Sus manos se aprietan sobre la mesa. Ese músculo de su sien late.

Pero ve la mano de Emma en su vientre y cómo se inclina hacia mi contacto en lugar de apartarse, y no se marcha.

Después de lo que parece una eternidad y de habernos quedado roncos de discutir, después de que Dante haya rellenado los vasos de agua tres veces y de que Luca haya salido dos veces para ir al baño —que estoy seguro de que no eran más que huidas—, llegamos a un acuerdo.

Emma se queda conmigo. Sin debate, sin negociación, sin excepciones. Ella es mía y me la quedo. Fin de la discusión.

El bebé tendrá acceso a ambas familias y será tanto Brennan como Santoro. Crecerá conociendo ambos lados de su herencia y legados familiares. Apellido compuesto por determinar. Derechos de visita para ambas familias. Vacaciones repartidas entre nosotros.

Los Brennan obtienen acceso garantizado a los territorios de los puertos del sur por los que hemos estado luchando. No habrá interferencia de las operaciones de los Santoro ni de las rutas comerciales que conllevan.

Es una concesión significativa. Esos puertos valen millones, pero Emma y el bebé valen más.

Y a cambio, Connor cancela cualquier represalia. No más ataques. No más intentos de recuperar a Emma. No más guerra

entre nuestras familias.

Con una excepción.

Nos levantamos para estrecharnos la mano por el trato. Emma se queda sentada. Está agotada, puedo verlo en el leve hundimiento de sus hombros y en cómo se le cierran los ojos, pero los demás nos ponemos en pie.

Los asesores de Connor. Mis hombres. Y Connor y yo, frente a frente al otro lado de la mesa de roble.

—Si alguna vez le haces daño —dice Connor en voz baja, pero con un tono que hace que se me erice el vello de la nuca—. Si la haces infeliz aunque sea por un segundo. Si me entero de que le has puesto la mano encima con ira, si no está a salvo, si no es feliz, si me llama llorando porque has hecho algo para romperle el corazón...

Se inclina ligeramente hacia delante, con los ojos clavados en los míos con una intensidad que haría flaquear a la mayoría de los hombres.

Le sostengo la mirada, y no flaqueo ni aparto la vista. Me niego a mostrar ni un ápice del miedo —muy razonable— que cualquier persona cuerda sentiría ante una promesa de ese tipo por parte de Connor Brennan.

—Tengo carta blanca para acabar contigo de la forma que crea conveniente —continúa Connor, cada palabra deliberada y medida—. Lentamente. Dolorosamente. Delante de todos a los que amas. Tu madre y tu hermana podrán mirar. Cada uno de tus hombres podrá mirar mientras te desmonto pieza por pieza. Y cuando haya terminado, me aseguraré de que Emma vea lo que queda para que sepa exactamente qué les pasa a los que le hacen daño. ¿Nos entendemos, Santoro?

Extiende su mano.

Se la estrecho.

Nos damos la mano. Su agarre es demoledor. Hiriente. Aprieta mi mano con tanta fuerza que siento los huesos crujir entre sí.

La mía iguala la presión, y ninguno de los dos retrocede.

Mantengo su mirada con firmeza y hablo con total sinceridad. —Si la hago infeliz... si le hago daño o no cumplo con mantenerla a

salvo o hago cualquier cosa que rompa la confianza que tiene en mí... no tendrás que matarme tú, Connor. Lo haré yo mismo.

24

EMMA

No es perdón, ni siquiera es paz. Pero es un alto el fuego, y de momento con eso basta.

Cuando mi padre por fin se levanta de la mesa, reúne a los hombres que le quedan y se dispone a salir de la finca de Leo, se vuelve hacia mí.

Durante un segundo, simplemente nos miramos. Padre e hija. Dos personas que se quieren y que acaban de pasar horas negociando sobre el hecho de que he elegido quedarme con el hombre que me secuestró.

Entonces, abre los brazos.

Acudo a él sin dudarlo y me envuelve en un abrazo tan fuerte que apenas puedo respirar. Esconde el rostro en mi pelo y noto que tiembla ligeramente.

—Te quiero, mi niña —dice con la voz amortiguada contra mi cabello—. Aunque no entienda esto. Aunque lo odie. Te quiero.

—Yo también te quiero, papá —las palabras salen entrecortadas porque ya estoy llorando, y las lágrimas empapan su camisa—. Te quiero muchísimo. Lo siento. Siento mucho lo de...

—No —me interrumpe—. No te disculpes. Has tomado tu decisión. Solo tengo que... aprender a vivir con ello.

Se aparta lo suficiente para mirarme, con las manos sobre mis hombros. Tiene los ojos rojos. Nunca había visto llorar a mi padre. Jamás, y eso me estremece hasta lo más profundo.

—Sigo siendo tu hija —digo desesperada—. Eso no cambia. Sigo siendo yo. Sigo siendo...

—Ahora eres una Santoro —hay amargura en su voz, afilada y cortante, junto con la resignación.

Al oír eso, se me da un vuelco extraño el estómago. No soy una Santoro. Leo y yo ni siquiera hemos hablado de matrimonio, sobre todo porque el tema nunca ha surgido.

—Siempre seré también una Brennan —insisto—. Al igual que lo será el bebé. Mitad Brennan. Mitad Santoro. Todo nuestro.

La mirada de mi padre baja hacia mi vientre y algo en su rostro se quiebra lo justo para dejarme ver el dolor que subyace bajo la ira.

—Cuídate —dice en voz baja—. Y cuida del bebé. Y si él —mira por encima de mi hombro hacia donde está Leo, observándonos—, si alguna vez te hace daño... Si alguna vez me necesitas... llama. ¿Entendido?

Asiento, aunque sé que eso nunca sucederá. —Entendido.

Los ojos azules de mi padre se clavan en los míos. —Lo digo en serio, Emma. De día o de noche. Si me necesitas, allí estaré. Con guerra o sin ella. Con acuerdo o sin él.

Mis labios dibujan una leve sonrisa. —Lo sé, papá. Lo sé.

Me abraza de nuevo, rápido y con fuerza, y luego me suelta como si le doliera físicamente hacerlo. Se da la vuelta sin decir palabra y sale acompañado de sus hombres. La puerta se cierra con un golpe pesado que resuena por todo el vestíbulo destrozado.

Se ha ido.

Me quedo allí parada, mirando la puerta, abrazándome a mí misma, intentando mantener la compostura y no desmoronarme por completo.

Los brazos de Leo me rodean desde atrás, pegando mi espalda a su pecho. Apoya la barbilla sobre mi cabeza. —¿Estás bien? —murmura, depositando un beso en mi pelo.

—No —respondo con sinceridad—. Pero lo estaré.

Aprieta el abrazo y me apoyo en él, dejando que sostenga mi peso. Me permito este momento de debilidad porque estoy agotada y emocionalmente exhausta. Menudo puto día.

Pero no hay tiempo para venirse abajo porque queda trabajo por hacer.

Hay que retirar los cuerpos. Hay que limpiar la sangre. La casa necesita, bueno, no exactamente reparaciones, pero sí hacerla habitable de nuevo.

Me aparto de Leo y me seco la cara. —Muy bien. ¿Por dónde empezamos?

Leo me mira como si hubiera perdido el juicio. —Tú no vas a hacer nada —dice con firmeza—. Vas a subir a descansar.

Pongo los ojos en blanco. —Ni hablar.

Me lanza una mirada fulminante, frunciendo sus oscuras cejas. —Emma...

—No me vengas con esas —le interrumpo, devolviéndole mi mejor mirada de reproche mientras camino hacia la puerta del despacho y la abro—. Hay trabajo que hacer y voy a ayudar. Fin de la discusión.

—No es el fin de la discusión —rebate Leo, alcanzándome fácilmente con sus zancadas y obligándome a detenerme en el pasillo—. Estás embarazada —añade, como si fuera un argumento imbatible.

—Soy consciente. También soy perfectamente capaz de recoger cristales rotos y limpiar superficies. Lo que no soy capaz de hacer es quedarme sentada arriba mientras todos los demás os ocupáis de este desastre.

Nos miramos fijamente. Leo tiene la mandíbula tensa de esa forma obstinada que indica que no va a ceder. Probablemente yo tenga la mandíbula exactamente igual, porque *definitivamente* no pienso ceder.

—Dante —llama Leo sin dejar de mirarme—. Ven aquí.

Dante aparece de dondequiera que estuviera acechando; probablemente asegurándose de que los hombres de mi padre han abandonado realmente la propiedad. Nos mira a ambos y veo el

momento exacto en que se da cuenta de lo que está a punto de ocurrir.

—¿Qué? —pregunta con cautela.

—Ayúdame a convencer a Emma para que se vaya a descansar —dice Leo, con los ojos clavados en los míos. Me dedica una sonrisa de suficiencia, como si ya esperara que Dante estuviera de acuerdo con él. Vuelvo a poner los ojos en blanco. Si no escucho a Leo, ¿por qué iba a escuchar a Dante?

—Ni pensarlo —dice Dante de inmediato, negando con la cabeza.

Leo gira la cabeza hacia él de golpe. —¿Cómo?

—Ni pensarlo —repite Dante, retrocediendo ya—. No quiero tener nada que ver con esto. Cero. Nada de nada. Arreglaos vosotros solos.

Esbozo una amplia sonrisa, con ganas de dar un puñetazo al aire en señal de triunfo. Leo parece alguien a quien le acaban de patear a un cachorro. —¿En serio, Dante? —pregunta incrédulo.

—Hoy me han dado un puñetazo en la cara por ti, Leo —dice Dante, señalando el moratón que empieza a asomar en su mandíbula—. Y casi me pegan un tiro. Varias veces, debo añadir. No voy a involucrarme en cualquier disputa doméstica que sea esta. Estás solo.

Se aleja antes de que Leo pueda replicar.

Leo se vuelve hacia mí, claramente irritado pero intentando ahora una táctica diferente. Me toma las manos entre las suyas. —Emma —dice suplicante—. Por favor. Y ya sabes lo mucho que me cuesta decir eso. Has tenido un día traumático. No sé cómo has escapado de mi habitación del pánico, te has interpuesto entre tu padre y yo, y has negociado durante horas. Necesitas descansar.

—Y a ti te han disparado, has repelido un asalto y has negociado tanto tiempo como yo —le rebato—. Así que, por esa regla de tres, tú también deberías estar descansando.

La expresión seria de Leo se transforma en un ceño fruncido. —Yo no estoy embarazado.

—No, pero estás sangrando —señalo, indicando la sangre que empapa su camisa—. Así que quizá deberías ser tú quien descanse mientras yo ayudo a limpiar.

Nos miramos con hostilidad.

—Voy a ayudar —digo tajante—. Puedes aceptarlo y dejar que me encargue de las cosas fáciles, o puedes seguir discutiendo y yo haré lo que quiera de todos modos. Tú eliges.

Leo aprieta tanto la mandíbula que oigo rechinar sus dientes. —Está bien. Pero —levanta un dedo—, te mantienes alejada de los cuerpos. Y si empiezas a sentirte cansada o mareada o cualquier cosa, paras de inmediato. ¿Trato hecho?

Asiento. De todos modos, no quería estar cerca de los cuerpos. —Trato hecho.

—Y no vas a levantar nada pesado.

Pongo los ojos en blanco. —Vale, mamá.

Ignora mi comentario. —Y si digo que tienes que descansar...

—No tenses la cuerda, Santoro.

Una sombra de sonrisa cruza sus labios. —Mujer testaruda —suspira.

—Te encanta —me encojo de hombros.

—Pues sí, me encanta —admite, y me atrae para darme un beso rápido—. Incluso cuando resultas desesperante.

Pasamos el resto del día limpiando.

Es un trabajo agotador, del tipo que te hace cuestionarlo todo porque literalmente estás fregando sangre y recogiendo casquillos de bala e intentando no reflexionar demasiado sobre el hecho de que aquí ha muerto gente. Gente a la que conocía. Gente cuyas familias van a recibir llamadas esta noche que las destrozarán.

Cumplo mi acuerdo de no acercarme a los cuerpos ni levantar peso. Limpio superficies, barro cristales rotos y ayudo a clasificar los muebles dañados para ver qué se puede salvar. Leo no deja de vigilar cómo estoy cada quince minutos, como si esperara que me desplomara en cualquier momento.

No me desplomo. Pero para cuando el sol empieza a ponerse y los equipos de limpieza que contrató Leo se han ocupado de lo peor, estoy tan agotada que apenas puedo tenerme en pie.

Leo me encuentra sentada en las escaleras del vestíbulo principal, con la cabeza entre las manos, intentando reunir fuerzas para moverme.

—Se acabó —dice—. Ya has terminado.

No discuto. Estoy demasiado cansada.

Se agacha y, antes de que pueda procesar lo que ocurre, me coge en brazos, levantándome como si no pesara nada.

—¡Oye!

—No —dice mientras se yergue—. Deja que... deje que te cuide. Por favor.

Estoy demasiado fatigada para pelear, así que apoyo la cabeza en su hombro y dejo que me suba por las escaleras.

Lo hace con delicadeza y sube los peldaños despacio, aunque sé que le duele el brazo derecho. Veo cómo lo protege. Está claro que sufre por la forma en que gruñe con cada paso.

Nuestro dormitorio es una de las pocas habitaciones que no sufrió daños en la pelea. Leo me tumba en la cama con suavidad. Me siento tan blanda como un fideo y se lo digo.

Su risa es suave y cansada. —¿Un fideo?

—Un fideo muy cansado. Un fideo demasiado cocido. De esos que simplemente... se quedan fofos —le demuestro a qué me refiero.

—La peor pesadilla de un italiano —dice, pero sonríe mientras se sienta en el borde de la cama, a mi lado.

—¿Es un mal momento para decirte que la pasta *al dente* me resulta repulsiva?

Leo niega con la cabeza. —Voy a fingir que no has dicho eso. Si mi madre te oyera, te echaría de esta casa —levanta la mano para apartarme el pelo de la cara y, cuando lo miro, veo tanto amor en sus ojos que se me llenan de lágrimas.

Otra vez con el llanto. He llorado más en las últimas veinticuatro horas que en meses.

—Estoy muy enfadada contigo —digo con la voz ligeramente temblorosa—. Por meterme a empujones en esa habitación del pánico y encerrarme. Estoy furiosa.

—Lo sé —dice Leo, pero no suena arrepentido—. Y no voy a pedir perdón por ello. Lo volvería a hacer. Haría cualquier cosa para mantenerte a salvo, Emma. Lo que sea.

Me abandono a sus caricias. —¿Incluso cuando me cabrea?

Sus labios se curvan en una sonrisa. —Especialmente cuando te cabrea. Porque que estés cabreada conmigo significa que estás viva para estarlo. Y aceptaría eso siempre, sin dudarlo.

Quiero seguir enfadada, pero estoy demasiado agotada; él me mira como si yo fuera su mundo entero y no puedo. Además, la forma en que me masajea el cuero cabelludo es casi pecaminosa.

—Tienes suerte de que te quiera —murmuro.

—Lo sé —el asombro en su voz hace que mi corazón dé un vuelco—. Soy el hombre con más suerte del mundo.

Se queda en silencio un momento, con los dedos todavía recorriendo mi pelo. Entonces, como si por fin cayera en la cuenta, pregunta: —¿Cómo demonios escapaste, por cierto? Diseñé esa habitación del pánico para que fuera impenetrable. Solo la cerradura debería haberte mantenido dentro.

—Con unas tijeras médicas —digo con suficiencia.

Sus dedos se detienen. —¿Unas tijeras *médicas*?

—Sí, del botiquín. Desmonté tu sofisticado mecanismo de cierre y solo me llevó unos treinta minutos.

Leo me mira fijamente. —Has desmontado un cierre de seguridad biométrico con unas tijeras médicas.

Estoy disfrutando de lo lindo con su expresión de estupefacción. —Sí.

—En treinta minutos.

—Más o menos. Hubo algo de prueba y error. Y algunas chispas. Y puede que me haya hecho algunos cortes y quemaduras. Pero sí.

Niega con la cabeza, mitad por incredulidad, mitad por lo que podría ser admiración. —Eres aterradora. ¿Lo sabes?

Puede que sea lo más bonito que me ha dicho nunca. —Te encanta.

—Me encanta de verdad —dice y me besa. Es un beso suave y dulce, como si intentara volcar en él todas las emociones que no puede expresar con palabras.

Cuando se aparta, tiene los ojos sospechosamente brillantes. —Vuelvo ahora mismo.

Desaparece en el baño y regresa un minuto después con toallitas húmedas, un cuenco de agua tibia y el botiquín.

—He quitado las tijeras para que no se te ocurran ideas.

Pongo los ojos en blanco mientras él vuelve a sentarse en el borde de la cama y me coge las manos.

—Déjame ver —dice él con suavidad.

Le tiendo las manos y hago una mueca al verlas. Están peor de lo que pensaba. Cortes por los cables, moratones de aporrear la puerta y quemaduras de donde saltaron las chispas a mi piel. Tengo los nudillos morados e hinchados.

Leo emite un sonido grave en la garganta y empieza a limpiar con cuidado la sangre con el paño tibio. Su tacto es delicado, pero aun así escuece.

—Ay... —siseo cuando toca un corte especialmente profundo.

—Lo siento —murmura, soplando suavemente sobre la herida antes de continuar.

Trabaja metódicamente, limpiando cada lesión y aplicando antiséptico a toques. Consigo no decir ni una palabra hasta que llega a las quemaduras.

—¡Joder... mierda... me cago en *todo*, Leo, eso duele!

Aunque tiene su cabeza morena inclinada sobre mis manos, noto que el muy cabrón está sonriendo. —Estoy siendo todo lo delicado que puedo.

—¡Pues sé más delicado! ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso intentas...? ¡Hijo de puta! —Siento otra oleada de dolor punzante—. Te lo juro por Dios, que como vuelvas a...

—Ese lenguaje —dice él levantando la vista y dedicándome una sonrisa burlona, con sus ojos oscuros encendidos de risa.

—Oh, vete a la mierda con eso. No tienes derecho a decirme que cuide mi lenguaje cuando eres tú el que... ¡hijo de *perra*! —Retiro la mano de un tirón cuando toca otro punto sensible—. Se acabó. Lo haré yo misma.

—Emma. —Me atrapa la mano y la vuelve a su sitio—. Ya casi he terminado. Lo prometo.

Lo miro con furia pero dejo que termine. Para cuando acaba de vendarme las manos y los brazos, ya le he insultado en al menos tres idiomas distintos.

Sus hombros se agitan mientras coloca algo de esparadrapo en mis vendajes. Me irrita.

—¿Te hace gracia algo? —pregunto con acidez.

—Estás mona cuando me insultas —dice él.

—Te voy a dar un puñetazo.

—¿Con esas manos? No lo creo.

Le lanzo una mirada aún más feroz. Él se limita a sonreír y me besa la frente.

—Tu turno —digo, cogiendo los paños.

Me detiene las manos. —Estoy bien...

—Estás cubierto de sangre —lo interrumpo—. Y puedo ver ese corte en tu cara desde aquí. Así que cállate y deja que te ayude.

No discute y nos intercambiamos los sitios. Se queda quieto mientras empiezo a limpiarle la sangre de la cara, revelando el tajo que cruza su pómulo. Es profundo y probablemente necesite puntos.

—Deberías ver a un médico —le digo.

Él gruñe. —Tú también.

—Yo estoy bien. Tú eres el que...

Abre los ojos y su mirada se clava en la mía. —¿En serio? ¿La mujer embarazada cree que no necesita ir al médico?

Suspiro. Maldita sea, tiene razón. —Está bien —gruño—. Los dos veremos a un médico mañana. ¿Contento?

—Eufórico —dice secamente.

Le limpio toda la sangre seca de la cara, el cuello y las manos. Tiene los nudillos abiertos y en carne viva, cubiertos de sangre seca. De qué, creo que no quiero saberlo.

—Tienes que quitarte la camisa —digo, señalando la tela empapada en sangre—. Necesito ver cómo de grave es el daño.

Leo arquea una ceja, y hay un rastro de esa chulería familiar en su expresión. —Si querías quitarme la camisa, solo tenías que pedirlo.

Le pellizco con fuerza el costado, justo donde sé que tiene las costillas magulladas.

—¡Ay! ¡Maldita sea, mujer violenta...!

Esbozo una sonrisa burlona. —No seas imbécil.

—No puedo evitarlo —dice, pero empieza a quitarse la camisa. Se la quita hasta la mitad antes de que su brazo derecho proteste y tenga que detenerse, con el dolor reflejado en su rostro.

—Deja que te ayude —le digo, y lo ayudo a quitarse la camisa con cuidado. Avanzamos despacio porque su brazo está definitivamente lesionado; no roto, pero quizá con un esguince fuerte. Para cuando logramos quitarle la camisa, respira con dificultad y tiene sudor en la frente.

La sangre proviene de un largo roce en su costado izquierdo. Ha dejado de sangrar, pero tiene un aspecto irritado y rojizo, y definitivamente necesita ser limpiado y vendado.

Suelto un silbido de incredulidad. —Esto está mal, Leo.

Él se encoge de hombros. —He tenido cosas peores.

—Eso no hace que me sienta mejor.

Trabajo con cuidado, limpiando el rastro de sangre y aplicando antiséptico en la herida. Leo sisea pero no se aparta. Su cuerpo está tenso.

Cuando paso a su brazo, llega a estremecerse.

—Necesitamos que te miren esto —digo—. Hoy. No mañana. *Hoy*.

—Después de ti —dice testarudamente.

Levanto la vista para mirarlo. —Tío, ¿en serio?

—No voy a ir a ninguna parte hasta saber que tú y el bebé estáis bien —dice con firmeza—. Así que, o vamos juntos, o no vamos.

Maldita sea. Quiero seguir discutiendo que él está más herido que yo, pero veo en su rostro que no va a dar su brazo a torcer.

—Está bien —concedo, molesta—. Iremos juntos. Más tarde. Después de que... después de que descansemos.

Él asiente, satisfecho.

Termino de curarlo y me siento sobre mis talones, exhalando con fuerza. Todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas me golpea de golpe. El asalto. La habitación del pánico. Enterarme de que estoy embarazada. La negociación. Mi padre marchándose.

Mi padre.

Dios. ¿Cómo estará ahora mismo? ¿Habrá llegado ya a casa? ¿Se lo habrá dicho a mamá?

Mamá. ¿Cómo se va a tomar todo esto? Su hija eligiendo quedarse con un Santoro. Su hija embarazada del bebé de un Santoro. Su hija sin volver a casa.

Se va a quedar destrozada. O furiosa. O las dos cosas. Probablemente las dos.

Puedo sentir los ojos de Leo sobre mí.

—¿Te arrepientes? —pregunta en voz baja, y puedo notar la aprensión en su voz—. ¿De algo de esto?

Niego con la cabeza de inmediato. —No. No me arrepiento de nada.

—Ni siquiera de...

—Ni siquiera del principio —lo interrumpo—. Te odié por ello. Sinceramente, a veces todavía te odio un poco por eso. ¿Pero arrepentirme? —Vuelvo a negar con la cabeza—. No. Me trajo hasta ti. Hasta nosotros. Hasta esto.

Presiono la mano contra mi vientre.

Su mano cubre la mía; es cálida y firme.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Te arrepientes de algo?

Se queda en silencio un largo momento. Luego suspira y levanta la otra mano para acunarme la cara, acariciando suavemente mi pómulo con el pulgar. —Me arrepiento de cómo empezamos. Probablemente me arrepentiré de eso el resto de mi vida. Odio habértelo hecho.

Se me seca la boca y la abro para decir algo.

—¿Pero tú? —Se inclina hacia delante y me besa suavemente—. ¿Nuestro bebé? ¿Esto? —Otro beso—. Nunca. Jamás podría arrepentirme de esto.

Me besa de nuevo, esta vez más profundamente, y yo le devuelvo el beso porque necesito esto. Lo necesito a él. Necesito sentirme viva y amada después del día que hemos pasado.

Su mano buena se desliza por mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás para poder profundizar aún más el beso. Su lengua recorre mi labio inferior y me abro para él, dejando que tome lo que necesita.

Cuando se separa, ambos respiramos con dificultad.

—Túmbate —murmura, y dejo que me acomode sobre las almohadas. Se cierne sobre mí con su brazo bueno apoyado junto a mi cabeza.

Empieza con mi camiseta, despegándola de mi piel. Cada centímetro de piel que descubre, lo besa. El moratón en mi clavícula. El raspón en mi hombro.

—Lo siento —susurra contra mi piel—. Por todo esto. Por haberte puesto en peligro.

—Para —le digo, subiendo mi mano para acunarle la cara—. Esto no ha sido culpa tuya.

Gira la cabeza y presiona un beso en mi palma. —Lo ha sido —insiste—. Soy yo el que...

—Leo. —Lo atraigo hacia abajo para darle otro beso, cortando cualquier autorreproche en el que estuviera a punto de sumirse—. Deja de disculparte y simplemente... estate conmigo. Por favor.

Él asiente contra mis labios y continúa su exploración. Lo siguiente es el sujetador; lucha con el cierre con una sola mano, pero rechaza mi ayuda, decidido a hacerlo él mismo. Cuando por fin se suelta, lo tira a un lado y simplemente me mira.

Sus ojos están oscuros, pero me mira con reverencia.

—Eres tan preciosa —dice en voz baja, con la mano recorriendo mi costado, evitando con cuidado mis peores moratones—. Emma, eres tan jodidamente preciosa.

—Soy un desastre —replico, porque estoy cubierta de heridas.

—Eres preciosa —repite con firmeza, rodeando mi pecho con la mano, rozando mi pezón con el pulgar—. Siempre. Sobre todo ahora.

Su boca sigue a su mano, y sus labios se cierran sobre mi pezón, su lengua rozando la punta sensible. Jadeo, arqueando la espalda, y hundo el puño en su pelo.

Se toma su tiempo con mis pechos, colmándolos de atención como ha hecho toda la noche, como si el mundo exterior no existiera.

Cuando finalmente baja más, besando mi vientre, ya estoy temblando.

Se detiene ante mi ombligo, con la mano extendida sobre mi estómago. Presiona sus labios allí y entonces empieza a murmurar cosas. Me esfuerzo por escuchar.

—Te voy a querer tanto —susurra contra mi piel—. Te voy a proteger y a asegurarme de que sepas que se te quiere. De que eres amado. Eres lo mejor que nos ha pasado.

Estoy llorando otra vez, maldita sea.

—Te lo voy a enseñar todo —continúa, con el pulgar acariciando mi vientre—. Y me aseguraré de que sepas que tu madre es la persona más fuerte y valiente que he conocido. Que luchó por ti incluso antes de que nacieras. Que nos eligió.

—Cielos, Leo —digo con un hipo, cerrando los ojos con fuerza mientras suelto un suspiro inestable.

Me mira y sus ojos brillan con lágrimas contenidas. —Os quiero. A los dos.

—Yo también te quiero —susurro.

Engancha los dedos en la cinturilla de mis mallas y levanto las caderas para que pueda bajarlas junto con mi ropa interior. Cuando finalmente estoy desnuda, se sienta sobre sus talones y me examina. Sus ojos recorren cada centímetro de mi cuerpo como si estuviera memorizando cada detalle.

—Perfecta —dice en voz baja—. Eres perfecta.

Lo busco, tirando de sus pantalones. —Tu turno.

Deja que lo desvista y me ayuda cuando su brazo herido dificulta las cosas. Cuando él también está desnudo, lo atraigo de nuevo hacia mí, necesitando el contacto piel con piel.

Nos besamos durante mucho tiempo. Su mano sana recorre mi cuerpo, la mía explora el suyo antes de deslizarse entre mis piernas. Ya estoy mojada y él gruñe contra mi boca al sentir lo preparada que estoy.

—Dios, Emma —jadea en mi boca.

Me trabaja lentamente con los dedos, estimulándome poco a poco, observando mi cara todo el tiempo. Cuando estoy cerca, justo al borde, retira la mano y suelto un quejido por la pérdida.

—Todavía no —murmura, posicionándose entre mis piernas y entrando en mí de una deliciosa estocada—. Quiero sentirte.

Suelto un grito cuando mis paredes se contraen alrededor de su miembro. Su frente descansa contra la mía, nuestras manos entrelazadas junto a mi cabeza. Su brazo herido está en una posición incómoda, pero hace que funcione, sosteniéndose con el brazo sano mientras el herido descansa contra la cama.

—Por favor, Leo —gimo, balanceando mis caderas contra las suyas—. Muévete.

Sus caderas se mueven contra las mías y ambos gruñimos ante la exquisita sensación. Es diferente a todas las otras veces que hemos estado juntos. Es más suave, más reverente. Ambos somos plenamente conscientes de lo cerca que estuvimos de perdernos.

Ya no somos captor y cautiva, ni secuestrador y víctima. Ni siquiera somos enemigos convertidos en amantes.

Solo somos dos personas construyendo algo nuevo a partir de los restos de la guerra de nuestras familias. Dos personas que se quieren a pesar de todo. Por causa de todo.

—Te quiero —susurro, las palabras salen desesperadas mientras él se adentra más.

—Te quiero —responde Leo, con la voz ronca por la emoción. Sus caderas se mueven de una manera que me hace jadear—. A los dos. Muchísimo. Emma, te quiero tanto.

El placer aumenta lenta, perfectamente, hasta que estoy temblando bajo él y apenas puedo respirar de lo bien que se siente, de lo correcto que es.

Mi orgasmo me golpea suave y ondulante, sumergiéndome como una ola cálida. Leo lo alcanza momentos después, con mi nombre en los labios y su frente apretada contra la mía.

No nos separamos. En lugar de eso, nos quedamos allí tumbados, enredados el uno con el otro, con su peso cayendo parcialmente sobre mí y mis dedos acariciando su pelo. Nos quedamos dormidos así: entrelazados, con nuestros cuerpos apretados el uno contra el otro.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, Leo me está mirando dormir. Está apoyado en su brazo sano, contemplándome con esa pequeña sonrisa en el rostro.

—¿Qué? —pregunto somnolienta, con voz ronca.

—Nada —dice él en voz baja—. Solo que... te quiero, Emma Santoro.

Mi corazón da un vuelco extraño al oír eso. Emma Santoro. Su mujer. La señora Leonardo Santoro.

La idea hace que se me revuelva el estómago de una forma que no tiene nada que ver con las náuseas matutinas. Pero no puedo dejar que sepa cuánto me afecta eso y cuánto lo deseo.

Así que esbozo una sonrisa burlona, a pesar de que mi corazón late a mil por hora. —Debiste golpearte la cabeza más fuerte de lo que pensaba durante la pelea. Soy Emma Brennan, ¿recuerdas?

Él sonríe, y su sonrisa está llena de amor y de promesas.

—No por mucho tiempo.

25

EPÍLOGO: EMMA

Seis meses después

Me voy a casar.

De verdad esta vez. Nada de bodas con secuestro en el altar. Nada de bodas forzadas que no deseo. Una boda de verdad, por Dios, caminando por el pasillo por elección propia.

Con Leo Santoro.

El hombre que me secuestró. Del que me enamoré. El que me está esperando en la capilla.

También estoy embarazada de siete meses, lo que hace que todo sea un poco más complicado.

Y bastante más incómodo porque este bebé —nuestra *hija*— ha decidido que hoy es el día perfecto para practicar su rutina de kickboxing con mis órganos internos.

La capilla es pequeña e íntima.

No se parece en nada a la enorme catedral que mi padre había planeado para mi boda con Tony Lombardo. Solo el banquete habría ocupado las páginas de sociedad durante meses.

¿Pero esta boda? Esta es solo nuestra. Solo con la gente que importa.

Bueno. Con la mayoría de la gente que importa.

Estoy en la pequeña habitación junto a la capilla que sirve como zona de preparación, mirándome en el espejo.

Mi vestido es de color crema, ya que no lo quería blanco.

No voy a fingir que esta es una boda virginal cuando es evidente que estoy embarazada del bebé del novio.

Es de corte imperio para adaptarse a mi barriga, que a estas alturas es oficialmente imposible de ocultar.

Es sencillo y precioso, nada que ver con la monstruosidad de vestido tipo pastel que se suponía que iba a llevar para casarme con Tony.

Aquel vestido era una cantidad ridícula de encaje y volantes y unas diecisiete capas de tul.

Parecía que me hubiera explotado encima una tarta de bodas.

Este vestido es elegante, clásico y muy *yo*.

Valentina está trasteando con mi pelo; insistió en peinarme ella misma.

La hermana de Leo se ha convertido en una de mis mejores amigas durante los últimos seis meses, lo cual es maravilloso e irritante a la vez porque no tiene filtro y no aguanta tonterías de nadie, lo cual es un problema, porque yo tampoco.

—Deja de moverte —me ordena, colocando otro rizo en su sitio —. Vas a estropear mi obra maestra.

—Mi obra maestra me está dando patadas —murmuro, presionando con la mano el lugar donde nuestra hija está haciendo volteretas ahora mismo—. Desde dentro.

Valentina se ríe. —Está emocionada. Es el día de la boda de sus padres.

—Está emocionada por destrozarme la vejiga, por lo visto.

Llaman a la puerta y mi madre entra sigilosamente. Está guapísima con su vestido azul oscuro, el pelo perfecto y el maquillaje impecable. También parece que lleva horas llorando, lo cual es probable.

—Emma —dice, con la voz entrecortada—. Estás... estás...—

Empieza a llorar de nuevo y hago una mueca.

No son las lágrimas de felicidad y alegría que la madre de Leo ha estado derramando toda la mañana.

Estas son lágrimas tristes.

Lágrimas de desolación. Las lágrimas de una madre que ve a su hija casarse con la familia enemiga.

—Mamá —le digo con suavidad, alejándome del espejo para mirarla. Valentina se retira discretamente—. Todo va a salir bien.

—*No* va a salir bien —dice, secándose los ojos con un pañuelo—. Emma, te vas a casar con un Santoro. Tu padre no está aquí. Todo esto es...—

—Lo que yo quiero —la interrumpo con firmeza—. Esto es lo que *yo* quiero, mamá. *Leo* es lo que quiero.

—Te secuestró —susurra ella, como si todavía no pudiera creerlo, como si los últimos seis meses no hubieran ocurrido—. Te sacó de tu boda. Te *robó*.

—Sé lo que hizo —digo en voz baja—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? —Le aprieto las manos—. Pero mamá, él ya no es así. Nosotros ya no somos así. Estamos... estamos construyendo algo nuevo. Algo bueno.

Ella sacude la cabeza, todavía entre lágrimas. —Tu padre tiene el corazón roto. Él... Emma, apenas ha hablado desde que le contaste lo de la boda. Se limita a sentarse en su despacho y...—

—Le invité —digo tajante. Maldita sea, ¿cuántas veces vamos a tener esta conversación?—. Le envié una invitación. Le pedí que me llevara al altar. Dijo que no.

—¡Porque te vas a casar con un Santoro! —rebate mi madre, secándose los ojos con un pañuelo.

—¡No, porque sigue sin poder aceptar que he tomado mi propia decisión! —le espeto, pero me detengo de inmediato. Me obligo a respirar y presiono mi mano contra el vientre, donde mi hija sigue dando patadas—. Lo siento. Lo siento, mamá. No quiero pelear. Hoy no.

El rostro de mi madre se desmorona. —Yo tampoco quiero pelear. Solo que... echo de menos que nuestra familia esté unida. Y me da miedo que, después de hoy, te pierda por completo.

—No me vas a perder —le digo, volviendo a tomar sus manos y apretándolas. Tiene las manos heladas—. Sigo siendo tu hija. Seguiré llamándote y visitándote, y te traeré a tu nieta para que la

veas. Papá y Leo acordaron eso y Leo lo ha cumplido, ¿te acuerdas? Eso no cambia solo porque esté casada con Leo.

—Tu padre no permitirá...—

—Papá no tiene derecho a tomar esa decisión —la interrumpo. De verdad pensaba que después de las negociaciones las cosas habrían cambiado, pero mi padre es tan testarudo como siempre. Los viejos prejuicios tardan en morir—. *Tú* sí. Estás aquí, ¿verdad? A pesar de que papá te dijo que no vinieras.

Mi madre levanta un poco la barbilla y veo un destello de fuego en sus ojos. —Le dije que vendría a la boda de mi hija, le gustara o no. —Mira sus manos, con una pequeña sonrisa asomando a sus labios—. Es la primera vez que le desafío en treinta años de matrimonio.

Le devuelvo la sonrisa. —¿Y cómo te ha hecho sentir eso?

Mamá me mira. —Malditamente bien.

Siento una oleada de orgullo. —Estoy tan orgullosa de ti, mamá. Mucho. Gracias por estar aquí. Gracias por elegirme a mí.

Me abraza, con cuidado de no apretar mi barriga, y ambas lloramos un momento. Cuando nos separamos, Valentina aparece con pañuelos para las dos.

—Muy bien —dice Valentina con brío, aunque tiene los ojos algo vidriosos—. Se acabaron los llantos. El maquillaje de Emma está perfecto y no pienso repetirlo. Todo el mundo fuera. Ha llegado la hora.

Mi madre me aprieta la mano una última vez y sale para ocupar su asiento.

Valentina me retoca el vestido por última vez y da un paso atrás para mirarme. —¿Estás lista?

—Sí —digo, respirando hondo de nuevo. No puedo esperar a ver a Leo—. Sí, estoy lista.

La capilla está lo más lejos posible de la Catedral de San Patricio, con sus bancos de madera desgastada, sus vidrieras y las velas parpadeando a lo largo del pasillo. Hay unas cuarenta personas en total, lo cual me parece perfecto.

La familia de Leo está allí en pleno. Su madre en la primera fila, llorando ya lágrimas de felicidad en un pañuelo. Otros Santoro están

repartidos por los bancos: primos, tíos, amigos de la familia. Dante está en el altar como padrino, con aspecto solemne aunque sé que está feliz.

Está especialmente contento de que Leo les haya regalado a él y a su mujer unas vacaciones con todos los gastos pagados, lejos de sus dos niñas pequeñas. Y está claro que les ha venido bien, ya que el vestido de Alicia apenas oculta la curva de su vientre embarazado.

Mi lado está... más vacío.

Mi madre está en la primera fila, todavía llorando pero intentando ocultarlo, sentada junto a unos cuantos primos que han tenido el valor de desafiar los deseos de mi padre y presentarse de todos modos. Eso es todo. Suspiro mientras busco caras conocidas. Parece que Bridget y Cillian, mis primos favoritos, no han venido.

Los espacios vacíos se sienten ruidosos y la ausencia de mi padre es un peso que noto sobre mí.

Pero entonces empieza la música, levanto la vista y veo a Leo.

Y, de repente, nada más importa.

Está de pie en el altar con un traje gris marengo que le sienta a la perfección. Se ajusta a sus hombros anchos, acentuando su altura, y le hace parecer todo lo poderoso que es. Su pelo oscuro está peinado hacia atrás, resaltando sus pómulos marcados y su mandíbula firme. Está afeitado y puedo ver el corte de su mandíbula, la curva de sus labios.

Parece el héroe de cualquier novela romántica que haya leído cobrando vida.

Y me está mirando como si fuera la única persona en el mundo entero.

Sus ojos —esos ojos oscuros que me han mirado con ira, con deseo, con frustración, con amor— están fijos en mí con tal intensidad que juraría que puedo sentirla físicamente. Se lleva la mano al pecho como si intentara calmar su corazón. ¿Le resulta abrumador verme? Me guardo ese detalle para más tarde.

Parece nervioso, emocionado y tan completa, absoluta y devastadoramente enamorado que resulta casi empalagoso. Si estuviera viendo esto, me habría quejado de que era tan dulce que me iba a salir una caries.

Empiezo a caminar por el pasillo —sola— y los ojos de Leo siguen cada paso que doy hacia él. Su garganta se mueve al tragar saliva con dificultad. Aprieta ligeramente la mandíbula y veo que lucha por mantener la compostura.

Cuando estoy lo suficientemente cerca como para ver su cara con claridad, noto las lágrimas en sus ojos. Leo Santoro está llorando en nuestra boda.

Oh, *definitivamente* me voy a burlar de él por eso más tarde.

Llego a su lado y él me toma la mano inmediatamente, atrayéndome hacia sí. Bueno, tanto como podemos con mi barriga de por medio.

—Llegas tarde —murmura.

Arqueo una ceja. —Estoy embarazada. He tenido que ir a mear. Dos veces.

Él suelta una risita, acariciándome los nudillos con el pulgar. —Buen punto.

—Además —añado, sin poder resistirme—, he pensado que me lo debías después de hacerme esperar seis meses para esto. El karma es un bicho muy malo.

Él sonríe ante eso y se inclina para susurrarme al oído. —Ha valido la pena cada segundo de espera. Aunque si me hubieras hecho esperar más, podría haberte arrastrado yo mismo a un juzgado.

Le devuelvo la sonrisa. —Qué romántico.

—Te secuestré en tu primera boda —señala él—. Mi listón para el romance ya estaba bastante bajo.

El sacerdote se aclara la garganta y ambos nos giramos hacia él, todavía de la mano. El pulgar de Leo dibuja círculos en mis nudillos y noto que tiembla ligeramente. O quizá sea yo. O ambos.

Elegimos votos tradicionales porque ninguno de los dos confía en su capacidad para hablar sin romperse, pero incluso los votos tradicionales parecen cargados de significado cuando es Leo quien los pronuncia.

—Yo, Leonardo, te tomo a ti, Emma, para que seas mi legítima esposa... —Su voz es firme y clara—. Para tenerte y protegerte, de hoy en adelante, para bien o para mal, en la riqueza y en la pobreza,

en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras habla. Puedo verlo todo en ellos: el amor, la promesa de ser el marido que merezco y de proteger a nuestra familia.

Cuando llega mi turno, la voz me tiembla un poco en las primeras palabras, pero luego se estabiliza.

—Yo, Emma, te tomo a ti, Leonardo, para que seas mi esposo ante la ley. Para tenerte y protegerte, de hoy en adelante... —Le aprieto las manos con más fuerza, deseando que comprenda cuánto deseo esto—. En lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe.

El sacerdote bendice nuestras alianzas. Son unas sencillas bandas de oro que se sienten mucho más correctas de lo que el enorme diamante que me dio Tony se sintió jamás. Leo desliza la mía en mi dedo, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Cuando deslizo su anillo en su dedo, se lleva mi mano a los labios y la besa suavemente.

—Por el poder que me ha sido otorgado —dice el sacerdote, sonriéndonos a ambos—, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Leo no espera permiso. Me atrae hacia él y me besa con una ternura que hace que me duela el corazón, y nuestra hija patea con la fuerza suficiente para que Leo la sienta sin duda alguna contra su estómago. Él sonríe contra mis labios.

Cuando nos separamos, ambos estamos llorando. Su madre está sollozando abiertamente en la primera fila. Valentina intenta no llorar y fracasa estrepitosamente. Incluso Dante parece sospechosamente emocionado, secándose los ojos con rapidez.

Mi madre también está llorando y, cuando me encuentro con su mirada, veo la sonrisa en su rostro. Es triste pero genuina. Se está esforzando y eso es todo lo que puedo pedir.

Caminamos juntos de vuelta por el pasillo, marido y mujer, e intento no mirar los espacios vacíos de mi lado. Intento no pensar en mi padre sentado en casa, negándose a estar aquí para esto.

En lugar de eso, miro a Leo —mi *marido*— y me permito ser feliz.

La recepción es discreta comparada con lo que mi padre había planeado para mi boda con Tony. Aquella recepción debía ser masiva, con una banda en directo, cena de cinco platos y baile hasta el amanecer.

Esta celebración es en una pequeña sala privada de un restaurante. Hay champán —sidra sin alcohol para mí— y brindis de Dante y Valentina que hacen que todo el mundo ría y llore a partes iguales.

La familia Santoro celebra con estruendo y alegría, dándome la bienvenida a la familia con los brazos abiertos. La madre de Leo me abraza tan fuerte que apenas puedo respirar y me dice que se siente muy feliz y agradecida de tenerme como nuera.

Mi pequeño contingente observa con cautela desde su mesa. Mi madre intenta sonreír cuando la miro. Mis primos son educados pero se nota que están incómodos, claramente conscientes de que se encuentran en territorio enemigo.

No es la boda de cuento de hadas que imaginaba de niña. El gran momento de princesa con mi padre llevándome al altar y todos mis seres queridos celebrándolo juntos.

Pero mientras Leo baila con su madre y la hace reír, me doy cuenta de algo.

Esto es mejor. Es mío y es exactamente lo que he elegido.

Cuando Leo vuelve a mi lado, me saca a la pista de baile a pesar de mis protestas por mi barriga, mis tobillos hinchados y lo cansada que estoy.

—Baila conmigo, señora Santoro —murmura, con una mano en mi cintura y la otra sosteniendo la mía.

Señora Santoro. Mi corazón da un extraño vuelco.

—Apenas puedo moverme —le señalo—. Tu hija está usando mis costillas como un gimnasio de juegos ahora mismo.

—Entonces solo nos balancearemos —dice, atrayéndome hacia él. Bueno, tanto como podemos—. Solo quiero abrazar a mi mujer.

Mi mujer. Dios. Soy su *mujer*.

Nos balanceamos lentamente al ritmo de la música, con mi cabeza en su hombro y su mano en mi espalda. A nuestro alrededor,

la gente ríe, habla y celebra, pero todo se desvanece hasta convertirse en ruido de fondo.

Solo estamos nosotros. Solo este momento.

—Te quiero —susurra Leo contra mi pelo—. Te quiero muchísimo, Emma. Gracias por elegirme.

—Gracias por darme la opción de elegir —le susurro de vuelta.

Nos quedamos así hasta que termina la canción, y entonces nuestra hija patea con tanta fuerza que ambos nos echamos a reír. Valentina se acerca para llevarme con ella y hacerse fotos.

Finalmente, después de rogarle a Leo que ya no podía caminar más, dejamos el banquete y al fin estamos solos en nuestro dormitorio.

Nuestro dormitorio. *Nuestro* hogar. *Nuestra* vida.

La casa está en silencio. Solo estamos nosotros y los restos del día. La chaqueta de Leo está tirada sobre una silla, y mis zapatos han salido volando en cuanto hemos cruzado la puerta.

Leo se acerca por detrás mientras estoy de pie junto a la ventana, mirando el jardín a oscuras. Me rodea con los brazos y sus manos se posan en mi barriga, hacia donde parecen gravitar de forma natural últimamente.

—Hola —murmura contra mi cuello.

—Hola —respondo, apoyándome en él.

—¿Cómo te sientes? ¿Cansada? ¿Necesitas descansar? ¿Debería...?

—Leo —lo interrumpo, girándome en sus brazos para quedar frente a él y entrelazando mis brazos alrededor de su cuello, jugueteando con el pelo de su nuca—. Deja de preocuparte. Estoy bien.

Él frunce el ceño. —Estás embarazada de siete meses y acabas de aguantar una boda y un banquete —señala—. Tienes que estar agotada.

—Lo estoy —admito. Me duele todo el cuerpo—. Pero también... no quiero que este día termine todavía.

Su mirada se suaviza. —No tiene por qué.

Entonces me besa, de forma suave y dulce, mientras sus manos suben hasta mi cara. Cuando se separa, empieza a desabrochar

lentamente los botones de la espalda de mi vestido.

—Deja que te cuide —murmura—. Por favor.

Dejo que me desvista con un cuidado minucioso, con sus dedos delicados en cada botón y cada trozo de tela. Besa cada nueva zona de piel que queda al descubierto: mis hombros, mi espalda, la curva de mi cuello.

Cuando el vestido cae, me quedo solo con mi ropa interior de maternidad, y de repente me siento cohibida.

Estoy enorme. Mi barriga es imposible de ignorar. Mis pechos están más grandes. Y las caderas más anchas. Todo en mí son tobillos hinchados y estrías y...

—Estás tan hermosa —dice Leo con la voz llena de asombro.

—Parezco una ballena —rebato.

—Llevas a mi hija —dice con firmeza, deslizando sus manos por mi barriga—. Nunca me has parecido más hermosa.

Me guía hasta la cama y me ayuda a tumbarme de lado, la posición que hemos descubierto que funciona mejor ahora que tengo tanta tripa. Se quita su propia ropa y luego se sube a la cama detrás de mí, atrayéndome contra su pecho.

Sus manos recorren mi cuerpo y acaricia mis pechos, que están *definitivamente* más sensibles. Baja por mis costados hasta mis caderas y se desliza sobre mi vientre, sintiendo a nuestra bebé moverse y patear bajo su palma.

—Está muy activa esta noche —murmura, con los labios contra mi hombro.

—Sabe que es un día especial —digo sin aliento, mientras su mano continúa su exploración, bajando más.

Cuando sus dedos se deslizan entre mis piernas, ya estoy empapada. El embarazo le ha hecho algo a mi deseo sexual, haciendo que todo sea más intenso y sensible.

O quizá sea solo Leo. Quizá siempre haya sido así con él.

Me trabaja lentamente con los dedos, excitándome gradualmente, observando mi rostro en el espejo frente a la cama. Puedo vernos reflejados allí: su cuerpo curvado alrededor del mío, su mano moviéndose entre mis piernas, mi rostro encendido y ansioso.

—Leo —jadeo—. Por favor.

—Todavía no —murmura, con los dedos curvándose dentro de mí de una forma que me hace jadear—. Quiero que esto dure.

Se toma su tiempo, llevándome justo al límite para luego retroceder. Una y otra vez hasta que me retuerzo contra él, lista para matarlo.

—Leo, te juro por Dios que si no terminas lo que has empezado, me quedaré viuda —gruño.

Él se ríe contra mi cuello y finalmente, *por fin*, se posiciona detrás de mí. Coloca una mano en mi cadera y la otra se desliza bajo mi barriga para sostenerla. Entonces me penetra. La sensación de él llenándome hace que suelte un gemido y que arquee la espalda.

—¿Está bien? —pregunta, con la voz tensa por el esfuerzo de mantenerse quieto.

—Más que bien —gimo—. Muévete. Por favor.

Lo hace, estableciendo un ritmo lento y constante, suave pero profundo. Su mano permanece en mi vientre todo el tiempo y su otra mano busca la mía; nuestros dedos se entrelazan, apretándose con fuerza.

—Te quiero —dice contra mi hombro, con el aliento caliente sobre mi piel—. Os quiero mucho a las dos. Mi mujer. Mi hija. Mi familia.

Las palabras me hacen cruzar el límite. Grito su nombre mientras el placer me recorre. Él me sigue poco después, gimiendo contra mi cuello, apretando su mano contra la mía.

Después nos quedamos enredados, con su mano aún sobre mi vientre, sintiendo ambos cómo se mueve nuestra hija. Está muy activa ahora, pateando y revolviéndose, haciendo notar su presencia.

—Creo que ella también lo está celebrando —dice Leo en voz baja, con el pulgar acariciando mi estómago donde la sentimos moverse.

—O protestando por la perturbación —señalo—. Probablemente hayamos interrumpido su siesta.

Él se ríe bajito. —Pobre niña. Tendrá que acostumbrarse a eso.

Me doy la vuelta con cuidado para quedar frente a él. Su mano vuelve inmediatamente a mi vientre, como atraída por un imán.

—No puedo creer que estemos casados —murmuro, estirando la mano para tocar su rostro—. No puedo creer que seas mi marido.

—Créetelo —dice Leo, atrapando mi mano y presionando un beso en mi palma—. Ahora eres mía. Oficialmente. Para siempre.

—Tuya —asiento y luego sonrío con picardía—. Y tú eres mío. No se admiten devoluciones.

—Ni lo soñaría —dice con seriedad, con su mirada clavada en la mía—. Siempre he sido tuyo, Emma. Desde el momento en que te vi.

Quiero hacer una broma sobre que el momento en que me vio fue en mi boda con otro hombre y que eso es una forma de conocerse un poco turbia. Pero no lo hago porque, al mirarlo ahora —al ver el amor en sus ojos, la forma en que su mano descansa de forma tan protectora sobre nuestra hija—, siento que desde aquel primer momento, esto era inevitable. Como si siempre hubiéramos estado destinados a terminar aquí.

Nuestra hija patea fuerte. Hago una mueca y Leo se ríe, presionando suavemente con la mano donde sentimos que se mueve.

—Es fuerte —dice con orgullo—. Como su madre.

—Que Dios nos ayude a los dos —murmuro—. ¿Una mini-yo con tu terquedad? Estamos condenados.

—Estamos bendecidos —me corrige, besándome suavemente.

Me acurruco contra él y me maravillo de cómo el peor día de mi vida se convirtió en el comienzo de todo. El día que Leo me llevó debería haberme arruinado y haber sido el fin de todo lo bueno.

En cambio, fue el principio.

El principio de nosotros. El principio de esta familia. El principio de una vida que nunca habría podido imaginar, pero que no cambiaría por nada.

Ahora soy Emma Santoro. Esposa. Futura madre. Antigua cautiva convertida en compañera voluntaria en esta hermosa, complicada e imposible historia de amor.

Y no cambiaría ni una sola cosa.

Bueno, quizá cambiaría las náuseas matutinas, los tobillos hinchados y el hecho de que nuestra hija parezca creer que las dos

de la mañana es el momento perfecto para una fiesta de baile.

¿Pero el resto? ¿El amor, la familia, nuestro futuro?

Eso es perfecto.

Eso lo es todo.

Eso es mi hogar.

26

EPÍLOGO EXTENDIDO

VALENTINA

Veo a mi hermano bailar con su mujer y me digo a mí misma que me alegro por ellos.

Lo hago. En su mayor parte.

Leo sostiene a Emma como si fuera el objeto más sagrado del mundo, con una mano en su espalda y la otra descansando protectora sobre su vientre abultado, donde mi sobrina se está haciendo notar ahora mismo con lo que parecen unas patadas impresionantes.

Emma se ríe de algo que Leo acaba de decir, con la cabeza echada hacia atrás y el rostro resplandeciente de felicidad y una alegría pura y sin filtros.

Se les ve asquerosamente enamorados. Y es esa clase de amor que hace que todos a su alrededor se desmayen de emoción o se sientan enfermos de envidia.

Leo está sonriendo y no es la mueca fría que suele lucir en público. Sus ojos se suavizan mientras mira a Emma, siguiendo cada expresión que cruza su rostro como si las estuviera memorizando.

Acaricia su vientre con el pulgar y Emma pone su mano sobre la de él; ambos comparten este momento privado en medio de la recepción.

Me bebo el resto de mi champán de un trago y dejo la copa en una mesa cercana.

Su amor me da náuseas.

También es hermoso y todo lo que he deseado y nunca pensé que mi hermano tendría.

Hace ocho meses, Leo era un bastardo frío y despiadado al que no le importaba nada más que la venganza y el negocio familiar.

Ahora está bailando con la mujer a la que secuestró, que de alguna manera se enamoró de él de todos modos, que está esperando un hijo suyo y que acaba de convertirse en su *esposa*.

Realmente los cerdos vuelan.

Emma lo ha vuelto humano de nuevo, algo que nunca pensé que sucedería después de la muerte de Gabriel.

Lo supe en el *momento* en que conocí a Emma cuando me presenté sin invitación.

Él la miraba como si fuera el mismísimo centro del universo.

Incluso tuvo la desfachatez de negar lo que sentía por ella.

Una media sonrisa asoma a mis labios al recordar su cara de horror cuando le dije directamente que le gustaba Emma.

Me encanta tener razón.

Pero Emma es buena para él, y verlos juntos —ver a Leo feliz y enamorado y construyendo esta pequeña familia perfecta— hace que mi propia vida se sienta hueca y vacía.

Siento como si estuviera fuera mirando hacia algo que nunca tendré.

A los veintiséis años, sigo irremediablemente soltera y viviendo en casa de mi madre.

Hago una mueca y desearía tener algo más fuerte que beber.

Sigo bajo el puto control de mi familia, interpretando el papel de obediente princesa Santoro, asistiendo a eventos que odio y charlando con hombres que me ven como una alianza potencial o como una conquista.

Sigo esperando que algo cambie, pero nada cambia cuando eres el segundo hijo de la familia Santoro.

Cojo otra copa de champán de un camarero que pasa y estudio el líquido burbujeante.

Dios, odio emborracharme con champán, pero parece que va a ser la única manera de sobrevivir al resto de la noche.

Mamma será *implacable* en su búsqueda de un pretendiente para mí.

Ya ha casado a su hijo más difícil, así que ahora sus atenciones se centrarán en mí.

Maldita sea mi vida.

La canción termina y Leo se inclina para besar la frente de Emma, susurrando algo que la hace reír de nuevo.

Son perfectos juntos.

Irritantes de lo perfectos que son.

Doy un sorbo a mi bebida y recorro con la mirada el salón de la recepción, observando a los invitados por costumbre.

Los primos Santoro están agrupados cerca de la barra y los hombres de Leo están esparcidos por todas partes; incluso fuera de servicio, siguen vigilando.

El escaso grupo de familiares de Emma parece incómodo y fuera de lugar.

El contingente de los Brennan es pequeño: solo la madre de Emma y unos pocos primos lo suficientemente valientes como para desafiar las órdenes de Connor.

El gran jefe en persona se negó a aparecer, algo que Emma se esfuerza mucho en fingir que no le duele.

Estoy a punto de ir a la barra a por otra copa cuando la puerta se abre y entra alguien nuevo.

Alguien que *definitivamente* no estaba en la lista de invitados.

El cambio en la sala es inmediato.

Las conversaciones flaquean.

La gente se gira para mirar.

Y, lo más revelador, la cabeza de Leo se levanta de donde ha estado susurrando algo a Emma, y todo su cuerpo se tensa.

Emma se vuelve para ver qué ha captado la atención de Leo y su rostro se ilumina. —¡Cillian!

Ella se dirige hacia la puerta, balanceándose ligeramente debido a su embarazo, y Leo la sigue de cerca con cautela, con una mano en su espalda.

Observo al hombre —Cillian Brennan, me doy cuenta, el primo de Emma al que ha mencionado antes como uno de los pocos familiares que realmente le caen bien— cruzar el salón para encontrarse con ellos.

Es alto. Supera fácilmente el metro ochenta, con hombros anchos que llenan su traje oscuro.

Su pelo capta la luz mientras se mueve y es de un color similar al de Emma: oro rojizo, como cobre bruñido, peinado hacia atrás de una forma que resalta unos pómulos marcados y una mandíbula que podría cortar cristal.

Pero son sus ojos los que me hacen prestar atención.

Ojos azul hielo, tan fríos como un cielo de invierno, y en este momento están escaneando la sala con la evaluación experta de alguien que ha sido entrenado para catalogar amenazas y salidas antes incluso de pensar en relajarse.

Emma llega hasta él y él se inclina para besarle la mejilla, susurrando algo que la hace sonreír.

Pero sus ojos están puestos en Leo, y hay una tensión en la línea de sus hombros que sugiere que esto no es solo una visita familiar amistosa.

Leo dice algo —demasiado bajo para que yo lo oiga desde aquí— y la respuesta de Cillian es igualmente baja.

Pero puedo ver que el rostro de Emma decae ligeramente, y Leo parece cabreado.

Sea lo que sea por lo que Cillian está aquí, no es para celebrar.

Después de un momento, la mirada azul hielo de Cillian barre la sala de nuevo y aterriza directamente en mí.

Y se mantiene.

No aparto la mirada. Me niego a darle esa satisfacción.

En su lugar, mantengo su mirada con la mía propia, levantando ligeramente mi copa de champán en un saludo burlón.

Sus ojos se entrecierran ligeramente y empieza a caminar hacia mí con determinación.

La gente se aparta a su paso automáticamente, algún instinto o reconocimiento les dice que se quiten de en medio.

Se mueve como un depredador, como alguien que sabe exactamente lo peligroso que es y al que no le importa especialmente quién más lo sepa.

El heredero de la mafia irlandesa no me asusta.

Sé que fue invitado a la boda y dio una excusa de mierda para no venir.

Me pregunto por qué está aquí ahora y por qué viene hacia mí.

Supongo que lo descubriré pronto.

Enderezo los hombros y pongo mi mejor cara de aburrimiento mientras se acerca.

Se detiene frente a mí y está lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás ligeramente para encontrar sus ojos.

De cerca, es aún más intimidante.

Hay una cicatriz que le corta la mejilla derecha, apenas visible pero presente.

Apuesto a que parecería un hoyuelo, pero no creo que este hombre sepa sonreír.

Su mandíbula está bien definida y afeitada, y esos ojos azul hielo me recorren —de la cabeza a los pies y de vuelta— en una evaluación lenta y deliberada que hace que mi piel se erice.

Su labio se curva ligeramente y tengo que reprimir la irritación.

¿Acaso me ha encontrado *insuficiente*?

El desdén de esa mirada hace que la furia se dispare, caliente y feroz, en mi pecho.

—¿Valentina Santoro? —Su voz es profunda, áspera, con un sutil acento irlandés que probablemente sería atractivo si no quisiera darle un puñetazo en su cara perfecta.

—Esa soy yo —mantengo la voz fría, aunque tengo ganas de lanzarle mi champán a la cara por esa mirada—. Y tú eres Cillian Brennan. El primo favorito de Emma, si mal no recuerdo.

—Lo era —responde él, con la mandíbula tensa—. En tiempo pasado, especialmente teniendo en cuenta que eligió casarse con el hombre que la secuestró.

—Cuidado, Brennan —digo con frialdad—. Estás en una sala llena de Santoros. Insultar a mi hermano y a su esposa en el banquete de

su boda es una buena forma de acabar con una bala en el cráneo.

Esos ojos azul hielo parecen casi... ¿divertidos? ¿En serio? —¿Es eso una amenaza, princesa?

—Es una promesa —respondo dulcemente—. Aunque supongo que vosotros, los Brennan, no conoceríais la diferencia. Estáis más acostumbrados a hacer amenazas vacías que a cumplirlas.

Sus ojos brillan peligrosamente. —¿Ah, sí? Porque, que yo recuerde, fue un *Brennan* quien casi puso a toda vuestra organización de rodillas hace seis meses —me dedica una sonrisa burlona mientras se cruza de brazos sobre el pecho—. Tu hermano tuvo suerte. No volverá a ocurrir.

—¿Suerte? —Me río, y no es un sonido agradable—. ¿Así es como lo llamas? Connor se fue arrastrando con el rabo entre las piernas y tuvo que negociar la paz porque perdió. Leo ganó. Emma nos eligió a nosotros. Tu familia lo perdió todo.

—Perdimos a una traidora —dice Cillian rotundamente—. Eso no es precisamente una tragedia.

Por un momento, veo rojo porque acaba de llamar traidora a Emma; a la dulce, feroz y cariñosa Emma, que hizo feliz a mi hermano y a quien considero una amiga. Ni de puta coña lo voy a permitir.

—Vigila tu puta boca —le espeto, ya sin fingir civismo—. O la vigilaré yo por ti. Permanentemente.

Durante un largo rato, nos limitamos a mirarnos fijamente.

La tensión entre nosotros es tan densa que se podría cortar, cargada de aversión mutua y del peso de nuestros apellidos.

Entonces él mete la mano en su chaqueta y saca un sobre de color crema sellado con cera roja con el escudo de la familia Brennan.

—De parte de Connor —dice, tendiéndomelo con las puntas de los dedos, como si ni siquiera quisiera tocar mis manos.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho.

¿Qué quiere Connor de *mí*?

Cojo el sobre; es pesado.

Trago saliva.

Sea lo que sea lo que hay dentro, no me va a gustar.

Rompo el sello y saco la carta, recorriendo las palabras con la mirada rápidamente.

Luego más despacio.

Luego otra vez, porque no es posible que esté leyendo esto correctamente.

Pero sí lo es.

¿Es esto una puta *broma*?

Es una propuesta, pero no de la clase romántica que viene con flores, una rodilla hincada y declaraciones de amor.

Es una propuesta de negocios. Una alianza matrimonial.

Yo con Cillian Brennan, sellando la paz entre nuestras familias de una vez por todas y asegurando que la tregua se mantenga.

Uniendo a los Santoro y a los Brennan mediante la sangre y el matrimonio, y con los hijos que se esperaría que tuviéramos.

Yo... ¿*qué*? ¿Me están gastando una broma?

Miro a Cillian, buscando alguna reacción en su rostro.

¿Está él al tanto de esto?

¿Lo sabía?

¿Es por esto por lo que está aquí realmente?

Está impasible, resulta imposible leerlo.

Pero hay algo en sus ojos que parece furia o resignación, o incluso ambas cosas.

—¿Sabías algo de esto? —siseo, sin estar segura de cómo sigo respirando.

—Me he enterado esta mañana —aprieta la mandíbula—. Connor me ha entregado la carta en el desayuno y me ha dicho que te enviaría una copia esta noche.

La carta está húmeda en mi palma. —¿Y?

Cillian frunce el ceño confundido. —¿Y qué?

—¿Y cómo te sientes al respecto? —pregunto impaciente—. ¿Sobre el hecho de que te ordenen casarte con una Santoro?

Sus labios carnosos se curvan en una mueca de asco. —Estoy tan encantado como pareces estarlo tú.

La rabia me sube por el pecho, consumiéndome.

No soy un peón.

No soy una moneda de cambio para que las familias negocien conmigo.

No soy Emma, dispuesta a aceptar cualquier acuerdo matrimonial que me impongan y sacarle el mejor partido.

Soy la puta Valentina Santoro y yo no acepto órdenes.

Le devuelvo la carta a Cillian con brusquedad. —Dile a Connor que se meta su propuesta por donde le quepa —digo, con la voz temblando de furia—. Mi hermano es el jefe de esta familia y Leo *jamás* aceptaría esto. No permitirá que nadie me use como moneda de cambio.

La sonrisa de Cillian es lenta y cruel, y hace que se me caiga el alma a los pies.

—¿Crees que esto depende del *permiso* de tu hermano? —Suelta una carcajada y se me eriza el vello de la nuca—. Princesa, Leo ni siquiera *sabe* todavía nada de esta propuesta. No lo sabrá hasta que Connor quiera que lo sepa. —Me dedica una sonrisa de suficiencia—. Y para entonces, ya habrás tomado tu decisión.

—¿Mi decisión? —escupo las palabras, negándome a que vea cuánto me está afectando esto—. Aquí no hay elección posible. Digo que no. Fin de la discusión.

—¿Ah, sí? —Sus ojos azul gélido se clavan en los míos—. Porque Connor ha sido muy claro. O se celebra este matrimonio, o el tratado de paz queda anulado. Sin negociación. Sin compromisos. Tú y yo, o la guerra.

—Eso no es posible —rebato, sintiendo un sudor frío bajarme por la espalda—. Había un acuerdo...

—Eso solo fue un pacto de caballeros. —Cillian se encoge de hombros—. Nunca se puso nada por escrito. —Me mira con deleite —. Leo y Dante la han cagado pero bien, ¿verdad?

—Entonces, guerra —digo de inmediato, aunque el corazón me late con fuerza. ¿Cómo es posible que no hubiera nada por escrito? —. No voy a permitir que me vendan como a una vaca para mantener la paz.

—¿En serio? —Cillian inclina la cabeza, estudiándome como si fuera un espécimen interesante—. ¿Condenarás a nuestras dos familias a la guerra? ¿Cargarás con todas esas muertes sobre tu

conciencia? —Va enumerándolas con los dedos—. Los hombres de tu hermano. Emma. El bebé que espera. Todos atrapados en el fuego cruzado porque eres demasiado orgullosa para cumplir con tu deber.

Me pongo roja, casi vibrando de ira. —No te atrevas...

—Me atrevo —interrumpe, bajando el tono de voz—. Porque a diferencia de ti, no soy tan ingenuo como para pensar que mis sentimientos personales importan más que la supervivencia de la familia. Una guerra entre los Brennan y los Santoro no será limpia ni rápida. Será sangrienta y todos los que nos importan serán objetivos. Otra vez.

Se inclina ligeramente hacia delante y me llega el aroma de su colonia amaderada. El olor es embriagador, pero me niego a apartar la mirada.

—Emma ya es un objetivo —continúa en voz baja—. Está embarazada y casada con el mayor enemigo de nuestra familia. —Arquea una ceja—. ¿Crees que estará a salvo cuando empiecen a volar las balas? ¿Crees que ese bebé lo estará?

—Connor jamás le haría daño a Emma —le espeto. Esto lo sé con total certeza—. La quiere. Es su hija.

—Connor no será quien apriete el gatillo —dice Cillian fríamente —. Pero no podrá controlar a todos los de su organización. Hay hombres que ven a Emma como a una traidora y quieren venganza por los que perdieron en el asalto a esta propiedad. La guerra les da permiso. La guerra la convierte en un objetivo legítimo.

Doy un respingo como si me hubieran disparado a mí.

Tiene razón.

Connor no puede evitar que sus hombres maten *accidentalmente* a Emma y sé que todavía hay mucho resentimiento por la batalla de hace seis meses.

Hubo que despedir a algunos guardias de los Santoro por su desprecio hacia Emma.

—Así que esta es tu elección, princesa. —Cillian se yergue y su voz se vuelve plana—. Te casas conmigo y se mantiene la paz. Emma sigue a salvo. Tu hermano podrá criar a su hija sin tener que mirar por encima del hombro a cada segundo. Nuestras dos familias

sobreviven. O dices que no, vuelvo con Connor, le digo que el trato se ha cancelado y todos nos sentamos a ver cómo arde todo.

—Eso no es una elección —digo entre dientes. Odio a este hombre con toda mi alma—. Es una extorsión.

—Es política. —Se le tuerce el labio—. Bienvenida al negocio familiar. Aunque me sorprende que no lo supieras ya, teniendo en cuenta quién era tu padre.

Puto *imbécil*. —No hables de mi padre —le espeto.

—¿Por qué no? Él lo habría entendido y habría hecho el mismo cálculo. Te habría sacrificado en un abrir y cerrar de ojos si eso significaba proteger a la familia.

Las palabras me duelen porque probablemente sean ciertas.

Mi padre era pragmático por encima de todo.

La familia era lo primero.

Siempre.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto con saña, sintiendo el impulso de arrojarle el contenido de mi copa de champán—. ¿Tan ansioso estás por sacrificarte?

—Estoy siendo práctico —dice fríamente—. No quiero este matrimonio más que tú. La idea de estar atado a una Santoro por el resto de mi vida me da ganas de pegarme un tiro. Pero tampoco soy tan estúpido como para empezar una guerra por mis preferencias personales.

—Qué generoso por tu parte —digo con sarcasmo.

—¿A que sí? —Su sonrisa es afilada como un cuchillo, lo que hace que la cicatriz de su mejilla se note más. Vuelve a inclinarse hacia mí, acercándose de forma incómoda, y me cuesta todo mi autocontrol no dar un paso atrás—. Dime, princesa, ¿eres lo bastante valiente para ver morir a Emma? ¿A tu sobrina? ¿Todo porque eras demasiado orgullosa para hacer lo que había que hacer?

Sus ojos vuelven a recorrerme con esa misma mirada despectiva. —¿Qué va a ser, princesa? ¿Vas a hacer lo inteligente? ¿O vas a dejar que tu orgullo mate a gente?

Todo mi cuerpo arde de furia. —Eres un bastardo arrogante y santurrón —le gruño—. Ahí parado, actuando como si fueras tan

jodidamente desinteresado, como si estuvieras haciendo un gran sacrificio. Estás tan atrapado como yo.

—Nunca he dicho que no lo estuviera. —Se encoge de hombros —. Pero al menos no soy tan delirante como para pensar que tengo opción.

—Y yo no soy tan patética como para claudicar y aceptarlo sin más —le respondo—. A diferencia de ti, por lo visto. —Se me ocurre una idea y me aferro a ella—. Dime, Brennan, ¿Connor te tiene los huevos en un tornillo o se los entregaste voluntariamente?

Aprieta la mandíbula y no puedo evitar una sonrisa de suficiencia. Le he dado donde duele.

—Cuidado, Santoro —advierte—. No estás en posición de lanzar insultos.

—¿Ah, no? —Mi risa es cruel—. Estamos exactamente en la misma posición. Nuestras familias nos usan a ambos como peones y los dos somos demasiado débiles para decir que no.

Las aletas de la nariz de Cillian se dilatan. —Estoy siendo pragmático...

—Estás siendo un cobarde —interrumpo con saña—. Escondiéndote tras el deber y la lealtad familiar porque tienes demasiado miedo de luchar por lo que quieres. Al menos ten los huevos de admitirlo.

Sus pupilas se dilatan y el rostro se le enrojece por la rabia creciente. *Te pillé, bastardo*.

—¿Quieres hablar de cobardía? —espeta Cillian—. Tú eres la que se ha pasado toda la vida a la sombra de su hermano. Juegas a ser importante mientras Leo hace todo el trabajo de verdad. ¿Qué has hecho tú por tu familia aparte de lucir un cuerpo bonito en las fiestas y gastar su dinero?

El insulto es todo lo que yo ya he pensado de mí misma, pero dejo que me resbale.

Respira, Valentina. Respira.

—Más de lo que tú has hecho nunca, estoy segura —digo con dulzura—. Aunque supongo que es fácil vivir de la reputación de Connor. —Doy un paso hacia él, queriendo ganar terreno—. Dime, ¿tienes algún logro que sea realmente tuyo? ¿O solo eres el

heredero de repuesto al que sacan a pasear cuando Connor necesita a alguien para su trabajo sucio?

Su sonrisa hace que todas las alarmas de mi cerebro suenen con fuerza, pero ya he traspasado el punto de no retorno. —¿Seguro que quieres jugar a este juego, princesa?

Le sonrío, mostrando todos los dientes. —Adelante, Brennan. He tratado con hombres mucho más intimidantes que tú.

—Lo dudo —dice fríamente—. Has estado sobreprotegida toda tu vida. Resguardada. A salvo en tu preciosa torrecita mientras los verdaderos jugadores se encargan de los negocios. ¿Qué puedes saber tú del verdadero sacrificio? ¿Del verdadero deber?

—¿Qué sabes tú de mí? —le devuelvo—. *Nada*. No sabes nada de mi vida, ni de lo que he hecho, ni de lo que soy capaz. Me miraste una vez y decidiste que era una princesa de la mafia mimada que nunca ha tenido que luchar por nada. —Le lanzo una mirada fulminante—. Pues que te jodan, Brennan. No me conoces.

—¿Ah, no? —Se le tuerce el labio—. Conozco a las de tu tipo. Mucha belleza y nada de sustancia. Mucho hablar y nada de actuar. Te casarás conmigo porque, llegado el momento, no tendrás valor para hacer otra cosa.

—¿Y tú? —Doy otro paso más hacia él, sabiendo que probablemente estemos atrayendo mucha atención—. Te casarás conmigo porque Connor te lo ordena. Eres un buen soldadito que sigue órdenes. Al menos yo soy honesta al decir que esto es una extorsión. Tú intentas disfrazarlo de deber.

Estamos a centímetros de distancia, fulminándonos con la mirada, ambos respirando con dificultad por el duelo verbal.

—Te desprecio —dice en voz baja, y hay verdadero veneno en sus palabras.

—El sentimiento es mutuo —le aseguro, me alegra que estemos de acuerdo—. De hecho, creo que te odio más de lo que he odiado a nadie en toda mi vida.

—Bien. —Sus ojos son la muerte—. Porque odiaría que este matrimonio se basara en algo que se pareciera al afecto.

Se me escapa una risa amarga. —Créeme, el peligro de que eso ocurra es *nulo*. —Enseño los dientes en un gesto que no llega a ser

una sonrisa—. El día que sienta afecto por un Brennan es el día en que el infierno se congele.

Se da la vuelta para irse, pero se detiene antes de volver a mirarme por encima del hombro.

—Connor se pondrá en contacto para los detalles —dice con sequedad—. Te sugiero que empieces a prepararte. Esto va a pasar, te guste o no.

—Vete —digo entre dientes.

—Con mucho gusto. —Su sonrisa es fría—. Estar en la misma habitación que tú hace que me pique la piel.

—Entonces lárgate al agujero del que hayas salido, Brennan —respondo, disfrutando de su repentino arrebato de ira—. Y dile a Connor que, si quiere una respuesta mía, puede pedírmela él mismo en vez de enviar a su perrito faldero.

Cillian aprieta la mandíbula, pero por desgracia no muerde el anzuelo. Se da la vuelta y se aleja, sin detenerse siquiera a despedirse de Leo y Emma.

Mi hermano me está mirando ahora.

Le dice algo a Emma y empieza a caminar hacia mí, pero niego con la cabeza.

No quiero hablar con él en este momento.

En su lugar, fuerzo una sonrisa que sé que no me llega a los ojos.

Ahora no.

Aquí no.

No el día de su boda.

Gesticulo con los labios: «Mañana».

A Leo le está claro que no le gusta; la frustración y la preocupación se reflejan en su rostro.

Pero Emma le tira de la mano para que vuelva a prestarle atención y, tras un momento, él asiente a regañadientes.

Mañana.

Se lo diré mañana, después de que él y Emma hayan tenido este día perfecto sin que yo lo arruine con la noticia de que me están subastando para mantener la paz.

La historia se repite de la peor manera posible.

Porque Cillian tiene razón.

Lo haré para mantener la paz.

Para asegurarme de que Leo y Emma sobrevivan para criar a su hija.

Me convertiré en la señora Cillian Brennan.

Y ninguno de los dos puede hacer ni una puta mierda para evitarlo.

Miro hacia abajo, a la propuesta de matrimonio que todavía tengo apretada en la mano y que bien podría ser una sentencia de muerte.

La música suena.

La gente ríe y yo me quedo en un rincón, sosteniendo la propuesta que me encadenará a un hombre al que desprecio.

Siento cómo la trampa se cierra a mi alrededor.

Pero no lloro, aunque me arden los ojos.

No dejaré que nadie vea lo jodida que estoy.

Soy Valentina Santoro, y si voy a caer, caeré luchando.

¿Cillian Brennan cree que puede romperme con este matrimonio? No tiene ni idea de con quién se está metiendo.

Me casaré con él. Cumpliré con mi deber con la familia. Sonreiré a las cámaras, firmaré los papeles y me convertiré en una Brennan de nombre.

Pero haré que se arrepienta de cada puto segundo.

Puede que este matrimonio se celebre. Pero es un iluso si cree que se lo voy a poner fácil.

La única pregunta es cuál de los dos sobrevivirá al otro.

Y yo apuesto por mí misma.

Continuará...

Consigue Ruthless Claim (la historia de Valentina y Cillian) aquí.

Lee la serie del tirón aquí.